

**ESTELA CHOCARRO**

Autora de  
*EL PRÓXIMO FUNERAL SERÁ EL TUYO*

**NADIE** *ha* **MUERTO**  
*en la* **CATEDRAL**

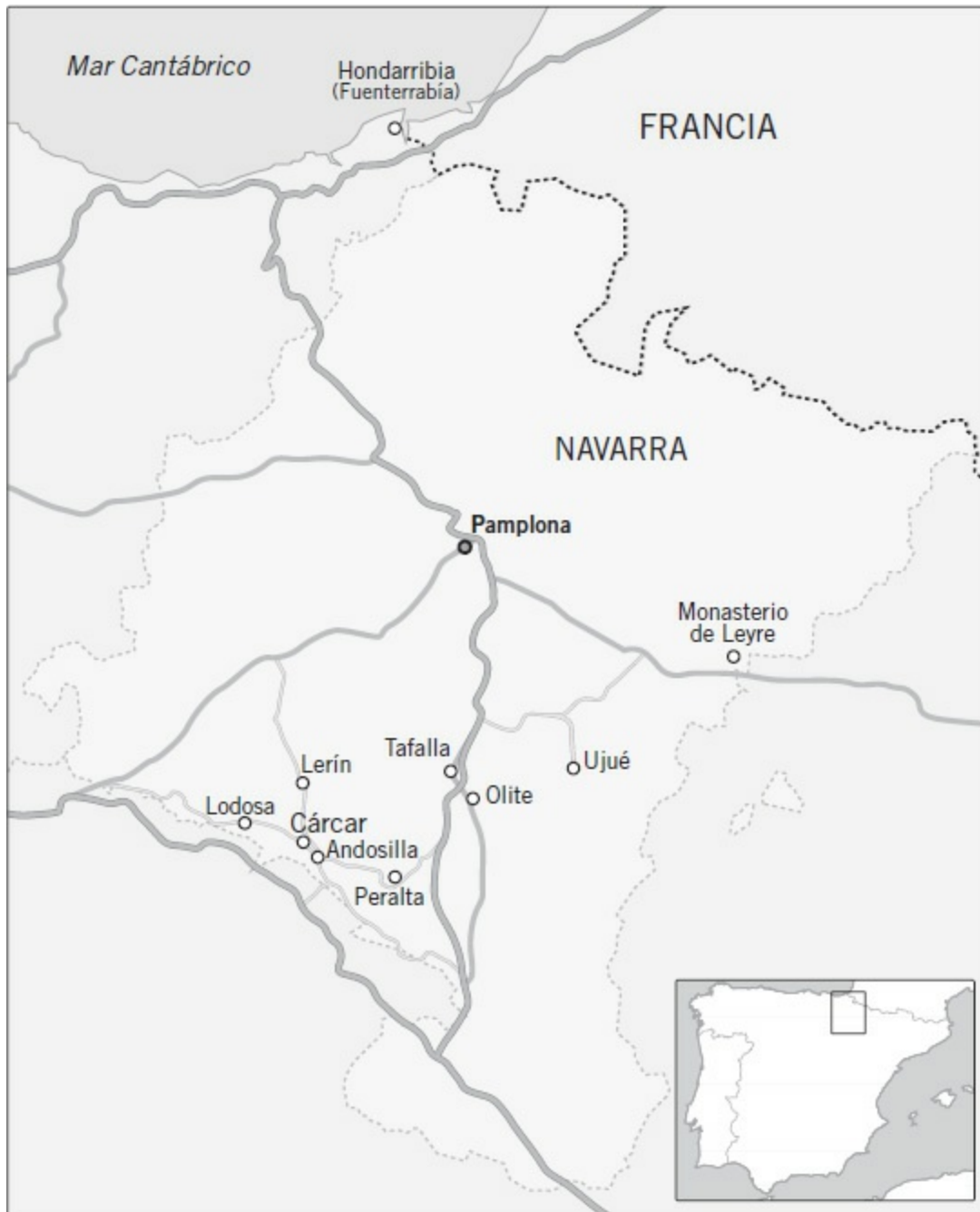


MAEVA

**SI TIENES UN CLUB DE LECTURA  
O QUIERES ORGANIZAR UNO EN NUESTRA WEB ENCONTRARÁS  
GUÍAS DE LECTURA DE ALGUNOS DE NUESTROS TÍTULOS  
[HTTP://WWW.MAEVA.ES/GUIAS/LECTURA](http://www.maeva.es/guias/lectura)**

Cubierta  
ESCENARIOS DE LA NOVELA  
Glosario de personajes  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
Agradecimientos  
Créditos  
Notas





## Glosario de personajes

**Rebeca Turumbay:** profesora universitaria y empleada de la Fundación Gala-Salvador Dalí de Figueres. Llegó a Cárcar buscando sus raíces durante el verano de 2010. Es sobrina segunda de Daniel el Gallardo.

**Víctor Yoldi:** periodista de Cárcar que trabaja para el *Diario de Navarra*. Ahora vive en Pamplona y se verá una vez más inmerso en una investigación junto a Rebeca Turumbay.

**Daniel González el Gallardo:** anciano irónico y arisco que vive en la residencia de Cárcar. Tiene un don natural para la pintura y es el único pariente vivo de Rebeca Turumbay.

**Anastasia Chalezquer:** anciana de carácter fuerte, aunque sensible, que también vive en la residencia. Compañera sentimental de Daniel el Gallardo.

**Patricio el Gitano:** amigo de Daniel y compañero de residencia. Primera persona de etnia gitana que se instaló en Cárcar.

**Marcelo Agreda:** amigo y compañero de Daniel, Anastasia y Patricio en la residencia. Padece demencia senil y siempre está cantando y recitando refranes y dichos del pueblo.

**Cristina Zudaire:** la joven jefa de patología forense; se verá inmersa en la investigación que realizan Víctor y Rebeca.

**Don Gregorio:** antiguo cura de Cárcar, ya jubilado. Vive en la residencia de ancianos y está aquejado de cáncer.

**Don Veremundo:** abad del monasterio de Leyre.

**Don Ramiro:** párroco de Santa María de Ujué.

**Don Javier Ezpeleta:** deán de la catedral de Santa María la Real de Pamplona.

**Terencio Díaz de Rada Gambarte:** abogado contratado por el arzobispado. Un gigante que recuerda a Fernando Romay, el exjugador de baloncesto. Además, es primo del consejero Gambarte.

**Sebastián Gambarte Díaz de Rada:** consejero de la Diputación, descendiente de la ilustre familia Gambarte.

**Ramón Gómara Biurrún:** gestor del museo de la catedral de Pamplona.

Creyó escuchar el torpe caminar del padre Menni y su cuerpo se tensó al instante.

Apenas había pasado un día, pero Gastón García no paraba de dar vueltas y más vueltas a aquella disyuntiva. ¿Debía comunicar al señor obispo lo que había visto? Sabía de buena tinta que el padre Menni era la mano derecha de monseñor Pedro de Roda y que delatar al cura podía acarrearle más problemas que beneficios; pero para ser honestos, y él se tenía por una persona muy honesta, afanarse las monedas del obispo era un delito que debía ser castigado, o al menos tenido en cuenta. Podía darse el caso de que algún inocente cargara con la culpa del robo si él no decía lo que sabía. Pero aun así dudaba. Ojalá no lo hubiese visto, se decía preocupado.

El día anterior se había acercado a la casa del obispo para informar de la inminente conclusión de la obra. Un sirviente le indicó que aguardara y entornó la puerta, pero la hoja quedó a mitad de camino y le permitió ver lo que sucedía en dos de las tres habitaciones cuyas puertas estaban dispuestas frente a la de entrada. El obispo se hallaba en la habitación cerrada. Una de las otras dos estaba vacía y la tercera... La tercera era el lugar privado del obispo, donde rezaba y tomaba decisiones, donde recibía visitas importantes y donde, al parecer, guardaba preciosos tesoros y valiosas monedas. En esa habitación el padre Menni estaba robando, hurtando, afanando bienes ajenos... Había muchos modos de decirlo pero tan solo una interpretación posible. Sus miradas se cruzaron un segundo justo cuando el contrahecho hombrecillo se amarraba la saca a la cintura por debajo de la sotana. El sacerdote no podía estar seguro de cuánto había visto el arquitecto desde la puerta de la calle, pero podía sospechar que, si llevaba allí unos instantes, lo había pillado in fraganti. Gastón García quedó demasiado impresionado, completamente sorprendido por la mezquindad del sacerdote como para denunciar su oprobio en ese momento.

El obispo lo mandó pasar a la habitación que se había mantenido cerrada hasta entonces. Gastón García comunicó la buena noticia y el obispo le prometió que al día siguiente recibiría su retribución tal y como habían acordado en un principio. Como muestra de gratitud le entregó una moneda de oro que sacó de un bolsillo oculto de su sotana.

La Santa Madre Iglesia valoraba su capacidad para llevar a cabo las construcciones con el menor número de bajas y sin salirse del presupuesto. Gastón García cumplía, hablaba poco y trabajaba duro. Así era como siempre lo había hecho su padre, y antes de este, el padre de su padre. Los gruesos muros de una vara de ancho harían que ni el frío ni el calor irrumpieran en el recinto. El techo abovedado, igual que la única ventana. Arcos de medio punto, como mandaban los cánones de la época. La construcción, que era su vida igual que había sido la de sus antepasados, evolucionaba tan rápido que apenas había tiempo para la autocomplacencia. Era necesario adoptar los nuevos métodos, las nuevas corrientes. Si no, se quedaría atrás y eso significaría perder el sustento diario.

Apenas un día después del saqueo, mientras esperaba la llegada de su paga, Gastón García daba los últimos retoques a aquella estancia que en muy poco tiempo se destinaría al culto. El sonido de los pasos fue creciendo hasta que el cura estuvo a su lado, escoltado por tres hombres a los que nunca antes había visto. Hombres rudos que lo miraban con desconfianza.

–Ave María Purísima –saludó el sacerdote.

–Sin pecado concebida –respondió el constructor con un nudo en la garganta. Aquella visita no podía significar nada bueno.

El padre Menni se manejaba con dificultad a causa de sus piernas asimétricas, una medio palmo más larga que la otra. Una cuña de madera atada al pie de la pierna corta le ayudaba a andar pero no impedía su aparatosa cojera. Así pues, se acercó con su habitual torpeza hasta casi rozar el oído del constructor y habló en un susurro:

–Vengo a darle la extremaunción.

Gastón García no tuvo ocasión de protestar. El miedo se apoderó de él mientras los tres hombres lo agarraban de los brazos, le metían una mugrienta tela de saco en la boca y le ajustaban a las muñecas unos grilletes unidos a unas gruesas cadenas. Lo arrastraron hasta un pequeño entrante en uno de los muros y dos de los hombres clavaron los grilletes a la pared mientras el tercero, el más fuerte, lo sujetaba. Trató de zafarse, opuso resistencia, pero no había nada que hacer: uno solo de esos hombres ya era el doble de fuerte que él. Después repitieron el proceso con los tobillos. Estaba aterrado pues comprendía que era su fin. «Vengo a darle la extremaunción», había dicho el sacerdote. Así que iban a matarlo, pero... ¿cómo?

Enseguida lo supo. Los tres hombres desaparecieron durante unos segundos para aparecer de nuevo acarreado piedras. Las mismas que él usaba para construir. Las mismas que comenzaron a colocar frente a él creando un diminuto espacio en torno a su cuerpo.

El padre Menni se acercó con sigilo y descubrió un pequeño recipiente que contenía el Santo Óleo. Gastón García no podía hablar. No podía gritar ni moverse. Los ojos fuera de las órbitas, incrédulo ante aquella situación descabellada y cruel. Su mujer estaría preparando la comida en ese momento, una comida que nunca llegaría a probar. Lo esperaría paciente hasta bien entrada la tarde, después acudiría en su busca y la noche caería sobre ella sin noticias de su amado esposo. ¡Y sus tres hijos! Gimió. Tan pequeños todavía... Se le llenaron los ojos de lágrimas. No lloraba por él, sino por su familia, que a partir de ese día quedaba indefensa.

El muro frente a él crecía con rapidez. El destartado cura colocó su mano derecha en la frente de Gastón García y dibujó la señal de la cruz por tres veces.

–Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu agonía. Amén.

Para entonces el muro ya le llegaba al pecho.

El padre Menni recogió el Óleo y con lentos movimientos metió la mano en un bolsillo oculto de su sotana. Sacó tres monedas que repartió entre los tres hombres. Un último pensamiento lúcido en la mente de Gastón García: aquellas monedas debían pertenecer, sin duda, al obispo Pedro de Roda.

El sacerdote se marchó como había llegado, con los pasos irregulares sobre el suelo de madera tosca de la capilla que Gastón García había construido.

Se adentró en el aula tomando aire para darse ánimo. Reinaba el habitual ambiente de confusión y ruido que precedía siempre al comienzo de las clases. Introdujo el *pendrive* en el ordenador y esperó a que el icono apareciera en el proyector. La primera diapositiva se visualizó con perfecta nitidez. Se volvió entonces hacia sus alumnos. El silencio fue absoluto.

–Buenos días a todos. Tal como adelanté la semana pasada, a lo largo de las próximas clases hablaremos de tres pintores surrealistas: René Magritte, belga, Roberto Matta, chileno, y por supuesto Dalí. Comenzamos hoy por el primero de ellos, René Magritte. Nació en 1898...

–Perdone, ¿puede repetir los nombres? ¿Dalí era el verdadero nombre del pintor o un alias?

La profesora Turumbay fijó la vista en el chico que había formulado la pregunta. Después recorrió con la mirada el resto de la clase, deteniéndose brevemente en las caras de sus alumnos. Tenían dieciocho años, cursaban el primer año del grado de Historia del Arte, pero ¿justificaba eso tanta ignorancia?

Una mano se alzó tímidamente en un extremo de la segunda fila. Rebeca Turumbay hizo un gesto a la alumna animándola a responder. Una jovencita de aspecto reservado con unas grandes gafas de pasta de color negro dijo:

–Salvador Dalí y Domènech nació en Figueres, provincia de Girona, a principios de siglo, y murió en 1989. Es el más destacado representante del surrealismo en España y uno de los más importantes del mundo.

Toda la clase anotó apresuradamente los datos ofrecidos por su compañera como si la información aportada fuese la fórmula de la coca-cola.

Rebeca se sintió desolada, enfadada e impotente. ¿Por qué estudiaban arte aquellos chicos? No parecían tener ningún conocimiento previo, ni mostraban mayor interés en comprender su esencia; llevaba años constatándolo. Tan solo retenían datos que luego soltarían en los exámenes. Fechas, nombres, corrientes y características básicas. Nada de relacionar, nada de pensar, nada de meterse en la piel del artista, de comprender sus motivaciones, el mundo en el que vivió y cómo influyó en su obra. En cada curso podía encontrar a uno o dos alumnos verdaderamente interesados en su asignatura. Excepciones que no hacían sino confirmar la regla: no había interés en saber, tan solo en aprobar. Siempre había sido así, pero ahora le parecía quizá más lamentable. Seguramente era ella la que había cambiado, no los alumnos, pero eso no la hacía sentirse mejor.

El silencio en el aula se prolongó hasta que Rebeca reanudó la clase. Se paseó entre las filas de sillas con el entrecejo fruncido. Podía limitarse a aportar datos si eso era lo que querían. Si bien era cierto que tenía al menos una alumna a la que parecía interesar lo que tuviese que decir y merecía recibir una buena formación. Sospechaba que, a la larga, aquel bajo índice de interés no sería suficiente para continuar con su labor docente con la motivación y la actitud necesarias, pero en ese momento se obligó a sí misma a impartir una clase brillante para aquella alumna en particular. Volvió a tomar aire y se esforzó en ofrecer una imagen más relajada. Con la mirada fija en la joven de las gafas, retomó la explicación.

–La obra de Magritte se caracteriza por el uso de objetos cotidianos descontextualizados, con lo que otorga un nuevo significado a cosas que nos resultan familiares, creando un efecto de extrañeza. Esto se ha denominado realismo mágico, del que Magritte es el principal exponente. Además, creó versiones surrealistas de obras de arte célebres...



Pamplona, 22 de marzo de 2011

Encontraron el cuerpo el día 22, pero podía llevar varios días muerto. El mes de marzo estaba siendo muy lluvioso, uno de los más húmedos en muchos años. Pero de tormentas nada. Lluvia, lluvia y más lluvia. Había fallecido plácidamente en su cama. Bien tapado y con los brazos cruzados sobre el pecho, como si supiese cómo debía colocarse para quedar bien en la foto, meditaba don Javier Ezpeleta con la mirada fija en el cadáver de Lorenzo Goñi Sola, último campanero de Santa María la Real.

Cuando llegó el médico, el deán ya había recogido el sobre que en medio de aquel amasijo de trastos mugrientos resplandecía como un diamante en una cochiguera. La estancia estaba sucia tirando a indecente, pero a nadie le extrañó el estado de la casa del campanero. Aquel hombre debía rondar los cien años, bastante había hecho con vivir tanto tiempo allí solo. Su mujer había muerto hacía ya muchos años atravesada por un rayo. Lo normal, dadas las circunstancias. Lo que resultaba excepcional era que el último campanero de la catedral de Pamplona hubiese sobrevivido no a uno, sino a dos rayos. Algunos decían que eso no era cierto, que el prohombre había superado tres accidentes de esa naturaleza. Quizá la autopsia, si es que se llegaba a realizar, pudiera arrojar luz sobre ese asunto.

Y estaba el sobre. Don Javier Ezpeleta, deán de la catedral, lo abrió con sumo cuidado. En su interior, una cuartilla manuscrita con una caligrafía desigual efectuada por una mano temblorosa, artrítica seguramente, algo muy normal en un hombre tan mayor. Lo raro era que hubiese conseguido encadenar todas aquellas frases.

La idea de destruir aquel pedazo de papel pasó por la cabeza del deán una vez concluida su lectura. Y no solo pasó por su mente sino que permaneció en ella durante unos minutos, sabedor de que nadie esperaba ni esperaría jamás que aquel hombre tuviese en sus manos evitar o propiciar la debacle que él pensaba que podía desatarse si era verdad lo que allí se afirmaba. Tras darle muchas vueltas, decidió conservar el documento, que no era otra cosa que el testamento del campanero. En caso de ser cierto lo que el anciano declaraba, no había tiempo que perder, pues una vida podía estar en peligro si el asunto se demoraba. Mientras el médico analizaba el cadáver antes de su traslado, don Javier Ezpeleta se dirigió al sacristán de la catedral que, a la postre, era quien había encontrado el cuerpo sin vida del campanero. El hombre no hizo sino encogerse de hombros una y otra vez, pues él no sabía nada de una capilla secreta. Así pues, don Javier Ezpeleta instó al sacristán a acompañarlo en aquella pequeña excursión con el mapa de Lorenzo Goñi en la mano.

Recorrieron distintos pasillos, dependencias y escaleras desde la casa del campanero, situada en la torre norte, muy cerca del lugar donde pendía la campana María, la mayor en uso de todas las catedrales de España. Llegaron al claustro gótico, la joya de la catedral, y tras caminar unos metros por uno de los laterales, lo abandonaron atravesando la puerta del arcedianato.

–Ni rastro de capilla secreta por ninguna parte –confirmó el sacristán algo inquieto al tiempo que se encaminaba nuevamente a la puerta de acceso al claustro.

Pero don Javier Ezpeleta no se movió del sitio. Si había una capilla oculta, él la encontraría. Observó el plano con detenimiento, después hizo lo propio con las paredes que lo rodeaban. Repitió aquella operación una y otra vez, girando el papel, moviendo su cuerpo a derecha e izquierda... Hasta que por fin la vio. Estaba más alta de lo que cabía esperar pero bien podía tratarse de una entrada. Levantó el brazo para comprobar el estado de aquel cemento que cerraba lo que parecía haber sido una ventana o quizá una puerta pequeña. Así pues, se giró hacia el sacristán con mirada interrogante, a lo que el hombre respondió con un nuevo encogimiento de hombros y una ojeada nerviosa a su reloj de muñeca.

–Tiene que haber otra entrada –especuló el deán–, no sé donde está, pero tiene que existir otro modo de acceder a ese espacio.

–Siento no ser de más ayuda, pero tengo prisa y no sé qué entrada busca ni a qué capilla secreta podría referirse nuestro pobre Lorenzo que en gloria esté.

–En el plano queda bastante claro que hay una capilla situada en este lugar –arguyó el deán señalando un punto en la pared–. Puede usted marcharse si tiene prisa, yo seguiré buscando.

–No veo la razón. Lorenzo era un anciano loco que estuvo aislado del mundo gran parte de su vida. Dar crédito a esta sandez no parece muy razonable.

–Seré yo quien se encargue de esa sandez –zanjó tajante el sacerdote–. Gracias por su ayuda.

El sacristán frunció el ceño, salió por la puerta del arcedianato y se marchó presuroso por el claustro.

Por más vueltas que dio, no logró encontrar ni puertas secretas, ni capillas, ni señales de nada detrás de ningún muro. Estaba exhausto, decaído y frustrado. En fin, ahí terminaba la búsqueda. No podía hacer más. Tal vez el sacristán tuviese razón y el pobre campanero no fuese más que un anciano trastornado a causa de los rayos y la soledad. Así que se acercó a la balaustrada del claustro y dirigió la mirada por última vez a aquella especie de ventana tapiada.

Se había alejado unos metros cuando un gruñido apagado le hizo detenerse. Podía ser cualquier cosa, un eco lejano, un crujido... Dio unos cuantos pasos más y enseguida volvió a escuchar aquel sonido. Nuevamente inmóvil, percibió el ruido de modo más claro. Observó la ventana tapiada. Algún ratón atrapado entre los muros, caviló el deán tratando de ser razonable, pues la otra opción era sencillamente espeluznante.

Pamplona, 4 de abril de 2011

El arquitecto de la institución Príncipe de Viana había recibido el encargo hacía ya dos semanas, pero los trámites previos, los permisos y demás problemas burocráticos que había que solucionar eran numerosos. Le costó Dios y ayuda conseguir el permiso para picar aquella pared, y cuando lo obtuvo sintió que estaba profanando un lugar sagrado; pero si ciertamente existía entre esos muros una capilla oculta y quizá alguien encerrado en ella, tenían una obligación moral para con ambos.

A las diez de la mañana abrían un hueco en lo que parecía ser una puerta tapiada a más de dos metros de altura. Tan solo el deán de la catedral, Javier Ezpeleta, el arquitecto de Príncipe de Viana y el sacristán se internaron en aquel agujero. A través de una estrecha escalera entre muros, subieron al menos dos pisos hasta llegar a una pequeña puerta de apenas metro y medio, que era claramente muy antigua, pero estaba en un estado bastante aceptable. A las diez y media, el arquitecto posaba su mano sobre la manilla de hierro que les permitiría franquear la entrada. Abrió la puerta y enfocó con la potente linterna. Antes de poder procesar ninguna imagen, sintieron el hedor dulzón de la muerte.

Figueres, 6 de abril de 2011

—Hemos recibido una petición de la catedral de Pamplona —comenzó Hugo Castells—. De entrada, la pieza es expertizable. Se trata de un óleo de tamaño medio recientemente encontrado en algún rincón, o eso es lo que yo he entendido; en realidad es lo de menos.

La mención de Pamplona removió algo dentro de su cuerpo cuya naturaleza no consiguió identificar en ese instante. Aquella mañana, Rebeca Turumbay se levantó con la incómoda sensación de que no iba a ser un gran día. Un lunes plomizo la recibió al salir a la calle y enseguida comenzó a caer una fina lluvia que, según la previsión meteorológica, los acompañaría tímida pero constantemente durante varias jornadas. A punto de cumplirse un año de la muerte de su madre, su estado de ánimo se asemejaba bastante al color de ese cielo sucio. Se sentía más sola que nunca. Tras los sucesos del verano pasado en Cárcar, echaba de menos a su tío Daniel y a sus amigos de la residencia. A Micaela y..., ¿por qué no admitirlo?, a Víctor. Llamaba con frecuencia a la residencia Virgen de Gracia para interesarse por el Gallardo, Anastasia, Patricio el Gitano y Marcelo. También había hablado varias veces con Micaela, la dueña de la casa rural donde se alojara durante sus vacaciones. Y sin embargo, no había regresado al pueblo. Estuvo a punto de hacerlo en Navidad, pero no fue capaz. Ya tenía la maleta preparada cuando cambió de idea y volvió a deshacerla. Ese pequeño pueblo de Cárcar había calado en su piel de un modo inesperado, y sin poderlo remediar se sentía una persona diferente. Diferente sí, se decía a menudo, pero igual de cobarde. La perspectiva de un encuentro con Víctor Yoldi hacía que se le encogiera el estómago. A medida que fueron pasando los días, las semanas y los meses, fue viendo con perspectiva todo lo que habían vivido juntos durante aquel mes de julio en Cárcar, y eso fue perfilando en su mente una imagen del periodista de provincias muy distinta a la que se había forjado en un primer momento. Y ahí precisamente radicaba el problema. Sabía que Víctor se sentía atraído por ella, al menos así lo percibió entonces, pero Rebeca no quería una relación a distancia, ese tipo de aventura estaba abocada al fracaso.

—Ha llamado el gestor del Museo Catedralicio y le he explicado todo el proceso que seguimos hasta decidir si la pieza es auténtica o no atribuible. Se ha comprometido a proporcionarnos la información que pueda recabar al respecto, aunque es posible que haya que indagar un poco, ya me entiendes. Creo que eres la persona idónea para encargarte de este asunto. Quiero que vayas personalmente a recoger la pieza y la traigas con la precaución que requiere. Y además..., bueno, eres veinticinco por ciento navarra y tal vez quieras aprovechar la ocasión para hacer una visita rápida a tu tío.

Rebeca se quedó paralizada. Aquello tenía que ser una broma.

—¿Te ocurre algo? Creía que te haría ilusión este encargo, por eso he pensado en ti precisamente.

Rebeca Turumbay se revolvió en la butaca tratando de evitar la mirada de su jefe. Al final no tuvo más remedio que afrontar la situación.

—Ese no es el protocolo.

—Ciertamente no. Pero no estoy pensando tanto en el traslado del óleo como en ti. La familia es importante.

Asintió muy seria mientras se acariciaba la nuca de un modo nervioso e inconsciente. Puede que el destino estuviese decidiendo por ella. Y después de todo, se dijo, que vaya a Navarra no significa que tenga que iniciar una relación. En cualquier caso, vería a su tío Daniel y al resto de sus amigos y eso era algo que, estaba segura, le iba a venir estupendamente a su maltrecho estado de ánimo. Necesitaba cariño. Esa era la realidad.

—Perdona. He sido poco considerado al no habértelo consultado antes. Lo que te ocurrió en la torre de la iglesia... En fin. Lo siento. Ahora veo que no es asunto mío.

—No es necesario que te disculpes, Hugo. Estoy bien. He estado evitando esa visita, pero creo que ya es hora de afrontar lo que ocurrió y pasar página. Mi tío Daniel y sus amigos estarán contentos de verme, seguro.

—Me alegra oírte decir eso. Tienes mi permiso para pasar algún día en Navarra si te parece conveniente...

—No creo que vaya a necesitar más de un par de días. Pero gracias.

Después de la breve reunión con su jefe ya no pudo concentrarse. Su mente había volado a Cárcar y allí se había quedado, atrapada entre la iglesia, el cementerio, la cuesta de la Peña Caída y el bar Jadai. Tras varias horas de infructuoso trabajo, decidió poner fin a su jornada laboral. Abandonó la Torre Galatea, sede de la Fundación, y se lanzó a la calle. Figueres estaba bastante animada ya en esas fechas, aunque no podía compararse con el bullicio que imperaba en el centro de la ciudad durante los meses de verano. Comenzó a caminar por las estrechas calles comerciales, mirando escaparates, a veces deteniéndose para observar alguna prenda con más atención. De repente, fue consciente de que no estaba en absoluto interesada en vestidos ni zapatos, que miraba sin ver y que ya no estaba allí, sino en Cárcar. Solo había una cosa que podía hacer.

«Una capilla del siglo XI en la catedral de Pamplona», así rezaba el titular del último artículo de Víctor Yoldi. Antes de este había escrito otro: «Fallece el último campanero de Santa María la Real». Pero era la noticia de la capilla la que más había despertado su curiosidad pues suponía todo un hallazgo cultural, y desde hacía unos cuantos meses su interés por la pintura y el arte religioso había aumentado considerablemente. Desde que conociera a Rebeca Turumbay, tuvo que reconocer. No se habían visto desde el verano anterior, aunque sabía que la joven llamaba con frecuencia a su tío Daniel para interesarse por él y por los otros tres ancianos. También había hablado con su madre, Micaela, en un par de ocasiones, y a él le había felicitado la Navidad. La joven tenía previsto visitar el pueblo en Navidades pero finalmente algún compromiso más interesante la había mantenido alejada de Cárcar. Así pues, apenas tenía relación alguna con la guapa Rebeca. Su vida se había vuelto tan insulsa desde que resolvieran el asunto de la cueva del Ángel Caído, que no había dudado en aceptar el puesto de periodista en plantilla en el *Diario de Navarra*. Llevaba ya varios meses viviendo en Pamplona. Por fin se había independizado, aunque volvía a Cárcar casi todos los fines de semana y cualquier día si necesitaba algo, pues su madre le preparaba comida y le hacía la colada religiosamente. Ahora llevaba una vida mucho más activa, cosa que era de gran ayuda para mantener la mente ocupada y olvidar a aquella chica tan culta y cosmopolita que parecía ver en él tan solo un pueblerino ignorante. Quizá era por eso por lo que inconscientemente había comenzado a interesarse por el arte. Puede que en su fuero interno esperase alcanzar el nivel cultural suficiente para estar a la altura de la profesora de universidad y empleada de la Fundación Dalí.

El día anterior había acudido a la catedral para cubrir la noticia del sorprendente hallazgo y en cierto modo aquella visita había removido algo en su interior, recordando la agresión a Rebeca en la torre de la iglesia de Cárcar o sus andanzas por la Peña Caída. Desde entonces todo había sido rutina en su vida. Las noticias que cubría no tenían mayor interés para él, que había llegado a informar sobre «Los crímenes de Cárcar» y «Las falsificaciones del Teatro-Museo Dalí».

De todas formas, existía algo en aquella historia de la catedral que no lograba encajar. Al parecer, el campanero había dejado una nota en la que se advertía de la existencia de una capilla románica del siglo XI oculta entre los muros. La pregunta era: ¿cómo sabía el campanero de aquella capilla? Y a raíz de esta surgía otra: ¿por qué había mantenido en secreto su existencia hasta el preciso momento de su muerte? Si algo había desarrollado Víctor Yoldi en aquellos últimos tiempos era su olfato, y le daba en la nariz que ahí había gato encerrado.

Durante la visita de los medios a la catedral, el sacristán y el responsable de comunicación les habían entregado un dossier con información detallada del descubrimiento, que incluía el plano correspondiente y todo lujo de explicaciones. Además, tuvieron ocasión de entrar en la citada capilla y fotografiar tanto su interior como el difícil acceso. A pesar de la atención que les dispensaron y la valiosa información que les ofrecieron, a Víctor le pareció que allí había preocupación más que complacencia, tensión más que contento. Aquellos hombres les estaban ocultando algo, pero ¿qué? La respuesta aún no estaba a su alcance y puede que nunca lo estuviera.

Víctor cree que aquel descubrimiento era una excusa tan buena como cualquier otra para hacer una llamada a su amiga, que por algo era profesora de arte. Cogió el teléfono, seleccionó el contacto, puso el dedo sobre la tecla y se detuvo. Nada tenía que ver aquella historia de la catedral con Rebeca, experta en Dalí y en arte contemporáneo. Saltó del sofá, se puso su ropa de deporte y salió zumbando a la fría tarde pamploñesa para su sesión diaria de *running*. Una hora cada día de la semana

durante los últimos seis meses. Nunca en su vida había estado en tan buena forma. Lástima que ella no estuviese allí para verlo.

Terencio Díaz de Rada se hallaba al final de su carrera. Contaba los días que le quedaban para la jubilación, y todo el tiempo libre del que disponía lo empleaba en preparar su retiro. No tenía mujer ni hijos, nada que lo atase a Pamplona. Tras unas largas vacaciones en las que tenía pensado recorrer las principales capitales europeas, su nueva vida de jubilado transcurriría en el pueblo de su familia, en la ribera del alto Ebro, a 75 kilómetros de Pamplona. Llevaba tiempo rehabilitando la antigua casona del siglo XVII, una casa de 380 metros cuadrados, con graneros, caballerizas, una enorme bodega subterránea, grandes habitaciones, oscuras alcobas, pasillos que rodeaban el perímetro de la casa, terrazas, varios salones e incluso una capilla en la que aún se conservaban algunos frescos. Como era un hombre mañoso, había trabajado duro reparando algunas piezas de madera, como armarios o pasamanos, pero había tantos rincones, tantos muebles y baúles, que había dejado gran parte de las tareas para cuando se trasladase a Cárcar definitivamente. Una vez allí, se dedicaría a la rehabilitación de la casa y a practicar la caza, amén de dar largos paseos y alternar con los vecinos. Apenas conocía a unas pocas personas en Cárcar, pues no quedándole familia allí, en contadas ocasiones había puesto los pies en el pueblo desde su más tierna infancia. Por el contrario, sí que era popular entre los carcareses residentes en Pamplona pues había representado a muchos de ellos y era conocido como «el abogado de Cárcar». Así pues, solo le quedaba la recta final, vender su piso de la calle Sancho el Fuerte y hacer la mudanza. Tan solo un año. Ese era el tiempo que lo separaba de su objetivo y no pensaba escatimar esfuerzos en lograrlo. Quería la jubilación y la quería ya. Bastante había tragado a lo largo de los años. Estaba bien relacionado, sí, pero quien había tenido que bregar con todo tipo de personas sin escrúpulos era él. Quien había tenido que abordar situaciones límite era él. Se había ganado lo que poseía y no dudaba ni por un momento de que, en este mundo hostil, el fin justifica los medios.

Conduciendo bajo la manta de agua que caía en ese instante, pisó a fondo el acelerador, se saltó un semáforo en ámbar y después tuvo que frenar bruscamente para no saltarse el siguiente semáforo en rojo. Llegó a su casa consciente de que en los próximos días podía recibir una carta de tráfico con una multa bien merecida. Tras liberarse de su ropa mojada se dirigió al mueble bar. Hacía años que no bebía, pero en ese momento necesitaba una copa. Agarró la botella de coñac y se sirvió una generosa cantidad en un vaso de cristal tallado que llevaba años esperando ser útil. Vació el contenido de un solo trago y enseguida su mente comenzó a pensar con cierta claridad. Que tenía contactos en las altas esferas navarras por pertenecer a una familia notable era de dominio público. Desde que uno de sus tíos fuese consejero de Economía y Hacienda, hacía ya unas décadas, varios de sus parientes se movían como pez en el agua tanto en la Cámara de Comercio como en la Diputación de Navarra e incluso en el arzobispado. Sin ir más lejos, la casa de su familia en Cárcar era conocida como «la casa de doña Paula», y allí iban a parar durante sus visitas al pueblo los presbíteros más importantes que pisaban la villa. Incluso el mismísimo arzobispo de Pamplona llegó a alojarse en su casa palacio hacía varios lustros. Sabía que era por esa cercanía con la iglesia y con los poderes políticos y económicos de Navarra por lo que gozaba de la confianza del arzobispado para llevar aquel caso tan peliagudo. Había servido a la Iglesia en numerosas ocasiones, pero aquello era un asunto de una envergadura tal, que se sentía de alguna manera superado. Si bien era cierto que él tenía disponibilidad absoluta dada su falta de obligaciones familiares y estaba más que dispuesto a complacer. Clavó la mirada en la botella durante unos instantes y finalmente se sirvió un segundo vaso. Se retrepó en el sillón de su mesa de trabajo y abrió el maletín donde le aguardaba el expediente de aquel delicado caso en el que se mezclaban capillas secretas, tesoros robados y un par de cadáveres.

Pamplona, 7 de abril de 2011

La siguiente nota de prensa que emitió el gestor del museo y responsable de comunicación de la catedral dejó a todo el mundo estupefacto. «Es mi deber comunicar que al mismo tiempo que fue descubierta la capilla románica entre los muros de la catedral de Santa María, se encontraron dos cadáveres, ambos de sexo masculino. Los cuerpos están siendo examinados en el Instituto Navarro de Medicina Legal. El arzobispado ha confiado el caso al abogado Terencio Díaz de Rada para cuantas acciones sean necesarias hasta que se esclarezcan los hechos.»

Victor Yoldi saltó de la silla y comenzó a dar vueltas alrededor de su mesa en la redacción del periódico. Pensaba mejor así. Tenían nada menos que dos cadáveres. A pesar de que los acontecimientos del verano le habían hecho ver el mundo de una manera mucho más cruda, aquella noticia había removido algo dentro de él. Prometía ser todo un escándalo, así que había que organizarse, se dijo. Volvió a su mesa y se sentó frente al ordenador. Tecléo el nombre del abogado en su buscador de Internet y sin pensarlo dos veces marcó en el teléfono el número que aparecía entre los datos del letrado. El hombre contestó enseguida y con la misma celeridad concertaron una entrevista. Víctor frunció el ceño, desconcertado. Sabía por experiencia que las cosas no suelen resultar tan fáciles.

Durante las cuatro horas de trayecto, Rebeca revivió en su mente cada uno de los golpes sufridos durante el verano: el navajazo en el vientre cuando caminaba con su casera Micaela por el mercadillo de Lodosa, la nota amenazadora junto a la puerta de la casa rural con la cruel amenaza: «Si no te marchas, el próximo funeral será el tuyo». El miedo que pasó bajando la cuesta de la Peña Caída, donde se hallaba la cueva del Ángel Caído. Víctor Yoldi y ella pasaron la tarde entera tratando de escapar de quien pretendía darles caza a escopetazos. Cómo habían bajado la peña a duras penas, a la tenue luz del ocaso. Víctor herido por su culpa, siempre protegiéndola. Y finalmente el terrible suceso de la torre de la iglesia, donde había corrido un gran peligro. Hasta que sus amigos Víctor, Daniel, Marcelo y Patricio aparecieron con la Policía Foral a tiempo para salvarle la vida. Y desde entonces sufría de unas intensas pesadillas, muestra del temor que la atenazaba: el miedo a morir sola. Al despertar, suspiraba aliviada al comprobar que seguía viva, sana y salva. Pero luego pensaba: sola.

Un cartel le indicó que entraba en Cárcar y su congoja se fue transformando en una vibrante emoción a cada metro que su Mini Cooper avanzaba hacia la iglesia. La carretera la llevaría hasta la plaza Mayor, a los pies de la iglesia de San Miguel, a pocos metros de la residencia donde vivían los cuatro ancianos: Marcelo Ágreda, un hombre con una fortaleza física fuera de lo común pero con una precaria salud mental; Patricio el Gitano, tan sosegado y ecuánime, el primero de su etnia que llegó a Cárcar hacía ya muchas décadas; su tío Daniel el Gallardo, con ese sorprendente talento para la pintura y con la más aún sorprendente capacidad para realizar copias perfectas de óleos de Dalí, los más difíciles de imitar. Por último, la única mujer: Anastasia Chalezquer, que se había convertido en novia formal de su tío a raíz de los acontecimientos del verano. Rebeca sonrió al evocar la romántica estampa de Daniel y Anastasia sobre el camello de la sala de Mae West en el Museo Dalí: ese beso, esa ternura. Ellos habían encontrado a quien amar a sus más de ochenta años. Y ella...

Decidió poner fin a esos pensamientos. La perspectiva de volver a abrazar a aquellos cuatro ancianos la llenó de dicha. No había avisado a nadie de su llegada, así que iba a ser toda una sorpresa verla aparecer en la residencia. Decidió subir en coche hasta la misma puerta. El fuerte cierzo que soplabla en esa zona, la más elevada del pueblo, la golpeó nada más apearse del vehículo. No vio a una sola persona en los jardines. Se aferró a su *blazer*, agarró el bolso y se encaminó al bar de los jubilados, situado en la planta baja del edificio.

—¡Benditos los ojos! —exclamó Daniel el Gallardo en cuanto la vio entrar.

Se levantó torpemente de la silla que ocupaba junto a Patricio el Gitano y Marcelo Ágreda y salvó a trompicones la distancia que lo separaba de su sobrina segunda.

A Rebeca se le amontonaron las lágrimas en los ojos. Se abrazaron durante unos instantes y a ambos se les templó el corazón con la cercanía de su único pariente vivo.

—En la tierra hay minas de oro y en el mar grandes caudales; y entre la tierra y el mar, no valen lo que tú vales.

Rebeca se desasí de su tío y abrazó con fuerza a Marcelo, que acababa de dedicarle un entrañable piropo.

—¿Y tú de quién eres, maja?

—Soy Rebeca, la catalana. Sobrina del Gallardo.

—Es verdad, creo que me suena tu cara. Hay que ver lo guapa que es tu sobrina, Gallardo.

Patricio el Gitano esperaba su turno para saludar a Rebeca. La abrazó con delicadeza y le dio sendos besos en las mejillas.

—Tenerte cerca es un regalo para unos viejos como nosotros. —Y aunque nadie vio brotar lágrima alguna de los ojillos del Gitano, este se llevó la mano a la cara en un intento de ocultar su emoción.

Daniel mandó a Marcelo en busca de Anastasia para que pudiese saludar a Rebeca lo antes posible. Aunque senil, su amigo tenía las mejores piernas de la residencia. Salió como una exhalación por la puerta y enseguida apareció de nuevo de la mano de la mujer.

—¡Virgen de Gracia! ¡Qué alegría verte de nuevo! —exclamó la anciana, y sus ojos grises como el metal adquirieron un brillo húmedo.

El moño apretado a la altura de la nuca, el cuerpo frágil, los movimientos pequeños, como ella; y sin embargo, tan fuerte. Rebeca la abrazó con afecto. Sabía de su fortaleza y también de su fragilidad. Toda una mujer y un ejemplo a seguir.

—¡Casilda! —ordenó el Gallardo a voz en grito—. Sácanos una ronda del mejor vermú que tengas, unas aceitunas, patatas... Lo que encuentres por ahí. Esto hay que celebrarlo.

—Ay, Casilda. Si yo te pillara... —suspiró Marcelo zalamero.

—Sabes bien que eso es imposible —replicó Patricio el Gitano sin alterar el gesto de su rostro, curtido por el sol y el tiempo.

—Es verdad. Burro viejo, albarda nueva... Rozadura segura.

—Y dime, maja —comenzó Daniel el Gallardo—. ¿Qué te trae por aquí? Aunque me alegro mucho de verte, dudo que hayas aparecido en el pueblo así, sin previo aviso, solo para darnos la sorpresa.

Rebeca obsequió a su tío con una deslumbrante sonrisa en sus ojos color miel. El Gallardo mantenía su atractivo a pesar de los años. La perlada cabellera bien peinada, las camisas siempre blancas, su excepcional parecido con Cary Grant y ese carácter entre seductor y desabrido, hacían de él un galán en su madurez. Esbozó una sonrisa tímida antes de responder:

—Es cierto. He venido por trabajo.

—¿Cómo es eso? —se extrañó Anastasia, aferrada a la mano del Gallardo.

—Veréis, al parecer, se ha encontrado un Dalí en la catedral de Pamplona y quieren autentificarlo. Por eso estoy aquí. He preferido pasar a saludaros antes de marchar para Pamplona ya que lo más probable es que mi viaje sea breve; solo coger el cuadro y volver a Figueras para llevarlo a la Fundación.

Los cuatro ancianos se quedaron mudos. Patricio el Gitano se quitó la boina, la sacudió como si la culpa de todos los males del mundo fuese cosa de tan inocente complemento y luego volvió a colocársela sobre la cabeza. Casilda llegó con las consumiciones y todos se lanzaron a por las viandas. Todos excepto Daniel, que permaneció inmóvil, con la mirada perdida.

—¿Estás bien, Daniel? —se preocupó Anastasia apretando con fuerza la mano que atesoraba en su regazo.

El Gallardo tardó en reaccionar. Después se dirigió a Rebeca:

—¿Sabes de qué obra de Dalí se trata?

—Sí, es un autorretrato de su infancia en Cadaqués titulado *El niño enfermo*.

—Ya... —dijo Daniel tras unos segundos.

Cogió el vaso de Martini rojo que Casilda le había preparado y se dispuso a hablar antes de dar el primer sorbo. Se detuvo. Cambió de idea y bebió hasta acabárselo. Marcelo no paraba de comer mientras Patricio y Anastasia no apartaban la vista de Daniel.

–No has debido beber el vermú tan rápido. Puede hacerte daño.

–A nuestra edad, ya nada nos hace daño, Anastasia. No sufras tanto –repuso Daniel liberando la mano de la de su compañera.

Extrañada por la reacción de su tío, Rebeca preguntó:

–¿Conoce usted el cuadro, Daniel?

El Gallardo carraspeó varias veces, fingió un acceso de tos y finalmente respondió:

–No sé. No creo.

–Aparece Dalí de niño, sentado a una mesa con el mar de fondo, dos barcos de vela y una jaula con un pájaro en el extremo superior izquierdo. Fue su primer autorretrato, pintado a la edad de diez años.

–Ya te digo que no creo –fue toda su respuesta.

Después se levantó de la silla, agarró con fuerza su bastón y se dirigió con pequeños pasos a la barra para pedirle a Casilda un vaso de agua. Lo bebió de un trago sin apartar la vista de la puerta. Finalmente dio un puñetazo en la barra y volvió a la mesa.

–¿Cuándo te marchas para Pamplona? Podrías quedarte unos días aquí. Habla con Micaela si quieres, pero si la casa rural no está disponible, puedes quedarte en la mía. Ya nos encargaríamos de ayudarte a limpiarla y encender la caldera.

–Se lo agradezco, Daniel, pero no puedo, solamente he pasado para saludarlos. Me voy ahora mismo. El deber me llama.

–¿Igual en Semana Santa...? –insistió esperanzado–. Está a la vuelta de la esquina...

Rebeca se dio cuenta de que era eso lo que quería, lo que de verdad ansiaba. Tan solo temía una cosa: si aceptaba la invitación, después le iba a costar aún más decirles adiós.

–No sé... –dijo al fin con los ojos anegados en lágrimas. Desvió la mirada para contener el fluido dentro de sus límites y concedió–: Lo pensaré.

–¡Bravo, bravo y bravo! –celebró Marcelo batiendo palmas.

Anastasia y Daniel asintieron con la cabeza mientras que el Gitano hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa. La reunión terminó de esa manera. Rebeca se despidió de todos con besos y abrazos y salió del bar.

–Espera, espera –la detuvo Daniel el Gallardo ya en la puerta–. Te acompaño al coche.

Anduvieron los pocos metros que los separaban del Mini Cooper de Rebeca agarrados del brazo, caminando despacio para que el anciano no se sofocase demasiado.

–Daniel –comenzó Rebeca con voz dulce–, ¿hay algo que quiera contarme?

El hombre se detuvo y miró al suelo. Después buscó los ojos de Rebeca. Sonrió levemente antes de responder:

–Nada, maja. Pero ten cuidado.

–¿Por qué?

–Porque es muy raro encontrar un Dalí oculto donde quiera que haya aparecido. No te entretengas demasiado en Pamplona. Vuelve a Figueres con el cuadro y luego ven a vernos. Es lo mejor que puedes hacer.

–Parece que usted sabe algo que no quiere compartir conmigo.

–Las cosas a veces no son lo que parecen y otras, en cambio, son exactamente eso.

De camino a Pamplona, las últimas palabras del Gallardo hacían cabriolas y saltos mortales en su cabeza sin encontrar un buen asidero. Como siempre, su tío hablaba de un modo que daba lugar a más dudas que certezas y, visto que era un hombre que callaba más que decía, no esperaba que aquello fuese el preludio de nada bueno. Llegó a la capital navarra a la hora de comer y, aunque se lo pensó dos veces antes de decidirse, finalmente hizo lo que creía más razonable dada la situación.

Quedaron en verse en un bar de la plaza de Yamaguchi. Rebeca llegó antes y optó por esperar sentada en una mesa para dos mientras tomaba un vermú, lo mismo que sus amigos de la residencia. En su fuero interno esperaba que esa dosis de alcohol le diese presencia de ánimo para el ahora ya inevitable encuentro con Víctor Yoldi. Cuando vio al joven atravesar el umbral del bar, su cuerpo se estremeció.

–Hola, Rebeca, me alegro mucho de verte –dijo el recién llegado con voz calmada mientras se acercaba a ella para saludarla con sendos besos en las mejillas–. ¿Qué te trae por la vieja Pamplona?

–Nos han encargado una peritación y vengo personalmente a recoger la pieza. No podía pasar por Pamplona sin llamarte.

–Por supuesto. Ha sido un detalle. Te veo estupenda.

–Tú también estás muy bien –carraspeó nerviosa, y preguntó–: ¿Pedimos? Lo cierto es que a mí no me esperan hasta mañana, pero tú eres un hombre ocupado, ¿no es así?

–Ese soy yo. Un tío ocupado –afirmó Víctor con media sonrisa burlona en el rostro.

El abogado Terencio Díaz de Rada había analizado aquellos papeles desde todos los puntos de vista y su desasosiego no había hecho sino incrementarse. A falta de los datos de las autopsias, se sabía que uno de los dos cadáveres correspondía a un joven de unos treinta y tantos años, fallecido recientemente, quizá pocos días antes de ser descubierto. El otro, por el contrario, llevaba siglos allí. Se trataba también de un varón. Después estaba el cuadro que habían encontrado apoyado en una de las paredes; completamente fuera de contexto, extemporáneo e insólito. ¿Qué demonios hacía allí un cuadro de Dalí? No es que él tuviese ningún interés en el arte, pero aquello era muy raro. Y por si eso fuese poco, los nombres. Suerte que el sacristán tomó la precaución de borrarlos con el pie antes de que la Policía tuviese oportunidad de verlos. El hombre los había memorizado y ahora tocaba hacerse cargo de aquellos tres pájaros. Porque había un problema mucho mayor que todo lo que había aparecido en esa bendita capilla de los demonios; el mayor problema no eran los dos cadáveres ni el cuadro de Dalí, el verdadero problema era lo que *no* se había encontrado. Había personas que podían sacar una evidente conclusión de aquella ausencia. Lo que no estaba demostraba que alguien era cómplice. Que alguien sabía. Y eso era muy muy peligroso.

Sonó el teléfono y Terencio Díaz de Rada dio un respingo.

–¿Dígame?

El abogado permaneció a la escucha. La voz al otro lado de la línea habló de un modo claro y conciso. Después colgó. Al parecer, la urgencia era mayor de lo que había pensado en un principio. Aún no sabía por qué, pero ya se enteraría. De momento debía concentrarse en cumplir órdenes. Inspiró profundamente. Realizó una breve consulta en Google Maps, tomó las llaves del coche y el maletín y salió de su apartamento.

La conversación resultó algo torpe los primeros minutos, ninguno de los dos sabía bien qué decir o adónde mirar. No iban a tocar el tema de las relaciones sentimentales, ni a preguntar si el otro salía con alguien. Con el tiempo, Víctor había aprendido a controlar sus emociones, así no había riesgo de rechazo. Por su parte, Rebeca temía mostrar la verdadera naturaleza de sus sentimientos hacia él. Se interesó por su trabajo en el diario y sus nuevas rutinas en Pamplona. Hablaron de los ancianos, de Micaela... No hicieron alusión a los momentos vividos durante el verano, ese era terreno minado para ambos. Ya con el café en la mesa, Víctor comprobó la hora en su reloj.

–Siento decir esto, pero tengo que irme.

–Vaya –respondió Rebeca con un punto de decepción en el rostro–. Siento que nuestro encuentro haya sido tan breve.

–Voy muy cerca de aquí para hablar con una persona. Puedes acompañarme si quieres.

Víctor pagó la cuenta y Rebeca se dejó guiar hasta el Peugeot aparcado justo frente al local. Se acomodaron en silencio dentro del vehículo, Víctor arrancó y apenas transcurrió un minuto hasta que volvió a detenerse a pocas manzanas de la plaza donde habían comido.

–En realidad podíamos haber venido andando, pero en el coche llevo la grabadora, el portátil... En fin, cosas que necesito. Mi coche es mi oficina –añadió guiñándole un ojo–. Desde esta calle no hay pérdida posible para ir al centro cruzando la ciudadela. Creo que disfrutarás del paseo.

–Me ha gustado mucho verte hoy, Víctor –dijo Rebeca mientras se liberaba del cinturón de seguridad–. Quizá no tardemos demasiado en volver a vernos, estoy considerando visitar el pueblo durante la Semana Santa. Aún no es seguro.

Pero Víctor no la escuchaba. Tenía la mirada fija en el número 67 de la calle Sancho el Fuerte frente al que estaban aparcados. Rebeca, extrañada por su falta de atención, dirigió la vista hacia el mismo punto que su acompañante. Un hombre llamativamente alto y fuerte salía del portal con la gabardina bien abotonada y un maletín de piel bajo el brazo. Accionó la apertura de un Audi gris oscuro estacionado a pocos metros del coche de Víctor y escrutó la calle a derecha e izquierda antes de introducirse en él.

–¿De qué conoces al primo de Fernando Romay?

Víctor celebró su ironía con una sonrisa y respondió:

–Tenía una cita confirmada con ese hombre ahora mismo. No nos conocemos personalmente pero hemos coincidido varias veces en los juzgados. Él es abogado y yo cubro los juicios.

–Pues me temo que te has quedado sin entrevista –opinó Rebeca.

Víctor frunció el ceño y puso la mano en la llave de contacto.

–¿Qué ocurre?

–No lo sé. Quizá nada, pero voy a averiguarlo. Abróchate el cinturón.

Arrancó el motor y esperó a ver el Audi enfilar la calle antes de maniobrar para salir tras él.

Terminada la hora de la comida en la residencia Virgen de Gracia de Cárcar, la mayoría de los ancianos se dirigieron a sus respectivas habitaciones para dormir la siesta. Durante el rato que compartieron mesa, ni Patricio el Gitano, ni Marcelo Ágreda, y mucho menos Anastasia Chalezquer, quisieron molestar al desabrido Gallardo, pues interpretaron que aquella cara tan larga se debía a la pena de ver marchar a su sobrina a los pocos minutos de aparecer. Así pues, fueron todos a sus respectivos dormitorios mientras Daniel se encaminaba hacia la calle.

–Deberías ponerte la cazadora –le aconsejó Anastasia–. El aire viene frío y no estás para cogerte una gripe.

El Gallardo se giró, lanzó un beso al aire en dirección a Anastasia y encadenó sus pasos inseguros hacia los jardines de la residencia. Tenía bastón y tabaco. No necesitaba más. Se dirigió al monte San Pedro luchando contra el cierzo que en ese tramo soplabla siempre con la fuerza de un tornado. Llegó a su refugio favorito y se sentó al abrigo del pequeño monte. Una vez allí trató de calmar sus artríticas manos para poder sacar un cigarro del paquete que llevaba en el bolsillo de su camisa y darse lumbre. Tardó un buen par de minutos en lograrlo. No había vuelto a fumar desde el verano pasado, cuando la nieta de Ángel Turumbay, su sobrina segunda, llegó al pueblo buscando la pista de sus antepasados. Esa joven tenía el don de fastidiarle la vida. Con lo poco que debía de quedarle en este mundo, con lo que él había

llegado a apreciar a la guapa Rebeca... ¿Por qué demonstre tenía que ir tras él como un sabueso? Inspiró profundamente y dejó que el humo inundara sus pulmones. El acceso de tos hizo que le llorasen los ojos. Lo pensó mucho, pero finalmente tiró el cigarro y lo pisó con saña para apagarlo bien. Clavó el bastón con energía en el suelo de tierra húmeda. Si aquella chica persistía en seguir removiendo el pasado, él iba a tardar menos de lo que se tarda en rezar el rosario en dar con sus huesos en la tumba.



Víctor mostró su sorpresa cuando el Audi del abogado Terencio Díaz de Rada se adentró en las estrechas e intrincadas calles de la pequeña villa de Ujué. Por la dirección del coche al que iban siguiendo, el periodista había supuesto que se dirigiría a Tafalla o bien a Olite, para visitar a algún cliente. No es que no pudiese haber un cliente que visitar en un pueblo de doscientos habitantes, explicó a Rebeca, pero no dejaba de ser extraño que allí se encontrara uno de los tres tesoros del románico de la Comunidad Foral, además de la capilla recién hallada y el complejo de Leyre. Podía ser paranoia suya, pero hacía tiempo que había dejado de creer en las casualidades.

A Rebeca, las empinadas cuestas de Ujué le recordaron a Cárcar, aunque ese era posiblemente el único parecido con aquel pueblo medieval, muy pequeño y bien cuidado. El Audi circulaba por las estrechas callejuelas a una velocidad ridícula dado su gran tamaño, razón por la cual Víctor aparcó su coche para poder seguir al abogado a pie y no llamar demasiado la atención. Rebeca no había abierto la boca durante los últimos kilómetros, pero aquella correría empezaba a ponerla nerviosa.

–Seguro que te va a encantar esta visita. Es un pueblo maravilloso. Además de las calles medievales y las preciosas vistas, lo más interesante es el santuario-fortaleza de Santa María, que además cuenta con una bonita leyenda.

–¿Desde cuándo eres un entendido en arte? –inquirió Rebeca tratando de no rezagarse demasiado.

Al empedrado de la calle había que añadir la pendiente de las cuestas, salpicadas por escaleras apenas perceptibles que hacían que casi se torciera los tobillos a cada paso que daba, una vez más víctima de sus tacones. No había un alma por la calle, tan solo ellos y el coche que los precedía.

El Audi paró en la plaza, al pie del santuario. Víctor se detuvo antes de doblar la última esquina. Miró con disimulo, oculto tras el muro de piedra, y volvió a esconderse. Sonrió a la joven y comenzó a hablar en un susurro:

–La leyenda dice que, mientras cuidaba de su rebaño, un pastor vio a una paloma que entraba y salía del hueco de una roca. Sintió curiosidad y se acercó a echar un vistazo. Resulta que en el agujero había una imagen de la Virgen. Los vecinos del pueblo le construyeron una iglesia. Y este es el resultado.

Volvió a asomarse.

–Debo decir que no dejas de sorprenderme –señaló Rebeca.

Y era completamente cierto. Llevaba todo el camino evaluando a Víctor, admirándolo en cierta forma por su determinación, por lo que había hecho por ella en el pasado y por la seguridad que continuaba mostrando en el momento actual. Además, lo encontraba sumamente atractivo. Atlético, pero sin pasarse, no como los adictos al gimnasio que veía a veces por la calle. En Víctor, todo era natural. Se notaba que era un sencillo chico de pueblo, pero no era ni de lejos el palurdo que ella se había empeñado en ver nada más conocerlo.

Víctor la mandó callar con un gesto. Esperó. Finalmente la agarró de la mano y tiró de ella hacia delante. Ante sus ojos apareció majestuosa la iglesia.

–Ha subido la rampa hacia la entrada. Supongo que busca al cura.

–¿Qué te lleva a pensar que ese hombre va buscando a alguien? Puede que tenga una especial devoción por esta iglesia. –Víctor se acercó sigilosamente a la fachada de la supuesta casa del cura–. Ese hombre es el abogado contratado por el arzobispado para llevar el caso de la capilla románica, en la que, además, había dos cadáveres.

–¿De qué me estás hablando? –exclamó Rebeca muy seria.

–Hace unos días se descubrió la existencia de una capilla del siglo XI oculta entre los muros de la catedral de Pamplona.

Rebeca palideció.

–Pareces mareada. Será mejor que te sientes.

Pero la joven se quedó inmóvil. Después fijó su mirada en los oscuros ojos de Víctor.

–Antes he comentado que mi viaje a Pamplona se debía al encargo de autenticación. Pues bien, el Dalí que hay que peritar ha debido de aparecer en algún rincón oculto de la catedral.

El silencio en la pequeña villa medieval se hizo atronador.

Permanecieron callados unos instantes, valorando la información que acababan de compartir. Rebeca sintió que le flojeaban las piernas y se apoyó contra el muro de piedra.

–¿Estás bien?

Asintió, a pesar de sentirse definitivamente muy mal. Allí había un turbio caso en el que ella, una vez más, iba a verse involucrada. Por un lado, por culpa de Hugo Castells, que la había mandado a recoger el Dalí, y por otro, por culpa de su tío Daniel, quien de alguna manera tenía algo que ver con ese cuadro. Eso era lo peor. Ella podía recoger el cuadro y largarse, pero si su tío tenía algo que ver con el asunto... ¿Cómo iba a abandonarlo a su suerte? ¡Era un anciano, era su tío y había dos cadáveres en aquella ecuación!

Levantó la cabeza cuando sintió que la sangre volvía a circular por sus venas. Hizo un gesto a Víctor y se acercó a la puerta de la casa parroquial. Estaba cerrada y las ventanas eran demasiado altas para poder ver u oír algo. Permanecieron en silencio frente a la fachada de piedra, sintiendo que la frustración empezaba a hacer mella en ellos, pero la sensación duró poco, lo que tardaron en percibir unas voces lejanas. Se aproximaron a la puerta abierta de la iglesia y después a la puerta del paso de ronda. Se internaron en el paso unos metros y entonces escucharon una voz agitada.

–Parece que están discutiendo.

–No sé, yo solo oigo hablar a una persona –valoró Víctor–. Parece que nuestro Fernando Romay discute solo.

«No debe hablar de este asunto con nadie», decía la voz del abogado. «Repito: con nadie. En caso contrario nos veremos obligados a tomar medidas.»

Lo siguiente que oyeron fue el sonido de unos pasos sobre la fría piedra del suelo.

–A eso se le suele llamar amenaza.

–Es mejor que nos vayamos de aquí –añadió Víctor, y tomando a Rebeca de la mano la condujo hacia la salida.

Entraron en la iglesia. En contraste con la luz del día, el lugar se les representó lúgubre, amenazador. El gigante abogado abandonó el paso de ronda y se encontró de nuevo frente a la casa parroquial. La estrecha calle pareció rebosar con su sola presencia. Terencio Díaz de Rada se detuvo un momento para echar una ojeada al santuario, cosa que pareció complacerle de alguna manera. Después caminó despacio hasta su coche y dejó el pueblo.

Ramiro Vizcay llevaba treinta años como párroco de Ujué; justo desde el día en que le concedieron el traslado que él mismo solicitó al fallecer el anterior cura, oriundo de aquel pueblo tan emblemático. Él no había nacido en Ujué, pero sentía una fuerte atracción por aquella villa medieval y su santuario, construido a 815 metros sobre el nivel del mar, una auténtica atalaya desde la que en los días claros se dominan la cordillera pirenaica por el norte y la ribera del Ebro y la silueta del Moncayo por el sur. No era lo que él había soñado, ni lo que sus padres querían. La suya podía haber sido una próspera carrera dentro de la diócesis. Entró a formar parte del cabildo de la catedral de Pamplona muy joven y fue canónigo confesionario hasta el día que se vio obligado a marcharse a 53 kilómetros de la capital navarra, su cuna. Tantos años después de eso seguía pasando noches en vela atormentado por el recuerdo de aquel llanto. Se había confesado y recibido la absolución, pero sabía que el daño que había hecho no iba a desaparecer por mucho que él estuviese libre de su pecado. Así pues, llevaba varias décadas desterrado por voluntad propia en aquel pueblo de otra época a merced del viento, muchos metros por encima del mundanal ruido. Quizá ahora fuese el momento de pagar por su culpa.

Dejaron pasar unos minutos mientras decidían sus siguientes pasos. Sus pupilas habían ido acostumbrándose a la penumbra y ahora admiraban el templo, cuya temperatura, al abrigo de los gruesos muros, era muy agradable.

–Me alegro de estar aquí –dijo Rebeca con voz queda–. Es un bonito lugar y... En fin, tener compañía también lo es.

Víctor la miró perplejo, como si la viese por primera vez. Ella bajó la mirada, se llevó la mano a la cabeza y comenzó a jugar con varios mechones a la altura de su

nuca. El joven se acercó a ella en silencio y se sentó a su lado. Pasaron unos segundos hasta que puso su mano sobre la de Rebeca. La apretó con fuerza y buscó sus ojos, esperando el roce de sus miradas.

El encuentro no se produjo. Retiró la mano, se incorporó en el banco y dijo:

–Es hora de visitar al cura.

Llamaron al timbre algo nerviosos. Nada. Volvieron a llamar con más insistencia y aguardaron. La puerta se abrió finalmente y los recibió un hombre pequeño con mirada torva. Parecía un pajarillo con su cabeza pelada, grandes ojos y cuerpo menudo. Debía de tener una acusada hipermetropía porque los lentes de sus gafas de pasta aumentaban el tamaño de sus ojos de un modo exagerado.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida –respondió Víctor–: Disculpe las molestias, padre. Nos gustaría mucho poder visitar el santuario. –Y antes de dar al cura la oportunidad de negarse, añadió–: Verá, venimos de Pamplona ex profeso y no quisiéramos irnos de Ujué sin visitar Santa María. Mi amiga ha viajado desde Figueres y para ella es una ocasión única.

El hombrecillo respiró hondo antes de responder:

–Las visitas guiadas son los domingos. Pero tanto la iglesia como el paso están abiertos permanentemente.

–Si pudiésemos subir a la torre... –imploró Rebeca tratando de ablandar al cura.

El párroco frunció el ceño, escrutando a los forasteros con su mirada fija. Parecía estar sopesando la petición, cosa que no hubiese hecho un día normal y corriente, pero ese día estaba resultando cualquier cosa menos corriente.

–De acuerdo. Pero la visita será breve. Hoy no me encuentro muy bien.

Don Ramiro entró en la casa y al poco salió vistiendo una chaqueta de lana y con un manajo de llaves en la mano.

–El nombre de Ujué –comenzó el cura– es una referencia a la leyenda de la paloma, *uxua* en euskera. Puede que ya la conozcan.

Rebeca asintió dirigiendo a Víctor un guiño de complicidad y el sacerdote continuó con su explicación mientras recorrían el recinto. Era evidente que se sabía la letanía al pie de la letra de tantas veces como la había repetido a lo largo de los años.

–El templo en sí es del románico, aunque diferentes construcciones lo rodean y enmascaran. Lo más peculiar es que parece una fortaleza militar, por las torres almenadas, los pasos de ronda y los robustos contrafuertes. Ujué fue el principal bastión del reino de Pamplona frente a los dominios musulmanes de las riberas del Ebro, y la iglesia es resultado de aquellas guerras y alianzas. La construcción se remonta a los siglos XI y XII. En el siglo XIV, Carlos II, gran devoto de la Virgen de Ujué, decidió reformar el santuario. A este rey se debe también el lujoso paso de ronda abovedado, su mirador, la residencia real y el gran hospital. Su devoción era tal que, aunque fue embalsamado y sepultado en la catedral de Pamplona, su corazón descansa en esta arqueta junto a la Virgen. Se trata de una talla del siglo XII, de madera de aliso forrada en plata, una de las imágenes románicas más antiguas de Navarra.

–Disculpe, padre –lo interrumpió Rebeca–, dice que Carlos II está enterrado en la catedral de Pamplona.

El cura asintió con la cabeza.

–¿En qué parte exactamente? –se interesó la joven–. Tenemos prevista una visita a la catedral ahora que acaba de aparecer la capilla románica. Supongo que se habrá enterado de la noticia.

Don Ramiro clavó sus ojos en Rebeca. Tampoco él creía en las casualidades.

–Lo mejor es que contraten una visita guiada a la catedral y así les explicarán con todo detalle dónde está enterrado Carlos II y muchas cosas más, todas ellas muy interesantes.

–¿Y qué me dice de la capilla románica, padre? –insistió Víctor.

–Yo de eso no sé nada. Si la han encontrado, allí estará.

–Había dos cadáveres en la capilla. Seguro que usted ha tenido que leer algo en la prensa o se ha enterado por la tele. Ha salido en todos los informativos... –argumentó el periodista en un intento desesperado de sonsacarle información.

El pequeño cura parecía abatido. Tanto Rebeca como Víctor sabían que había sido una tarde difícil para él, pero no tenían alternativa. Tras unos instantes en los que parecía que iba a derrumbarse, don Ramiro concluyó:

–Los jueces y los tribunales se encargarán de imponer la ley de los hombres, y tanto si es así como si no, la ley de Dios caerá sobre los culpables. –Y entornando los párpados añadió–: Lo siento, pero no me encuentro bien. La visita ha terminado.

8 de abril de 2011

La jefa del servicio de Patología Forense del Instituto Navarro de Medicina Legal estaba agotada. Las autopsias realizadas a los dos cadáveres hallados en la capilla habían concluido y sus resultados eran cuanto menos descorazonadores. Los primeros informes ya habían sido enviados al juzgado. El juez determinaría si había investigación o no y cuál de los distintos cuerpos de seguridad la llevaría a cabo. La doctora Zudaire comprobó la hora en su reloj y decidió darse un respiro. Se desprendió de su bata blanca, cogió el abrigo y el bolso y salió a la calle. Un buen café era lo que su mente y su cuerpo necesitaban. Entró en la cafetería del complejo hospitalario y se dirigió a la barra. Pidió un café y un *pintxo* de tortilla de patata y buscó el periódico en la esquina donde solía encontrarlo cada mañana. La decepción ver que el periódico estaba cogido. El provisional depositario del ejemplar pareció percibir el interés de la mujer.

–Yo ya lo he leído. Puede leerlo si quiere –dijo al tiempo que se lo ofrecía.

–Es usted muy amable.

La doctora pagó su consumición y procedió a llevarla hasta una mesa vacía. El joven del periódico se levantó para ayudarla ante la imposibilidad de llevar periódico, café y *pintxo* en un solo viaje.

–Gracias. Muchas gracias.

–Disculpe –dijo el hombre tras un instante de vacilación–. ¿Es usted la jefa del servicio de Patología Forense?

A Cristina Zudaire no le gustaba la gente entrometida. Sabía por experiencia que ante un caso de muerte sospechosa de criminalidad, los curiosos salían de debajo de las piedras. Fijó en él la mirada pero no respondió.

–Perdone. No quiero molestarla, pero me suena su cara. Es usted la doctora Zudaire, ¿verdad?

La forense aguantó el silencio sin apartar la mirada.

–Me llamo Víctor Yoldi. Soy periodista del *Diario de Navarra*. Cubro la noticia de la capilla.

La doctora no se molestó en disimular su disgusto.

–Siento asaltarla de esta manera pero... ¿Le importa que me tome el café con usted?

Cristina Zudaire era jefa del servicio de Patología Forense desde que accediera al puesto por concurso de méritos en las últimas oposiciones, convocadas en 2009. Todavía se consideraba nueva en el puesto, aunque su experiencia como médico forense era extensa. Era una PTV (de Pamplona de Toda la Vida) ejemplar. Sus padres eran los dos de Pamplona, al igual que sus abuelos. Suficiente para llevar el título. Eso a ella le importaba bastante poco, pero eran sus raíces, y así como tanta gente en Pamplona se jactaba de pertenecer a uno u otro pueblo en clara competición con los de los demás pueblos, ella no podía sino presumir de su condición de pamplonesa. Tanto sus padres como sus abuelos habían tenido profesiones relacionadas con la medicina: enfermeras ellas, médicos ellos. La única forense era Cristina, que desafiando el mandato paterno se desmarcó de la tarea de tratar a los vivos, como harían sus dos hermanos varones, para dedicar su vida a desentrañar los secretos de los muertos, como le gustaba decir a ella. En realidad, su elección había sido algo lógico, pues se sentía más cómoda en el silencio de la sala de autopsias que en un hospital o un centro de salud, donde había que tratar con los pacientes y sus familias. La relación con los compañeros de trabajo era inevitable; lástima, solía pensar con frecuencia. A pesar de sus treinta y cinco años ya cumplidos, la doctora era una mujer soltera, con tan poca vida social que el hecho de iniciar una relación sentimental era una posibilidad remota. Pero a Cristina Zudaire le bastaba el trabajo para sentirse plenamente realizada. Eso y el deporte.

Se tomó unos segundos para valorar aquella sonrisa resplandeciente que aguardaba su invitación para sentarse. No iba a dejarse engatusar con zalamerías, eso lo tenía claro, pero llevaba tiempo considerando el problema de la prensa en aquel incómodo caso. Incómodo para la catedral, se dijo. Ella no tenía que resolverlo, solamente realizar su trabajo. Sin embargo...

–Como bien sabrá, no puedo revelar el resultado de las autopsias –dijo al tiempo que señalaba la silla vacía frente a ella–. Tendrá que esperar como todos los demás a la decisión del juez. Si decreta secreto de sumario, no habrá nada que decir hasta que concluya la investigación.

Victor Yoldi se sentó frente a la doctora con los ojos brillantes de expectación. Confiaba en su encanto para ablandar un poco a aquel hueso de mujer.

–Verá –continuó vacilante–, no pretendo saltarme las normas, pero este asunto me interesa mucho y me vendría muy bien saber por dónde van los tiros.

La doctora arrugó la frente.

–Lo que quiero decir es que me comprometo a no publicar lo que usted pueda decirme acerca de las causas de ambas muertes hasta que la información sea oficial, pero como decía, estoy investigando el caso y cualquier dato que me pudiera ofrecer sería muy útil para encontrar el modo de abordarlo. Periodísticamente hablando, claro.

La doctora Zudaire mantuvo la mirada fija en el periodista. Después, sin decir palabra, se centró en el *pintxo* de tortilla, que aún no había tocado. Víctor esperó, tratando de disimular su impaciencia. Esperó tanto que el *pintxo* desapareció del plato, y lo mismo pasó con el café de la doctora. Pensó que había perdido la batalla cuando ella, tras limpiarse los labios delicadamente con una servilleta, hincó los codos en la mesa y dijo:

–Tendrá que esperar, ya se lo he dicho. Si no se decreta secreto de sumario, le contaré lo que he descubierto.

–Dígame al menos si hay signos de violencia en los cadáveres... Algo.

Muy a su pesar, Cristina Zudaire tuvo que reconocer que aquel joven tenía una sonrisa magnífica. Era atractivo y educado, y aunque en principio debía desconfiar, supo que iba a ceder. ¿Cómo negarle una migaja al único chico interesante que se le había acercado en los últimos meses? O quizá no habían sido meses sino años. Avergonzada ante su propio descubrimiento, saltó de la silla con un movimiento repentino.

–No hay signos de violencia en ninguno de los dos cuerpos. Eso es todo lo que voy a decirle. Le ruego que no insista. –Con el abrigo bajo el brazo, se encaminó a la puerta sin despedirse.

–Si cambia de idea o cree que puede darme algún dato, no dude en llamarme. No importa el momento –dijo él abalanzándose hacia la puerta con una tarjeta de visita en la mano.

Rebeca Turumbay llegó puntual. En realidad faltaban diez minutos para las siete, pero había arte suficiente para disfrutar de la espera. Llevaba una guía de Pamplona tal como haría cualquier turista. Admiró durante unos instantes la soberbia fachada de estilo neoclásico diseñada por Ventura Rodríguez en 1783. Alzó la mirada hasta las dos torres, una de las cuales, la torre norte, alberga la campana María, de doce toneladas, la mayor de España en uso. Tomó por su izquierda hacia la plazuela de San José, uno de cuyos flancos era la fachada lateral de la catedral gótica con la puerta de San José, de 1425. Se sentó en un banco y se relajó al instante. En ese lugar ajeno al tráfico, el silencio apenas se veía interrumpido por el delicado sonido del agua que manaba de la pequeña fuente de cuatro caños. Sintió que la tensión que solía atenuarla en los últimos tiempos se iba disipando, como si el murmullo del agua al caer fuese apaciguando el ritmo de sus latidos. Se sintió etérea, casi feliz. Cerró los ojos y se dejó llevar durante unos instantes, mecida por la sensación de irrealidad de aquel lugar; convencida de que el bullicio de la vida llega a eclipsar el encanto de las pequeñas cosas. El rugido de una moto entrando en la plazuela acabó con la magia del momento y su mente voló hacia su inminente encuentro con Víctor Yoldi. No se habían visto en todo el día y, a su pesar, debía reconocer que lo echaba de menos. Tras su escapada a Ujué la tarde anterior, habían considerado que lo más razonable era que ella pasara la noche en su casa, de ese modo podían comentar el caso y planear sus siguientes movimientos.

La sorprendió sobremanera la ubicación del piso en el que vivía el periodista de Cárcar: la calle Mayor de Pamplona, en pleno casco viejo. Era un tercero sin ascensor. La tarima antigua pero bien encerrada, las vigas de madera vistas, los balcones con sus persianas de madera enrolladas... No entraba demasiada luz por aquellos balcones, pero todo el piso estaba pintado de un amarillo estucado que le daba gran calidez. La vivienda constaba de un solo dormitorio, por lo que dejaron preparado el sofá cama del salón antes de salir a cenar. Rebeca había pasado unas horas en el casco histórico de Pamplona la noche previa al chupinazo de San Fermín durante su estancia del verano anterior, pero ciertamente apenas recordaba nada. Le avergonzaba reconocer que estuvo ebria gran parte de la noche, así que evitó mencionar siquiera aquella

visita que había culminado junto a la plaza de toros, a los pies de la muralla medieval, entre los brazos de Jonás Sádaba, quien a la postre cumplía condena en la cárcel. Cenaron a base de *pintxos*. Recorrieron varios bares de las calles San Nicolás y Comedias y acabaron en la plaza del Castillo. A Rebeca le encantó el ambiente y la compañía la complació más de lo que hubiese imaginado. Había temido estar idealizando al joven que le había salvado la vida hacía tan solo unos meses, pero en ningún momento sintió que Víctor mereciera ni un ápice menos de su admiración. Además constató que era un chico divertido y muy espontáneo. Volvieron a casa alrededor de las once de la noche y se acostaron enseguida. Se sintió algo violenta frente al sofá cama, así que no hubo apenas cruce de palabras a su regreso. Tan solo un débil «hasta mañana».

Eran las siete y cuarto de la tarde y él llegaba por tanto con un cuarto de hora de retraso. Rebeca odiaba la impuntualidad, pero habían decidido ir juntos y ella era una mujer de palabra. ¡Maldito periodistilla de poca monta!, musitó para sí, aunque inmediatamente se reprendió a sí misma. No era cierto. Era un buen periodista. Y entonces lo vio aparecer frente a ella por la calle Curia, literalmente a la carrera. ¡Siempre corriendo!

—Siento el retraso. Por desgracia tengo muchas otras cosas que hacer aparte del caso que nos ocupa. El encuentro con la doctora por la mañana no ha dado el fruto esperado, aunque al menos sé que no había señales de violencia en los cadáveres. Por lo demás, habrá que esperar a ver qué decide el juez.

—Si no había señales de violencia, ¿cómo murieron ambos jóvenes?

Víctor se encogió de hombros.

—Es muy extraño... —meditó Rebeca. Y después, mirando fijamente a Víctor, preguntó con fingido reproche—: ¿Siempre vas corriendo a todas partes?

Víctor le lanzó un guiño que ella recibió con una leve sonrisa.

Entraron en el templo. El ambiente de recogimiento hizo que ambos ralentizasen su caminar.

—La última restauración sacó a la luz esta rica ornamentación del siglo xv en torno a las claves —comentó Víctor.

Rebeca fijó la mirada en su amigo. Ciertamente, no dejaba de sorprenderla; y empezaba a pensar que no solo lo había infravalorado durante su estancia en Cárcar sino que ella se había comportado con él como una verdadera esnob.

Se dirigieron por el lateral derecho hacia el otro extremo de la nave, donde un hombre fuerte de unos cincuenta años, con una abundante cabellera exenta de canas, les salió al paso.

—Supongo que es usted la doctora Turumbay —dijo tendiendo su mano a Rebeca.

—Este es mi ayudante, Víctor Yoldi.

—Ramón Gómara Biurrun, encargado de la gestión del museo de la catedral.

Atravesaron la nave. Dejaron a su espalda el presbiterio y el coro para atravesar una puerta a cuya izquierda colgaba una campanita con un largo badajo.

—Esta es la sacristía de los canónigos, adornada en el siglo xviii con esta espléndida decoración de estilo rococó —explicó Ramón Gómara desde el centro de la estancia, señalando la decoración dorada sobre el fondo verde de las paredes—. El estilo francés es tan acusado que parece que en cualquier momento vaya a entrar Madame de Pompadour —continuó el hombre. Su mirada, ya madura, se había vuelto soñadora—. Si observan esta sacristía con atención, verán que es completamente simétrica.

Tanto Rebeca como Víctor escrutaron la estancia con interés.

—Bueno, centrémonos en el motivo de su visita —dijo el hombre pasados unos instantes—. Tengo que enseñarles el Dalí y eso voy a hacer. Mientras saco el cuadro, pueden admirar toda esta belleza. Observen estas pilas de mármol: una es para lavarse las manos *ante missam* y la otra *post missam*, como bien indican los pequeños tableros de la pared.

Se dirigió al extremo opuesto de la sacristía para abrir una puerta de madera en una esquina fuera de la vista de sus invitados.

—Hace muchos años, esta cámara fue expoliada por unos ladrones que entraron por esa misma ventana —explicó mientras sacaba el cuadro—. Fue todo un escándalo internacional por el valor incalculable del tesoro robado: entre otras muchas joyas y objetos de oro y piedras preciosas, se robaron dos tesoros arqueológicos de gran valor: el Lignum Crucis y la arqueta de Leyre, del siglo xi. Las Policías de Francia e Inglaterra y las de toda Europa se pusieron rápidamente a trabajar. Han pasado muchos años y puedo afirmar que hemos tomado buena nota para mejorar la seguridad.

Llevó la pintura hasta el centro de la sala y la apoyó en un caballete que ya había previsto para la ocasión.

—¿Cogieron a los ladrones? —preguntaron Víctor y Rebeca al unísono.

—Eso creo, y también se recuperó el tesoro, al menos las dos piezas más importantes.

Los tres guardaron silencio durante unos instantes mirando fijamente la ventana por la que hacía tantas décadas entraron los ladrones. Después, Rebeca se acercó al cuadro con sumo interés. Víctor la imitó.

—Es, en efecto, el autorretrato *El niño enfermo*, pintado en Cadaqués hacia 1923. No tiene firma, como es de esperar. Podría ser auténtico, pero, si no lo fuera, se trata de una copia magnífica.

—¿No puede saber si es original?

—A primera vista parece auténtico. Pero debo decirle que *El niño enfermo* se expone en el Museo Salvador Dalí de San Petersburgo, en Florida. Hay que realizar una serie de pruebas además de comprobar la historia de la pieza: quién la ha custodiado, dónde ha estado todos estos años. Aquí no puedo hacer más que darle mi valoración personal a partir de lo que veo. Debo llevarme la pieza a la Fundación para hacer un análisis más exhaustivo; creía que lo sabían.

—Ya... En realidad así era, pero en el poco tiempo que he tenido para contemplarlo, he llegado a tomarle cierto cariño y me hubiese gustado que pudiera darme por auténtico con tan solo un análisis visual. Debe disculpar mi ingenuidad y mi ignorancia, porque únicamente puedo decirle que ha aparecido en una capilla oculta en esta catedral. No sé nada más acerca de su historia anterior ni de cómo pudo ir a parar a ese lugar.

—¿Se refiere a la capilla del siglo xi? He leído la noticia en la prensa.

—Efectivamente. Ese es el lugar donde encontramos el cuadro.

—No tiene por qué disculparse. Aunque me gustaría mucho poder ver esa capilla si no es demasiada molestia. Son cosas como esta lo que da vida a la profesión de historiador.

El gestor del museo frunció el ceño.

—Siento tener que denegar su petición. Ahora mismo ni siquiera hay un acceso seguro. Cuando viene el arquitecto de la Institución Príncipe de Viana ponemos una escalera de mano.

La evidente decepción en el rostro de la joven conmovió a Ramón Gómara.

—Ya que están aquí, podemos aprovechar la visita para ver alguna que otra curiosidad.

Se apresuró a cerrar con llave la puerta por la que habían entrado y después los dirigió con un gesto animoso hacia otra puerta en el lado opuesto.

—Esta es la sala capitular. En 1765 se mandó decorar al gusto rococó para que no desmereciera a la recién redecorada sacristía. Aquí se reúne el cabildo dos sábados de cada mes. Como saben, el cabildo de la catedral está formado por el deán y los canónigos. La silla más grande está reservada al arzobispo. La silla frente a esta mesa es la del secretario. Y, por cierto, aquí estaba expuesta una colección de monedas antiguas que los ladrones robaron junto con el tesoro catedralicio.

—Parece que los ladrones estaban muy bien instruidos —señaló Víctor.

Ramón Gómara se tomó un segundo para sopesar aquella observación.

—Pues tiene usted razón. No creo que estuviese al alcance de cualquiera saber de aquella colección, ni su disposición justo al lado de la sacristía donde estaba la cámara con el tesoro.

Volvieron a la sacristía de los canónigos, y tras embalar el cuadro de un modo seguro y firmar el documento de entrega salieron de nuevo a la catedral. Ramón Gómara aprovechó mientras los acompañaba a la salida para mostrarles el retablo de San Fermín y el de Santo Tomás, y la capilla de San Juan Bautista; y por último, frente al presbiterio y el coro cerrado con una reja gótica, el mausoleo real del siglo xv donde descansan Carlos III y Leonor de Trastámara bajo sus estatuas yacentes. Junto a este, una lápida con los nombres de los reyes y príncipes de Navarra.

—Aquí reposa el cuerpo de Carlos II, el rey cuyo corazón está en el santuario de Ujué.

Tanto Rebeca como Víctor mostraron sumo interés y agradecieron al gestor del museo la atención recibida. Una vez en la calle, ambos se quedaron mudos durante

unos instantes.

–¿Te vas ya? –preguntó Víctor muy serio, intuyendo la respuesta.

Rebeca asintió.

–Lo primero es entregar el cuadro.

Víctor no dijo nada. Mantuvo su mirada fija en Rebeca y finalmente asintió.

–Es mi trabajo. La razón de que haya venido a Navarra en esta ocasión. Pero volveré por Semana Santa. Ya lo tengo decidido.

Tras unos segundos incómodos en los que ambos vacilaron, Rebeca se montó en el coche.

–Cuidate, por favor. Y tenme al corriente de tus pesquisas, ¿de acuerdo? –dijo esforzándose en ocultar su tristeza.

Víctor le respondió con una sonrisa que se fue desvaneciendo a medida que el pequeño coche de Rebeca se alejaba.

Cadaqués, Girona. Domingo 10 de abril

Rebeca había ido posponiendo aquella visita una y otra vez desde el pasado verano. Un temor irracional la había mantenido alejada de Cadaqués, pues aunque tenía fundadas sospechas, no estaba segura de querer saber la verdad sobre su abuelo Ángel y su relación con Dalí. Pero había llegado el momento. Tal y como pudo comprobar durante el mes de julio en Cárcar, huir de los problemas no ayuda a que estos se resuelvan. Así pues, tras entregar el cuadro en el laboratorio de la Fundación, decidió enfrentarse a su propia historia familiar. Le había llevado horas contactar con la anciana, ya que al parecer no atendía al teléfono a no ser que otra persona estuviese con ella. A través de una mujer que lo mismo podía ser su hija que una empleada de la casa, fijaron la entrevista para el domingo por la mañana.

Aquella noche durmió mal, estaba inquieta y tuvo pesadillas. Se levantó muy temprano y se lanzó a la carretera. Dejó el coche en el aparcamiento de la entrada del pueblo y pasó por la escueta oficina de turismo situada muy cerca de allí para preguntar por la avenida Víctor Rahola. Bajó hasta la plaza del Passeig y tomó Riba des Poal, donde se topó con la casa en la que Pablo Picasso vivió durante el verano de 1910, según reza una sucinta placa. Como siempre que visitaba Cadaqués, pensó que no era extraño que aquel pintoresco pueblo fuese punto de encuentro de artistas. Tuvo que caminar un poco más hasta hallarse frente al número 11 de la avenida Víctor Rahola, donde vivía la anciana que quizá podría proporcionarle alguna información sobre su abuelo Ángel. La señora Paquita fue la última ama de llaves de Dalí y la que más tiempo pasó a su servicio. La casona era de color rosa pálido ribeteada en crema, con un amplio terreno de pinos con algunos bancos, un columpio desvencijado, varios cactus de tamaño gigante y unas escaleras que descendían hasta la playa.

–Si me dice el nombre de su abuelo quizá pueda ayudarle –dijo la anciana una vez se acomodaron en unos sillones.

Era menuda, casi como una niña pequeña. Su cabeza de tamaño infantil parecía a punto de ser engullida por la enorme y mullida butaca.

–¡Oh! Sí, claro. Se llamaba Ángel Turumbay.

–Nunca jamás había oído ese nombre hasta ahora –respondió al instante la anciana.

Después se entretuvo buscando algo entre los pliegues de la manta que le cubría las piernas. Finalmente extrajo un pañuelo blanco con bordados y se sonó estruendosamente la nariz.

–Trabajó para Dalí durante la década de los sesenta y setenta –dijo Rebeca cuando la mujer terminó con el pañuelo.

–Le digo que nunca he oído ese nombre, me acordaría. Ese apellido no es de por aquí, eso está claro. ¿Qué es lo que hacía su abuelo concretamente? Don Salvador tenía varias personas trabajando para él.

–Pues... No lo sé.

La anciana enarcó las cejas.

–Era un hombre poco corriente. Era el practicante de Cárcar y además enseñaba música a algunos chicos del pueblo.

–¿Cárcar? –preguntó la señora Paquita.

–Sí, así se llama su pueblo natal. Está en Navarra, es un pueblo muy pequeño.

–Aún no sé su nombre.

–Ángel Turumbay –repitió Rebeca haciendo un notable esfuerzo por disimular su impaciencia.

–Ya me ha dicho antes el nombre de su abuelo. Me refiero al de usted. Aún no sé cómo llamarla.

–Oh, perdone. Mi nombre es Rebeca. –Tragó saliva para poder pronunciar su nombre completo–. Rebeca Turumbay.

Notaba la boca seca. Aquella mujer era muy diferente a la ancianita que ella había imaginado, aunque, bien pensado, no había conocido a ninguna dulce y desvalida ancianita en su vida, por más que esa fuese la imagen que se había formado de las señoras de avanzada edad. Estaba decepcionada. La señora no parecía saber nada de su abuelo. Y sin embargo... Tenía que haberlo conocido, no podía ser de otra forma, y no se iba a resignar. Insistiría. Puede que la anciana tuviese problemas de memoria.

–¿Y a qué se dedica usted, Rebeca?

–Soy profesora de arte en la Universidad de Girona. También trabajo en la Fundación Gala-Salvador Dalí.

–Entonces debe de saber mucho acerca de don Salvador...

–Conozco muy bien su obra, si se refiere a eso.

–En absoluto –replicó enigmática la anciana–. Me refiero a su vida. A su carácter, sus manías y costumbres.

Rebeca se quedó perpleja. Sin saber cómo reaccionar, guardó silencio.

–Don Salvador era un hombre extraordinario... –dijo la señora Paquita tras una breve pausa–. Yo solía retocarle los trajes siguiendo sus instrucciones y luego me encantaba verlo por televisión luciendo esa ropa tan especial. Tenía una chaqueta de lamé dorado que lucía solamente en Nueva York. Le gustaba pasar allí el invierno. Ya sabrá usted que en Nueva York hace un frío horrible. Se la ponía bajo un abrigo de piel de jirafa. Nunca había visto un abrigo de ese tipo ni creo que nadie se atreva a llevarlo después de él. Tenía tanta ropa y tan bonita... También tenía muchos bastones, pero había uno chapado en oro que era una verdadera joya. Y su famoso bigote... El propio Llongueras se lo componía, porque era postizo, supongo que usted ya conocerá ese detalle. También le arreglaba el cabello, claro. Yo creo que fue don Salvador quien dio fama al peluquero.

Rebeca suspiró resignada, pero no dijo ni una sola palabra. La anciana hizo una pausa. Tras varios carraspeos preguntó:

–¿Tiene usted una foto de su abuelo?

La joven titubeó.

–Mire, jovencita. Dalí se rodeaba de personas excepcionales. Ninguna de esas personas se llamaba Ángel Turumbay, pero eso no quiere decir que no lo conociese.

Rebeca abrió el bolso con incipiente nerviosismo, revolvió su contenido y por fin extrajo su cartera y de ella una fotografía en blanco y negro.

–En esta foto era ya bastante mayor.

La señora Paquita sacó unas gruesas gafas de algún lugar bajo la manta. Se las puso con toda la calma con que una persona puede ponerse unas gafas, para después alargar a cámara lenta su mano huesuda hacia la foto. Observó con atención, tomándose su tiempo. Inmóvil, como si hubiese entrado en trance. Finalmente parpadeó y Rebeca creyó ver algo parecido a una lágrima en la comisura de sus ojos. Pero quizá se equivocaba, porque cuando la mujer parpadeó de nuevo, cualquier rastro de humedad había desaparecido.

–Desde luego que conocí a este hombre, pero nunca oí a nadie llamarlo Ángel Turumbay.

El corazón de Rebeca perdió dos latidos.

–Su abuelo llegó a la casa de Port Lligat un buen día de madrugada buscando trabajo –comenzó la anciana adoptando un tono de confianza–. En esa casa no había horarios, pues don Salvador y su mujer llevaban una vida bastante desordenada, de modo que a nadie le extrañó su intempestiva aparición. Aunque aparentaba menos edad, su abuelo pasaba de los cuarenta. En esa época era una persona en su madurez, no como hoy en día.

Rebeca movió ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y la anciana retomó su relato.

–Era un hombre alto y guapo. De cabello abundante, peinado con raya a un lado. Tenía algunas canas pero su atractivo era innegable. A mí siempre me recordó a ese actor... ¿Cómo se llamaba? Ese que hacía películas de Hitchcock...

–¿Cary Grant?

–Eso es. Era exactamente igual que Cary Grant. Tan elegante y distinguido, todo un caballero. Yo misma lo recibí y quedé bastante complacida con sus habilidades. –Una sonrisa adolescente iluminó su rostro marmóreo–. El señor y la señora no contrataban a la ligera. Todo el mundo quería trabajar para ellos, pero solo entraban a su servicio personas extraordinarias y su abuelo lo era. Llegó con una pequeña maletita. Su traje era anticuado pero estaba limpio y sin remiendos. Parecía que hubiese pasado en conserva los últimos años.

Rebeca fue a decir algo pero la anciana se le adelantó:

—Lo sé. Ya sé que pasó en conserva unos años, pero en aquel momento lo ignoraba. Sencillamente se notaba en él, es lo que quería transmitirle. Todo estaba nuevo pero pasado de moda, hasta su peinado. Sus ojos tenían un tinte de tristeza que él se esforzaba en ocultar.

La mujer hizo una pausa, la mirada perdida en lugares remotos que solo existían ya en su memoria.

—Una mota de polvo o algo... —dijo al fin, restregándose los ojos que de pronto se habían vuelto cristalinos—. No tenga prisa en la vida, lo mejor pasa muy rápido. Luego solo queda esperar. —La señora Paquita tardó un rato en liberarse de esa mota de polvo o algo... Después alzó la mirada y continuó—: Su abuelo permaneció de pie mucho rato, aguardando. Yo no tenía permiso para contratar a nadie más, pues teníamos personal de sobra y los señores no eran de los que derrochaban el dinero. —Carraspeó—. Pero ocurrió que Bernat, el hombre que, entre otras cosas, se encargaba de la calefacción, rondaba por la cocina buscando algo con lo que encender la chimenea. La leña se había terminado hacía días pero el amo no le autorizaba a gastar más. —Volví a carraspear—. Entonces Bernat reparó en la maletita de su abuelo. Los ojos le hacían chiribitas, tenía usted que haberlo visto. Era una maletita muy pequeña, de madera y con un asa metálica. Su abuelo la sujetaba como si ahí llevase un tesoro envuelto en un paño de seda.

Rebeca inspiró con calma, relajando los hombros casi sin darse cuenta.

—Bernat ya había echado a la caldera un par de sillas viejas, alguna que otra mesita desvencijada, cajas de madera rotas y otras no tan rotas, doy fe. Pero el frío era horrible y más aún la humedad, así que no había nada más importante durante aquellos días que conseguir un buen fuego para combatir ambas cosas. Cuando su abuelo se dio cuenta del interés de Bernat, nos propuso un trato: un empleo a cambio del pequeño maletín. Bernat y yo nos echamos a reír. Lo tomamos por tonto y pensamos en aprovecharnos de él, ya que una vez quemado el maletín, nada nos impedía echarlo de la casa de un puntapié. Pero él era más listo que nosotros, mucho más, sí señor... Cuando abrió la pequeña maleta nos quedamos con un palmo de narices. Sacó un violín, se lo colocó en el hombro e interpretó la melodía más bonita que jamás sonara en aquella casa. Y eso que a los señores les gustaba escuchar discos de música clásica. Pero esto no era un disco, era cien veces mejor que un disco. Antes de terminar la pieza, don Salvador estaba en la cocina observando a un completo desconocido tocar el violín como si fuese el hecho más extraño de su vida; y ahora que lo pienso, aquello tuvo mucho de surrealista.

La anciana estalló en una sonora carcajada que estremeció a Rebeca, ensimismada con el relato sobre su abuelo. Ángel Turumbay tocando para Salvador Dalí una fría mañana en Port Lligat. Notó que su cuerpo temblaba por la emoción, que las lágrimas acudían a sus ojos como algo inevitable y natural. Trató de contenerlas, de permanecer impasible, pero la mujer ni siquiera se estaba preocupando por ella, tan concentrada en sus propios recuerdos. Sofocó un gemido y se secó dos lágrimas rebeldes con la mano.

—El violinista fue contratado al instante —continuó la señora Paquita—. Don Salvador quería que tocara para él todas las noches. Una vez metido en la cama, pedía algún tango y después el comienzo de *Tristán e Isolda* de Wagner. Esas fueron las condiciones de su primer contrato. A cambio cobraría... Bueno, cobraría como todos. Tarde y mal. Pero creo que eso a él no le importaba mucho. Su abuelo necesitaba un lugar donde comenzar, un techo sobre su cabeza y algo en lo que emplear su tiempo. Don Salvador tardó algo más de una semana en descubrir el potencial de su último fichaje. Al cabo de ese tiempo, su abuelo ya se encargaba de afeitarse, imagínese lo que eso significaba. Tocarle un pelo era una cosa extraordinaria, pero afeitarse a Dalí era algo excepcional. Pues bien, su abuelo lo hacía, vigilaba su salud haciéndole reconocimientos periódicos y administrándole medicinas, inyecciones... Lo que fuese necesario.

La anciana inspiró profundamente. Su pecho diminuto se infló durante unos segundos. Después fue poco a poco perdiendo aire hasta quedar laxo. También Rebeca fue serenándose un poco. El latido de su corazón se fue suavizando y un inmenso orgullo la embargó. Su abuelo había seducido a Dalí y también a Gala. Qué gran hombre debió de ser. Ella lo había querido como a un padre. Pero esto era puro orgullo por su valía profesional. Sintió también un profundo agradecimiento hacia Salvador Dalí por haberle dado esa oportunidad a su abuelo y haber confiado en él.

Y ahora ella cuidaba su legado. Puede que, en el fondo, reinase en el mundo una especie de orden cósmico.

—Fueron tiempos felices —musitó la anciana—. Su abuelo dio muestras de ser un negociante de los buenos. Nunca supimos cómo se las apañó, pero el caso es que encontró el modo de ayudar al amo a continuar su producción artística con el mínimo esfuerzo. El señor Dalí sufría problemas en las articulaciones y eso dificultaba mucho su trabajo con los pinceles, pero ni él ni Gala tenían intención alguna de renunciar a su tren de vida, de modo que contrataron a algunos artistas para que le ayudasen. —La mujer hizo una pausa con su mirada clavada en Rebeca, puede que esperando algún comentario al respecto.

—No es algo inusual que un artista tenga ayudantes en su taller —repuso la joven sin retirar la mirada.

—Ya... —La anciana pestañeó varias veces—. Su abuelo no pintaba, ni falta que le hacía, pues tocaba como los ángeles y sus habilidades eran de sobra valoradas en aquella casa. Pero conocía a alguien que pintaba. Más concretamente a alguien que copiaba con una habilidad pasmosa. No era el ayudante más prolífico de Dalí, pero trabajaba bien y no daba problemas. Nunca supimos quién era, ni tampoco su procedencia. Todos confiábamos en su abuelo y él cumplía siempre con los encargos, así que ¿para qué preguntar?

Pasaron unos segundos hasta que Rebeca asimiló la información y lo que implicaba. En realidad era la confirmación de sus sospechas, pese a que no había querido dar crédito a lo que parecía evidente. La revelación de su propia ingenuidad no dejó de sorprenderla. Puesto que ya tenía la información que había ido a buscar, consideró que aquel era el momento oportuno para abandonar la casa. Sin embargo, un gesto nimio, algo en el rostro de la anciana, le hizo detenerse. Casi se había olvidado.

—Antes ha dicho que no conoció a ningún Ángel Turumbay.

La anciana sonrió levemente, inspiró y dijo:

—El hombre que llegó a esta casa pidiendo trabajo dijo llamarse Juan Díaz de Garayo.

Rebeca se quedó muy quieta tratando de hacer memoria, pero sus esfuerzos fueron vanos. Ese nombre no le decía nada en absoluto.

—Él nunca ocultó su paso por la cárcel —explicó la mujer—. Decía que, pese a no haber cometido ningún crimen, en realidad era culpable; razón por la que cumplió su pena consciente de merecer cada minuto de reclusión. A don Salvador aquello le intrigaba y le atraía. Era un hombre poco convencional. Investigó ese nombre, por supuesto.

La anciana calló. Rebeca no estaba segura de querer saber la verdad, pero se sintió obligada a preguntar:

—¿Y qué fue lo que descubrió?

La anciana inspiró nuevamente antes de responder:

—Descubrió que Juan Díaz de Garayo era nada menos que el famoso Sacamantecas.

Rebeca saltó del sillón como impulsada por un resorte.

—¡Mi abuelo no era el Sacamantecas!

La anciana dejó pasar algunos segundos, con los ojos brillantes de excitación, disfrutando de la situación que había creado.

—Pues claro que no lo era —afirmó finalmente—. Aquel hombre vivió en el siglo XIX. Todos sospechábamos que quien se hacía llamar Juan Díaz de Garayo guardaba secretos inconfesables, pero nadie se entrometió en su vida. Que se ocultara tras el nombre de un asesino era una muestra de lo poco que le importaba ser tratado como tal.

Las dos mujeres quedaron en silencio, cada una enfrascada en sus particulares recuerdos sobre Ángel Turumbay. Un hombre con el que ambas habían compartido momentos importantes de sus vidas, aunque de naturaleza muy distinta. Finalmente Rebeca reaccionó y de pronto recordó un detalle que le venía rondando la cabeza desde hacía meses.

—Disculpe que cambie de tema así de repente, pero... me gustaría hacerle una pregunta.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Conoció usted a la familia Pichot?

—Por supuesto, eran amigos de don Salvador. Don Antonio Pichot es el director del Teatro-Museo Dalí.

—Me pregunto si alguno de los Pichot tenía algún parecido con Juan Díaz de Garayo, o como quiera que se hiciera llamar mi abuelo.

—¿Se refiere a un parecido físico?

Rebeca asintió con un gesto.

—¿Está pensando en algún Pichot en particular?

—Pues sí. Pensaba en Ricardo Pichot.

La anciana volvió a concentrarse en sus recuerdos. Su frente se fue frunciendo poco a poco hasta quedar plagada de arrugas.

—Él era bastante mayor que yo, pero recuerdo que tenía una cabellera estupenda y un rostro agradable. Sí, puede que compartiesen algunos rasgos, aunque el señor Pichot no se parecía en nada a Cary Grant, eso se lo aseguro.



Apenas habían pasado unos días desde que Rebeca se marchara a Figueres con el cuadro de Dalí y ya la echaba de menos. La añoraba incluso antes de que se fuera. En realidad, desde que se despidió de ella en agosto en el Museo Dalí. Y ahora, meses después, notaba que algo en su relación había cambiado. ¿O serían solo imaginaciones suyas? La notaba más cercana, menos altiva. Lógico, por todo lo que habían pasado. Puede que la chica hubiese cambiado, aunque eso no significaba que sintiese algo por él, y desde luego no quería hacerse ilusiones. Bastante le había costado seguir con su vida desde el verano anterior. Y ahora, de súbito, su existencia volvía a adquirir un tono interesante, volvía a tener un caso entre manos. ¿Se estaría volviendo adicto a la adrenalina?, se cuestionó mientras corría a buen ritmo por la ciudadela. Tan solo murallas y algunos corredores madrugadores como él. Eran las siete de la mañana, la temperatura rondaba los diez grados. El cuerpo tenso, la mente alerta.

Unos metros por delante de él, una joven tropezó y cayó al suelo de bruces.

—¿Está bien? —se interesó agachándose a su lado.

—Aún no lo sé.

La mujer se giró para quedar sentada en el suelo de tierra. Tenía las palmas de las manos magulladas, al igual que codos y rodillas.

—No será nada —vaticinó tratando de incorporarse.

Victor le ayudó a levantarse y entonces la miró por primera vez a la cara. Se trataba de un rostro conocido que tardó unos segundos en ubicar, pues nada en aquella joven recordaba a la sobria jefa de Patología Forense del Instituto Navarro de Medicina Legal.

—Vaya, la doctora Zudaire. ¡Qué casualidad!

—Demasiada, diría yo.

—Pamplona es una ciudad pequeña, no es tan extraño que dos personas aficionadas a correr se crucen en este lugar una bonita mañana de primavera —se justificó Victor Yoldi con su estúpida sonrisa esculpida en el rostro. Tendió la mano a la joven—: ¿Puede caminar?

La doctora Zudaire dio unos pasos torpes claramente dolorida.

—Vamos, le invito a un café. Necesita descansar un poco antes de volver a casa.

El periodista se quitó la sudadera y se la colocó a la doctora sobre los hombros. Caminaron en silencio, y despacio porque la doctora estaba dolorida. Tardaron unos minutos en llegar a una cafetería en la Vuelta del Castillo. Con sendos cafés humeantes frente a ellos, Victor no dudó en ir directamente al tema que le interesaba:

—Me alegra mucho este encuentro, doctora. Tenía intención de llamarla para concertar una entrevista con usted, ya que al parecer el juez no ha decretado el secreto de sumario.

—No le negaré que es algo que me ha sorprendido.

—Y a mí. Pero su decisión juega a nuestro favor. Ya no hay ninguna razón para que no pueda hablarme de las autopsias, ¿verdad?

La doctora Cristina Zudaire vaciló. Sin apartar la mirada de aquellos oscuros ojos, tomó la taza de café y se la llevó a los labios, donde permaneció un tiempo inmóvil, el que tardó en tomar una decisión.

—Lo más adecuado sería esperar a esa información como todos los demás medios de comunicación.

—El caso es que no me gusta esperar si tengo la oportunidad de adelantarme.

La doctora continuaba dudando. Finalmente dijo:

—Está bien. Haremos un trato: yo le comento los detalles de las autopsias, pero usted se compromete a no publicarlo hasta que no haya un comunicado oficial. No quiero verme comprometida, espero que lo entienda. Solo lo hago porque está siendo muy amable conmigo al ayudarme tras mi caída.

Victor asintió con la cabeza y fue a la barra. En un minuto volvió a acomodarse frente a la doctora con un papel y un bolígrafo en la mano.

—No tengo buena memoria...

—Está bien —comenzó ella—. Como sabe, en la capilla románica hallada entre los muros de la catedral se encontraron dos cadáveres, ambos de sexo masculino y ambos correspondientes a varones de unos treinta y cinco años aproximadamente. Uno de ellos falleció recientemente y el otro no. Según mi opinión profesional, el cadáver más reciente llevaba entre veinticuatro y treinta y seis horas muerto. Murió de inanición y deshidratación.

—Lo que quiere decir que la demora en encontrar la capilla siguiendo las instrucciones de Lorenzo Goñi Sola, el campanero, fue lo que lo mató.

—No entra en mis funciones hacer deducciones aparte de las puramente científico-forenses.

—Pero no es descabellado imaginar que el propio campanero era quien suministraba alimento y agua al muchacho. De modo que la muerte del primero mató de hambre al segundo —concluyó el periodista.

La doctora Zudaire permitió que pasaran unos segundos en blanco antes de continuar:

—Este joven guardaba algunos secretos más en su organismo aparte de la causa de su muerte. Queda trabajo por realizar respecto a esto. Falta determinar si pasó mucho tiempo o quizá toda su vida en cautiverio y también si padecía alguna enfermedad congénita o algún síndrome, cosa que sospecho.

Victor anotaba excitado garabatos ininteligibles en el papel.

—¿Se sabe algo acerca de la identidad del chico?

Ella negó con la cabeza y añadió:

—Lo hemos bautizado con el nombre de Fermín Navarro.

Victor la miró perplejo.

—Es un nombre muy de aquí, como puede ver. Una especie de John <sup>1</sup> local.

Tras la oportuna anotación, el periodista volvió a preguntar:

—¿Qué hay del otro cadáver?

La doctora se retrepó en su silla meditando sus siguientes palabras.

—Ese es un caso bien distinto. —Hizo una pausa en la que aprovechó para dar el último sorbo a su café—. Verá: ese hombre puede llevar mucho tiempo muerto. Le tengo que explicar algunas cosas para que pueda comprender la dificultad en el cálculo de la fecha de esa muerte. —Inspiró profundamente y empezó su digresión como si estuviese dando una clase magistral—: Cuando se produce la muerte, el cuerpo comienza a sufrir una transformación físico-química que evoluciona hasta la desintegración. En ocasiones, este proceso de putrefacción puede interrumpirse o incluso no llegar a iniciarse. Las circunstancias que frenan la descomposición se deben a tres procesos naturales de conservación de los cadáveres: la momificación, la saponificación o adipocira y la corificación. Hay un cuarto también, la congelación. En este caso, nos encontramos ante la primera: la momificación.

Al ver la sorpresa reflejada en el rostro del periodista, la doctora infló su pecho con impaciencia y haciendo lo que parecía suponerle un gran esfuerzo añadió:

—La momificación consiste en la desecación del cadáver por evaporación del agua de sus tejidos, esto imposibilita el desarrollo de los gérmenes y detiene el proceso de la putrefacción. Las formas exteriores se conservan, no así las partes internas, en las que la conservación no llega a ser completa. La momificación natural comienza por la cara, las manos y los pies, y se extiende al resto del cadáver. La piel se adapta al hueso y adquiere el aspecto de cuero curtido. Las partes afectadas se van encogiendo y toman una coloración parda. El cuerpo pierde volumen y peso y se queda tieso y quebradizo. Si el cadáver momificado no está protegido, se va deshaciendo debido a la erosión ambiental, pero si sí lo está, como es el caso, puede mantenerse preservado durante muchos años. ¿Me sigue?

Victor Yoldi asintió. Estaba ciertamente embobado ante la explicación de aquella mujer, que, bien pensado, una vez que la mirabas con detenimiento, era muy atractiva. Otro cerebrín como Rebeca. Sonrió.

—¿Tiene algo de gracioso lo que le estoy contando?

—Nada en absoluto. Un pensamiento... Algo personal me ha hecho sonreír. Siga, por favor.

Aunque un poco molesta, la doctora continuó:

–La totalidad del proceso de momificación dura entre un mes y un año, dependiendo de las condiciones ambientales y del volumen corporal. En un espacio seco y por el que circule el aire, es más fácil que se conserve el cadáver. Como el cuerpo se encontró detrás de una pared a la que se había practicado un agujero, y la estancia estaba situada unos metros por encima de la capilla en la que se encontraba Fermín Navarro donde había una ventana sin cristal, pues existía aire. La determinación de la fecha de la muerte en los cadáveres momificados es muy difícil. En este caso, está por determinar si se trata de una momia ligera, es decir de varios años, o de una momia muy ligera, es decir, de siglos. Ni yo ni mis compañeros somos expertos en la materia. Como puede imaginar, no tenemos costumbre de examinar cuerpos momificados. En algunos cadáveres momificados puede reconocerse la causa de la muerte, sobre todo en los casos en los que se presentan heridas de corte, punzantes, heridas ocasionadas por proyectiles de armas de fuego, se puede reconocer el surco de ahorcadura o estrangulación. Sin embargo, cuando se trata de lesiones viscerales, establecer un diagnóstico puede resultar imposible.

–¿Han encontrado alguna herida en esta momia?

Cristina Zudaire inspiró profundamente antes de responder.

–No hemos hallado heridas de ningún tipo aparte de las producidas al tratar de liberarse de los grilletes que le amarraban muñecas y tobillos. De algunas momias se ha logrado obtener su dactilograma o el grupo sanguíneo. El análisis del ADN también puede resolver el problema de la identidad del cadáver momificado, aunque no sirve de nada sin una muestra para comparar. Estamos analizando todos estos elementos junto con la Policía Científica para ver si podemos hacer una identificación positiva de este hombre.

–Entonces esa persona apareció sujeta a unos grilletes, detrás de una pared...

La doctora asintió.

–Todo eso suena un poco medieval, permítame decirlo.

–No me gusta hacer cábalas, pero usted puede hacer todas las que guste.

–¿No le han puesto un alias a este cadáver más antiguo?

–En efecto, sí. –Se aclaró la garganta y añadió–: Lo llamamos Ramsés.

La doctora carraspeó incómoda mientras que Víctor Yoldi estuvo a punto de soltar una carcajada que finalmente logró contener.

–No se han roto las meninges para buscarle nombre a una momia...

–¿Necesita usted alguna cosa más?

–Depende de si conoce más cosas interesantes –dijo Víctor en un tono que trataba de resultar seductor. Y sin saber aún si su técnica iba o no a dar resultado, añadió en el mismo tono–: ¿Me deja invitarla a comer un día? He disfrutado mucho con la conversación.

–Gracias, pero no –rehusó la doctora levantándose despacio de la silla–. De momento es todo lo que puedo decirle. Creo que he sido muy generosa con los datos que le he proporcionado. Y no bromeo cuando digo que debe guardar silencio hasta que la información sea oficial.

Víctor hizo un gesto de asentimiento y después dijo con picardía:

–Casi me alegro de que se haya tropezado...

–¡Qué amable! –contestó Cristina Zudaire, y estrechó la mano del periodista para sellar el pacto–: Espero que sus esfuerzos den fruto. Este es un caso complicado a todos los niveles.

–Opino lo mismo. Demasiadas variables a tener en cuenta...

–Vaya con cuidado –advirtió la doctora mientras se dirigía a la puerta del local–, el poder es el poder sea de la naturaleza que sea.

Viernes 15 de abril de 2011

Marcelo Ágreda y Patricio el Gitano llevaban media hora paseando sin rumbo junto al mirador del regadío. Los ancianos de la residencia que gozaban de buena salud pululaban por los alrededores, charlaban en los bancos o sencillamente disfrutaban de la tarde primaveral. Tanto los campos como la propia peña y todo lo que los ojos alcanzaban a ver, lucían de un verde brillante fruto de las intensas lluvias del mes anterior. Los frutales se veían repletos de florecillas que en breve serían suplantadas por jugosos manjares.

—Cuando yo era chico, nos íbamos una temporada a la playa antes de la cosecha —comentó Marcelo—. Siempre se ha dicho que los cambios de aires son buenos para los chiquillos.

—Será por eso por lo que creciste tanto.

—Pues claro que es por eso. Mis padres eran bastante bajos pero yo crecía unos centímetros cada vez que iba de veraneo a Zarautz.

—Ahora entiendo por qué me quedé tan bajito. Mientras tú veraneabas, yo trabajaba el mimbre para ganarme unas perrillas para comer. Así no hay quien levante un palmo del suelo.

—Una pena, sí.

Guardaron silencio mirando hacia el regadío. Pasaron unos minutos así hasta que el Gitano se giró hacia su amigo, inspiró ruidosamente y dijo:

—Estoy preocupado por el Gallardo.

Marcelo puso cara de desconcierto.

—Desde que apareció la chica, lo veo desmejorado.

—Echará de menos a la muchacha. Es muy guapa...

—No sé. Creo que hay algo más... —musitó el Gitano sacudiendo la cabeza.

En realidad pensaba en voz alta. No esperaba que su amigo comprendiese.

—Puede que Anastasia haya roto con él —conjeturó Marcelo con los ojos muy abiertos.

En estas, se acercó la aludida con el semblante muy serio.

—¿Sabéis dónde está Daniel? No lo encuentro por ningún lado.

Los dos hombres negaron con la cabeza.

—No sé lo que le pasa, me tiene preocupada...

La pequeña mujer de moño apretado y ojos grises apoyó los brazos en la barandilla. Tan solo llevaban unos meses de novios, desde el verano anterior, pero habían sido los meses más bonitos de su vida, o por lo menos de los últimos veinticinco años. Y ahora, de pronto, veía su relación tambalearse. No tenía la fortaleza de una mujer joven para lidiar con problemas de pareja. Ahora se daba cuenta. Tenía la romántica idea de que su amor fuese como una melodía suave y tierna hasta que la muerte los visitara, a ser posible, al mismo tiempo.

—El hombre propone y Dios dispone —apuntó Marcelo.

En el rostro de la anciana se perfiló una breve sonrisa.

—Es cierto. A veces nos empeñamos en controlarlo todo, pero no sirve de nada.

—Tenemos que hablar con él. Algo lo atormenta y los amigos estamos para ayudar, ¿no os parece? —propuso el Gitano.

—¡Bien dicho! —enfaticó Marcelo.

Anastasia asintió.

—De todos modos y maneras... —intervino Marcelo tocándose la barbilla—, a mí me da en la nariz que al Gallardo le preocupan sus cuadros.

—¿Por qué dices eso? —inquirió el Gitano, impasible.

—Porque en cuanto la chica forastera mencionó el cuadro de Dalí, a Daniel se le cambió el color. Y todos sabemos que le gustaba mucho pintar cuadros de Dalí. Así que... Pondría la mano en el fuego a que los tiros van por ahí.

Las lúcidas palabras de Marcelo calaron en la mente de sus compañeros. Casi al instante, Anastasia pareció recobrar su brío habitual.

—Está bien. Hablaré con él.

—Te deseo suerte. Si no suelta prenda, yo puedo intentar sonsacarle. Ánimo, Anastasia —concluyó el Gitano con su calma habitual.

Varios días después de su encuentro con la señora Paquita en Cadaqués, Rebeca continuaba valorando la información recibida. Lo había pasado francamente mal en el trabajo. Su mente volaba hasta Cárcar cada vez que miraba o leía algo relacionado con la obra pictórica de Dalí, lo que suponía la práctica totalidad de su jornada laboral. Agradecía cualquier alusión a su obra escultórica, ya que esa faceta, al parecer, no tenía nada que ver con su familia recientemente encontrada. El viernes llegó por fin y Rebeca se lanzó a la carretera. Necesitaba salir del entorno del trabajo y cambiar de aires. Entró en Barcelona a media tarde y se sintió engullida por la ciudad. Apenas había pisado la casa familiar en el año transcurrido desde la muerte de su madre. El denso tráfico ensombreció su estado de ánimo. Tardó tanto en llegar a su casa que cuando lo consiguió estaba cansada, deseosa de hallarse en otro lugar, incluso de desaparecer. La recibió un piso oscuro con el inconfundible olor a cerrado. No había nada de comer excepto alguna lata de conserva. El frigorífico estaba apagado y el grifo de la cocina tosió aparatosamente cuando lo abrió para servirse un vaso de agua. Aquello distaba mucho del dulce ambiente que reinaba en la casa cuando su madre vivía. Pero las cosas eran diferentes ahora. Recorrió las habitaciones sin soltar el bolso. Como una turista en un museo, ojeó cada estancia sin tocar nada; como si el guardia de seguridad fuese a regañarla en caso de atreverse a tocar uno solo de los objetos de aquella vivienda que había dejado de ser la suya. Podía ir al supermercado y hacer la compra para ese fin de semana, subir las persianas, enchufar el frigorífico... O podía irse para no volver.

Fue al salón y se plantó frente al cuadro que colgaba sobre el sofá desde que ella podía recordar. *Galarina*. Con un esfuerzo nimio lo descolgó de la pared. Algo que parecía inamovible, de pronto dejaba de serlo. Un movimiento tan insignificante había roto el hechizo de aquel salón que era como un santuario. Miró a su alrededor pero no vio nada más que mereciese el esfuerzo. Se dirigió a la puerta, y con mucho cuidado de no golpear el cuadro ni hacer ruido al salir, abandonó la casa.

El abogado Terencio Díaz de Rada se quedó estupefacto tratando de encontrar el agujero adecuado de su cinturón. Definitivamente estaba perdiendo peso. Estaba nervioso, como no podía ser de otra manera. A ese paso iba a pasar la jubilación en una clínica en lugar de hacerlo pescando y jugando al mus, como era su intención. Aquel viernes por la tarde su objetivo no era otro que alejarse de Pamplona y concentrarse en las numerosas tareas que había que hacer en su futura vivienda, aunque, muy a su pesar, también debía llevar a cabo en Cárcar algunas gestiones relacionadas con el trabajo. Podía retrasar la visita al cura, pero no tenía sentido alargar la espera, cuanto antes cumplierse con su obligación, mejor. Así pues, con apenas unas pocas prendas de ropa en la bolsa de viaje, se puso en camino hacia el pueblo.

Ya en la carretera, Rebeca Turumbay llamó a su tío Daniel para advertirle de su llegada. El Gallardo, eufórico, buscó en un santiamén a dos mujeres que limpiasen su casa de la calle Salvador Ordóñez, encendieran la cocina y llenaran el frigorífico con lo necesario. Todo era poco para que su sobrina segunda, su único pariente vivo, estuviera cómoda durante los próximos días. El Mini Cooper de Rebeca entraba en el pueblo cuando las campanas de la torre daban las diez de la noche. Aparcó frente a

la casa blanca y gris con tres ventanas alineadas a pie de calle. Encontró la llave en la esquina donde su tío le había indicado que la dejaría para que no tuviese problemas si llegaba tarde. La reconfortó comprobar que la vivienda estaba caldeada y limpia. Dejó su maleta en la espaciosa cocina, donde el fuego crepitaba alegremente. Sin saber muy bien cómo proceder, enfiló el largo pasillo flanqueado de puertas hasta llegar a la última; aquella que Daniel se había saltado al enseñarle la casa el verano anterior. Sabía que en esa habitación había algo que su tío trataba de ocultarle. Colocó su mano sobre la manilla y dudó. No era lo más correcto invadir la intimidad del anciano, y sin embargo quizá fuese lo único que podía hacer dada la completa falta de explicaciones por parte del Gallardo. Finalmente su vena transgresora triunfó sobre la razonable, cosa que no la dejó indiferente pues era algo inusual en ella. ¡Cuánto había cambiado desde la primera vez que puso los pies en ese dichoso pueblo!

La manilla cedió a la presión de su mano con cierta rudeza, lo que le hizo suponer que aquella puerta no se había abierto con la misma frecuencia que las del resto de la casa. Un olor penetrante y dulzón la asaltó en cuanto la hoja se separó del marco. La oscuridad en el interior era absoluta. Había constatado anteriormente que la habitación tenía una gran ventana que daba a la calle, por lo que resultaba extraño que ni una brizna de luz se colara por la vieja persiana de madera. Palpó la pared junto a la puerta hasta dar con el interruptor. Una luz mortecina se afianzó tras el parpadeo inicial dejando a la vista un pequeño estudio de pintura. Se adentró en la estancia y comenzó a girar lienzos, levantar telas, abrir armarios... Todo estaba allí, lo personal y lo profesional: retratos de gente de pueblo, imaginaba que parientes o amigos de su tío, y también numerosas réplicas de obras de Dalí. Buenísimas, por cierto. Demasiado. Con la sensación de haber perpetrado una violación, volvió a colocar cada objeto en su posición original, apagó la luz y cerró la puerta. Recorrió el resto de las habitaciones hasta encontrar la que claramente estaba preparada para ella. Era un cuarto recubierto de madera brillante, antigua pero bien conservada, con una cama de metro y medio primorosamente dispuesta, igual que si fuese la habitación de un hotel; la ropa de la cama medio abierta, invitándola a introducirse en ella. Las sábanas blancas eran de un algodón grueso que esperaba abrigar más que las finísimas sábanas de seda que ella usaba. La idea de pasar la noche en aquella casa grande y vieja la hizo estremecer, pero se animó pensando que la temperatura era muy agradable. Nunca había tenido chimenea, ni mucho menos una cocina económica como aquella, pero su tío le había explicado cómo mantener el fuego vivo y como limpiar sus restos, y creía estar lista para procurarse calor sin necesidad de pedir ayuda.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Como no había ni rastro de interfono, salió a abrir, no sin cierta aprensión. Miró a través de la mirilla y se relajó al instante, feliz de ver de nuevo aquella deslumbrante sonrisa.

–Vaya, ya has llegado.

–Hace nada. Aún no he abierto la maleta. ¿Cómo te has enterado?

–Todo el pueblo sabe que has adelantado unos días tu llegada. Tu tío y sus amigos se han encargado de publicarlo a los cuatro vientos. Ya desharás la maleta mañana. Anda, vamos. Te invito a cenar.

Aquel viernes, Víctor Yoldi había vuelto a casa como casi todos los fines de semana, con la maleta llena de ropa sucia y los *tupperwares* vacíos, a la espera de nuevas viandas que su madre le prepararía durante esos dos días. Estaba plétórico y preocupado. La euforia se debía, por supuesto, al inminente regreso de la guapa Rebeca a Cárcar. Y de ahí la preocupación. Resultaba imposible predecir lo que iba a suceder entre ellos. Probablemente nada, quiso convencerse a sí mismo. Pero sabía que dentro de él persistía la esperanza de que las cosas con la joven catalana fuesen de otra manera.

Montaron en el coche de Víctor, que estaba aparcado en la puerta de la casa, y se dirigieron al adador Julián, situado en lo que fue la venta de Cárcar, en la parte más baja del pueblo.

–Mañana tengo que hablar seriamente con mi tío –dijo Rebeca con voz trémula–. Hace unos días estuve hablando con el ama de llaves de Dalí y desde entonces estoy segura de que Daniel trabajó para él a través de mi abuelo Ángel.

–Eso es algo que ya sospechábamos.

–Es cierto. Pero ahora tengo la certeza. Lo más grave del asunto es que parece que ambos se extralimitaron en sus funciones.

–¿Te refieres al cuadro del violonchelista Pichot?

Rebeca asintió con la cabeza y añadió:

–Puede que también sustituyeran otros... No sé.

Victor comprendió a qué se refería.

–Eso me crea un gran conflicto de intereses. ¿Te das cuenta...? Yo trabajo precisamente en la conservación y el cuidado de la obra de Salvador Dalí.

Guardaron silencio durante unos minutos hasta llegar a la puerta del restaurante. Se apearon del coche y permanecieron durante un rato mirando hacia el pueblo: las casas desparramadas por el monte, la iglesia en lo más alto, triunfal, y a sus pies, la Peña por la que descendieron a duras penas el pasado julio. Víctor se giró hacia Rebeca con la mejor de sus sonrisas:

–Yo también tengo noticias, aunque de otro calibre. Pero ahora lo mejor es que disfrutemos de una cena casera y un buen vino de Valdelares. Para eso has venido al pueblo, ¿no?

Aquella noche, Daniel el Gallardo fue incapaz de conciliar el sueño. Tras pelearse con la manta durante horas se sentó en la cama, agarró el bastón que siempre apoyaba en la mesita de noche y tras comprobar que Marcelo dormía profundamente se dirigió a la ventana. Le gustaba dormir con la persiana levantada para despertarse con la luz del día. Todo era quietud en los jardines de la residencia Virgen de Gracia. Tan solo algunas luces se divisaban a lo lejos, en mitad del campo. Hacía rato que no se oían las campanas, por lo que dedujo que pasaban horas de las doce de la noche, momento en que el reloj de la iglesia dejaba de indicar la hora hasta las seis de la mañana. Llevaba varios días padeciendo un insomnio impropio de él, pero la responsabilidad, ahora que su tiempo se agotaba, pesaba sobre sus hombros como un saco de cemento. Podía resistirse a confesar su papel en el asunto de *El niño enfermo*, pero sabía que antes o después Rebeca se iba a enterar. Esa chica no tenía un pelo de tonta, que para eso tenía sangre Gallarda. Además ya sospechaba de él desde el verano pasado. Un terror incontenible lo asaltó de pronto. ¿Y si sus huellas permanecían impresas en aquel autorretrato de Dalí?

Sábado 16 de abril de 2011

Terencio Díaz de Rada se había pasado la noche merodeando por aquella casona oscura y amenazadora. De haber tenido un carácter más fantasioso hubiese sucumbido al miedo pues la madera crujía bajo sus pies a cada paso que daba y las puertas chirriaban en sus goznes. Pájaros, ratones o cualesquiera otros animalejos que pudieran rondar por los graneros y alcobas, recorrían sin cesar el espacio con saltitos diminutos que él no dejaba de sentir sobre su cabeza. Así no había manera de dormir. Se levantó a las diez de la mañana, porque tras una noche cargada de malos augurios se había rendido al sueño casi al amanecer. Incapaz de aplazar por más tiempo aquella obligación, salió de la casa de la calle Mayor dispuesto a afrontar el encuentro con el segundo sacerdote. En cuanto traspasó el umbral, se encontró frente a la casa parroquial. Tocó el timbre y aguardó. Una mujer que bajaba por la calle en ese momento se lo quedó mirando fijamente. A pesar de dirigirle una mirada feroz, la mujer no se dejó amilanar. La puerta se abrió y el cura miró estupefacto al gigante que tenía delante.

–¿Es usted don Gregorio?

–No. ¿Quién lo pregunta?

–Me llamo Terencio Díaz de Rada, vecino de usted por lo que veo –dijo señalando la vieja casona de enfrente–. Tengo previsto venirme a vivir aquí en cuanto me jubile, espero que pronto.

–Mucho gusto –saludó el cura tendiéndole la mano–, yo soy don Gonzalo. Llevo un par de años al frente de la parroquia de Cárcar. Don Gregorio no tiene muy buena salud y lleva todo ese tiempo en la residencia de ancianos, supongo que ya sabrá dónde está.

El abogado asintió con la cabeza.

–Ha sido un placer. Nos iremos viendo por aquí.

Don Gregorio recibió la llamada del padre Ramiro el mismo día en que el abogado Díaz de Rada puso sus enormes pies en la villa de Ujué, de modo que esperaba aquella visita. El viejo cura no quiso ponérselo difícil: después de desayunar, salió a los jardines para dar su paseo diario y esperar. Después de treinta y muchos años en Cárcar, había llegado a querer a aquel pueblo como un carcarés más. No podía siquiera imaginar otro lugar mejor donde aguardar el inevitable final. Cuando eligió su destino hacia casi cuatro décadas, pensó que esa sería su penitencia por el pecado cometido, pero resultó que el castigo no fue tal, sino que aquel pueblo le otorgó una vida plena, acogéndolo con fervor y cariño. Así pues, aún no había pagado por sus pecados. Tal vez fuese el momento de hacerlo. ¿Sería suficientemente fuerte para hacer lo que debía? Hacía varias semanas que esa pregunta le rondaba con pertinacia.

Al ver la imponente figura aparecer por la escalinata de la iglesia, lo reconoció al instante. En efecto, era el vivo retrato de Fernando Romay, el exjugador de baloncesto. Fue hacia él y al llegar a su altura dijo:

–Creo que me busca.

–¿Es usted don Gregorio?

El hombre asintió y señaló un banco bajo una de las acacias que adornaban el exterior de la iglesia.

A solo unos metros de allí, Daniel el Gallardo paseaba cogido del brazo de su sobrina; la una buscando el modo de enfocar el tema que debía tratar con el anciano, el otro, esperando encontrar un lugar lo suficientemente discreto para confesarle su implicación en aquel dichoso asunto del Dalí de la catedral.

–¿Quién es ese hombre? –inquirió la joven con la mirada fija en las dos figuras del banco.

–No lo sé, pero se parece mucho a un antiguo jugador de baloncesto que aún sale en la tele de vez en cuando.

–Me refiero al otro. El mayor.

El Gallardo se quedó mirando a Rebeca arqueando sus cejas hirsutas.

–El otro es don Gregorio, nuestro párroco de toda la vida. Está muy delicado de salud, por eso ahora vive en la residencia. ¿Por qué te interesa saberlo?

Rebeca tardó en contestar.

–No sé. Puede que no sea nada.

Pero ninguno de los dos confiaba en que aquello *no fuera nada*.

Llegaron a la zona posterior de la residencia, la más resguardada del viento. Se sentaron en uno de los bancos y permanecieron callados durante unos segundos.

–Daniel –comenzó Rebeca–, tengo que comentar algo con usted. Es un tema de suma importancia para mí por cuanto afecta a mi trabajo.

El Gallardo comenzó a golpear el suelo con su bastón.

–Hace unos días hablé con el ama de llaves de Dalí. Me habló sobre cómo entró mi abuelo Ángel a trabajar para el pintor, sobre su papel en la casa... –La joven exhaló una bocanada de aire y después añadió–: También me habló de usted.

El anciano dio un respingo.

–Daniel, ella no sabe quién es usted, pero sabe que alguien colaboró con Dalí por mediación de mi abuelo.

Daniel González clavó su mirada en los ojos de la joven envidiando por igual su brillo y su fuerza. Él la había tenido muchos años atrás. Pero ya no. Se había convertido en un viejo y pronto moriría. La vida pasaba tan rápido... Su respiración se ralentizó poco a poco; su mente voló con suavidad hacia un pasado que se le representó nítido en la memoria, a pesar de quedar muy lejano en el tiempo.

Pintaba en su casa de la calle Salvador Ordóñez. La radio emitía canciones de moda que él ni siquiera escuchaba, pero el confuso sonido de la radio mal sintonizada acompañaba sus pensamientos mientras sus manos manejaban los pinceles, a veces con precisión y otras con ligereza. Su tío Ángel había llegado de Barcelona –creía– con varios encargos y un buen fajo de billetes bien planchados como pago por sus últimos envíos. Normalmente era el propio Ángel Turumbay quien se llevaba los lienzos, pero en algunas ocasiones Daniel los embalaba y los mandaba por el autobús. La opción de enviarlos por correo era lo menos frecuente ya que los gastos eran elevados, y aunque a su tío no parecía importar mucho el dinero, a él le habían enseñado a no derrochar. Como consecuencia de su mesura a la hora de gastar, el dinero comenzaba a acumularse bajo el colchón, por lo que estaba valorando la posibilidad de comprarse un automóvil, uno de esos coches modernos que comenzaban a verse por ahí. En Cárcar había varios por aquellas fechas, aunque por supuesto pertenecían a las casas más importantes del pueblo. Él no era rico, así que tendría que justificar el gasto diciendo que había recibido una herencia o algo parecido. Eran muy pocos los que sabían de sus habilidades artísticas, así que era casi un secreto. Como también era un secreto que el Ángel Caído, el asesino de la cueva, hacía visitas esporádicas al pueblo del que saliera años atrás camino de la cárcel.

–¿Se encuentra bien?

Daniel el Gallardo se sobresaltó al ver interrumpidos tan felices recuerdos con la nítida voz de Rebeca. Tan joven... Entornó los ojos e inspiró profundamente. Dio un fuerte golpe al suelo con su bastón y aún dejó pasar algunos segundos antes de abrir de nuevo la boca.

–Mira, maja. Yo ya soy muy mayor –carraspeó antes de continuar–. Es cierto que pinté cuadros cuando era joven y también es cierto que mi tío Ángel, tu abuelo, los vendía en Barcelona, o eso creía yo. Puede que hiciera otra cosa, y a la vista está que así fue si hacemos caso de esa ama de llaves. Pero ya no podemos hacer nada, ¿verdad?

–Por supuesto que podemos –repuso ella con energía–. Puede usted confesar –puntualizó–. El cuadro del violonchelista Pichot...

El Gallardo bufó como un gato enfadado. Golpeó una vez más el suelo con el bastón, y como si ese gesto no fuese suficiente, lanzó con furia la cachava contra el cemento. Necesitaba un cigarro. Sacó el paquete del bolsillo de su camisa ante la perpleja mirada de Rebeca. A base de insistir, logró extraer un cigarrillo, aunque fue incapaz de encenderlo debido al repentino temblor de sus manos. La joven se apiadó de él y le dio fuego. Tras la segunda bocanada, el anciano retomó la conversación.

–Verás, maja. Hay algo importante que quiero decirte y pienso decirlo ya mismo porque, si no, corremos el riesgo de que sea demasiado tarde. Después ya habrá

tiempo de pensar en confesar o no mis pecados ante tus jefes.

Rebeca hizo un ademán acuciando a su tío a continuar.

–Yo pinté el cuadro de Dalí que han encontrado en Pamplona. El que fuiste a recoger hace unos días.

Guardaron silencio.

–Al menos, pinté hace casi cuarenta años una réplica de esa obra. Puede que el que hayan encontrado recientemente sea el auténtico...

–Entonces no tendríamos que preocuparnos, ¿no?

Daniel bajó la mirada avergonzado.

–Si la Iglesia tenía ese cuadro... Me temo...

–La Iglesia tenía el cuadro –confirmó Rebeca.

Tras una nueva pausa cargada de tensión, el Gallardo replicó:

–Bueno. No es tan grave. Un Dalí falso no es algo que llame demasiado la atención.

–Se han detectado muchos falsos Dalís a lo largo de los años. Dibujos, acuarelas, algunas obras de técnica mixta... Pero no óleos. Falsificar la técnica de Dalí es muy complicado. Así que siento contradecirle. Este falso Dalí llama bastante la atención. Demasiado.

El hombre agachó las orejas, derrotado. Rebeca quiso consolarlo, decirle que todo iba a salir bien, que no había nada que temer. Pero le estaría mintiendo. Con el tono más conciliador que fue capaz de imprimir a sus palabras dijo:

–Un óleo de Dalí falso llama mucho la atención, pero la llama mucho más la suma de varios óleos falsos pintados por la misma persona; sobre todo cuando algunos de ellos han sido sustituidos por los originales.

–No te entiendo.

–Si en la Fundación descubren que *El niño enfermo* fue pintado por la misma persona que los falsos Dalís hallados en el museo de Figueres, usted podría ser acusado del robo de los auténticos.

A Daniel se le cayó la gallardía a los zapatos.

Ver en Cárcar al abogado del arzobispado fue como recibir un puñetazo en la mandíbula. Víctor Yoldi detuvo su carrera, pero continuó dando saltitos para no enfriarse mientras contemplaba a don Gregorio junto al gigante Terencio Díaz de Rada. El cura parecía haber menguado desde la última vez que lo había visto. Era un hombre de baja estatura, complexión fuerte y barriga prominente. Conservaba su cabellera, aunque cada vez más blanca y rala. En su rostro afable de pequeños ojos casi ocultos por la piel de los párpados, destacaba una nariz ancha y una boca carnosa. También había perdido peso y, en consecuencia, prestancia. Pero claro, junto a aquel prodigio de hombre, cualquiera resultaba muy poca cosa. El segundo pueblo que visita el abogado en pocos días y el segundo cura con el que se reúne, caviló el periodista. La relación entre esos dos sacerdotes y el misterio de la capilla románica parecía evidente. ¿Qué sabían aquellos pobres diablos para que el abogado se molestase en ir a verlos?

—Ojalá hayas aprendido a leer los labios en los últimos meses.

Victor no tuvo que volverse para saber quién le hablaba.

—Solo he aprendido historia del arte. Lo siento. Pero sospecho que le dice lo mismo que al párroco de Santa María de Ujué.

—¿Se puede saber qué pasa? —inquirió el Gallardo soltando el brazo de su sobrina para agarrar el bastón con ambas manos.

Los dos jóvenes no perdían de vista a los dos hombres sentados frente al pórtico de la iglesia. No adivinaron sus palabras, pero el siguiente paso que iban a seguir estaba claro.

En ese momento llegaron los tres que faltaban: Anastasia Chalezquer, Marcelo Ágreda y Patricio el Gitano.

—Te estábamos buscando, Daniel. Es hora de comer.

—Marcelo, tú siempre pensando en la comida. Hay otras cosas más importantes, ¿sabes?

—¿Qué cosas?

—Déjalo, anda. Vamos —dijo el Gallardo dándose media vuelta para encaminarse a la residencia.

—¡Fijaos! ¡El sobrino de los Gambarte! —exclamó Marcelo.

—¿Quiénes son los Gambarte? —quiso saber Rebeca.

—Una familia muy importante de Cárcar —respondió Marcelo—. Tan importantes eran que una vez vino el obispo y se alojó en su casa durante un par de días.

Victor y Rebeca interrogaron al Gallardo con la mirada, pero este permaneció imperturbable.

—Así que el mismísimo obispo de Pamplona llegó a alojarse en la casa familiar de ese hombre —constató Rebeca, y añadió—: ¿Y cuándo se produjo esa visita tan ilustre si puede saberse?

—Debe de hacer como unos treinta y cinco años o más —respondió el Gitano, aunque estaba claro que Rebeca esperaba una explicación de su tío Daniel—. Nunca antes había visto a este hombre, pero tengo entendido que uno de los sobrinos pensaba arreglar la casa para venirse a vivir aquí.

—Vaya, estáis todos muy enterados de lo que pasa en Cárcar —intervino el Gallardo—. ¿Tú no tienes nada que decir, Anastasia?

—Sí, que nos vamos a quedar sin comer como sigamos aquí de miranda.

—Tienes toda la razón, por eso te quiero tanto que te doy mi corazón. Tómallo. Tuyo es, mío no —recitó el Gallardo tomando de la mano a la anciana.

—¡Mira que eres tonto! —respondió Anastasia con las mejillas arrojadas.

Victor y Rebeca se quedaron allí, vigilando los movimientos de los dos hombres. Al cabo de un minuto, el abogado se puso en pie, metió las manos en los bolsillos de su gabardina y se encaminó a la escalinata de la iglesia dejando al sacerdote en el banco; más viejo y mucho más cansado que cuando se sentara allí un rato antes.

—No sé lo que le dice, pero cuando el primo de Romay se encara con un cura, lo machaca de verdad —comentó Víctor.

—Y yo no sé lo que estos curas han podido hacer, pero te aseguro que siento verdadera lástima por ellos —afirmó Rebeca.

—Puede que no merezcan tu compasión. Vamos, hay que hablar con él.

Tal como habían previsto, el viejo cura se sobresaltó al verlos detenerse a su lado. Rebeca dio un paso al frente.

—Sentimos importunarlo, padre, pero si tiene un momento quisiéramos hablar con usted.

Con un ademán, el hombre los invitó a sentarse.

—Supongo que se acuerda de mí, aunque no soy de los que van a misa a menudo —comenzó Víctor.

El cura asintió con la cabeza.

—Esta es mi amiga Rebeca Turumbay, sobrina segunda de Daniel el Gallardo. Habrá oído hablar de ella a raíz de los acontecimientos del pasado verano. En fin, el tema del que queríamos hablar con usted...

—Hijo, dílo de una vez. ¿Qué queréis de mí? No tengo todo el día para estar aquí sentado a la fresca. Además me estoy perdiendo la comida y hoy tenemos pochás con almejas, un plato que me encanta.

—Estamos interesados en los cadáveres hallados en la capilla románica de la catedral de Pamplona —explicó el periodista.

—Y también en el cuadro de Dalí que la catedral ha mandado autenticar a la fundación en la que trabajo.

—¿Y por qué no en un tesoro robado?

Los dos jóvenes se quedaron estupefactos ante la actitud beligerante del viejo cura y su ridícula respuesta.

—El hombre con el que hablaba hace un momento es el abogado contratado por el arzobispado para llevar este asunto —alegó Víctor.

—Y también es descendiente de una familia de ilustres carcareses. No veo qué importancia puede eso tener —dijo don Gregorio algo más calmado.

—No parecían ustedes viejos amigos; no sé si me entiende, padre.

—Lo que yo hable con Terencio Díaz de Rada y el tono en que lo haga no es de vuestra incumbencia. —Y levantándose del banco añadió—: Los muertos son cosa de la Policía y, en todo caso, problema del arzobispado.

Pero Víctor no estaba dispuesto a perder otra ocasión, de modo que se puso en pie quedando un palmo por encima del cura, cuyo rostro en ese momento se veía exangüe.

—Entiendo que le han amenazado igual que a don Ramiro de Ujué. Si usted no puede o no quiere contarnos lo que ese abogado trata de ocultar, denos al menos una pista, un nombre, algo que pueda ayudarnos a continuar con nuestra investigación. No puedo creer que un hombre de Dios permita que las muertes de dos inocentes queden impunes.

La vehemencia de sus palabras pareció hacer mella en don Gregorio, quien permaneció unos instantes inmóvil, con la mirada fija en el suelo de losa gris. Después respondió:

—Hablen con don Javier Ezpeleta, el deán de la catedral. Puede que él pueda ayudarlos.

—¿Por qué no nos ayuda usted?

—Hace décadas que Javier Ezpeleta es deán de la catedral. Tiene acceso a todos los documentos. Él podrá enseñarles la única documentación que quizá ofrezca alguna pista: los *Notum*, que es donde se anotan todos los hechos relevantes que ocurren en la catedral. Al principio de cada año, el canónigo bibliotecario presenta al cabildo una relación de estos acontecimientos, la cual, examinada y aprobada por el cabildo con las modificaciones pertinentes se registra en ese libro llamado *Notum*.

—Así que debemos comprobar los *Notum* de hace... —Rebeca fingió estar meditando—. ¿Qué año es el que debemos solicitar?

—Yo pediría los de los años treinta y también los de los setenta.

La joven tardó en reaccionar.

—Don Ramiro, por favor, no creo que un miembro del cabildo anotara un delito cometido por alguno de los suyos... ¿No le parece?

—Puede que no encuentren una nota explícita de ningún delito, pero, si son listos, tal vez hallen pistas que les lleven a descubrirlo. Dios los ayude —dijo santiguándose, y se marchó.

Díaz de Rada ascendió nuevamente la escalinata que llevaba a la puerta de la iglesia. Tras su encuentro con don Gregorio, llegando ya a su casa de la calle Mayor, decidió volver sobre sus pasos y despejar la mente dando un paseo por los pinos antes de regresar a casa para comer uno de sus tristes platos. Una vez arriba, el hombre fijó la vista en la pareja. Hubo un momento en el que cualquiera de los tres pudo ceder a la tentación de decir algo, pero ninguno de ellos pronunció una sola palabra. El doble de Romay continuó su camino sin vacilar.

–Sé cuál es la casa de los Gambarte.

Rebeca se giró hacia Víctor con el ceño fruncido.

–Es nuestra oportunidad.

–¿Pero qué dices? ¿Pretendes colarte en su casa? –inquirió la joven con los brazos en jarras.

–El abogado no está. Es el momento de buscar información. Estoy seguro de que este hombre no va a ninguna parte sin su maletín.

Rebeca Turumbay quiso protestar pero no pudo, porque Víctor la agarró fuerte de la mano y tiró de ella hacia la escalinata que conectaba la iglesia con la plaza. En un minuto estaban frente a la casa blasonada de la calle Mayor.

–No puedes hablar en serio, Víctor. Esto es un delito –protestó ella, y clavando su mirada amarillenta en los oscuros ojos de su compañero añadió–: No te entiendo.

Una cosa es que creas que este caso es importante para tu carrera como periodista, pero de eso a cometer un delito... No sé, mi tío Daniel está metido en esto de alguna forma, así que yo... Bueno, él es la única familia que tengo... Pero tú... No te entiendo, la verdad.

Víctor permaneció en silencio unos instantes. Luego la miró intensamente.

–Será que desde el verano le he cogido gusto al riesgo. –Sonrió y dejó ir la mano de Rebeca, después dio unos pasos hacia la pequeña calleja que separaba el antiguo convento de la casa de los Gambarte.

–¿Crees que serías capaz de saltar desde el convento hasta la casa?

–Por supuesto que no. ¿Estás loco?

–Es un salto de apenas metro y medio. Seguro que en el colegio podías hacerlo.

–Ni hablar. Yo me voy a mi casa –respondió Rebeca con vehemencia, y se giró airadamente para encaminarse de nuevo hacia la plaza.

–De acuerdo, espera... –cedió Víctor.

Y enfiló a grandes zancadas la calleja entre ambas construcciones. Alcanzaron la parte trasera de la casona que daba al barrio Monte. Rebeca lo seguía sin hacer ningún comentario. Una sencilla puerta metálica cerraba la cochera mientras que una de las ventanas más bajas situada a dos metros del suelo estaba entreabierta.

–¿Entramos por la ventana o trato de forzar la cerradura? Tú eliges.

Rebeca estuvo tentada a ponerle todas las trabas posibles, pero sabía que era muy tozudo.

–Si sabes forzarla, hazlo ya –contestó retirando la mirada para no ser testigo de aquella invasión.

Víctor se acercó a la puerta y extrajo una tarjeta de la pequeña cartera que llevaba en el bolsillo de su cazadora. Tras una breve manipulación, la cerradura cedió. Con un gesto, instó a Rebeca a que entrara y cerró la puerta a su espalda.

La jefa del Servicio de Patología Forense llegó temprano a su lugar de trabajo. Los análisis realizados tanto a Fermín Navarro como a la momia Ramsés la tenían intrigada. Respecto al primero abrigaba una sospecha basada en las características externas del cuerpo: manos pequeñas, orejas de implantación baja, ojos separados y dispuestos hacia abajo, escoliosis... Además, las radiografías mostraban numerosas fracturas, unas recientes y otras antiguas, que parecían fruto de una preocupante fragilidad ósea. Una minuciosa observación del cadáver había revelado la existencia de arañazos autoinfligidos, por lo que se podía inferir que los golpes en la cabeza también podía habérselos hecho él mismo. Bajo las uñas solamente habían aparecido células epiteliales propias, lo que descartaba una pelea. Si el análisis cromosómico lo confirmaba, y por esa razón había acudido aquella mañana de sábado al Instituto, creía estar ante un caso de síndrome del *cri du chat*, maullido de gato en español, o de Lejeune, cuyo origen se halla en una delección parcial del brazo corto del cromosoma 5. El resultado de la prueba cromosómica llegó casi a mediodía. La doctora Cristina Zudaire miraba con fijeza la pantalla de su ordenador tratando de determinar la relevancia de aquel dato, que no por haber sido considerado con anterioridad dejaba de ser sorprendente, pues el síndrome de Lejeune era muy poco común y principalmente afectaba a niñas. Y lo que resultaba verdaderamente mucho más extraño: ¿qué hacía un joven con síndrome del maullido de gato en una capilla oculta en la catedral de Pamplona? Siguiendo su instinto, buscó en su bolso la tarjeta de aquel periodista que tan interesado estaba en investigar el caso. Marcó el número en su teléfono móvil y aguardó. El teléfono de Víctor Yoldi estaba apagado o fuera de cobertura.

Aquella casa parecía un laberinto. Toda la planta baja era un entramado de muros y dependencias de distintos tamaños y alturas. Utilizando los teléfonos móviles a modo de linterna lograron sortear la bodega, sepultada en parte por una montaña de escombros, algunos pajares, cochiqueras y demás rincones imposibles de identificar. Todo aquello estaba excavado en la roca, con separaciones de gruesos muros de medio metro de ancho que ayudaban a mantener una temperatura constante. A fuerza de insistir, lograron dar con una estrecha escalera que los llevó hasta una pequeña puerta, a través de la cual accedieron a una gran cocina y de ahí a un distribuidor de al menos treinta metros cuadrados.

–No tenemos tiempo de comprobar todas las habitaciones, y esto es solo la planta baja –estimó Rebeca, cuya preocupación no había hecho sino aumentar a medida que pasaban los minutos en la casa del abogado–. Y aún debe de haber dos más por encima de esta. Tenemos que irnos.

–De eso nada –repuso Víctor mientras abría una puerta y echaba una ojeada al interior.

Se trataba de un gran salón empapelado con un estampado elegante pero anticuado. Frente a la puerta, al fondo de la estancia, una soberbia chimenea. Se adentró unos pasos sobre la tarima antigua y bien conservada. Dos puertas cerradas en el lado izquierdo de la sala les llamaron la atención. Rebeca, con las manos en los bolsillos de su abrigo, se sentía claramente incómoda. El joven abrió la primera puerta, que resultó ser una alacena para guardar menaje de cocina, una vajilla de porcelana y otras piezas propias de un comedor. Volvió a cerrarla. Al abrir la siguiente no vieron nada más que oscuridad. Rebeca sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo ante la incertidumbre de lo que tenía frente a sí. El recuerdo de la agresión en la torre de Cárcar no la abandonaría hasta que se marcharan de aquella casa, tan lúgubre y aterradora como la propia torre de la iglesia donde hacía unos meses había estado encerrada. Pero no dijo nada. ¿Para qué? Huir de nuestros fantasmas o aprender a vivir con ellos. No había otra opción.

Víctor palpó la pared buscando una llave de luz que no halló. Volvió a echar mano de su teléfono móvil para iluminar el interior de lo que resultó ser una pequeña alcoba. La cama estaba deshecha. Tan solo una pequeña balda de madera y una silla desvencijada componían el resto del dormitorio donde parecía haberse instalado Díaz de Rada.

–Curiosa elección teniendo en cuenta las dimensiones de esta casa y las del abogado –señaló el periodista.

–Puede que durmiera aquí cuando venía a Cárcar de niño.

Junto a la pequeña cama, otra puerta de madera mil veces pintada. Víctor se dispuso a abrirla para continuar explorando cuando Rebeca lo detuvo.

–Aquí está. –Señaló el maletín que asomaba por debajo de la cama–. Vámonos ya, por favor.

En el instante en que sus manos asieron el cuero, el sonido inesperado del teléfono les congeló la sangre.



Terencio Díaz de Rada llevaba años sin pisar aquellos parajes. Como todos los niños del pueblo, había explorado los pinares, las cuevas y las cuevas durante sus visitas a la casa familiar. Pero hacía tanto tiempo de aquello que sintió que estaba en un lugar completamente desconocido. Las aulagas moteaban montes y hondonadas de un vivo color amarillo. Él no era ningún amante de la naturaleza. Ni siquiera tenía plantas en su casa. Pero de pronto le vino a la mente un recuerdo de la infancia. Durante la matanza, esas plantas pinchudas se quemaban y se usaban para limpiar la piel de los cerdos cuando se *chocarraban*<sup>2</sup>. Se acercó para observar aquella planta silvestre como si la viese por primera vez, cuidándose bien de no tocarla. Luego siguió hasta el cementerio. Se adentró en él y paseó con curiosidad entre las tumbas como si buscara alguna en particular. Los viejos cipreses habían sido suplantados recientemente por otros más jóvenes. Halló algunos panteones de nueva factura, nichos modernos y por supuesto las centenarias tumbas que daban carácter al camposanto. Comprobó que el ruinoso panteón de los curas había sido reformado. Ahora, con el suelo firme, ni siquiera daba miedo. Aunque aquello podía deberse también a que él era un hombre maduro, poco dado a fantasías infantiles y cuentos de fantasmas. Abandonó el cementerio cerrando la verja tras de sí y continuó por el camino a la izquierda en dirección al paraje de la Balsa. A medida que avanzaba, su estado de ánimo iba mejorando por momentos. El cierzo soplabla con poca intensidad, la suficiente para despejarle la mente, y vaya si le hacía falta. Contemplando el regadío, los pinares y algunas palomeras nuevas, olvidó sus preocupaciones y se sintió transportado a un tiempo remoto donde la vida era simple, rutinaria y bien pegada a la tierra.

—Se llama síndrome del maullido de gato, o síndrome de Lejeune, que fue quien lo describió por primera vez en 1963. Se trata de una anomalía estructural cromosómica, caracterizada por la pérdida de parte del material genético. No es un síndrome muy común y se da más frecuentemente en niñas.

—¿Maullido de gato? —se extrañó Víctor.

—Sí. El nombre se debe a que el niño afectado emite un llanto similar al maullido de un gato. Esta característica se pierde a medida que el niño crece.

—¿Estamos hablando de un niño con retraso mental?

—En efecto. Pero depende del caso: cerca de un cincuenta por ciento llegan a comunicarse verbalmente, aunque muy pocos aprenden a leer o a escribir; y algunos demuestran una memoria excelente para ciertas situaciones o personas importantes para ellos.

—Doctora, siento interrumpirla y le aseguro que le agradezco enormemente su llamada, pero me pilla en un momento bastante malo. La llamo en cuanto me sea posible y me sigue contando...

—Puede buscar información en Internet. No hay mucho más que yo le pueda decir. Solo que tenía arañazos y otras lesiones autoinfligidas, supongo que por su enfermedad y por verse abandonado y hambriento en las últimas semanas.

—Muchas gracias, doctora. Le debo una cena.

Rebeca miraba fijamente a Víctor consciente de que su amigo flirteaba con aquella mujer. Puede que esa fuese su arma para conseguir información, y al parecer se le daba francamente bien. ¿Por qué razón lo había tomado por un paleta durante el verano? Por más que se lo preguntaba no lograba entenderlo. Lo extraño era que Víctor no la hubiese mandado al cuerno desde el principio. Creía firmemente que lo merecía. De pronto se percató de que su compañero tampoco le quitaba ojo. Incómoda, apartó su mirada y dijo con un tono que trataba de parecer despreocupado:

—Imagino que esa doctora es vieja y fea.

—Por supuesto que es vieja y fea, aunque muy lista.

Rebeca Turumbay no pudo contener una amplia sonrisa.

—¿Estás celosa?

La pregunta la cogió por sorpresa. ¿Estaba celosa? Tardó apenas un segundo en darse cuenta de que en efecto lo estaba, aunque era algo que nunca admitiría.

—Si no quieres contarme de qué va ese asunto, me da lo mismo. Abre el maletín de una vez y veamos si hay algo que nos sirva. Llevamos demasiado tiempo aquí.

—Hablaba con la doctora Zudaire, la patóloga forense. El cadáver más reciente corresponde a una persona con un síndrome poco común llamado del maullido de gato. Acaba de saberlo y me llama para compartir la información. De hecho, ha sido muy amable.

Sin saber cómo reaccionar, Rebeca abrió el portafolios. Extendió sobre la cama el montón de documentos y entre los dos comenzaron a hojearlos. El sello del arzobispado estaba impreso en varios papeles que no parecían contener ninguna información que les interesara. En el interior del único sobre hallaron una hoja doblada con tres líneas impresas:

DON RAMIRO DE SANTA MARÍA DE UJUÉ  
DON GREGORIO DE SAN MIGUEL DE CÁRCAR  
ABAD VEREMUNDO DEL MONASTERIO DE LEYRE

—¿Qué ha sido eso? —se sobresaltó Víctor.

Aguzaron el oído.

—Romay ha vuelto —musitó Rebeca con pánico en el rostro.

Llegaron al postre sin cruzar palabra. Anastasia apenas había probado bocado. En el rictus de Patricio el Gitano no se traslucía emoción alguna, lo normal dada su naturaleza, mientras que Marcelo parecía engullir la última comida del reo antes de su ejecución y el Gallardo analizaba al detalle todo lo que se llevaba a la boca, como si en ello encontrara la respuesta a las cuestiones básicas de la vida y la muerte. La única mujer del grupo apartó a un lado el recipiente con el flan casero que les habían servido. Ni siquiera lo había tocado, y eso que era uno de sus postres favoritos. Inspiró profundamente para darse ánimo y después dirigió su mirada al que era su pareja desde el verano anterior.

—Mira, Daniel: sabemos que algo te preocupa. Puedes contar con nosotros, no tienes por qué padecer tú solo.

El aludido levantó la vista de su plato y la paseó por la mesa deteniéndose apenas en cada uno de sus compañeros. Después volvió a centrarla en el flan, que fue devorado de golpe como si de pronto tuviese un hambre voraz.

—Pensamos que es por los cuadros de Dalí —insistió Anastasia—. La chica habló de un cuadro encontrado en la catedral y desde entonces estás raro.

Aguardó una reacción por su parte, pero los segundos pasaron y esta no se produjo. El Gitano y Marcelo no apartaban sus ojos del Gallardo, incrédulos ante su falta de tacto. La anciana tomó la servilleta de su regazo, se limpió suavemente los labios y la depositó con cuidado sobre la mesa. Después inspiró una vez más y evitando fijar sus ojos anegados en lágrimas en ninguno de los presentes, se levantó y encadenó sus pequeños pasos hacia la puerta de salida.

—Gallardo... Te estás equivocando —advirtió Patricio el Gitano con calma—. Habla con nosotros si quieres, cuéntanos lo que te inquieta, pero sobre todo y lo más importante, habla con ella. Te quiere y sufre con tu silencio. Si no confías en Anastasia, acabarás por perderla. Siempre has estado solo, y ahora que por fin tienes una compañera, alguien tan valioso... En fin... Tú verás.

Daniel lo miró con atención, pero no se dignó responder. En cambio, Marcelo no pudo contener su lengua:

—Bien hablado, Patricio. Como siempre. —Y dirigiéndose al Gallardo sentenció—: Daniel, eres un *atontao*.

Terencio Díaz de Rada volvió a su casa de un humor exultante rayano en la euforia. En el amplio vestíbulo empedrado se cambió las botas por unas zapatillas. Abrió la cancela y se adentró en el que pronto sería su hogar. La casa ya era suya, aunque aún no la consideraba como tal. Era cuestión de tiempo y de ir marcando su territorio. Quería borrar todo rastro de su familia, cosa complicada, puesto que habían vivido allí durante décadas. Pero no tenía prisa y sí paciencia, y sobre todo determinación. Cómo había envidiado a sus tíos, a sus primos, todo lo que significaba aquel lugar. Pero con los años la envidia había degenerado en odio. Detestaba su afán de mostrar

su superioridad respecto a él, su hermana y sus padres, la rama pobre de una importante familia navarra. Las burlas que soportaron por parte de sus primos, sobre todo de Sebastián, el mayor. El peor de todos los Gambarte.

Juraría que la puerta del salón estaba cerrada cuando se fue aquella mañana... Siempre dejaba las puertas cerradas, que para eso estaban. Con el ceño fruncido, entró en la gran sala de la chimenea. La puerta de su dormitorio también estaba abierta. Se acercó con sigilo, tratando de evitar el crujido de la tarima. Una punzada de temor lo atravesó por un momento, pero enseguida se repuso. Si había alguien a quien temer en esa casa, era a él mismo. Introdujo medio cuerpo en su cuarto y a tientas buscó la pera que colgaba cerca del marco. Todo estaba en orden excepto su cama deshecha. Detestaba hacer la cama.

Así que lo de las puertas había sido un despiste. Ya iba teniendo una edad y no era de extrañar un descuido tan insignificante. No quiso dar más vueltas a aquel asunto porque podía empañar su estado de ánimo y hacía mucho que no se sentía tan bien. Se dirigió a la cocina donde un pequeño detalle terminó de confirmar sus sospechas. Ni siquiera había bajado aquellas escaleras desde su llegada al pueblo, ya que su coche estaba aparcado en la plaza Mayor. Alguien se había colado en su casa.

No pudieron hacer otra cosa que aventurarse por una puerta cualquiera, la que tenían más cerca en ese momento. Una vez dentro, algo que colgaba del techo les acarició la cara. Rebeca trató de retirar aquello con la mano, pero solo consiguió agarrar unas densas telas de araña. La repugnancia que sintió le provocó una náusea. Aguantaron la respiración aterrados ante la posibilidad de ser descubiertos por el abogado. Oyeron los pasos apagados de Terencio Díaz de Rada recorriendo el distribuidor. La madera crujió muy cerca de ellos. Rebeca se aferró al cuerpo de Víctor y apretó los ojos. La puerta de su calabozo chirrió. Su cuerpo se estremeció y notó los brazos de su amigo abrazándola con fuerza. Silencio. Contuvieron de nuevo la respiración. Rebeca notaba el corazón de Víctor golpeando contra su rostro. A pesar de la angustia, el calor que le transmitía la confortó. Esperó un bufido, una mano sobre su hombro obligándola a salir de ese lugar donde se ocultaban como vulgares ladrones, pero nada de eso ocurrió. La pequeña puerta volvió a cerrarse con un nuevo quejido. Ella se movió dirigiendo su mirada interrogante a los ojos de Víctor. Ninguno de los dos veía nada, pero sintió que él se encogía de hombros tan estupefacto como ella.

–Tendremos que atribuir este nuevo milagro a la Virgen de Gracia –susurró Víctor.

El calor de su aliento en el cuello la hizo estremecer y por un instante se sintió segura. Fue algo fugaz, ya que, al instante, un ruido estridente le volvió a sacudir el cuerpo. Tras varios tonos, Terencio Díaz de Rada contestó a la llamada.

–Dígame.

El hombre guardó silencio. Finalmente le oyeron decir:

–El lunes a primera hora tengo previsto ir a Leyre. Le tendré al corriente.

No podían calcular el tiempo que pasaba, pero cuando los pasos se alejaron, ambos seguían literalmente pegados uno al otro. Víctor alumbró con su móvil.

–Estamos justo tras la puerta de la carbonera. Por eso no nos ha visto.

La estancia, cuyo techo estaba cubierto por una manta de telarañas que caían sobre sus cabezas como miles de estalactitas, no tendría más de dos metros cuadrados. Paredes negras como el carbón, porque de carbón estaban impregnadas. El suelo de tierra compacta y más carbón.

–No puedo decir que lo sienta, pero no podemos movernos por el momento.

–¡Dios mío!– exclamó Rebeca en voz baja.

–No te preocupes, aunque tengamos que estar en la carbonera hasta que se acueste, saldremos de esta.

–No es eso lo que me preocupa.

–¿Qué puede preocuparte más que salir de aquí?

–Sin querer, me he llevado uno de los documentos del abogado –dijo mostrando su mano aferrada a un papel.

Llevaba casi una hora en Santa Bárbara cuando lo vio caminando lentamente ayudado de su bastón. Sin darse cuenta movió la cabeza dando su aprobación a la elección de la chaqueta. Era muy testarudo, y por menos de nada salía de paseo en mangas de camisa. Esa camisa blanca siempre impoluta que combinaba tan bien con su estupenda cabellera. No podía evitarlo. Lo adoraba. Observándolo desde lo alto del pequeño monte, pensó que aquel cabezota era un hombre muy atractivo. Daniel levantó la cabeza hacia ella, y como una adolescente se apartó hacia atrás para evitar ser descubierta. ¡Qué tonta!, se dijo. Si ya me ha visto... Tardó unos minutos en llegar. Daniel el Gallardo infló su pecho de aire y después lo soltó con un largo quejido mientras se acomodaba junto a Anastasia. Recuperándose del esfuerzo, ambos permanecieron callados contemplando el campo frente a ellos, en su posición privilegiada tantos metros por encima del río Ega.

–Hoy hay muchos buitres sobrevolando la zona.

–También hay cigüeñas y algún que otro halcón. Parece como si barruntasen algo.

Anastasia lo miró fijamente con la boca apretada.

–Seguramente barruntan lo mismo que tú.

El Gallardo le dirigió una mirada interrogante, pero aguardó en silencio. La mujer se armó de valor para mover su mano hacia la de él y agarrarla con fuerza.

–Verás, estoy bien –reaccionó el Gallardo–. No hay nada que tú puedas hacer y quizá yo tampoco tenga nada que ventilar, así que ¿para qué preocuparse?

Anastasia soltó su mano como si de pronto quemase. Saltó del banco y le dirigió la mirada más dura que jamás creyó ser capaz de dirigir:

–¿Quién eres tú para decidir lo que debe o no preocuparme, o lo que yo puedo hacer o dejar de hacer?

El Gallardo sintió un terrible peso sobre sus hombros. Hundiéndose en el banco bajó la cabeza.

–Ya no soy una chiquilla y tú tampoco. Estamos juntos para lo bueno y para lo malo. Si tú no sientes lo mismo, prefiero continuar mi vida sola como hasta ahora. ¿Es que no significa nada para tí?

Daniel dio un respingo al escuchar tan duras palabras y se puso en pie para estar a la altura de la mujer.

–Eres mi vida, Anastasia. Te quiero más que a nada. Pero es que... –Bajó la cabeza una vez más y al levantarla su expresión era completamente diferente–. Está bien.

Tú ganas. Igual luego me dejas por otros motivos, pero es justo que sepas la clase de persona con la que te has juntado.

–¿Con qué clase de persona me he juntado? –inquirió con un gesto esperanzado mientras le acariciaba la mejilla.

–Con un auténtico imbécil.

Domingo 17 de abril de 2011

Llegaron al monasterio de Leyre hacia las nueve de la mañana.

El día anterior, tras largas horas agazapados en la minúscula carbonera, escucharon al abogado marcharse sobre las seis y media de la tarde. Antes de abandonar la casa trataron de devolver el documento a su maletín, pero al parecer el gigante Díaz de Rada se lo había llevado con él. Dejar el arrugado papel tirado de cualquier manera no parecía una buena idea, de modo que, haciendo de tripas corazón, se lo llevaron con ellos. Debían tomarle la delantera y hablar con el abad de Leyre antes de que este recibiera su visita. La noche anterior ni siquiera se plantearon la posibilidad de salir a tomar algo, habían pasado un día cargado de tensión y debían descansar para el siguiente. Se despidieron en la casa del Gallardo tras haber degustado una suerte de comida-merienda-cena a las siete de la tarde. Rebeca no pegó ojo en toda la noche, incapaz de alejar de su mente su encierro en la vieja carbonera entre los brazos de Víctor. ¿Sentiría él lo mismo que ella? O tal vez el hecho de haberlo ignorado meses atrás había hecho que él la descartase definitivamente. Toda su vida parecía ir a la deriva.

Aparcaron en una explanada acondicionada al efecto a pocos metros del complejo monástico, en plena sierra de Leyre. Las visitas comenzaban a las diez. Ante su decepción por la obligada espera, la recepcionista de la hospedería les informó de que a las nueve podían escuchar misa, y que en la abadía de San Salvador de Leyre todos los oficios, excepto maitines a las seis de la mañana, eran en canto gregoriano. Así pues, con la ayuda de un folleto informativo rodearon el perímetro del complejo pasando por el monasterio viejo que ahora era el hotel restaurante, atravesaron el patio de la Hospedería hasta la plazuela de la fachada principal de la iglesia, donde estaba la puerta Speciosa, de mediados del siglo XII. Luego entraron en la iglesia, que según leyeron en el folleto era la construcción de estilo románico más antigua de Navarra, junto con la cripta situada debajo. En el coro, los monjes estaban cantando misa en ese momento.

Tomaron asiento en uno de los bancos traseros. El aroma a incienso, el pristino canto y los robustos muros de piedra los transportaron en breves instantes a otra época en la que el mundo se movía muy despacio. Al finalizar la misa aprovecharon para recorrer la iglesia. En uno de los muros laterales descubrieron un arcón con los restos de los primeros reyes de Navarra. Estaban absortos en la lectura de la placa con los nombres de los monarcas cuando un hombre se les acercó.

–Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida –respondieron al unísono.

–Siento tener que pedirles que salgan. Las visitas comienzan en unos minutos.

–Disculpe, padre –comenzó Rebeca–. Buscamos a una persona, esa es la razón de nuestra visita.

El hombre aguardó con las manos entrelazadas bajo el pecho.

–Quisiéramos ver a don Veremundo –aclaró con un hilo de voz.

El sacerdote no pareció inmutarse al escuchar el nombre.

–Deberían haber llamado para concertar una entrevista con él. Don Veremundo es el abad de este monasterio.

La noticia causó tal decepción en los dos jóvenes que el hombre se sintió obligado a añadir:

–Informaré de su petición si me dicen el motivo de su visita. Veremos si el abad puede recibirlos hoy.

–Venimos de parte de Terencio Díaz de Rada, abogado del arzobispado –aclaró Rebeca.

–Así se lo transmitiré al abad. Ahora les ruego que salgan. En una media hora les confirmarán si don Veremundo puede recibirlos hoy.

Y sin decir más, el hombre se dio media vuelta y desapareció por una de las puertas laterales junto a la cabecera.

Salieron nuevamente a la calle y optaron por dar un paseo por la zona. A pocos metros de la portería, un indicador señalaba el camino hacia la fuente de las Vírgenes. De allí partía también el que conducía a la fuente de San Virila, pero esperaban la respuesta del abad y no querían alejarse demasiado.

Enseguida se vieron sumergidos en un entorno henchido de vegetación. El aroma a tierra húmeda y hierba avivó sus sentidos. Pronto llegaron al punto señalado. De una fuente de piedra, en medio de lo que parecía un abrevadero, manaba un delicado chorro de agua. A su alrededor, la verde manta vegetal, las azuladas montañas de la sierra de Leyre y el pétreo monasterio. Rebeca se aproximó a la fuente, entornó los ojos e inspiró profundamente sintiendo que el tiempo se había detenido para ellos en aquel lugar mágico, tan cerca y a la vez tan lejos de su mundo civilizado y fugaz. Víctor se acercó despacio y se detuvo a su espalda. Casi podía tocarla. Rebeca se giró hacia él aún con los ojos cerrados. Sintió el calor de las manos en su cintura. Aproximaron sus labios y se besaron.

–Siento interrumpir un momento tan íntimo –dijo una voz grave, aunque extrañamente dulce.

La pareja deshizo su lazo con torpeza.

–No quería alarmarlos, deben perdonarme. Soy el abad Veremundo. Los he visto acercarse a este lugar y he preferido venir yo a buscarlos. Hace muchos años que no lo pisaba, pero veo que no ha perdido ni un ápice de su encanto.

Rebeca se sintió visiblemente turbada ante la repentina aparición de aquel hombre enjuto, alto como un masái, con una piel muy pálida carente de arrugas y una cabeza pulcramente afeitada que brillaba bajo la capucha de su cogulla.

Víctor, al contrario que su compañera, reaccionó con total naturalidad.

–Yo soy Víctor Yoldi y ella es Rebeca Turumbay. Muchas gracias por recibirnos. Venimos de parte de...

–No diga nada más –le interrumpió el abad–. Sé que no vienen de parte del abogado del arzobispado, me consta que ese señor trabaja solo. Por otro lado, espero su visita mañana lunes. Él sí que llamó para concertar una entrevista conmigo.

Avergonzados, Víctor y Rebeca guardaron silencio.

–Pero, díganme, ¿han visitado ya el monasterio?

–Solo la iglesia –contestó Víctor.

–Sobre todo no se pierdan la cripta. Y ya que han llegado hasta aquí, bien pueden ir a la fuente de San Virila. Estoy seguro de que les gustará, pues es obvio que han sentido la magia de este rincón. Hay una leyenda en torno a ese lugar. Siéntense aquí, estarán más cómodos –dijo indicando un banco de cemento de reciente factura.

Los jóvenes obedecieron. No estaban en Leyre para escuchar historias, pero si querían obtener información del religioso, debían ser pacientes.

Tras un breve lapso de tiempo en el que el abad inspiró varias veces con los ojos cerrados, comenzó a hablar. Su voz estaba teñida de un tono turbio:

–Se cuenta que san Virila se preguntaba a menudo sobre el misterio de la eternidad del cielo y su felicidad interminable. Un día, los trinos de un ruiseñor llamaron su atención y se adentró en el bosque para seguirlo. Se quedó allí, para oír al pajarillo, extasiado. Volvió al monasterio creyendo que solo había transcurrido un rato, pero el lugar estaba cambiado, y nadie lo reconocía. Los monjes le preguntaron su nombre y fueron a consultar el archivo y descubrieron que había sido el abad de Leyre trescientos años antes. Entonces volvió el ruiseñor y le colocó al santo el anillo abacial, lo que lo convirtió de nuevo en el abad del monasterio.

El abad Veremundo salió despacio de su trance, dio unos pasos alrededor del banco donde estaba la pareja y al cabo afirmó:

–Esta historia guarda una moraleja: «Si el canto de un simple ave puede entretener durante tres siglos a un hombre, ¿qué no puede hacer la luz divina del Salvador?».

Víctor y Rebeca se miraron fuzgamente para decidir quién de los dos iniciaba la conversación que tenían pendiente con el religioso. Pero no hizo falta, porque este dijo:

–Al parecer van siguiendo los pasos de Terencio Díaz de Rada. –Hizo una larga pausa y continuó–: Sin embargo, en mi humilde opinión, deberían alejarse todo lo posible de ese hombre.

–No creo que eso sea posible, padre –comenzó Rebeca con voz suave pero firme–. Sabemos que en la capilla se encontró el cadáver de un hombre joven con el síndrome del maullido de gato, que falleció de hambre y sed al dejar de recibir alimento y agua por parte de la persona que se encargaba de ello, es de suponer que el campanero de la catedral. Sin embargo, mi compañero y yo sospechamos que alguno de ustedes, y me refiero además de usted al cura de Cárcar y al de Ujué, saben algo de todo esto. Algo que no interesa que se sepa.

El abad Veremundo escuchó pacientemente las palabras de Rebeca y no tuvo prisa por hablar cuando esta concluyó.

–Los tres hermanos en Cristo que acaba de mencionar fuimos cómplices hace mucho tiempo de algo sobre lo que no podemos hablar. Nada podemos hacer y a excepto pedir perdón y orar por las almas de cuantos se han visto implicados. Yo llevo haciéndolo aquí casi cuarenta años, y me consta que don Gregorio y don Ramiro deben de llevar el mismo tiempo haciendo lo propio, puesto que al parecer han tenido, como yo, la maldición de una vida larga.

–Pero, padre, hay que castigar al responsable o responsables –protestó Rebeca.

–Ustedes piensan en los dos cadáveres hallados en la capilla, y está bien que alguien se preocupe por ellos. Sin embargo... Hay algo más. A veces, lo más peligroso no está en lo que se ve sino en lo que no se ve. Si de verdad están empeñados en continuar ahondando en este asunto, les diré que el *Notum* de 1935 tiene la clave. Respecto al muchacho con el síndrome, el responsable primero ya no puede ser castigado en este mundo... –El abad bajó la cabeza, juntó las manos a la altura del pecho y comenzó a rezar en voz baja.

–Así que hay algo más... ¿Qué puede ser más grave que dos personas muertas?

El hombre mantuvo la vista fija en el suelo. No se movió. Apenas parecía respirar.

–Don Gregorio también nos habló de los *Notum*. ¿Cree que el deán de la catedral podría ayudarnos? –preguntó Víctor solícito.

El abad Veremundo elevó su mirada lentamente hasta el periodista.

–Tendrán que ser astutos, porque lo que puedan conseguir por esa vía no será fácil de descifrar. Pero mi consejo es que se alejen de nosotros; de no hacerlo, les deseo mucha suerte.

Una contrariada Rebeca se adelantó unos pasos hacia el abad y en tono displicente inquirió:

–Creo que ustedes sabían que el joven estaba allí. Que vivía enclaustrado. Creo que ya han callado demasiado. ¿Por qué se andan con tantos remilgos?

–Al confesor le está terminantemente prohibido descubrir al penitente, de palabra o de cualquier otro modo, por ningún motivo.

–Así que es eso –comprendió Víctor–. Pero hablamos de hechos muy graves. Habrá alguna excepción a esa norma.

–El secreto de confesión no admite excepción. –Y tras una pausa cargada de gravedad añadió–: Debo irme. Dios los bendiga.

La larga figura del abad se desvaneció suavemente entre la vegetación como si su presencia en ese lugar fuese algo natural, como si estuviese en total connivencia con los árboles, las piedras, los arbustos... Deslizándose, más que caminando, se dirigió a aquella abadía que desde hacía tantos años era su hogar. Su vida. Casi cuarenta años, se recordó a sí mismo. Y de pronto se detuvo. Pudo haber muerto antes de conocer aquel lugar. De hecho, pensó que moriría. Y bien pensado quizá hubiese sido lo mejor, no hubiese pasado la mayor parte de su vida pidiendo perdón. No solo habían consentido con su pasividad la muerte de un inocente, sino que habían sido cómplices del más execrable de los robos. El descubrimiento de la capilla había supuesto un duro golpe para él. Sus oraciones no habían servido de nada. La institución a la que había consagrado su vida estaba tan corrompida como el resto de aquella sociedad consumista e hipócrita. Está llegando a su fin; puede que deba hacer algo por que termine, se dijo. Y su mente irremediamente voló a un tiempo muy lejano, cuando no era más que un joven curioso y entrometido.

Llevaba meses tratando de dominar la tentación. Recién salido del seminario, con una notable y ecléctica formación, no era profano en arte religioso, pero en absoluto conocía todos los secretos de Santa María de Pamplona a pesar de sus numerosas visitas. Y ahí estaba el quid de la cuestión: no debía merodear por las zonas privadas de la catedral. Pero esas incursiones, aunque lo asustaban, le proporcionaban un enorme placer, un regocijo apenas superado por el que sentía durante los actos religiosos. En las últimas semanas se había planteado la inconveniencia de aquellos impulsos exploradores que por breves instantes parecían transportarlo, como un personaje de ficción, a una trepidante película de aventuras. Ni siquiera se atrevía a confesar sus andanzas en sagrado sacramento, tal era su vergüenza. Otro pecado en su cuenta particular.

Aquella fría tarde de diciembre, a la luz mortecina de las farolas, se encaminó una vez más hacia la catedral atravesando las populosas calles del casco viejo pamplonés. El rosario comenzaría en pocos minutos y tendría una nueva oportunidad para introducirse en el corazón de aquel entramado que era el complejo catedralicio. Nadie conocía su secreto. Ni siquiera sabían que asistía al rosario, porque él era habitual de laudes y misa capitular. Así lo había planeado y así es como lo estaba haciendo. Nadie se volvió hacia la puerta cuando cruzó el umbral con el consabido chirrido de los goznes y el crujido de la vieja madera. Todos eran demasiado formales para cometer una indiscreción de tal calibre una vez comenzado el rosario. Se escabulló sigilosamente por el lateral derecho de la nave para acceder al claustro, donde dispondría de la libertad suficiente para decidir su siguiente objetivo. Acarició el pliego que llevaba en el bolsillo de su abrigo, un plano de la catedral copiado de un libro de la biblioteca central. Por si se perdía, cosa poco probable, pero no imposible. Una vez en el claustro inspiró satisfecho. Estaba en su medio natural, se dijo. Extrajo el papel y buscó su situación en el plano tras otear el espacio a su alrededor. Vaciló un instante. Tomó aire. De su boca escapó una nube de vaho que se desvaneció lentamente ante sus ojos. Caminó unos pasos hacia la izquierda hasta llegar a una puerta de madera tras la que debía de hallarse la escalera helicoidal del sobreclaustro. Apoyó la mano enguantada en la hoja de madera y empujó. Notó el corazón latiendo de pronto al doble de su velocidad normal. La puerta no se movió. Empeñado en conseguirlo, aumentó la presión hasta que la puerta cedió con gran estrépito. Miró a derecha e izquierda temiendo haber llamado la atención pero no oyó nada aparte del ruido de su propio corazón desbocado. Respiró hondo y traspasó el umbral tras cerrar la puerta a su espalda. Ahí estaba la escalera, con su pasamanos decorado con motivos mudéjares. Ascendió despacio sintiendo la emoción de una conquista. Entonces creyó oír algo. Se detuvo. Nada. Continuó el ascenso. Ya casi había culminado las cuatro vueltas de la escalera cuando tuvo la certeza. El llanto de un bebé. Pero era imposible. Tenía que ser un gato, quizá un gato atrapado o un gatito recién nacido en aquellas dependencias. No era extraño dada la naturaleza aventurera de esos animales. Bien pensado, también él se estaba comportando de esa manera: furtivo y osado como un gato. Caminó unos cuantos pasos. La fría piedra silenciaba sus pisadas. Perfecto. De pronto volvió a escucharlo. Se giró sobre sí mismo tratando de adivinar la dirección desde la que llegaba aquel sonido. No tardó en volver a percibirlo, pero en ese momento se le antojó un llanto más que otra cosa. Dudó. Y al final tomó una decisión: mejor asegurarse. El plano fue a parar al bolsillo de su abrigo. Volvió sobre sus pasos sin más guía que aquel extraño llanto, maullido, grito... ¡Ya voy! ¡Ya voy!, murmuraba.

Dio vueltas y más vueltas sin comprender. El sonido le llegaba de algún lugar detrás de los muros, pero ahí no había puerta, ni hueco de escalera, nada. Alzó la mirada. Un pequeño ventanuco a unos centímetros sobre su cabeza. Un ventanuco que no lo era en realidad, pero quizá lo había sido anteriormente pues estaba tapiado con un tipo de ladrillo diferente al de la construcción original. Tardó en encontrar algo en lo que encaramarse, y mucho más en hallar un objeto lo bastante contundente como para derribar aquella pared. Una pequeña banqueta olvidada en una esquina y un candelabro hicieron las veces. A medida que iba venciendo la resistencia del muro, aumentaba el volumen de aquel llanto cuya naturaleza humana daba ya por segura. Consiguió abrir un hueco lo suficientemente grande como para introducirse. Era un joven delgado y ágil. Tenía las manos magulladas y el abrigo lleno de polvo. Aquel era su castigo por haber obrado de una forma tan poco reflexiva. Comprobó la hora en su reloj: las ocho y media. ¡Demonios!, exclamó. Y seguidamente se santiguó, pidiendo perdón por el exabrupto; siempre se le escapaba. Se había entretenido más de la cuenta y ahora estaba atrapado en la catedral. A las ocho en punto, el templo cerraba sus puertas hasta las siete y media del día siguiente, cuando el sacristán hacía los preparativos para la misa de ocho. Volvió a santiguarse. Esta vez como respuesta al miedo que lo invadió al ser consciente del lío en el que se había metido. Pero ya nada podía hacer sino pasar la noche de la mejor manera posible. Un nuevo gemido llegó nítido a sus oídos y ya no tuvo ninguna duda. Fuera lo que fuese que había allí detrás, estaba vivo y él iba a rescatarlo. Tenía toda la noche por delante.

Una nube de polvo fue todo lo que se encontró al otro lado. Eso y una escalinata de piedra abierta en el muro. Con el cuerpo y la mente alertas, temblando por la trascendencia de aquel descubrimiento, se dispuso a subir la escalera de poca anchura y altura fluctuante. No había luz natural y dio por supuesto que tampoco habría luz artificial. Debí de subir al menos dos niveles a juzgar por la cantidad de peldaños. La ausencia de luz lo tenía desconcertado: no había ni una miserable rendija por la que se colara algo de claridad. Aguardó inmóvil hasta que sus pupilas se acostumbraron. Con la mano derecha palpó una puerta de madera tras la que percibió un gorjeo. Empujó la hoja. Su corazón fuera de sí. La leve penumbra de unas velas encendidas daba al interior un aspecto dantesco. Ante él, tres largas sotanas. Temió mirarlos a los ojos, seguro como estaba de haberse metido en camisa de once varas. Los tres sacerdotes lo observaban sin pestañear, con las manos entrelazadas bajo el pecho. Centró su vista en el bebé. Estaba en un viejo cajón de madera, de modo que apenas lograba ver otra cosa que su pequeña carita redonda de prominentes mofletes. Había estado llorando insistentemente, él lo sabía bien. Pero en ese instante, como si intuyera la gravedad del momento, el pequeño observaba con ojos curiosos y emitía dulces balbuceos. Detrás de la improvisada cuna, al fondo de la pequeña estancia, divisó una especie de ventana que debía de ser el acceso habitual. Pasó por su mente la idea de sonreír, de saludar amistosamente, pero enseguida comprendió que la naturaleza de las actividades que se desarrollaban en aquella reducida capilla eran extraordinarias y, sobre todo, secretas. Incapaz de encararse con aquellos hombres, bajó la cabeza un poco más y se concentró en observar las tres sotanas. Por aquel entonces, no era extraño llevarlas, pero solo los sacerdotes de más edad y los miembros del cabildo solían vestir las. Aquellas telas le parecieron quizá más nobles, con un apresto diferente. O puede que se equivocara, estaba nervioso y no pensaba con claridad. No podía preguntar y tenía miedo de saber. La angustia fue ganando terreno a la sorpresa, y en medio de aquel largo silencio sus piernas perdieron toda la fuerza y cayó de rodillas al suelo. Era obvio que ninguno de los presentes esperaba su visita, porque nadie dijo nada durante al menos un minuto, hasta que una voz grave y henchida de autoridad, una voz conocida, dijo:

—Levántate, muchacho, y sígueme.

Y como él no se movió inmediatamente, insistió:

—¿Acaso el Señor nuestro Dios te ha privado del valioso sentido del oído?

Levantó por fin la cabeza y dirigió su mirada vidriosa hacia el poderoso hombre, pues no le cabía duda de que aquella voz pertenecía a un hombre de alto rango dentro de la Iglesia. «El poder acaba impregnando cada molécula de la persona que lo ostenta», decía siempre su abuelo. Ahora lo veía claro como el agua del Arga. Al instante identificó aquella cara, y eso no hizo sino incrementar su angustia. Dirigió su mirada a los otros dos hombres que escoltaban al primero. Ignoraba sus nombres pero los rostros le resultaban familiares, cosa muy normal en una pequeña ciudad como Pamplona. Fue conminado a ascender un tramo más de la escalera de piedra que lo había llevado hasta allí. Accedió a una estancia vacía por completo. Algo revoloteó a su lado. Gritó.

—Hay muchos murciélagos aquí —dijo el sacerdote de menor estatura, cuyas finas facciones contrastaban con los gruesos cristales de sus gafas de pasta; el otro, por el contrario, era un hombre corpulento de rasgos toscos.

La puerta se cerró detrás de él. Oyó echar un cerrojo y el ruido de un candado. Encerrado, preso entre los muros de la catedral. Un gemido de pánico reverberó en la sucinta estancia. Después, un sollozo apagado que se prolongaría durante largas horas. Días. Quizá semanas. Tal vez el resto de su vida.

El llanto de aquel bebé fue su única compañía durante días. Al niño le ocurría algo. Desde el primer instante sospechó que estaba enfermo.

Pensó que aquella estancia vacía y gélida sería su tumba. Pero se equivocó. Y por más que había dedicado su vida entera a la oración, a la meditación y a pedir el perdón de Dios, ahora se daba cuenta de que debería haber muerto en aquel lugar, con aquella desdichada criatura.

El recuerdo de aquel terrible episodio le produjo un profundo pesar. El abad Veremundo entró en su humilde celda y cerró la puerta. Se acercó a la cama y se sentó con la espalda muy recta, la mirada fija al frente. Rezó el padrenuestro, se santiguó y oró para que todo terminase pronto.

Tras la inquietante conversación en la fuente de las Vírgenes, Rebeca y Víctor tomaron la firme decisión de llamar a primera hora del lunes a don Javier Ezpeleta. Debían conseguir su permiso para consultar aquellos *Notum* de los que les habían hablado don Gregorio de Cárcar y el abad de Leyre. Entretanto, tenían el domingo por delante y estaban en el monasterio de Leyre. Era una pena marcharse sin realizar la visita completa, de modo que volvieron a la portería y compraron las entradas. Verían la iglesia una vez más, con detalle y sin prisas, y bajarían a la cripta y al túnel de San Virila. Había pasado un buen rato desde la misa y solo había alguna pareja de turistas recorriendo los alrededores del monasterio o explorando los senderos aledaños.

–Podríamos tomar una habitación y pasar la noche en el monasterio.

–¿Una? –inquirió Rebeca fingiendo sorpresa.

Víctor se apresuró a justificarse.

–Pasar la noche en este lugar debe de ser algo muy especial. No pretendía insinuar...

–Claro que no –lo tranquilizó ella–. ¿Sabes que te has ruborizado?

–Qué va, para nada. ¿Por qué iba...?

Víctor se detuvo dejando la frase inconclusa. Su rostro exangüe alertó a Rebeca.

–¿Qué ocurre? –balbuceó buscando con la mirada.

No fue capaz de gritar. El corazón dejó de latir en su pecho y sintió un profundo mareo. El vómito llegó a su boca y nada pudo hacer por contenerlo. Ni la vergüenza ni el decoro sirvieron para evitar lo inevitable. Los músculos de su cuerpo dejaron de sujetarla. Fue cayendo poco a poco hasta llegar al suelo. Le faltó el aire, pero no llegó a desmayarse. Víctor se sentó a su lado y le cogió las manos.

–¿Estás bien?

Ella asintió sin convicción. No. No estaba bien.

Don Veremundo colgaba inerte de una cuerda atada a un arbotante en el muro norte de la iglesia. La larga tela de su hábito ondeaba con ligereza alrededor de sus piernas. Suspendido de una de las delicadas manos, cargado de simbolismo, un rosario. Los ojos abiertos del abad inyectados en sangre. La lengua asomando de la boca.

Mientras Rebeca llamaba al 112, Víctor salió corriendo para dar la voz de alarma en la portería. Al llegar a la fachada de los ábsides vio como un hombre de gran envergadura, casi un gigante, montaba en un coche oscuro aparcado en la explanada.



Lunes 18 de abril de 2011

«El abad de Leyre ahorcado» era el titular de portada del *Diario de Navarra* de aquel lunes. Mientras que el del *Diario de Noticias* decía: «Presunto suicidio del abad del monasterio de Leyre». Toda la prensa nacional se hacía eco de la noticia, cuyo tratamiento oscilaría entre una y otra de las dos cabeceras navarras. Rebeca Turumbay y Víctor Yoldi pasaron la tarde del domingo en el complejo monástico sometidos a los interrogatorios de la Policía Judicial, pues fueron ellos quienes encontraron el cuerpo del abad, y al parecer los últimos que lo vieron con vida. Todo aquello resultó de lo más desagradable para la pareja porque don Veremundo no fue descolgado inmediatamente, y verlo allí suspendido, rodeado de tantas personas, era cruel e inhumano. A pesar de todo, Víctor no dejó pasar la ocasión de tomar notas para su artículo aprovechando la circunstancia de ser testigo principal de todo lo sucedido. También anotó minuciosamente el proceso de acordonamiento de la zona, protección de indicios y toma de muestras por parte de la Policía Científica, así como la llegada del forense y del juez y sus consiguientes pruebas al cadáver.

A primera vista, todo parecía indicar que se trataba de un suicidio, mas los dos de Cárcar tenían razones para sospechar que el gigante Díaz de Rada tenía algo que ver en aquel asunto. Por supuesto carecían de pruebas. Víctor hubiera jurado que era él, pero estaba a mucha distancia y no había llegado a verle la cara. Si sus sospechas eran ciertas, también ellos podían estar en peligro, pues lo más probable era que los hubiese visto rondando el monasterio, o incluso hablando con el abad.

Llegaron al pueblo al anochecer, exhaustos y confusos. Rebeca estaba muy afectada por la muerte de aquel hombre que con voz almibarada les había contado la bella historia del abad Virila. Verlo ahorcado poco después de haber departido con él en aquel romántico lugar había sido un duro golpe para ella. Guardaron silencio durante todo el camino, hasta que Víctor detuvo el coche frente a la casa del Gallardo.

—Parece que llevamos la muerte ahí adonde vamos —sentenció Rebeca mientras salía del vehículo.

—¿Estás bien? Si no quieres estar sola, puedo pasar la noche aquí contigo.

Rebeca se giró hacia él. Su mirada denotaba cansancio y una inmensa tristeza. Aquella tarde habían dado un paso, se habían besado de un modo tierno y a la vez excitante. Pero había sido un momento nada más. Algo fugaz.

—Gracias. No hace falta. —Y tratando de imprimir a sus palabras algo de energía añadió—: Mañana conduciré yo. Pasaré a buscarte a las diez, si te parece bien. Si pudieras preparar algunas preguntas para la entrevista con Javier Ezpeleta, sería de gran ayuda...

Se dio media vuelta, abrió la puerta y desapareció en el interior de la casa.

—¡Mierda! —exclamó Víctor golpeando el volante.

La soledad no la reconfortó. Aquella casa grande y fría no hizo sino afianzar su sensación de abandono. Apenas durmió un par de horas aquella noche dando vueltas y más vueltas a lo que pudiese haber entre Víctor y ella, y rememorando una y otra vez la imagen del abad suspendido en el aire. El asunto de la capilla se había convertido en algo muy peligroso. Pero no iba a dejar a su tío Daniel en la estacada. Debía investigar los antecedentes de aquel cuadro que podía llevarlo a la cárcel. No permitiría que eso ocurriera. Ahora la familia era lo único que daba sentido a su existencia. Ni sus alumnos, ni el trabajo en la Fundación, ni su anodina vida social terminaban de llenar el vacío que sentía. Necesitaba un motivo más primario para levantarse por las mañanas. ¿No era esa la razón por la que estaba en Cárcar?

Se levantó a las ocho, cansada como si hubiese trabajado durante toda la noche. Tenía mucho tiempo hasta la hora convenida con Víctor, por lo que decidió dar un paseo. Tal vez eso le ayudara a aclararse. La temperatura era agradable, pero una fina lluvia que rociaba el campo con minúsculas gotas la acompañó durante todo el trayecto. Subió por el camino de los pinos hasta el cementerio. Lo dejó atrás y se dirigió hasta la zona llamada la Balsa. Cuando llegó, su ánimo había mejorado lo suficiente como para dar media vuelta y emprender el regreso con paso vigoroso. Llegó a la casa del Gallardo empapada, pero llena de una extraña energía. La ducha caliente la colmó de optimismo, y cuando salió de casa a las diez en punto decidió que ese iba a ser un gran día. Víctor y ella eran capaces de afrontar aquel desafío y lo harían juntos, como ya empezaba a ser costumbre en ellos.

Mientras esperaba a Víctor al volante de su Mini Cooper, llamó a la catedral para fijar una cita con don Javier Ezpeleta. No hubo problemas y eso reforzó su confianza en que todo saldría a pedir de boca.

—Quisiéramos ver los libros *Notum* de 1935 y 1973.

Como Javier Ezpeleta se quedó estupefacto, Víctor Yoldi se apresuró a intervenir:

—Le agradecemos mucho su tiempo, padre, y que haya accedido a atendernos. Verá, creemos que en el anuario del año 1973 puede haber alguna pista acerca del caso de los cadáveres de la capilla románica. Respecto al de 1935, no sabemos muy bien lo que tenemos que buscar, pero le agradeceríamos mucho que nos mostrase ambos libros.

—¿Y qué les hace pensar que en esos tomos pueden encontrar información sobre el caso de la capilla?

Víctor y Rebeca no sabían hasta qué punto podían confiar en aquel hombre, pero no tenían otra opción.

—Hemos hablado con las tres personas con las que se ha entrevistado su abogado. Me refiero al abogado del arzobispado —puntualizó Rebeca—. Creemos que Terencio Díaz de Rada los está amenazando o al menos advirtiéndolo, por lo que cabe deducir que los tres poseen información relativa al caso. Pero ninguno quiere hablar, al parecer se lo impide el secreto de confesión. No obstante, dos de ellos nos han dicho que tal vez en el *Notum* de hace treinta y ocho años haya alguna pista. También nos gustaría ver el de 1935, aunque, como ha apuntado mi compañero, ignoramos la relevancia de este libro en concreto.

El deán los observaba con atención, como si estuviese decidiendo si aquellos jóvenes eran merecedores de su confianza. Tras un breve lapso de tiempo de absoluto silencio, el hombre demudó el gesto.

—Este es un tema incómodo para nosotros, no voy a negarlo... Sin embargo, no tengo constancia de que estemos amenazando a nadie.

Rebeca no pudo contener un gesto de desesperación.

El deán frunció el entrecejo sin apartar la mirada de la joven.

—Sepan que soy un hombre de Dios. No encontrarán a nadie que les diga lo contrario. La Iglesia católica ha hecho muchas cosas mal a lo largo de su historia, al igual que también ha hecho muchísimo bien a la humanidad. Si en efecto hay quien quiere obstaculizar la investigación de los cadáveres de la capilla, les puedo asegurar que no me hallo en ese grupo.

Fijó su enigmática mirada primero en Víctor y después en Rebeca, juntó las palmas de sus manos y dijo:

—Siganme, por favor.

Escotado por Rebeca Turumbay y Víctor Yoldi enfiló una serie de pasillos y varios tramos de escalera hasta llegar a una puerta protegida por una reja de hierro. Sacó una tosca llave de uno de los bolsillos de su sotana y franqueó la entrada al archivo de la catedral: una sala rectangular preñada de altas estanterías repletas de voluminosos libros. Oía a humedad, a cartón y a tinta. Los invitó a sentarse en sendas sillas junto a una mesa de trabajo. Se dirigió a una estantería que contenía numerosos volúmenes de gran tamaño y extrajo un ejemplar. Después lo depositó con delicadeza sobre la mesa.

—Entonces han hablado con tres personas a las que, según ustedes, el abogado Díaz de Rada ha amenazado. No es el estilo del arzobispado, pero pongamos que creo cuanto dicen.

Los dos jóvenes agradecieron sus palabras con un gesto.

–Puede que no tenga nada que ver, pero...

El hombre comenzó a hojear el libro, aunque era obvio que estaba ganando tiempo para decidir si confiarse a la pareja.

–¿Querrían decirme los nombres de esas tres personas?

Rebeca recitó los nombres de los religiosos de Cárcar, Leyre y Ujué. Después aguardó la reacción del hombre.

El deán guardó unos segundos de silencio.

–Yo entré en la capilla al mismo tiempo que el arquitecto de la Institución Príncipe de Viana y el sacristán. Fue un momento terrible. El hedor era insoportable... –

Bajó la cabeza y después la sacudió como si con ese gesto pudiese desprenderse de tan desagradable recuerdo–. El caso es que hay algo a lo que llevo dando vueltas desde entonces. Pensaba que tal vez estaba exagerando, que igual no había nada que objetar al comportamiento del sacristán... –Fijó su mirada en Víctor y Rebeca alternativamente, y continuó vacilante–: El suelo de la capilla es de madera vieja y estaba muy sucio de polvo. Cuando entramos, me pareció que había unas palabras escritas en el suelo. Unas palabras que el sacristán se apresuró a borrar con el pie.

–¿Llegó usted a distinguir alguna de esas palabras, padre? –preguntó Rebeca esperanzada.

Don Javier Ezpeleta se tomó unos instantes antes de asentir.

–Leí el nombre de Clemente, o eso creo. La palabra no estaba completa cuando alcancé a comprender lo que pasaba. Creo que ponía «papa Clemente».

Durante unos segundos solo hubo silencio en el archivo de la catedral.

–Padre –comenzó Víctor–, perdone mi ignorancia, pero no veo la relación. ¿Qué tiene de especial el papa Clemente? A mí ni siquiera me suena.

–Tampoco yo la vi en un primer momento, y teniendo en cuenta que otras palabras fueron borradas antes de poder visualizarlas, he estado bastante despistado durante estos últimos días. A lo largo de la historia ha habido varios papas llamados Clemente. Ocho, para ser exactos. El último de ellos, Clemente VIII, el papa número 231, de 1592 a 1605.

–¿Y qué nos dice eso, padre?

–Nada –respondió el deán de modo categórico–. No nos dice absolutamente nada. Por eso no creo que las dos palabras que leí, o creí leer, hicieran referencia al papa Clemente VIII ni por supuesto a ninguno de los anteriores. –Hizo una pausa antes de concluir–: Creo que esas palabras aludían al obispo Clemente. La palabra *papa* se me escapa. Puede que *papa* tuviese aquí el significado de *padre*, aunque ignoro por qué. El hecho de que ustedes vengan preguntado por el *Notum* de 1973 confirma mi sospecha, porque en esa época el cargo de obispo lo ostentaba casualmente el obispo Clemente, fallecido hace ya muchos años.

El deán señaló el voluminoso libro.

–Este es el *Notum* de 1973. Puede que en él encontremos alguna pista que arroje luz sobre todo este misterio.

–El abad de Leyre nos dijo...

–¿Cuándo han estado con el abad de Leyre? –le interrumpió don Javier Ezpeleta alarmado.

–Ayer mismo. –Rebeca carraspeó incómoda y después añadió–: Fuimos nosotros quienes hallamos su cadáver.

El deán se santiguó visiblemente conmovido. Después bajó la mirada.

Rebeca trató de hablar lo más delicadamente posible:

–Antes de morir, el abad Veremundo nos dijo que el primer responsable de lo que ocurrió hace treinta y ocho años ya no podría ser juzgado en la tierra.

El hombre levantó la cabeza despacio, como tomando conciencia del significado intrínseco de aquella revelación.

–¿El obispo Clemente?

Daniel el Gallardo no asistió ni a la misa del Domingo de Ramos ni a la procesión, a pesar de que Anastasia había hecho todo lo posible por animarlo. Pasó el día del Señor en un sopor que parecía el preámbulo de una gripe o algo peor. Sabía que Anastasia, siempre pendiente de él, estaría preocupada. Él también lo estaba, pero por otros motivos. No había visto a Rebeca desde el sábado por la mañana. Se pasaba el día entero con el hijo de Micaela. A Daniel eso le parecía bien, lo que no aprobaba era que a él no le prestara atención. Se temía además que aquella pareja de inconscientes estuviera metiendo las narices en los asuntos de la Iglesia. Ahí es donde estaba el mayor de los problemas.

El lunes se levantó más tarde que de costumbre, desayunó en silencio y después se dirigió por el paseo de los pinos a su lugar preferido. Necesitaba pensar. Cuando llegó al monte San Pedro descubrió con desagrado que el banco frente al regadío, a los pies del pequeño montículo, ya estaba ocupado. A pesar de eso se mantuvo firme en su decisión. Podía compartir el sitio con don Gregorio. Al parecer, también él necesitaba poner orden en su cabeza. Llegó hasta el banco de cemento y se sentó despacio, apoyando el bastón con mucho cuidado para evitar que se cayera peña abajo. Los dos ancianos se miraron comprensivamente. Acto seguido procedieron a aletargarse como dos viejos osos en la misma madriguera. El Gallardo se sobresaltó al dar una cabezada.

—¡Virgen de Gracia! —exclamó.

—Afortunado tú, Gallardo.

—No se crea, padre. Llevo días sin pegar ojo. Será por eso que, con la paz que reina en este lugar, he llegado a dormir por un segundo.

—¿Qué tienes que te quita el sueño?

—Va, nada. La chica, ya sabe.

—La joven catalana.

El Gallardo asintió.

—Anda metiendo las narices en el asunto de la capilla de la catedral con su amigo Víctor, el periodista.

—Ya.

Los dos hombres guardaron silencio mientras contemplaban las fértiles tierras del regadío a orillas del río Ega.

—Ya falta poco para la romería de la Virgen de Gracia —dijo el sacerdote mirando hacia la ermita erigida en mitad del campo.

—Hablaron con usted sobre ese asunto, ¿verdad? —inquirió Daniel ignorando el comentario del cura.

Don Gregorio frunció el ceño.

—Los chicos, Rebeca y Víctor... Hablaron con usted sobre los cadáveres de la capilla... No se haga el tonto, padre, lo sé.

El Gallardo se sobresaltó por su atrevimiento. Por otra parte, tan absorto estaba en guardar sus propios secretos, que no se había cuestionado por qué Víctor y Rebeca podían querer hablar con el viejo cura. Y la razón para ese interés, ahora se daba cuenta, era su relación con lo encontrado en aquella bendita capilla. Debía de estar muy senil. Tanto como el pobre Marcelo.

—Ocupate de tus cosas, Gallardo.

—¡Así que hay algo!

Don Gregorio inspiró profundamente y retuvo el aire en sus pulmones antes de expulsarlo con fuerza.

—Yo ya soy muy mayor. Estoy enfermo. Solo quiero un poco de paz.

—¿Sabe usted algo sobre el Dalí?

—Ese Dalí, *El niño enfermo*... Está maldito.

—¿Cómo que está maldito? ¡Menudo cuento chino! ¡Hablarme a mí de maldiciones como si fuese un crío!

El cura lo miró con gravedad antes de sentenciar:

—Igual que existe el cielo, también existe el demonio. Créeme, Daniel. Ese cuadro está maldito. Al único que pareció proteger fue al joven de la capilla, aunque finalmente tampoco a él pudo salvarlo de una muerte cruel.

Daniel el Gallardo empleó unos instantes en valorar las palabras del antiguo párroco de Cárcar. Después se giró lentamente hacia él:

—¿Cómo sabe que el joven tuvo una muerte cruel?

Don Gregorio carraspeó, incómodo.

—Los periódicos dicen que el campanero dejó una nota alertando sobre la urgencia de encontrar la capilla. Decía que era cuestión de vida o muerte. Está claro que, al final, fue cuestión de muerte. Tardaron demasiado en encontrarla y el joven murió al quedarse sin agua ni comida. Yo lo veo bastante cruel.

—Ya... —musitó el Gallardo poco convencido—. ¿Y por qué dice usted que el cuadro está maldito?

—Bah, ha sido una tontería que se me ha ocurrido. No le des más vueltas.

Se levantó del banco y procedió a abandonar el lugar dejando solo a Daniel con sus interrogantes. Si el cuadro encontrado era realmente el que él pintara hacía casi cuarenta años, y había sido hallado junto a un joven de esa edad aproximada... ¿No parecía razonable pensar que aquel niño para el que pintó el cuadro era el mismo joven encontrado entre los muros de la catedral?

Mientras Víctor hojeaba el *Notum* de 1935, Rebeca consultaba el de 1973. Allí aparecían multitud de nombres, de visitas y de hechos religiosos, que, por muy relevantes que fueran, a ellos no les decían nada. Los *Notum* comenzaban el uno de enero y terminaban el 31 de diciembre, por lo que cabía la posibilidad de tener que hojear todo el anuario para llegar a encontrar alguna pista. Lo que tenían claro, y en eso estaban de acuerdo los tres, era que alguien encerró al joven al que llamaban Fermín Navarro y cuidó de él hasta la actualidad. También parecía lógico pensar que los tres religiosos con los que se habían entrevistado debían de ser conocedores de lo que ocurriera en aquella capilla muchos años atrás y que tal vez el obispo Clemente era el primer responsable de eso. Todo era circunstancial, por supuesto. No tenían pruebas de nada, ni tampoco le encontraban el sentido a todo aquello. ¿Quién habría escrito los nombres en el suelo de la capilla? ¿Pudo hacerlo el muchacho a pesar de su retraso mental o quizá lo hizo el campanero intuyendo su propio fin? Y, en cualquier caso: ¿por qué iban unos religiosos a encerrar a alguien en una capilla escondida?

Pasaron varias horas sin cruzar palabra sentados en las duras sillas de madera. Mientras Rebeca y Víctor se dejaban los ojos en aquellos volúmenes, el deán oraba en silencio, arrodillado en un reclinador oculto en un extremo de la estancia. Oraba o dormía, podía estar haciendo cualquiera de las dos cosas.

La voz de Víctor sonó en el archivo como si hubiese violado un silencio sagrado:

—He encontrado algo muy curioso.

Rebeca y el deán dirigieron hacia él sus miradas expectantes.

—El 10 de agosto de 1935 se cometió el robo del tesoro de la catedral. Ramón Gómara, el gestor del museo, nos habló de este robo cuando nos entregó el Dalí en la sacristía de los canónigos. ¿Recuerdas?

—También don Gregorio mencionó un tesoro robado. Nos pareció una tontería en ese momento, pero puede que sea un detalle importante que se le escapó sin querer... —Se levantó de la silla y se acercó a Víctor para ver de cerca el texto en cuestión.

—Fue uno de los robos más sonados del pasado siglo —informó el deán aproximándose a la mesa—. La lista de objetos era larguísima y seguro que está detallada en esa entrada del libro. Lo más doloroso fue la arqueta de Leyre, una arqueta arábigo-persa del año 1005, la joya más preciada del tesoro. Se cree que fue el móvil del robo. Los monaguillos lo descubrieron cuando abrieron la sacristía a las seis y media de la mañana. En fin, una vieja historia que ya casi es una leyenda.

—Hay varias páginas en las que se detalla lo sucedido. ¿Será lo que el abad de Leyre esperaba que encontrásemos en este *Notum*?

Rebeca se encogió de hombros.

–Si lo es, no veo la relación con los cadáveres de la capilla.

–Si don Gregorio sabe algo sobre este robo, y es muy posible que tenga información, puesto que lo mencionó, puede que exista una conexión entre el robo y la capilla...

–Pero ¿cuál?

Volvieron a enmudecer. El deán se concentró nuevamente en la oración y los jóvenes metieron una vez más la nariz en los libros. Al cabo de media hora, Rebeca cerró de golpe el volumen que tenía entre las manos. Se restregó los ojos cansada y volvió a abrir el libro por el final. Transcurrieron los minutos con el único sonido del roce de las páginas. Una hora después, fue ella la que rompió el silencio.

–Aunque estoy aterida y me duelen los ojos de tanto mirar, creo que yo también he encontrado algo.

Don Javier Ezpeleta y Víctor Yoldi se acercaron a ella.

–Aquí dice: «Un joven seminarista de nombre R. G. accede furtivamente a las dependencias privadas de la catedral, donde es sorprendido. El joven cumple su penitencia y acepta su destino con sumisión».

A pesar del entusiasmo de Rebeca, ninguno de los otros dos se mostró muy optimista.

–¿Cree que el destino de ese muchacho fue su encierro en la capilla? ¿Que se refiere a Fermín Navarro? –inquirió el deán algo confuso.

–Por supuesto que no –replicó ella saltando de la silla con renovada energía–. Este es el *Notum* de 1973. Si el seminarista era joven entonces, ahora debe de ser mayor. No puede tratarse de Fermín Navarro. Tal vez se refiera a uno de nuestros tres religiosos. El único que encaja con las iniciales es don Ramiro.

–Habría que comprobar el apellido –sugirió Víctor.

–Exacto.

–Muy bien. Creo que yo puedo ayudar en eso. Tardo solo unos minutos en corroborar el dato –se ofreció el deán, y acto seguido abandonó el archivo cerrando la puerta con llave al salir.

–No sé –dijo Rebeca decaída–. Sigo sin encontrar sentido a lo que sabemos.

Víctor comenzó a dar vueltas por la sala.

–Debemos continuar –dijo–. Todavía nos quedan muchas páginas por revisar.

–Creo que necesitamos un descanso. Daría lo que fuera por un café.

Y como si le hubiesen leído el pensamiento, la puerta se abrió tras el correspondiente ruido de la llave en la cerradura. Para su sorpresa no fue don Javier Ezpeleta quien apareció frente a ellos.

–Buenos días. Les traigo un pequeño desayuno, cortesía de esta santa casa.

Víctor y Rebeca observaron al recién llegado con la bandeja.

–Disculpen, no me he presentado. Soy el sacristán de la catedral.

–Encantada. Es usted muy amable –dijo Rebeca con una sonrisa de agradecimiento.

El hombre se acercó a la mesa y se inclinó sobre uno de los libros. Después se inclinó sobre el otro, aún portando la bandeja con el servicio. Rebeca y Víctor contuvieron la respiración temiendo un accidente. Algo terrible si llegaba a producirse.

–Veo que están interesados en hechos recientes de esta casa. No es muy común. ¿Puedo preguntar qué es lo que los ha traído hasta aquí? Es más frecuente investigar en nuestra biblioteca...

Y ocurrió. El sacristán pareció enredarse consigo mismo en una especie de juegos malabares y todo el contenido de la bandeja acabó sobre los libros llenando sus páginas de café, leche, azúcar y bizcochos. Las tres figuras quedaron congeladas en un gesto de espanto. Antes de que ninguno tuviese tiempo de reaccionar, la puerta del archivo volvió a abrirse.

–No traigo buenas noticias –anunció el deán en cuanto franqueó la entrada, pero enseguida se percató de que la situación allí tampoco era demasiado halagüeña.

El sacristán encadenó una letanía de disculpas mientras con la manga de su camisa retiraba los trozos de bizcocho pegados, por efecto del azúcar y los líquidos, a las páginas de los libros. El que había resultado más perjudicado era, claramente, el libro más antiguo. El deán le ordenó tranquilizarse y volver a sus obligaciones. Aquello era un desastre. Muchas páginas estaban afectadas y habría que secarlas y limpiarlas para impedir que se perdiese la información. Para colmo de males, el apellido de don Ramiro de Ujué era Vizcay. No se trataba pues del joven del que hablaba el *Notum*. Tras varias horas de trabajo seguían casi tan ignorantes como al principio.

–¿Mandó usted al sacristán con el café, padre? –inquirió Rebeca cuando se despedían a las puertas de la catedral.

–Ni siquiera me he cruzado con él durante los dos últimos días.

—De esto hace ya casi cuarenta años. Yo pintaba mucho, y bastante bien, ¡qué demontres! Algunos en el pueblo lo sabían. Pocos, en realidad, solo personas muy cercanas. El caso es que había una muchacha que había tenido una vida difícil. Sus padres murieron jóvenes, pues ninguno de los dos gozaba de buena salud. Una familia con mala suerte. La chica entró a servir en casa de doña Paula. La mejor casa del pueblo. Eran gente rica y bien relacionada. En su casa palacio de la calle Mayor se alojaban los presbíteros más importantes que venían a Cárcar. Has de saber que este pueblo ha visto reducirse mucho su población en los últimos años, pero antaño llegó a tener más de dos mil habitantes. En fin, que era un pueblo de cierta categoría. Tal es así, que en una ocasión nos visitó el señor obispo. Se alojó en casa de doña Paula, por supuesto. Pasó allí varias noches. La joven de quien te hablaba se llamaba Regina. Era bastante guapa, pero también una infeliz. —Carraspeó y continuó—: La cosa es que la chica se quedó encinta. No se enterarían más de cuatro o cinco personas en todo el pueblo, pero yo fui una de ellas, la propia Regina me lo dijo. Ella quería criar a su hijo, pero doña Paula la obligó a entregarlo bajo la amenaza de despacharla de su casa. La muchacha no tenía otro modo de vida, así que tuvo que tragar. El embarazo fue bastante problemático y pensamos que la criatura no saldría adelante, pero llegó el momento del parto y el niño nació con vida. El médico dijo que no era un bebé sano, que padecía alguna extraña enfermedad... Yo nunca llegué a verlo, la verdad, pero por lo visto lloraba mucho y de una forma rara. Los vecinos llegaron a pensar que criaban gatos en lugar de niños en casa de doña Paula. —Una sonrisa se perfiló en su rostro, luego continuó—: Regina estaba apenada a la vez que contenta, pero era una buena madre y cuidó del chiquillo hasta que llegó el momento de entregarlo, se había acordado que a los cinco meses, para que pudiera ser alimentado por alguien que no fuese ella. Durante ese tiempo yo llevé a cabo el encargo que la desdichada Regina me pidió al enterarse de que no vería crecer a su bebé. Así que pinté un Dalí, que es lo que mejor sabía hacer.

—*El niño enfermo.*

El Gallardo asintió con un gesto. A su lado, Víctor y Anastasia guardaban silencio.

—El crío fue entregado a la Iglesia, según le dijeron a Regina, quien preparó el ajuar con todo el amor y la pena de una madre que va a renunciar a su pequeño. Con el ajuar, iba también el cuadro de Dalí. «Para que tenga algo bonito que contemplar a lo largo de su vida, aunque sea corta», dijo Regina.

—¿Y nunca más supieron del bebé? —inquirió Rebeca.

El Gallardo negó con la cabeza.

—¿Qué fue de la madre?

Daniel no habló inmediatamente.

—Vamos, necesito andar un poco. Hoy no me encuentro muy católico.

Abandonaron en silencio la casa de la calle Salvador Ordóñez, donde el Gallardo y Anastasia habían pasado la mañana esperando el regreso de los dos jóvenes. «Ha llegado el momento de confesar», les dijo en cuanto entraron en la caldeada cocina. Y lo acababa de hacer.

Rebeca estaba de vacaciones con motivo de la Semana Santa pero el periódico no descansaba nunca, por lo que Víctor no pudo demorarse más y tuvo que volver a Pamplona. No habían hablado ni una sola palabra sobre lo suyo y eso lo tenía preocupado, pues volvía a sentirse como el pardillo de pueblo intimidado por la refinada chica de ciudad. A las diez de la noche, tras entregar su reportaje del día siguiente, se puso la ropa de deporte y salió al galope a la fresca noche pamplonesa. Necesitaba cansarse para caer rendido en la cama y dormir como un lirón. Desde la calle Mayor enfiló hacia el parque de la Taconera. Dio varias vueltas y finalmente se encaminó a la ciudadela, su lugar favorito para correr. Apenas unos pocos corredores en el lugar que siglos atrás sirviera de defensa a la ciudad frente a posibles invasores. Las sombras de unos y otros se fundían con los contornos de los árboles. Las luces, estratégicamente situadas, iluminaban la muralla convirtiendo la zona en un lugar encantado. Víctor aceleró el ritmo de su carrera, necesitaba adrenalina. Poco a poco iba ganando terreno a una corredora cuya gruesa coleta de color castaño se columpiaba de derecha a izquierda. Como un látigo, pensó. Y de pronto su corazón se aceleró aún más, cosa que no dejó de sorprenderlo a pesar de saber perfectamente la razón. Avivó el ritmo hasta situarse al lado de la corredora.

—¿Doctora?

Cristina Zudaire se giró hacia él.

Víctor detectó en su rostro cansancio físico y preocupación, pero no era extraño, pues de noche el lugar podía resultar peligroso para una mujer sola.

—¿Qué quiere? —preguntó con voz entrecortada pero sin reducir la velocidad.

—Solamente he salido a correr y la he reconocido —se justificó el periodista—. Espero no haberla asustado.

La forense aflojó el ritmo y Víctor Yoldi moderó su velocidad para continuar a su lado.

—Le debo una llamada, pero aprovecharé este encuentro para darle las gracias por la información que me proporcionó el otro día.

La doctora Zudaire asintió con un gesto.

—Han pasado muchas cosas desde entonces, doctora. Me gustaría hacerle más preguntas. Si no tiene inconveniente...

Martes 19 de abril de 2011

Se habían citado en el Servicio de Patología Forense, ubicado en el pabellón F del Hospital de Navarra. De camino, el periodista se detuvo en una cafetería y compró dos cafés con leche para llevar y dos coronillas recién hechas que esperaba llegasen templadas. Entró en el anodino despacho de la doctora con una espléndida sonrisa pintada en el rostro, cosa que terminó de animar a la severa jefa del Servicio. Extendió sobre la mesa sus útiles de trabajo: grabadora, libreta y bolígrafo. Una vez conectada la grabadora y repartidas las consumiciones, Víctor comenzó con sus preguntas:

–¿Por qué la jefa tiene un despacho sin ventana? Nunca he visto un lugar menos acogedor.

Cristina Zudaire movió su sillón giratorio hacia uno y otro lado, tratando de ver su despacho con la mirada de un extraño.

–No necesito más. La mayor parte del tiempo la paso en la sala de autopsias...

–Bueno, quería preguntarle sobre el tiempo que Fermín Navarro pudo permanecer en cautiverio. Supongo que debe de haber alguna forma de comprobar si pasó días, meses o años. Creo que es un dato importante.

La doctora Zudaire se tomó unos segundos para planificar su respuesta.

–Es una buena observación. Y estoy dispuesta a revelar lo que hemos descubierto porque hasta ahora ha cumplido con su palabra de no publicarlo. –Inspiró profundamente y continuó–: En un primer momento ya detectamos el color extremadamente pálido de la piel, ni un solo signo de contacto con el sol. Eso nos llevó a analizar otras partes de su anatomía, como el hígado, y a hacer biopsias de los huesos. Además realizamos análisis de sangre y orina y radiografías de su estructura ósea.

–Creo que me he perdido, doctora.

–El objetivo era detectar una deficiencia de vitamina D en el organismo, cosa que en efecto hallamos. Una deficiencia muy severa. La vitamina D aumenta la absorción de calcio y fósforo y mineraliza el esqueleto. Cuando hay un déficit de esta vitamina, la matriz ósea no se mineraliza adecuadamente y se producen enfermedades. Los huesos de Fermín Navarro sufrieron numerosas fracturas a lo largo de los años, debidas seguramente a esa deficiencia; también padecía una enfermedad renal crónica y debilidad muscular generalizada. En mi opinión, este muchacho pudo pasar gran parte de su vida recluido, si no toda.

La sonrisa de Víctor Yoldi se había ido borrando a medida que la doctora Zudaire hablaba. Aquello era de una crueldad difícil de asimilar.

–¿Cree que sufrió algún tipo de maltrato aparte del hecho de vivir cautivo?

–Es difícil de precisar. Su cuerpo mostraba arañazos y golpes, pero creo que fueron fruto de su estado en los últimos días y del síndrome que padecía.

–¿Eso es una opinión?

–No. –Hizo una pausa para ordenar sus ideas y después continuó–: Analizamos los restos epiteliales encontrados bajo las uñas. Todos ellos pertenecían al propio Fermín Navarro. Respecto a los golpes en la cabeza, no hemos encontrado señales de que nadie lo sujetara con fuerza para golpearlo contra una pared, por ejemplo, de modo que pensamos que también se los infligió él mismo. En cuanto a su ropa... Usaba pantalón de tergal, jersey de lana gris y camisa de franela.

El periodista fijó su mirada interrogante en la forense.

–Ropa resistente de hombre mayor. Es lo único que se me ocurre. Quizá estuviese limpia y nueva antes, pero cuando se encontró el cadáver estaba hecha un desastre.

Cristina Zudaire apoyó sus manos entrelazadas en la mesa y aguardó en silencio.

Víctor acabó de tomar notas en su libreta, recogió el bolígrafo y apagó la grabadora.

–Le estoy muy agradecido, doctora. Si puedo hacer algo por usted...

Ella lo miraba impasible.

–En serio –insistió el periodista intentando adivinar si el color de aquellos ojos era gris verdoso o verde grisáceo–. Le debo una, o más. Así que..., si hay algo que yo pueda hacer por usted...

Cristina Zudaire carraspeó. Después dijo:

–Lo cierto es que hay algo que puede hacer por mí. –Volví a aclararse la voz y argumentó–: Se está celebrando un congreso de medicina forense y esta noche es la cena de gala en el restaurante Alhambra. Todo el mundo acude acompañado. La verdad es que no sé a quién pedirle que me acompañe y... –Titubeó–: Bueno... Tal vez usted no tenga inconveniente.

Víctor exhibió su espléndida sonrisa de anuncio de dentífrico:

–Estaré encantado de ser su pareja.

Con un semblante más serio añadió:

–Me acabo de dar cuenta de otra cosa. No quiero abusar de su amabilidad, pero... Supongo que habrá llegado el cadáver del abad de Leyre.

La doctora respondió frunciendo el entrecejo:

–Esta misma mañana tengo previsto realizar la autopsia. ¿También le interesa este caso?

–Verá... Tengo razones para suponer que ambos casos están relacionados.

–¿Solo por la evidente relación con la Iglesia?

–No, no solo por eso. Es largo de contar, pero si quiere podemos hablarlo esta noche.

–Por supuesto. Ah, y no vaya a pensar que lo del Alhambra es una cita ni nada parecido...

–Claro que no.

Abandonó el despacho de la doctora Zudaire sin molestarse en ocultar su brillante sonrisa.

Terencio Díaz de Rada llevaba días con los nervios a flor de piel. Los pocos casos de los que se ocupaba cuando fue requerido por el arzobispado habían sido relegados a un segundo plano, y todo su tiempo, físico y mental, estaba supeditado al mismo asunto. El tema de la momia parecía no preocupar a nadie, pero la muerte de Fermín Navarro... Eso era otro cantar. A todo lo relacionado con la capilla había que sumarle ahora el trágico deceso del abad Veremundo. Además, aquella pareja de entrometidos no cejaba en su empeño de seguirle los pasos, hasta el punto de haberse colado en su casa del pueblo; porque no albergaba la menor duda respecto a su responsabilidad en el robo del papel con los nombres de los tres sacerdotes. Y no eran tontos precisamente. Muy al contrario. Le habían tomado la delantera con su visita a Leyre, trastocando sus planes y su trabajo. El lunes a primera hora se había visto en la obligación de dar explicaciones de lo ocurrido al arzobispo, quien, al igual que él, empezaba a dar muestras de nerviosismo. Su trabajo consistía en gran medida en señalar al difunto Lorenzo Goñi Sola como único responsable del cautiverio del joven Fermín Navarro. No tenían otro remedio. Al fin y al cabo, el viejo campanero era un hombre trastornado, con un evidente síndrome de Diógenes si se atendía a su total abandono personal y social, además de a la acumulación de una buena cantidad de basura y desperdicios domésticos en su casa. Pero había que silenciar a quienes sabían la verdad acerca del tesoro. El arzobispado no podía permitir que ese escándalo saliese a la luz, y el hecho de que el botín hubiese desaparecido no dejaba lugar a muchas dudas sobre la implicación de alguien de dentro.

Sonó el teléfono del despacho.

–¿Sí?

–Han estado en la catedral –dijo la voz al otro lado de la línea– y han pedido ayuda al deán. Esos dos nos van a crear problemas.

–¿Pueden obtener información relevante del deán?

–Es posible. No lo sé. Pero lo que sí sé es que no deben seguir metiendo las narices en nuestros asuntos. –Y colgó.

Díaz de Rada se quedó pensativo. Con lentos movimientos devolvió el teléfono a su base, cerró su ordenador portátil, ordenó el contenido de la carpeta del caso y

procedió a introducirlo todo en su maletín. No tenía mucho más que hacer en Pamplona y la Semana Santa era inminente. Volvía a Cárcar, donde permanecería hasta el segundo día de Pascua, lunes festivo en toda Navarra. Allí podía trabajar y encargarse de aquella pareja de curiosos. Un timbrazo lo sobresaltó. Publicidad, pensó, y decidió ignorarlo. Sin embargo, el timbre volvió a sonar con molesta insistencia. Se acercó al interfono y bramó:

–¡¡Quién!!

A lo que una voz masculina, bastante distorsionada por la escasa calidad del altavoz, respondió:

–Soy tu primo.

El abogado frunció el ceño, desconcertado.

–¡Sebastián! –rugió el hombre con impaciencia.

En pocos segundos se encontraron frente a frente en la puerta del piso del abogado. Más que primos podían haber sido hermanos. El recién llegado era claramente mayor y su cabellera no era tan frondosa ni albergaba ya cabellos castaños, pero ambos eran igual de altos y corpulentos.

–Parece que hayas visto un fantasma...

–Me sorprende tu visita después de tantos años. ¿Qué te trae por aquí, señor consejero? –Y mirando teatralmente al rellano, añadió–: ¿No traes guardaespaldas?

–Me he enterado de que llevas el asunto de la catedral.

El abogado asintió.

–Verás... –El recién llegado dio unos pasos hacia el interior del apartamento–. No me gustaría que ese caso se demorase demasiado, no sé si me explico...

Terencio Díaz de Rada escondió sus enormes manos en los bolsillos del pantalón.

–Voy a ser muy claro –dijo Sebastián Gambarte Díaz de Rada con energía–. Ni mi posición ni mi edad me permiten andarme con tonterías: el campanero encerró al chico y lo mantuvo con vida hasta que la muerte de uno hizo imposible la vida del otro. ¿De acuerdo? No voy a permitir que un asunto de hace mil años me ponga en el punto de mira y destroce lo que llevo toda una vida construyendo a mi alrededor. No quiero más intromisiones, ni más sospechosos. Lorenzo Goñi era un loco y un criminal. Punto.

Tras las rotundas palabras del consejero Gambarte, el abogado, aún con las manos en los bolsillos, bajó la mirada. Pasadas varias décadas desde que su primo mayor lo tuviese bajo su yugo, la historia volvía a repetirse. Sebastián tenía una gran influencia en la Comunidad Foral, sabía que no debía contradecirle, pero el rencor que sentía no iba a desaparecer de la noche a la mañana.

–¿Por qué te importan tanto esos dos hombres de la capilla? Y ¿por qué iba este asunto a ponerte a ti en el punto de mira?

–Ellos me importan un carajo, pero existe la posibilidad de que el chico ese al que han dado en llamar Fermín Navarro saliera de mi casa hace cuarenta años. Esa que es ahora tu casa. Así que lo único que me importa es que se dé carpetazo al asunto cuanto antes. No me hagas repetírtelo de nuevo. Haz lo imposible para cerrar el caso.

–¿Y si no?

Sebastián Gambarte abrió los ojos de par en par, incrédulo ante la osadía de su primo pequeño.

–Estás cavando tu propia tumba, Terencio.

Se dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

El abogado se quedó plantado frente a la puerta. Su primo pidiendo o más bien exigiéndole cerrar por las bravas el caso de la capilla por miedo a verse envuelto en un escándalo. ¿Qué narices pintaba la casa de Cárcar en esa historia? Y ¿por qué debía él preocuparse por eso? La respuesta solo podía ser una, y si estaba en lo cierto, el escándalo vendría de saberse o confirmarse que el joven hallado en la capilla fuese hermano del consejero Gambarte.

Una sonrisa maliciosa quedó grabada en su rostro.

—O sea, que el obispo Clemente, alojado en casa de doña Paula, pudo dejar embarazada a la joven Regina allá por 1973. Después, esta se vio obligada a entregar a su bebé a la Iglesia. El bebé estaba enfermo y salió de Cárcar junto con su ajuar y una réplica del cuadro de Dalí que usted pintó como un favor a la madre.

El Gallardo asintió sin mirar a su sobrina a la cara.

—Y casi cuarenta años después, un hombre de entre treinta y cuarenta años con el síndrome del maullido de gato aparece muerto entre los muros de la catedral de Pamplona, junto a un cuadro de Dalí. El mismo que usted regalara a Regina cuando iba a entregar al niño.

—Parece que tenemos un sospechoso, aunque lleva muchos años muerto.

—Exacto —afirmó Rebeca—, pero esto es solo una suposición. No tenemos pruebas de que las cosas ocurrieran así. Sin embargo, pongamos que alguien ha estado cuidando del chico todos estos años. Puede que el campanero, pero no es descabellado sospechar que otras personas conocían el secreto. ¿Por qué, si no, iba el abogado Terencio Díaz de Rada a citarse con los tres religiosos?

—Uno de los cuales se ha suicidado.

—No podemos saberlo con certeza. Puede que le ayudasen a morir —especuló Rebeca—. El abad Veremundo nos remitió al deán Javier Ezpeleta, que accedió a ayudarnos y fue muy amable con nosotros, aunque en realidad no hayamos sacado nada en claro.

—Yo creo que don Gregorio diría lo que sabe si se le insiste del modo correcto —señaló el Gallardo.

—¿Por qué cree eso?

—Me dijo que el cuadro de Dalí estaba maldito. Que perjudicó a todo el que lo poseyó menos al chico, aunque al final tampoco lo protegió.

—¿Cómo sabe don Gregorio de la existencia de ese cuadro?

—No quiso hablar más. Después de eso se hizo el tonto, pero yo creo que con un poco de mano izquierda...

—Quiere que sea yo quien hable con él, ¿no es así?

El Gallardo asintió con un gesto.

—Ya. Lo de la mano izquierda no es lo suyo.

Se levantaron del banco en el que se habían detenido a descansar. Lucía el sol y la temperatura era muy agradable.

—¿Qué pasó con ella? —inquirió Rebeca—. Ayer no nos contó nada de la vida de Regina después de entregar al bebé. No debe de ser muy mayor, puesto que era una jovencita hace cuarenta años.

El Gallardo pareció no escuchar y siguió caminando despacio, pendiente de no tropezar. Rebeca comprendió que el anciano no quería hablar de la desdichada madre, al menos en ese momento, así que se resignó a esperar. Puede que Anastasia estuviese más dispuesta a contarle algo sobre aquella joven. Subieron la cuesta tras las curvas del camino y el Gallardo se dirigió hacia el cementerio. A Rebeca no le extrañó y tampoco le importó. Era un lugar que la gente del pueblo visitaba con bastante asiduidad sin pensar demasiado en lo que aquel lugar significaba. Ella sí que lo hacía. Le parecía siniestra esa afición a visitar el cementerio, pero respetaba la costumbre local y empezaba a entenderla. Allí reinaba una paz difícil de encontrar en ningún otro lugar, y una vez tomada la costumbre de visitarlo, uno dejaba de verlo como lo que era para ver en él un lugar donde curiosear y pasar el rato. Caminaron unos metros por el pasillo central. Después, el Gallardo se soltó del brazo que lo había sujetado todo el camino y avanzó entre unas tumbas hasta llegar a un panteón situado en el margen derecho del camposanto. Rebeca miró con interés cómo se detenía y hacía la señal de la cruz, una vez apoyado su bastón contra la pared. Al cabo de unos segundos de silencio en los que pensó que su tío rezaba, este se giró hacia ella y la animó a acercarse.

—¿Es que no tienes ojos en la cara? —inquirió el Gallardo tras un lapso de tiempo que consideró excesivo.

Rebeca lo miró estupefacta.

—Solo tienes que mirar en el interior. No hace falta que te lo diga todo. Tanto estudiar... No sé lo que os enseñan hoy en día en la universidad. En mis tiempos había que ser espabilado, si no...

La joven se acercó más a la verja que cerraba el panteón y miró hacia el interior.

«Aquí yace Regina Taules Redondo. Nacida el 12 de febrero de 1954 y fallecida el 24 de marzo de 1974», rezaba una pequeña placa de mármol colocada en un rincón. En el centro, tres grandes losas contenían un buen número de nombres, todos ellos con el apellido Gambarte en primer o segundo lugar.

Pasó a recogerla a las ocho en punto de la tarde. La cena comenzaría una hora más tarde pero había que aparcar. Prefirieron llegar con tiempo y tomar una copa en algún local de los alrededores. La doctora Zudaire vivía en el barrio de Mendabaldea, en un espacioso ático de un bloque de reciente construcción. Víctor no pudo contener un silbido de admiración cuando la doctora lo invitó a entrar. Era evidente que aquella mujer tenía clase y, sobre todo, medios. Lo que podía ver del piso era una estancia única donde se mezclaban cocina, comedor y sala de estar; Víctor supuso que la puerta que había al fondo conducía al dormitorio. Un gran ventanal permitía el acceso de toda la luz que uno pudiera desear además de una estupenda vista del monte San Cristóbal. Todo el mobiliario estaba lacado en blanco, al igual que las puertas. Las paredes hacían un suave contraste en un tono gris, que daba al conjunto un toque sofisticado y transmitía una sensación de serenidad. Por su parte, la doctora lucía un vestido azul petróleo sin mangas y a media rodilla que acariciaba las sinuosas curvas de su cuerpo. Era la primera vez que Víctor veía suelta su melena castaña y que acostumbraba a llevar el cabello recogido en una sencilla cola de caballo. En ese momento, puede que fruto de un cuidado maquillaje, creyó identificar un tono verde turquesa en sus ojos. Y encaramada a los tacones... ¡Dios!

—Doctora, debo decirle que está impresionante.

Cristina Zudaire se volvió hacia él con una mezcla de orgullo y rubor en el rostro.

—Gracias, muy amable. Ya estoy lista. —Agarró una cartera de mano y un abrigo fino a juego con el vestido y abandonaron el ático.

Una hora después degustaban los sabrosos platos del restaurante Alhambra, en perfecto maridaje con un Inurrieta Orchídea y un tinto Chivite Finca de Villatuerta.

—La verdad es que yo no suelo beber, pero reconozco que este vino me está sentando muy bien. Si le parece, puede contarme lo del abad de Leyre. Le aseguro que a mí también me interesan los casos complicados como al parecer es el que le ocupa ahora mismo.

—En realidad es usted la que podría contarme lo del abad, puesto que ya debe de tener el resultado de la autopsia, ¿no es así?

La doctora asintió con la cabeza y dijo:

—El abad Veremundo murió por ahorcamiento.

—Algo más podrá decirme...

—Le digo que murió por ahorcamiento. Y esa no es una información baladí, porque podrían haberlo colgado ya cadáver.

—Perdone, pero creo que no la sigo.

—El que muere ahorcado intenta despejar la vía aérea, por lo que intenta sacar la lengua y abre la boca. Esto, obviamente, no puede hacerse si ya se está muerto. El abad Veremundo tenía la boca abierta y la lengua fuera de ella.

Víctor Yoldi se estremeció.

—En el caso de un ahorcamiento por homicidio, pueden existir señales de lucha, signos que no hallamos en el cadáver. Tampoco marcas de estrangulamiento manual. Es decir, que no lo estrangulaban antes de colgarlo ni opuso resistencia alguna.

—Así que el abad Veremundo se suicidó —dijo Víctor con el ceño fruncido.

—Parece decepcionado —observó la doctora cortando con delicadeza el cochinito confitado que tenía en el plato—. ¿Hubiese preferido un asesinato?

—No, por supuesto que no. Es solo que... No me convence demasiado la opción del suicidio. —Calló unos instantes en los que pareció estar sopesando la información



y después dijo—: Estaba azul...

—Bueno, existen ahorcados blancos y ahorcados azules, pero en realidad no tiene mucha importancia.

—Espero que al menos su muerte fuese rápida...

—Si la muerte se produce por asfixia mecánica, que es lo más frecuente, la agonía puede ser prolongada. Pero en algunas ocasiones la muerte de la persona ahorcada se produce por un *shock* medular agudo debido a la presión que provoca la fractura de las dos primeras vértebras. En este caso el fallecimiento es inmediato.

—¿Y cuál fue el caso del abad?

—El mejor. Su muerte fue rápida.

Victor Yoldi pareció dudar. Se entretuvo unos instantes con su correspondiente cochinillo y después dijo:

—Usted cree que se suicidó porque no se defendió.

La doctora Zudaire afirmó con un gesto. Después quedó a la espera de la teoría que, estaba segura, seguiría a ese comentario.

—Puede que el abad Veremundo no opusiera resistencia ante su asesino.

—¿Insinúa que quería morir?

Victor se encogió de hombros.

—Hay un detalle que no le he comentado, aunque ignoro su relevancia.

El periodista la miró a los ojos.

—El abad Veremundo no llevaba su anillo.

—¿Qué anillo?

—El anillo de abad del monasterio. Uno de los monjes que ha estado más pendiente de la autopsia y se ha encargado del papeleo y demás dijo que faltaba el anillo. Por lo visto tampoco lo han encontrado en su celda, ni en ninguna de las dependencias del monasterio. ¿Es raro, verdad?

—Muy raro, sí... —valoró pensativo—. Quizá se lo llevó el pajarillo...

La doctora lo miró interrogante.

—Don Veremundo nos contó un rato antes de morir la leyenda del abad Virila. Dicho abad pasó trescientos años fuera del monasterio embobado con el canto de un ruiseñor. Cuando volvió nadie lo conocía, ni él conocía a nadie, pero llegó un pajarito trayendo en el pico el anillo, que dejó en manos del santo en señal de ser el verdadero abad de Leyre. Por eso digo que, si le faltaba el anillo, quizá se lo llevó el pájaro de la leyenda.

—Eso es una solemne tontería —sentenció la doctora—, pero no deja de ser una curiosa coincidencia, no voy a negarlo.

Llegaron los postres, las copas y un pequeño baile. Los miembros de la orquesta consiguieron levantar de sus asientos a casi todos los presentes. La velada culminó con una buena dosis de diversión; algo que Víctor no hubiese creído posible a priori, pues esperaba tener que contemporizar con un grupo de personas grises de caras largas. Nada en aquella velada resultó como él había imaginado.

Pasadas las dos de la madrugada, Victor Yoldi aparcaba el coche frente al portal de la doctora Zudaire, quien a todas luces lo había pasado de maravilla.

—Al final no me ha explicado la relación entre los cadáveres de la capilla y el abad Veremundo...

—El abogado del arzobispado tenía una cita con el abad el día siguiente de su fallecimiento.

—¿Cree que el abad se suicidó por culpa o miedo?

Victor la miró fijamente. Sin responder a la cuestión que Cristina Zudaire le planteaba se fue acercando a ella muy despacio hasta detenerse a un centímetro escaso de su boca.

La bofetada que recibió fue brutal.

Una vez más se había topado con un muro de piedra. Su tío Daniel no le había contado nada sobre la prematura muerte de Regina y estaba segura de que nada le iba a contar. Tendría que indagar por otro lado. Tal vez alguno de los amigos del Gallardo mostrase menos reparos en contarle qué fue de la joven. Llevaba varias horas en la casa de la calle Salvador Ordóñez. Sola. Se sirvió una copa de un crianza de Valdeleares, el vino del pueblo, y se acurrucó de nuevo en el sofá, junto a un libro que no acababa de decidirse a empezar y su teléfono móvil. No pensaba llamar a nadie, pero cabía la posibilidad de que Víctor la telefonease para comentarle alguna novedad sobre el caso... O solamente para interesarse por ella, se dijo. La nueva intimidad surgida con el joven la satisfacía por un lado y la llenaba de incertidumbre por el otro. Sin apenas darse cuenta, se estaba dejando llevar, y su convicción respecto a la imposibilidad de una relación a distancia había ido quedando en el olvido. Se prohibió continuar con esa cuestión para no ensombrecer su estado de ánimo. Cogió su bolso y de él sacó una libreta donde había anotado los distintos sucesos y valoraciones que tanto ella como Víctor habían ido haciendo respecto al caso. Volvió a llenar la copa de vino y comenzó a ojear sus notas. No tardó mucho en analizarlas, pero nada en ellas se le reveló como nuevo o con un significado diferente. Cerró la libreta con furia y la lanzó al sofá. Una hoja de color sepia doblada por la mitad asomó de entre las páginas del pequeño cuaderno. La miró con el ceño fruncido. Volvió a coger la libreta y extrajo el papel. Antes de desdoblarlo supo de qué se trataba. Era el formulario que el gestor del museo de la catedral rellenara a la entrega del cuadro de Dalí. Debía haberlo archivado cuando depositó el cuadro en la Fundación, pero no había problema, lo haría en cuanto regresara a Figueres después de sus vacaciones. Lamentándose por su inexcusable falta de concentración durante las últimas semanas, desplegó la hoja. Nada de particular. Los datos de don Ramón Gómara Biurrún como persona de contacto y los de la catedral de Santa María de Pamplona, que constaba como institución. Volvió a doblarlo y procedió a colocarlo en un apartado independiente de su bolso para evitar perderlo. Sin embargo, algo empezó a rondarle la cabeza. Algo importante cuya naturaleza se le escapaba. Puede que hubiese bebido demasiado, o tal vez necesitase un poquito más, se dijo mientras se servía otra copa de Valdeleares.

El estrépito de su teléfono móvil la sobresaltó.

—¿Sí?

—Hola, soy Víctor.

Su corazón brincó en su pecho como si el periodista se hubiese colado en su casa sorprendiéndola en pijama, despeluchada y ebria... Saltó en el sofá para adoptar una postura más formal, dejó la copa sobre la mesa y trató de poner orden en su rubia cabellera.

—¿Estás bien? Es tardísimo —susurró como si temiese despertar a alguien.

—Pero no has tardado en responder, así que estabas despierta.

—Sí, es cierto. —En su rostro se perfiló una tímida sonrisa—. ¿Has sabido algo más?

—Pues sí. La autopsia indica que el abad se suicidó. No hay signos de lucha, ni marca alguna en el cuerpo que indique lo contrario.

—Si eso es verdad, ¿qué hacía Díaz de Rada en Leyre?

—Puede que fuera siguiendo nuestros pasos. No sé...

Ambos guardaron silencio.

—Al parecer, al abad le faltaba el anillo. Es lo único extraño del caso. No ha aparecido por ninguna parte.

—Quizá se lo llevó el pajarillo... —se aventuró Rebeca con voz tenue y un ligero tono de ironía.

—Eso mismo pensé yo. Aunque también pudo llevarse el gigante, ahora que lo pienso.

—¿Y para qué iba ese hombre a querer el anillo del abad?

—No tengo ni idea.

Dejaron que el silencio viajara lentamente por la línea telefónica.

—¿Qué tal te ha ido a ti? —se interesó Víctor.

—He visitado la tumba de Regina. Murió pocos meses después de entregar a su hijo.

—¿Cómo murió?

–Daniel no ha querido decírmelo. Sin embargo, hay algo que me ronda la cabeza... No sé, creo que se me está pasando algo por alto. Me parece que he bebido demasiado vino...

–Yo también. Mejor será que continuemos esta conversación mañana.

–¿Has salido?

–Sí, bueno. En realidad estaba investigando...

Rebeca no dijo nada. No era asunto suyo, en realidad.

–He quedado con la doctora Zudaire, la forense. Es ella la que me ha revelado el resultado de la autopsia del abad.

La pausa fue breve pero incómoda.

–¿Sigues ahí? –preguntó Víctor.

Rebeca estaba muda al otro lado de la línea. A un primer ataque de celos siguió la sorpresa de una revelación.

–¡Ya sé! –gritó.

–¿Qué?

–Ya sé lo que se me estaba escapando.

Víctor aguardó.

–El papel de entrega del Dalí para la Comisión de Acreditación y Catalogación. Ramón Gómara Biurrun.

–No entiendo nada, Rebeca. ¿Estás bien?

–Erre ge.

–¿Erre ge? –repitió el periodista, perplejo.

–Las iniciales del *Notum* se corresponden con las iniciales del gestor del museo de la catedral: Ramón Gómara. Erre ge.

Miércoles 20 de abril de 2011

Aunque Rebeca nunca había celebrado ese día, en Cárcar las cosas eran diferentes. Aquel miércoles se celebraría la procesión del Encuentro, que según le explicó Anastasia de camino al cementerio, simbolizaba el encuentro entre la Virgen y su hijo antes de ser crucificado. Rebeca salió de casa sobre las cuatro de la tarde, cuando consideró que la temperatura sería más agradable para proponerle un paseo a la anciana. Antes de esa cita, arrancó su Mini Cooper y se dirigió a uno de los invernaderos de flores. Víctor le contó en una ocasión que las flores con las que está cubierto *Puppy*, el terrier que da la bienvenida en el museo Guggenheim de Bilbao procedían de Cárcar. Un hermoso negocio crear un perro gigante a base de flores, pensó mientras la encargada del invernadero confeccionaba para ella un espléndido ramo. Se marchó de allí con la emoción de quien ha hecho algo valioso.

De vuelta en el pueblo, aparcó el coche junto a la casa de su tío y ascendió por la estrecha y empinada cuesta hasta los jardines de la residencia de ancianos. Anastasia se alegró mucho al verla, y aunque no pudo ocultar su decepción al comprobar que las flores no eran para ella, estuvo encantada de tener una compañía tan agradable para salir a pasear.

–¿Qué tal va todo? –preguntó amablemente la anciana.

–Bueno. Es un asunto complicado, no sé...

–¿Qué tal te va con Víctor?

Rebeca se detuvo, sorprendida por la pregunta.

–¿Qué quiere decir?

–Creo que hacéis una bonita pareja...

Las mejillas de Rebeca se tornaron de un rojo intenso.

–Al menos parecéis buenos amigos.

–Claro que sí. Víctor es un buen chico...

El enigmático silencio de la anciana obligó a Rebeca a desviar la mirada. Anastasia caminaba muy despacio agarrada a su brazo. Su piel estaba fría y seca. Rebeca tenía la impresión de que la mujer era un poco más frágil a cada paso que daba. No era tan estúpida como para pensar que sus amigos iban a estar ahí por los siglos de los siglos, pero la apenaba ver su deterioro. Se detuvieron dos veces antes de llegar a la puerta del cementerio, pues la anciana se sofocaba y necesitaba reponer fuerzas. Tardaron más de media hora en recorrer el camino. En la mente de ambas, los pensamientos se amontonaban esperando el momento de su liberación. Se detuvieron frente al panteón de los Gambarte y Rebeca se agachó frente a la puerta para colocar el ramo en el suelo.

–¿Qué haces, maja? –se sorprendió Anastasia–. Abre la puerta y pon el ramo junto a la placa de Regina. La gente puede pensar que el ramo es para los amos, cuando precisamente es para la criada.

Rebeca hizo lo que la anciana le indicaba. Después permanecieron unos segundos en silencio frente a la tumba de la chica. Anastasia rezaba con voz queda mientras Rebeca trataba de controlar la tormenta de pensamientos que la acosaba en ese momento.

–¿Sabe usted cómo murió Regina? –dijo por fin–. Mi tío no quiso hablarme de ello y... Bueno, puede que sea importante.

La anciana inspiró profundamente y se tomó su tiempo antes de responder:

–Regina se mató poco después de entregar a su hijo. Es lo que puedo decirte. Tal vez Patricio o Marcelo puedan darte más detalles. Ellos tenían relación con los Gambarte en aquella época.

–¡Cómo que se mató! ¿Se suicidó? –exclamó Rebeca con semblante serio.

–Supongo que no pudo superar la pérdida de su hijo. Tal vez se culpaba por haberlo entregado... No lo sé.

Rebeca asintió con la cabeza y volvió a centrar su mirada en las losas que cubrían el suelo del panteón. Regina se quitó la vida. El por qué era fácil de suponer, pero ¿y el cómo? Miró a la anciana y desechó la idea de sondearla en ese sentido. Era morboso y desagradable. Preguntaría a Patricio. Seguro que el honesto gitano no tendría reparos en compartir con ella lo que sabía sobre la muchacha. Incluso cabía la posibilidad de que Marcelo recordara a la joven sirvienta.

–Deberías pensar un poco en ti, Rebeca –dijo de pronto la anciana. Hablaba con dulzura, como queriendo seducir a la joven con sus palabras–. Las personas que se pasan la vida pensando solo en su trabajo y en ganar dinero acaban solas. Mis dos maridos, mis hijas... Han sido mi vida y lo son, a pesar de la muerte y la distancia. Ahora comparto mi vida con Daniel y soy feliz. Casi siempre. –Suspiró con aire resignado y continuó–: No me gustaría verte sola. Quiero decir... Yo ya no estaré para verlo, pero si existe un cielo no quisiera mirar hacia aquí y verte convertida en alguien infeliz.

Rebeca no supo qué decir. Después de la muerte de su madre ya no había nadie en su entorno que le hablara con esa franqueza descarnada. Sin su madre todo era diferente.

–No me atrevo a considerar a Víctor como una opción.

–¿Por qué no?

–El vive en Pamplona. Yo vivo entre Barcelona, Girona y Figueras. Mi vida es la docencia y la obra de Dalí. ¿Cómo podría? Además Víctor y yo somos muy diferentes.

La anciana meditó unos segundos antes de replicar:

–Veo que tienes los contras muy estudiados. Quizá deberías hacer una lista con los pros. Puede que te sorprendas. En cualquier caso –hizo una pausa en la que fijó en Rebeca su mirada metálica, tan brillante en ese instante–, solamente hace falta una razón para estar con una persona.

Rebeca retiró la mirada, ciertamente incómoda. Anastasia estaba en lo cierto. El corazón tiene razones que la razón no entiende.

–Además, yo no creo que seáis tan diferentes –añadió la anciana en tono más jovial–. Solo hay que ver lo bien que se os da meteros en líos...

Rebeca no pudo reprimir una sonrisa que fue correspondida con un dulce gesto de Anastasia. Con un ademán de complicidad, se giraron lentamente para emprender el camino de vuelta. Casi se dieron de bruces contra él. Rebeca gritó. Anastasia se tambaleó por la impresión y apretó el brazo de la joven como si fuese un salvavidas. Frente a ellas, sin haber sentido su presencia, el gigante Díaz de Rada. El semblante hosco, la postura rígida. Ni siquiera se movió para permitirles el paso. Se quedó ahí plantado como un muro de contención.

Apenas se escuchaba otra cosa que el sonido de los tambores en la plaza Mayor. A las siete de la tarde dio comienzo la procesión en la que participaban la cofradía del Cristo de la flagelación, la de la Dolorosa y la cofradía de tambores. Todo el pueblo había acudido para presenciar el encuentro entre Jesucristo y su madre antes de ser llevado al Calvario. Sentados en las gradas, a los pies de la iglesia, el grupo de ancianos de la residencia observaba atentamente el acto religioso. Víctor y Rebeca permanecieron de pie detrás de los ellos. Víctor conocía de sobra los ritos religiosos de su pueblo, pero Rebeca estaba ensimismada con el espectáculo. No era una procesión grandilocuente ni mucho menos, pero tal vez por eso y por el sentimiento general de respeto hacia la dolorosa escena representada, la joven profesora se sintió profundamente conmovida. Y no era la única a tenor de los pañuelos que vio aparecer a su alrededor. El acto fue breve y emotivo. El sonido de los tambores era el grito de súplica que aquellas figuras no eran capaces de expresar. Una vez que la plaza se quedó desierta, los dos jóvenes asaltaron a sus amigos impidiéndoles volver a entrar en la iglesia.

–Necesitamos hablar con vosotros.

Daniel frunció el ceño.

–En realidad solo necesitamos a Patricio. Marcelo, si quiere, puede quedarse. ¿Os importa? –dijo Rebeca dirigiendo una leve sonrisa a Daniel y a Anastasia.

Daniel golpeó el suelo con el bastón y se marchó, con su genio y con toda la dignidad de la que consiguió hacer acopio. Anastasia dudó, pero finalmente hizo un gesto de disculpa y se fue tras los pasos del Gallardo.

Marcelo y el Gitano, ignorantes de lo que se esperaba de ellos, parecían dos niños aguardando una reprimenda.

–Veréis –comenzó Rebeca–, ya sabemos que Regina, la sirvienta de doña Paula, se suicidó poco después de entregar a su bebé. Lo que no sabemos es cómo ocurrió.

Los dos ancianos se miraron de hito en hito y con lentos movimientos volvieron a sentarse en las gradas. El Gitano tomó la palabra, las manos secas como sarmientos sobre sus rodillas huesudas, la mirada brillante fija en un punto de la calle Mayor. Justo en la casa de los Gambarte.

–¿Y bien? –los acució Víctor con semblante serio.

El Gitano carraspeó sin apartar la mirada de la casa.

–Regina sufrió mucho en su corta vida. No se merecía nada de lo que le pasó. Aquel niño no estaba bien, pero ella lo hubiese cuidado de maravilla. –Extrajo un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, se sonó la nariz con gran estrépito y después lo devolvió a su sitio–. La muchacha no pudo afrontar la vida sin el bebé. Los pocos meses que vivió fueron devastadores para ella. Todos nosotros conocíamos bien a sus padres y le teníamos simpatía. También para los que la apreciábamos fueron meses tristes.

Marcelo, estólido, se encogió de hombros.

–Hay muchas cosas que Marcelo no recuerda –continuó el Gitano–, pero ambos íbamos con frecuencia a casa de doña Paula. Una casa tan grande necesitaba constantes reparaciones. En realidad había mucho trabajo de todo tipo. Marcelo no estaba el día en que murió Regina, pero yo sí que andaba por la cuadra limpiando y dando de comer a los animales, así me ganaba unos duros. De repente oí gritos y subí a escape. La otra mujer que servía en la casa gritaba sin parar. Doña Paula me pidió que la acompañase a los graneros y eso hice. Miramos en el primer granero y no vimos nada. Entramos en el otro y allí estaba.

El Gitano bajó la cabeza y se frotó la mejilla derecha con la manga.

–Hay personas que acumulan toda la mala suerte del mundo... –aseveró Marcelo con la voz quebrada.

–¿Regina estaba muerta en el granero?

–Se había colgado de una de las vigas del techo. Aún se movía cuando llegamos, pero ya no se podía hacer nada.

–Así que se ahorcó... Igual que el abad Veremundo –musitó Rebeca.

–Tengo entendido que el ahorcamiento es el método más común de suicidio –señaló Víctor.

–Pues quien se quiera matar, que coma coles por san Juan.

Nadie tuvo en cuenta el refrán de Marcelo, pues en ese momento un hombre de dimensiones gigantescas se había detenido frente a ellos en medio de la plaza. Llevaba las manos en los bolsillos de su gabardina.

–Si quieren hablar conmigo, este es un momento tan bueno como cualquier otro –dijo el hombre.

El silencio duró unos largos segundos.

–Llevan días rondando mi casa, el panteón de mi familia... Si me andan buscando, aquí estoy.

–Es difícil que el que le busque a usted, no le encuentre –se atrevió a decir Marcelo.

El gigante Díaz de Rada frunció el ceño.

–¿No se mira en el espejo? ¿O es que no cabe de cuerpo entero? –rio de nuevo el anciano ante el estupor de sus compañeros.

Rebeca dio un paso al frente y afirmó con vehemencia:

–Es cierto. Queremos hablar con usted.

Patricio el Gitano agarró del brazo a Marcelo y juntos abandonaron el lugar dejando a los jóvenes con el abogado.

Una vez solos, Rebeca y Víctor descendieron hasta la plaza por las escaleras de las gradas hasta detenerse frente al hombre.

–Yo soy Víctor Yoldi, periodista del *Diario de Navarra*. Hace unos días teníamos una cita a la que usted no acudió. ¿Recuerda? Ella es Rebeca Turumbay, historiadora.

–Disculpe el plantón. He estado muy ocupado últimamente. Y puesto que saben de sobra quien soy, díganme qué es lo que quieren de mí.

–Nos interesa conocer la verdad sobre los cadáveres de la capilla románica –dijo el periodista con voz firme.

El abogado soltó una estruendosa carcajada antes de replicar:

–A ustedes y a todos.

–Ahí se equivoca –intervino Rebeca tratando de aparentar seguridad–. Sospechamos que usted pretende echar tierra sobre el asunto. Que está amenazando a algunas personas para que no hablen.

El abogado se tomó su tiempo antes de responder a aquella acusación.

–Yo solamente hago mi trabajo. Mientras no tengan pruebas de lo contrario, les recomiendo alejarse de mí. Y esto que voy a decirles sí que es una amenaza: si vuelven a colarse en mi casa, si vuelven a meter las narices en mis asuntos, no dudaré en ir a por ustedes.

Se dio media vuelta dando por terminada la conversación, y con las manos nuevamente en los bolsillos de su gabardina enfiló la calle.

–¿Qué hacía usted en Leyre el mismo día que murió el abad Veremundo? –inquirió Rebeca a voz en grito.

El abogado se giró hacia ellos con el gesto descompuesto.

–Usted iba a entrevistarse con el abad al día siguiente –arguyó la joven con el tono más calmado–. ¿Por qué fue al monasterio el día previo? ¿Para asegurarse de que no contara más de la cuenta?

–No sé de qué me hablan. Además, el abad Veremundo se suicidó.

–Eso es lo que parece, en efecto. También Regina, la madre del chico de la capilla, se suicidó ahorcándose en uno de los graneros de su casa. ¡Qué casualidad! –insistió Rebeca.

–¿Me está acusando de asesinato?

–¿Debería?

–Debería andarse con ojo. Y lo mismo le digo a usted, señor Yoldi. Este juego les queda grande.

Víctor y Rebeca permanecieron unos instantes mirando la enorme figura del abogado alejarse por la calle.

–Víctor –musitó ella–, tengo miedo.

–Tranquila. Yo también.

Jueves Santo, 21 de abril de 2011

Quedaron en el histórico café Iruña, en la plaza del Castillo. Las lámparas de época, los grandes espejos, los escudos policromados y las sillas Thonet llamaron la atención de Rebeca.

–El café Iruña se fundó en 1888 –explicó Víctor– y fue el primer establecimiento con luz eléctrica de Pamplona. Se dice que Ernest Hemingway comenzó a escribir algunas de sus novelas aquí; lo que es seguro es que muchos escritores y artistas se reúnen en este lugar.

Rebeca miró alrededor y asintió complacida.

Ya habían pedido sus consumiciones cuando el gestor del museo de la catedral Ramón Gómara Biurrun apareció junto a la mesa, tan sigiloso como un gato. Pidió un café solo y después se sentó con los dos jóvenes.

–Ustedes dirán –dijo con voz calmada, las manos extendidas sobre la mesa de mármol.

–Verá, el otro día estuvimos ojeando el *Notum* de 1973. –El hombre asintió y Víctor continuó–: El caso es que encontramos unas iniciales que creemos hacen referencia a usted y nos gustaría que nos explicara las circunstancias que rodearon el hecho que se menciona en el *Notum*.

Ramón Gómara aguardó. Rebeca extrajo su libreta del bolso y leyó en voz alta:

–Un joven seminarista de nombre erre ge accede furtivamente a las dependencias privadas de la catedral, donde es sorprendido. El joven cumple su penitencia y acepta su destino con sumisión.

Todos guardaron silencio, inmóviles.

–¿Y bien? –dijo al fin Ramón Gómara.

–Creemos que usted es ese joven. Sus iniciales coinciden. También creemos que tiene información sobre lo ocurrido en la capilla románica.

El hombre inspiró profundamente y comenzó a retorcerse las manos.

–Han dado por supuesto que yo soy sacerdote. ¿Me equivoco?

Victor y Rebeca se miraron, pero no respondieron.

–Soy doctor en Historia Medieval y tengo dos hijos ya mayores. Nunca estuvo en mis planes hacerme sacerdote y les aseguro que no pasé por el seminario.

Los dos jóvenes desviaron la mirada, avergonzados por tan estrepitosa metedura de pata.

–En realidad me temía esta situación... Les aconsejo que dejen este caso a la Policía.

–La Policía nunca pilla a los malos –dijo Víctor con un deje de ironía–. Al menos no a los poderosos.

–Aunque así fuera, deberían olvidarse de todo esto.

–¿Y si no lo hacemos? ¿Qué nos va a pasar? ¿Nos van a colgar de una cuerda?

Ramón Gómara se revolvió en su silla, molesto por las hirientes palabras de Víctor Yoldi.

El periodista se dio cuenta de que se había excedido.

–Señor Gómara, por favor, cuéntenos lo que sepa, es importante para nosotros.

El hombre juntó las palmas de las manos delante de la cara. Entornó los ojos y pareció meditar. Finalmente dijo:

–Está bien, les contaré lo que pueda, pero les prohíbo contactar conmigo después de esta reunión, al menos no por este asunto. No me agrada en absoluto su actitud. Sin embargo, aún tenemos pendiente la autenticación del Dalí.

–Como ya le dije el día que recogí el óleo, la peritación suele llevar varios meses. Pero descuide.

El hombre asintió con la cabeza.

–Ahora les voy a contar una historia y es lo único que pienso compartir con ustedes a partir de hoy. A mí me la contó el campanero de la catedral, Lorenzo Goñi Sola. No siempre fue viejo, ni siempre estuvo loco. Pasó su vida en la catedral y me atrevo a decir que conocía cada uno de los secretos que alberga esa construcción. Nunca supe si esta especie de cuento ocurrió de verdad o se lo inventó para darse importancia, pero a la vista de los acontecimientos... En fin, se la cuento y ustedes valorarán.

Rebeca sacó un bolígrafo y buscó una página en blanco en su libreta. Víctor rescató de su mochila la pequeña grabadora, la colocó frente al gestor del museo y la activó.

–Está bien... –comenzó con un tono de voz diferente, como si estuviese a punto de iniciar una conferencia–. La historia que voy a relatarles ocurrió un día de diciembre de 1973 cuando un joven que, como han señalado, estudiaba en el seminario, se coló a escondidas en la catedral. Al parecer escuchó un llanto parecido al maullido de un gato y decidió entrar a buscarlo. –Hizo una pausa larga, quizá ordenando sus ideas, la mirada perdida en uno de los grandes espejos que decoraban la pared del legendario café.

Alegó una cita importante con otro consejero para salir de su casa a media tarde. Aquello tenía que hacerlo solo y no quería que su mujer se inmiscuyese en sus asuntos. Una vez cerrada la puerta tras de sí en el jardín de su precioso chalé, el consejero Sebastián Gambarte miró a derecha e izquierda. Después sacó el teléfono móvil del bolsillo de su americana y seleccionó un contacto. «Soy yo. Voy para allá», dijo. Y después colgó.

Pulsó el mando de su coche y se introdujo en él. Disponía también del Volkswagen Phaeton de los consejeros, pero se negaba a renunciar a su Audi A5, su tesoro más preciado. A menudo pensaba que quería más a ese coche que a su propia esposa, y a su pesar, sabía que era una verdad incuestionable. Otra cosa eran sus dos hijos, convertidos ya en adultos exitosos, hechos a su imagen y semejanza. Su trabajo le había costado, pero de algo tenían que servir sus contactos en el club de golf de Gorraiz y su posición en el Gobierno Foral. Ese solo pensamiento sirvió para reforzar su determinación. Nada ni nadie iba a empañar su nombre ni el de su familia. Si su padre era o no el progenitor del joven de la capilla, le importaba un pimiento, pero la simple posibilidad era ya de por sí una vergüenza. Él era un muchacho resuelto cuando ocurrió lo de la criada y supo de la decisión de sus padres de obligarla a entregar al bebé. A él le pareció todo bien, no había razón para cuestionarlos, pero ahora ese asunto podía manchar su reputación y eso era algo que no iba a consentir.

Aparcó el Audi junto a la plaza de toros y se encaminó por la calle Estafeta, torció a la derecha por la calle Javier y después por la calle Dormitalería hasta llegar a la catedral. Una vez dentro, se dirigió a un banco cercano a la puerta, el lugar acordado desde que comenzó todo el tema de la capilla. No tardó en localizar al hombre que buscaba. Estaba de rodillas, rezando como un feligrés cualquiera tras los actos religiosos del Jueves Santo. Se acercó tratando de amortiguar el gruñido de sus suelas sobre el pavimento. Se sentó al lado del sacristán y le puso la mano en el hombro. El hombre se incorporó frotándose las rodillas y procedió a sentarse junto al consejero.

–Hasta mi primo parece empeñado en sacar a la luz los trapos sucios de la familia. ¡Maldita sea! –dijo entre dientes el consejero sin mirar al sacristán.

–Puede contar conmigo para lo que considere necesario si la recompensa vale la pena. Ya se lo dije.

–Tal vez tengamos que tomar medidas drásticas, puede que arriesgadas. ¿Hasta qué punto le interesa el porvenir de su familia?

–Quiero un puesto directivo para mi hijo en alguna de sus empresas o en la Diputación Foral. Eso es algo que nadie en mi familia ha podido siquiera soñar. Haré lo que usted me mande siempre que el puesto lo merezca.

–Seguro que encontraremos algo.

El sacristán vaciló un instante antes de revelar su información:

–El periodista y la muchacha del Museo Dalí han estado indagando en el archivo.

El consejero le impelió a continuar.

—Han consultado los *Notum* de 1935 y 1973.

—A mí eso no me dice nada. ¿Qué es lo que andaban buscando? ¿Lo sabes?

El sacristán asintió con la cabeza. Un gesto de malvada complacencia acompañó el ademán. El consejero comprendió.

—Un arquitecto tiene muchas posibilidades para medrar tanto en el sector público como en el privado, no se preocupe por eso. Yo me encargo.

Sellaron el trato con un apretón de manos. El sacristán comenzó a hablar acerca del contenido de los dos volúmenes que tan hábilmente había conseguido apartar de aquella pareja de jóvenes. Continuaron en el banco durante al menos veinte minutos. Pasado ese tiempo, ambos se incorporaron, hicieron la señal de la cruz y se marcharon, uno hacia la sacristía y el otro hacia la salida.

Ramón Gómara Biurrun los dejó con la boca abierta y sin posibilidad de réplica. Tras concluir su inquietante narración se levantó, se bebió de un trago el café y se marchó sin decir adiós. Permanecieron un buen rato en el Iruña tratando de encajar las piezas de aquel complejo puzzle. Lo más sencillo era dar por cierto que Ramón Gómara era el joven que se adentró furtivamente en las dependencias de la catedral y sin pretenderlo descubrió el secreto. Podía tratarse de él, o tal vez no, porque, al fin y al cabo, Ramón Gómara ni era sacerdote ni lo había sido. Al menos eso les había dicho él. Tendrían que comprobar ese dato porque bien podría haberles mentido. Pero también podía tratarse de otra persona. Puede que el desdichado cura fuese encerrado en aquella mazmorra medieval, que nunca llegase a salir de allí y cumpliera su penitencia sin protestar. Quizá aquel joven curioso fuese la momia Ramsés, pues aún estaba por aclarar si Ramsés llevaba muerto cuarenta años o cinco siglos. Por otro lado, había mucha información en aquella historia. El gestor del museo había hablado de tres sotanas, una de las cuales correspondía a alguien poderoso. ¿Podía tratarse del mismísimo obispo? ¿Sería el obispo Clemente el padre de aquel bebé? Esa era una razón de peso por la que obligar a la joven Regina a entregar a su hijo a la Iglesia. Por un lado estaba la vergüenza de ser madre soltera en casa de una notable familia, por otro, quizá el padre quería tenerlo cerca. Lo quería para él, pero tenía que ser en secreto. Tenía sentido, desde luego. Y no cabía ninguna duda de que si todo eso era cierto y llegaba a saberse, la diócesis de Pamplona se encontraría en una situación desagradable. Las tres sotanas podían corresponder al obispo Clemente y a dos sacerdotes más, pero les sobraba uno. Tenían a don Ramiro de Ujué, don Gregorio de Cárcar y al abad Veremundo de Leyre. Uno de ellos no estuvo en aquel momento en la capilla, pues el joven intrépido solamente vio tres sotanas. El bebé era claramente Fermín Navarro. La pista del llanto similar al maullido de un gato era muy reveladora.

Se encontraban en un punto muerto. A falta de conocer los detalles, creían saber quiénes eran los responsables de la vida en cautividad de aquel muchacho y por ende, también de su muerte. ¿Y ahora qué?, se preguntaban. ¿Acusar a aquellos religiosos y al difunto obispo Clemente? «No tenemos pruebas –se lamentó Rebeca–. Y no hay mucho que podamos hacer sin ellas. Tal vez lo mejor sea olvidar todo este asunto.» Pero Víctor se mostró implacable: no pararía hasta sacar a la luz toda aquella trama tan bochornosa. Regina y su hijo merecían justicia aunque fuese después de muertos, y la momia Ramsés, fuese quien fuese, también. El férreo convencimiento de Víctor fue todo lo que Rebeca necesitó. Esbozó una tímida sonrisa y asintió con la cabeza.

Así pues, con renovadas energías, decidieron volver a abordar a don Gregorio. Lo localizaron en el bar de los jubilados a las cuatro de la tarde, como era de esperar, ya que todas las tardes jugaba al chinchón durante al menos un par de horas. También Marcelo, Patricio y el Gallardo se encontraban en el bar jugando su partida de cartas.

–¿Qué demontres pasa ahora? –bramó el Gallardo en cuanto los vio entrar.

–Buscamos a don Gregorio –aclaró Rebeca.

El anciano cura dejó sus cartas sobre el tapete y miró fijamente a la chica con sus pequeños ojos casi enterrados bajo los párpados.

–Necesitamos su ayuda, si es tan amable.

Don Gregorio se levantó con mucha parsimonia, agarró su chaqueta y siguió a los dos jóvenes fuera del bar.

–Verá –comenzó Rebeca–, queremos que nos hable del cuadro que se encontró en la capilla de la catedral. Usted le dijo a mi tío que el cuadro estaba maldito, y como parece saber algo de lo que ocurrió en esa capilla...

–Ya les dije que no puedo hacer nada. Lo que ocurriera o dejara de ocurrir hace cuarenta años ya no tiene vuelta de hoja.

–Eso no es cierto. Hay dos personas muertas y merecen justicia. El abad del monasterio de Leyre está muerto y sabemos que su muerte, tanto si se trata de un suicidio como si no, está relacionada con lo descubierto en la catedral.

Tras un momento de vacilación don Gregorio claudicó.

–Siganme, por favor –dijo–. El sol ya tiene bastante fuerza en esta época del año y su contacto resulta muy confortable.

Caminaron hasta el mirador del regadío. El día era claro y el sol brillaba con fuerza ganando la batalla al fresco cierzo. Los colores de la primavera invadían la Peña, sembrada de amapolas y dientes de león. Los frutales lucían sus blancas florecillas, preludio de futuros manjares. El río Ega, cuyas orillas parecían protegidas por sendos muros de frondosa vegetación, fluía con abundante caudal debido a las recientes lluvias. Dejaron que el piar de los pajarillos les acariciase los sentidos durante unos minutos. Después, don Gregorio elevó la barbilla y respiró profundamente. Cuando notó que sus interlocutores comenzaban a inquietarse empezó a hablar.

–Verán, si dije que ese cuadro de Dalí estaba maldito, es porque no ha traído otra cosa que enfermedad y muerte a quienes lo han poseído.

–Disculpe, padre, pero ¿le importaría explicarse mejor? –solicitó Rebeca.

Don Gregorio carraspeó varias veces antes de continuar.

–La primera persona que lo tuvo en sus manos fue Regina, una joven del pueblo que falleció poco tiempo después de entregar a su hijo junto al cuadro. –Se santiguó y volvió a bajar la mirada antes de continuar–. Aquel cuadro fue a parar a la catedral de Pamplona y monseñor Clemente lo colocó en su propio despacho. Allí estuvo apenas unos años, hasta que murió. Su sucesor, el arzobispo Atanasio, no era en absoluto un admirador de Salvador Dalí, de modo que lo sustituyó por una pieza clásica de arte religioso. El siguiente depositario fue don Ramiro Vizcay, el actual cura de Ujué, quien otrora fuese canónigo de la catedral. –Rebeca y Víctor se miraron con complicidad, anotando mentalmente ese dato–. A don Ramiro tampoco le cayó la lotería precisamente, pues unos días después de tener la custodia del Dalí, su madre enfermó y falleció. Él mismo contrajo una grave enfermedad y a punto estuvo de morir, pero entregó el lienzo a su amigo Ricardo Goizueta, otro canónigo de la catedral que después sería abad de Leyre. Tampoco este lo conservó demasiado tiempo, pues ya empezaba a sospechar del maléfico efecto del cuadro. Cuando uno de sus hermanos murió accidentalmente en la carretera y su padre sufrió un ataque al corazón pocos días después, no dudó en entregármelo a mí.

–Perdone que le interrumpa, pero... Ha dicho que Ricardo Goizueta era el nombre de quien después fuera abad de Leyre.

–Exacto.

–El abad de Leyre se llamaba Veremundo. ¿Acaso habla usted de su predecesor?

–No, hablamos de la misma persona. Veremundo no era el verdadero nombre del abad de Leyre. Cuando fue nombrado abad del monasterio, se lo cambió en honor a un monje benedictino que vivió en la Edad Media, san Veremundo, abad de Irache, una figura muy destacada en la orden; en realidad, su influencia religiosa y cultural fue importante para todo el Reino de Navarra.

Tras un intenso silencio, Víctor dijo:

–Así que las iniciales de don Veremundo eran erre ge, Ricardo Goizueta.

–Sí. ¿Tiene alguna importancia?

–La tiene para nosotros. Pero continúe, por favor. Nos hemos quedado en el momento en que el cuadro le fue entregado a usted.

–Sí, eso es. Don Veremundo, o don Ricardo Goizueta, que era como se llamaba entonces, no dudó en entregármelo a mí... –Carraspeó–. Yo también era canónigo de la catedral. Éramos compañeros, hermanos en Cristo y... Bueno, yo lo acepté encantado. Nunca he creído en maleficios ni nada parecido. Pensé que no era para tanto, hasta que pasados seis meses me diagnosticaron un cáncer de próstata. Aquí sigo, como pueden ver, así que no puedo quejarme, pero en aquel momento no lo dudé: cogí el cuadro y lo llevé de nuevo a la catedral. Nadie quería tenerlo cerca, pero tampoco podíamos deshacernos de él. Visto con la distancia que dan los años transcurridos, bien podríamos haberlo tasado y vendido, pero esa posibilidad no se nos pasó por la cabeza. El cuadro acabó en la casa del campanero, donde permaneció durante muchísimo tiempo.

–Y al parecer ahí acabó la maldición puesto que el campanero ha tenido una vida muy larga –intervino Rebeca.

–Yo no lo diría tan alto. Lorenzo Goñi Sola se quedó viudo dos semanas después de colgar el cuadro en su casa. Un rayo atravesó a su mujer en la primera tormenta que se produjo tras la llegada del Dalí. Después de eso, el hombre sufrió una terrible depresión. Finalmente se repuso y continuó con su trabajo. Rompió, muy a su pesar, todas las estadísticas, pues a lo largo de los años sufrió heridas de distinta consideración producidas por varios rayos. Lo extraño en su caso es que sobreviviera a tanto avatar meteorológico. Aún no logro entenderlo, pero así fue. Que viviese entre desperdicios o sufriera demencia era lo menos que podía ocurrirle al pobre Lorenzo.

–Sin embargo, el cuadro se encontró en la capilla románica junto al cadáver del joven, no en la casa del campanero... –observó Víctor.

Don Gregorio tuvo que darle la razón.

–En algún momento debió de dejarlo allí. No sabría decirles más.

–Puede que el viejo campanero no estuviese tan loco. Comprendió que iba a morir pronto y quiso devolver el cuadro a su dueño legítimo.

El cura miró a Rebeca con gravedad.

–Por lo menos murió viendo algo bello como quería su madre, ya que no pudo disfrutar del cuadro durante su vida – señaló Rebeca.

Hizo una pausa y con un tono mucho más seco dijo:

–En mi opinión, el cuadro no estaba maldito, los que estaban malditos eran ustedes por haber traicionado sus principios, la ética y la moral que debe regir a todo ser humano. Y se llaman católicos.

Don Gregorio bajó la cabeza, derrotado. Ni siquiera se defendió.

Ya se marchaban cuando una idea saltó dentro de la cabeza de Rebeca. Se volvió hacia el cura con el ceño fruncido:

–¿Qué nos puede decir del tesoro de la catedral y las monedas de oro desaparecidas?

El hombre palideció al instante. Mudo frente a los dos jóvenes que lo miraban con gesto interrogante, pareció tambalearse. Se sentó despacio en el banco y se llevó la mano a la frente. Tardó unos segundos en hablar:

–Por favor, olvidad todo esto de la capilla, las monedas, el cuadro, los muertos... Mi vida ya no vale nada, pero vosotros sois jóvenes y tenéis toda la vida por delante.

Se levantó despacio y se alejó de ellos con paso vacilante y una losa sobre los hombros.



A la tenue luz del ocaso, los pasos de Semana Santa ascendían a cámara lenta por la calle Mayor, hacia la iglesia. El sonido de los tambores unido al roce de las cadenas sobre el cemento producía un efecto estremecedor. Las cofradías del Cristo de la flagelación, la Dolorosa, la del Cristo crucificado, la del Cristo tumbado y los Penitentes de la cruz a cuestras salían en procesión acompañados por la cofradía de tambores. Las cuadrillas habían ido restaurando más pasos año tras año, formando nuevas cofradías con sus túnicas de distintos colores y sus andas de bonita madera maciza. Los carcareses se tomaban muy en serio su papel en este acto religioso y la mayoría de los participantes caminaban descalzos con pesadas cadenas atadas a los tobillos. La parte de la población que no participaba activamente lo hacía siguiendo la procesión desde su salida de la iglesia, atravesando la plaza Mayor, bajando por el barrio Monte para después, tras cruzar la plaza de abajo, continuar por la calle Mayor hacia arriba y volver a subir la escalinata de acceso a la iglesia. Pero el lugar favorito de Daniel el Gallardo y sus amigos era la parte alta de la grada, para ver ascender al Cristo, a la Dolorosa y demás pasos hasta tenerlos de frente una vez llegados a la plaza Mayor. Anastasia no soltaba la mano del Gallardo, estremecida por el imponente sonido de los tambores y el arrastrar de cadenas. Había empezado a llover una hora antes, y hubo un momento en que se planteó la posibilidad de cancelar la procesión, pero milagrosamente la lluvia fue haciéndose cada vez más fina hasta convertirse en un ligero chirimiri. Así las cosas, se acordó seguir adelante. Con el suelo mojado, la inclinación de las calles y el peso de los pasos, el milagro iba a ser que nadie resbalase y el acontecimiento religioso acabase en desastre.

Rebeca Turumbay se había unido al grupo de su tío Daniel y observaba atónita el espectáculo que se representaba frente a ella. Victor formaba parte de la cofradía del Cristo crucificado, la más numerosa. Dirigió la mirada a ese grupo de túnicas de color púrpura tratando de adivinar cuál de aquellos ocho hombres podía ser su amigo el periodista. Pero no eran solo ocho, pues había que contar con los de refresco. Junto al voluminoso paso, otros cuatro penitentes caminaban atentos para sustituir a sus compañeros en el momento acordado. Así pues, eran doce personas las que componían la cofradía de la que formaba parte Victor Yoldi. Todos iban descalzos y todos arrastraban pesadas cadenas.

Mientras observaba, su mente volaba inquieta. Eran demasiados los interrogantes, pero lo que más la desasosegaba era la implicación de Daniel en el asunto de los falsos Dalís, pues la atañía a ella y a su única familia. Una familia de delincuentes, por lo que podía deducir, pero familia al fin y al cabo. Su misma sangre. Después estaba todo el resto de la investigación. Sospechaban del gigante Díaz de Rada, por supuesto, aunque la actitud del sacristán de la catedral era también bastante sospechosa. Que se presentase en el archivo de aquel modo inesperado y derramase todo el contenido de la bandeja sobre los volúmenes que estaban consultando... Aquel accidente parecía demasiado oportuno para ser casual.

De pronto, un susurro en su oído la estremeció. Junto a ella, una mujer mayor tocada con un pañuelo. Rebeca la miró con una mezcla de asombro y fastidio, sin comprender aquel acercamiento excesivo que interpretó como un acoso. Decidió relajarse, restar importancia a las rarezas de aquella gente. La mujer la golpeó en el hombro. Rebeca la miró con el ceño fruncido, visiblemente molesta. La desconocida se hizo la sueca, concentrada en seguir la procesión con la mirada. Al siguiente envión y no pudo aguantarse más:

–¿Quiere algo? En esta plaza hay sitio de sobra para las dos, no hace falta que me empuje.

–Sh...

Rebeca la miró, atónita.

–Dicen que andas curioseando en las cosas de doña Paula –murmuró la mujer con la vista al frente, como queriendo disimular su conversación con la joven forastera.

–¿Y qué?

–Mira, maja, yo cuidé de esa chica hasta el día que la encontré colgando de la viga del granero grande. –Calló durante unos instantes sin apartar su mirada de la multitud que se apiñaba frente a ellas–. Solo un tonto se metería en las cosas de los Gambarte.

–Pues si cuidó de Regina, no lo hizo muy bien que digamos –espetó Rebeca, y con sus palabras consiguió que la mujer le dirigiese una mirada furibunda. Pero la joven no se dejó achantar y añadió–: Si lo hubiese hecho, no se hubiese quedado embarazada ni perdido a su hijo. Lo más lógico era que se suicidara.

El semblante de la mujer se tensó aún más. Contuvo tanto la respiración que su rostro se tiñó de rojo. Por más que trató de contenerse, las palabras salieron de su boca a borbotones:

–¡Regina no se suicidó!

Rebeca clavó las manos en sus caderas, desafiante.

–¡Cómo que no se suicidó!

El Cristo crucificado, último paso de la procesión, pasaba ante ellas. La escalinata de la iglesia estaba abarrotada de penitentes. En medio del estruendo de los tambores, la mujer bramó:

–¡A Regina la mataron!

La mujer del pañuelo se alejó de ella rápidamente hasta mezclarse con la multitud que participaba en la procesión. Rebeca tardó en reaccionar. Cuando por fin lo hizo, cuatro pares de cansados ojos estaban fijos en ella.

–Siempre te veo entre flores, y asomada a tu ventana. Son tan lindos tus colores y tan linda tu cara. Por eso te canto yo. Te canto una colombiana...

La joven no pudo menos de sonreír al anciano.

–Muy bonita canción, Marcelo. Gracias.

–Conozco otra tan bonita o más que esta: colombiana de mi vida, colombiana de mi amor. Vengo a verte por de noche porque no puedo de día. Porque en saliendo de casa, me sigue la Policía.

–¡Calla ya, demontres! –bramó el Gallardo.

Y girándose hacia su sobrina segunda dijo:

–Rebeca, maja. Creo que es hora de que te vayas para tu casa.

–¡Pero si son solo las ocho de la tarde!

–Me refiero a tu casa de Gerona o a la de Barcelona. Vete donde te dé la gana, pero vete.

A Rebeca aquellas palabras le sentaron como una bofetada.

–Siempre andas metiendo las narices en los asuntos ajenos y eso disgusta a la gente del pueblo. A ver si te vas dando cuenta.

La joven bajó la mirada, abatida.

–Lo que quiere decir –intervino Anastasia en tono conciliador– es que se preocupa por ti y no quiere que vuelvan a hacerte daño. ¿Verdad, Daniel?

El Gallardo golpeó el suelo con su bastón pero guardó silencio.

–Ando buscando y no encuentro, remedios para mi mal. Una morena lo tiene y no me lo quiere dar –cantó Marcelo, y esta vez su intervención calmó los ánimos.

–Yo no he ido a buscar a esa mujer. Ha sido ella la que se me ha acercado para decirme que...

–Que dejes de meterte donde no te llaman –la interrumpió el Gallardo.

–Sí, eso también. –Calló un instante y miró a su tío con cara de cordero degollado–. Pero además dice que Regina no se suicidó.

La plaza estaba desierta. Tan solo Rebeca y los cuatro ancianos que de pronto se quedaron mudos como piedras. La joven los interrogó uno a uno con la mirada. Patricio el Gitano dio un paso al frente. La boina negra bien calada, un chubasquero fino sobre su habitual atuendo de camisa, chaleco oscuro y pantalones demasiado grandes para su enjuto cuerpo. Rebeca agarró afectuosa la nervuda mano de aquel hombre al que bautizara el verano anterior como Hombre Sarmiento.

–Verás, maja –comenzó el Gitano–, esa mujer se llama Clotilde. Siempre, desde muy chica, sirvió en casa de doña Paula. Cuando su señora murió hace unos años, ella se jubiló y la casa se cerró porque los descendientes de doña Paula vivían todos en Pamplona.

–Así que fue la sirvienta que encontró a Regina muerta en el granero.

El Gitano asintió sin alterar su hierático gesto.

–Seguro que sabe todo lo que hay que saber sobre Regina, su hijo, el padre...

–Para, maja, para... –se adelantó el Gallardo–. Te acabo de decir que olvides el tema. No eres una justiciera, por más que tú creas que sí. No quiero que hables con nadie de la muerte de Regina, ni de la muerte del abad de Leyre. ¿Podrías hacer eso por tu viejo tío?

Patricio el Gitano apretó la mano de Rebeca y dijo:

–Clotilde asistió a la muchacha en el parto y cargó con todo el trabajo de la casa mientras la chica estuvo convaleciente, antes y después del nacimiento del bebé.

–Dice que a Regina la mataron.

El Gitano vaciló antes de responder.

–Clotilde sospechaba que el marido de doña Paula era el padre del crío. A pesar de eso, siempre fue una buena sirvienta, responsable y respetuosa con los señores de la casa.

–¿Y? –insistió Rebeca.

–Clotilde piensa que doña Paula castigó a la muchacha por haber tenido relaciones con su esposo. Verás... Doña Paula tuvo cuatro hijos y uno de ellos murió con tan solo tres años. El chiquillo tenía una enfermedad extraña. Cuando vio al pequeño de Regina... –El Gitano tardó unos segundos en reanudar la explicación–. Fue un duro golpe para ella. A pesar de todo, la acusación de Clotilde no tiene mucho fundamento.

–Pero puede ser cierta, ¿no?

El Gitano se encogió de hombros.

Rebeca levantó la mirada y la paseó por toda la plaza hasta llegar a la calle Mayor. Ahí estaba: gigante, inmóvil, amenazador... Siempre vigilando.

Quedaron en verse en el Jadai a las nueve de la noche, una vez terminada la procesión y recogidos en su lugar correspondiente cada uno de los elementos que la componían: las andas y las propias figuras, además de las cadenas, túnicas, tambores y antorchas. Víctor solía ayudar a Nicolás en el bar algunos sábados por la noche tras el ingreso en prisión de Jonás Sádaba, su camarero de toda la vida. Pero ese viernes, a pesar de ser festivo, no lo necesitaba. Pasados unos minutos en los que disfrutaron en silencio de sus gin-tonics, Rebeca le habló de Clotilde.

–Esa mujer cree que el hijo de Regina era del marido de doña Paula.

–Y que por eso le hizo entregar al bebé y luego la mató.

Rebeca afirmó con un gesto de cabeza y dijo:

–Todo esto me preocupa. Estoy nerviosa...

–Ya lo veo: no dejas de enredarte ese mechón de pelo justo en la nuca. ¿Te has dado cuenta de que es un tic? Juraría que no lo tenías antes de... –De pronto cayó en la cuenta–. Perdona.

Rebeca entrelazó las manos para evitar que se escapasen hacia su rubia cabellera.

–Ha llegado el momento de escribir mi artículo.

–No disponemos de muchas pruebas, ¿no crees?

Víctor dio un largo trago a su bebida antes de responder:

–Tengo suficiente material para redactar un texto muy interesante. Recuerda que no se ha decretado el secreto de sumario. Tenemos el resultado de las tres autopsias, y contamos con una hipótesis nada desdeñable del porqué de esas muertes. Es cierto que son solo conjeturas, pero creo que estamos atascados y que no vamos a poder avanzar en nuestra investigación a menos que demos un paso al frente.

–Esto va a cabrear a más de uno.

–Es lo que pretendo. Estás conmigo, ¿no?

Rebeca no respondió inmediatamente. Dio un sorbo a su bebida primero, luego vaciló y miró a Víctor con semblante serio.

–No sé, Víctor...

–¿Qué ocurre?

–Esta tarde, durante la procesión... Las túnicas, la iglesia... –Volvió a enredarse en el dedo el mismo mechón de cabello.

–Entiendo. Es normal.

Guardaron unos segundos de silencio hasta que el periodista retomó la palabra.

–No voy a dejar que te pase nada malo. Lo sabes.

Rebeca trató de sonreír.

–Sé que tratas de protegerme, pero ¿quién evitará que te ocurra algo a ti?

Mantuvieron su mirada fija en los ojos del otro sintiéndose de pronto muy cerca. Rebeca notó un centenar de mariposas revoloteando en su estómago. Víctor se inclinó un poco más sobre la mesa hasta rozar su tez. Ella aguardó inmóvil, expectante. Un centímetro más. Sus labios apenas se tocaron. Fueron solo unas décimas de segundo las que permanecieron así, y después, lejos de resistirse, se entregaron con avidez. Toda la tensión de los últimos días afloró de un modo súbito, como si ambos hubiesen estado reprimiendo un instinto primario.

–No podemos quedarnos aquí –susurró Víctor.

–Lo sé –musitó ella mirando tímidamente a su alrededor: el local estaba atestado de clientes; algunos desviaron la mirada al encontrarse con la suya.

Víctor la agarró de la mano y señaló la escalera de caracol que ascendía desde la cocina, en el piso más bajo, hasta la terraza. Entre una y otra estaba la segunda planta, con los servicios y un comedor; y la tercera, que no era sino un pequeño apartamento donde solían alojarse los camareros contratados para las fiestas patronales.

–Aguarda un momento. Por favor –imploró Víctor.

Se acercó a la barra y buscó a Nicolás con la mirada. Un gesto imperceptible entre los dos antes de volver a reunirse con Rebeca al pie de la escalera. En cuanto llegó junto a ella, le recordó en qué punto lo habían dejado. Eso fue decisivo, porque Rebeca había comenzado a dudar. La estrechó entre sus brazos y volvió a besarla, suave pero firme. El rostro de la joven se iluminó de nuevo al tiempo que su cuerpo se relajaba.

–Sígueme –le dijo al oído sin soltarla de la mano.

Aquella noche, Daniel el Gallardo tomó una decisión que le cambiaría la vida. Lo que quedaba de ella al menos. O tal vez no. Tal vez saliese bien, a pesar todo. A pesar de lo que él era. A pesar de lo que había sido.

El eco de la puerta al cerrarse lo hizo estremecer. Se giró instintivamente para confirmar que en efecto estaba solo en el pasadizo, él y la pesada puerta que había tenido que forzar. Avanzó arrastrando los pies por el suelo de tierra confiando en no tropezar, pues quedaría enterrado de por vida. No es que esperase que esta se alargase mucho más, pero no le hacía ni puñetera gracia pasar sus últimos momentos en un lugar tan desangelado; prefería con mucho hacerlo en brazos de Anastasia. La dulce y preciosa Anastasia. Su solo recuerdo le dio la presencia de ánimo que necesitaba para continuar por el estrecho corredor, y sin embargo... Arrugó la nariz y se detuvo. Algo no iba bien. Paseó el haz de la linterna a su alrededor y aguzó vista y oído. Sintió que su cazadora no era suficientemente gruesa, pero la causa no era el frío, sino una corriente que le acarició la nuca como el soplo de un fantasma. Por un instante, el pequeño círculo de luz dio con algo que no era ni roca ni tierra. Retrocedió. Tembloroso, trató de enfocar la silueta que le había llegado borrosa a la retina. Cuando localizó lo que buscaba, deseó no haberlo hecho. Ni siquiera dio un respingo, sencillamente se quedó helado, con la mirada fija en el cuerpo inerte. El golpe en la cabeza del cura era brutal. El cabello blanco estaba impregnado de sangre al igual que el rostro. La carnosa boca se mostraba pálida. Los pequeños ojos verdes muy abiertos, incrédulos ante su propia muerte. Notó que la sangre se atascaba en sus venas. Sus piernas temblaron. La gente muere continuamente, se dijo tratando de calmarse. No podía llevar mucho tiempo allí. Un día como máximo. Ahora se daba cuenta de que no había visto al viejo cura durante la procesión del Viernes Santo y eso sin duda era una rareza. Habían estado tan pendientes de Rebeca y su encuentro con Clotilde que no habían reparado en una cosa tan evidente, aunque por otro lado no era extraño que don Gregorio se encontrase indispuerto pues su salud era muy delicada. Pero había una cuestión mucho más importante que esa: ¿qué hacía el cura en el túnel? Si don Gregorio había llegado hasta allí, lo había hecho huyendo de un peligro, pero, por lo visto, sus esfuerzos habían sido en balde. Ahora también su asesino conocía aquel lugar.

El pánico fue creciendo a medida que tomaba conciencia de las consecuencias de aquel suceso. La urgencia por sacar de allí sus pinturas era enorme. E inmediatamente se reprendió por ese pensamiento egoísta. No era decente preocuparse por cuestiones económicas en presencia de un difunto. Difunto que, para desgracia de su pobre alma, ni siquiera había recibido los últimos sacramentos. Se obligó a avanzar unos pasos por el estrecho túnel, incapaz de mantener la mirada en el cadáver del viejo cura. Llegó a la zona donde se ensanchaba el paso y movió la linterna a su alrededor. Reconoció los lienzos, pero ignoraba si estaban en la misma posición que cuando él los dejó allí. Había pasado mucho tiempo. Demasiado. Tenía que haber solucionado aquello hacía años, cuando aún estaba en buena forma. Se palpó el pecho lleno de inquietud tratando de recordar si llevaba sus cigarrillos. Finalmente localizó el tan ansiado paquete. No resultaba conveniente bajo ningún concepto encender un cigarro en ese túnel falto de oxígeno, pero en ocasiones los demonios son más fuertes que la cordura. Aspiró profundamente el humo del cigarro. Dio una segunda calada antes de abrir de nuevo los ojos. Un acceso de tos le hizo perder cierta dignidad, pero, sin testigos, el detalle carecía de importancia. Profundamente mareado, decidió dar por concluida aquella correría. Su cuerpo ya no estaba para sobresaltos, aunque podía ser la falta de aire fresco lo que le había hecho desmadejarse.

De pronto creyó oír algo. Se detuvo y aguzó el oído. Solo su respiración. Se volvió, pero las curvas del túnel le impedían ver nada que estuviese a más de dos metros de distancia. Un escalofrío le recorrió la columna. Temblaba con tal violencia que temió derrumbarse allí mismo. El sonido volvió con más fuerza y ya no le cupo

ninguna duda: alguien le iba a la zaga. Solo una cosa podía empeorar la situación.

—¡Mierda! —exclamó en voz baja.

Agitó la linterna con fuerza esperando que la pila reaccionara, pero fue en vano. No veía nada en absoluto. Miró atrás, pero tampoco había rastro de luz a su espalda. Aún tenía algo de tiempo antes de que el intruso doblara la última curva. Tenía que huir, pero ¿hacia dónde? Ciego como un topo se giró hacia los lienzos. Las piernas le temblaban como flanes de gelatina. Exactamente como esos horribles flanes de colorines que les daban de postre en la residencia. Sintió que los nervios se apoderaban de él y sus pies se enredaron uno con el otro. Tendido en la tierra, tardó en reaccionar. Apoyó las palmas en el suelo para incorporarse. Levantó la cabeza y después el tronco hasta lograr ponerse de rodillas. Seguía sin ver nada, por supuesto, pero ahora además tenía la impresión de haber perdido algo. Las gafas. Se llevó una mano a la cabeza para constatar lo que ya se temía. Ya solo le faltaba perder sangre. Como si le sobrara. Nadie sabía que estaba allí. Posiblemente nadie conociera ese lugar. Nadie excepto el asesino de don Gregorio. Hubiese dado un riñón a quien acudiera en su ayuda en ese duro trance, pero sabía que eso no sucedería. Tenía que resignarse a su destino: moriría con sus dos riñones.

Comenzó a arrastrarse. El tímido efecto de la adrenalina en su organismo le infundió algo de ánimo. Sintiendo que su cuerpo se armaba de valor y energía, decidió aumentar la velocidad de su ganeo. Los pasos a su espalda eran cada vez más nítidos. En cuanto cogió velocidad, su cerebro imitó a su cuerpo y pergeñó un plan, hecho que en sí mismo lo llenó de satisfacción. Pasará lo que tenga que pasar, se dijo finalmente.

Sin escapatoria, todo lo que podía hacer era ocultarse. Ese era su único plan. Recordaba a grandes rasgos la disposición de las piezas de mayor tamaño, así que, con toda la precaución del mundo, se introdujo en el hueco entre los lienzos más grandes y la pared de la cueva. No iba a plantarse en medio para que lo mataran de un golpe o le metieran un tiro entre ceja y ceja. De eso nada. No era tan duro como Marcelo o Patricio, pero tampoco iba a dejarse matar. Una lágrima escapó y bajó por la mejilla hasta sus labios. El sabor salado en su boca lo reconfortó de alguna manera. Al menos, nadie lo vería llorar. Los Gallardos no lloran.

Ni una sola palabra, tan solo besos. La música varios pisos más abajo llegaba atenuada, pero su eco lejano los había transportado a otra dimensión. En cuanto cerraron la puerta del pequeño apartamento ya no volvieron a despegar sus cuerpos. Víctor, el periodista de provincias al que tanto había criticado durante el verano, estuvo dulce y tierno al principio. Después, a medida que ella sucumbía a sus caricias, se fue mostrando más y más apasionado. Un amante formidable, reconoció Rebeca mientras se desperezaba. Se recreó en el recuerdo de sus ojos oscuros y misteriosos, brillantes de excitación. Su boca anhelante, el contorno de su cuerpo a la tenue luz que se filtraba por la persiana de aquella habitación anodina, extraordinariamente espartana.

Abrió los ojos. La luz de la luna creciente daba al ambiente una tonalidad azulada. Sentía tener que marcharse, pero quizá pasar la noche allí no era lo más adecuado. Deseó que aquello hubiese sucedido en otro lugar, pero estaban en Cárcar, donde la palabra anonimato no existía. Se giró bajo la sábana y posó su mano sobre el brazo de Víctor.

–Hola, Rebeca. Te veo estupenda esta mañana –dijo él, aún con los ojos cerrados.

–Son casi las seis. Creo que deberíamos irnos.

–Es cierto, si nos ven mañana por la mañana salir juntos del bar...

–Date la vuelta, por favor.

–¿Cómo? –inquirió él con los ojos abiertos como platos.

–Pues no mires.

–¿Me tomas el pelo? Si hace un rato he hecho un estudio completo de tu cuerpo...

Rebeca fingió vergüenza, pero su sonrisa era tan amplia como la satisfacción que sentía. Deseando alargar el momento lo máximo posible, volvió a recostarse en la cama disfrutando de la sexual tibieza de las sábanas.

Víctor se acercó muy despacio, hasta que sus labios se tocaron por enésima vez. La besó muy suavemente y después se apartó.

–Podríamos alquilarle este sitio a Nicolás y quedarnos aquí para siempre. ¿Qué te parece?

Rebeca pareció entusiasmada con la ocurrencia de Víctor durante un instante, pero enseguida su rostro se ensombreció. Abandonó la cama envuelta en la colcha, recogió su ropa esparcida por el frío suelo de la habitación y se dirigió al cuarto de baño. Tardó apenas cinco minutos en salir. Víctor la esperaba completamente vestido.

–Siento haberte disgustado.

Rebeca se acercó a él conteniendo las lágrimas, aunque en ningún momento asomaron a sus ojos. Apoyó su cabeza en el pecho de Víctor y lo abrazó buscando refugio en sus brazos.

–No me has disgustado. Me encantaría pasar la vida en este cuchitril haciendo el amor contigo –dijo levantando la mirada hasta encontrarse con la de él–. Pero este no es mi lugar, ambos lo sabemos. Lo peor de todo es que ya no sé qué es lo que quiero. Estoy desencantada con las clases. Mis alumnos son unos niños que solo buscan el aprobado. No tienen ningún interés por el arte, y últimamente siento que a mí también me falta esa pasión e interés. Antes lo tenía, ¿sabes? Pero ya no. Siento que tiene que haber algo más que el trabajo. Que algo se me está escapando, aunque no sé qué es ni dónde ir a buscarlo.

Víctor acariciaba sus cabellos suavemente mientras ella hablaba con voz débil. Permanecieron de pie en medio de la estancia en un silencioso abrazo hasta que el tañido de la campana de la torre rompió el embrujo.

–Es la señal –musitó Víctor.

–Hora de volver al mundo real.

Daniel el Gallardo rezaba apretando los ojos con fuerza. Sin las gafas y sin luz, de nada le servía mantenerlos abiertos. Solo podía aguzar el oído y estar alerta. Si lograba salir de esa, todo lo que recordase podría ser relevante para descubrir al asesino de don Gregorio. Si lo lograba, volvió a repetirse.

Los pasos se acercaban con exasperante lentitud. ¿Se habría topado el asesino con sus gafas? Deseó con todas sus fuerzas que no fuese así. Finalmente, el crujir de la gravilla a su lado evidenció la llegada de aquel individuo. Contuvo la respiración. Sintió que el intruso revisaba los lienzos que le daban cobijo. Una pieza, otra, otra más. Si seguía retirando cuadros lo encontraría enseguida. Tembló como un ratón asustado. Comenzó a rezar de un modo compulsivo. Si había un cielo, él quería ir allí hasta el fin de los tiempos. Tras una vida de escepticismo, descubría que era tan humano como el mayor de los pecadores. De pronto quería el perdón, creía en el cielo y pugnaba por redimirse. El roce de las piezas continuaba. Sintió el vello de su cuerpo erizarse y perdió el control de sus esfínteres. A punto estuvo de abandonar su escondrijo y dar la cara. Lo hubiese hecho de no ser porque el susurro de las telas cesó de pronto. Con toda probabilidad solo quedaba un cuadro, suficiente para mantenerlo oculto. Decidió abrir los ojos haciendo gala de un valor que no sentía. Notó unos pasos a su derecha. La tenue luz de una linterna apenas iluminaba aquel espacio que servía de almacén. Le costó enfocar. Aun así, logró distinguir una pareja de pies masculinos, grandes como barcas, oscuros; como oscuros eran los pantalones que el extraño llevaba arremangados, se figuraba que para no ensuciarlos. No lograba distinguir los detalles porque su miopía era considerable. Los pies se movieron apenas unos pocos centímetros alrededor de los cuadros. ¿Estaría aquel individuo cavilando la forma de sacar el botín de ese agujero? Los pies se giraron de nuevo hacia los lienzos y después enfilaron el camino de vuelta. Si ese hombre no se había tropezado antes con sus gafas, aún tenía ocasión de hacerlo. Retomó sus plegarias hasta que el silencio volvió a imperar en el túnel. Magullado y sin gafas tardaría un buen rato en llegar a su habitación. Aquella noche prometía ser muy muy larga. Abandonó su escondite con el cuerpo entumecido. Le dolía el golpe de la cabeza y notó los pantalones húmedos, cosa que terminó de desmoralizarlo. A pesar de todos sus pesares, sintió tener que abandonar allí a don Gregorio.

Sábado Santo, 23 de abril de 2011

En la zona de la Peña Caída la actividad era frenética pasadas varias horas desde el hallazgo del cadáver. Un hombre ya jubilado apodado Morrete, que había salido a caminar muy temprano, se extrañó al ver a un individuo durmiendo a la intemperie y se acercó para comprobar que todo iba bien. Según palabras de don Gonzalo, que se cruzó con él momentos después, el hombre corría los cien metros lisos más rápido que Usain Bolt a pesar de sus casi setenta años. En cuanto el cura se enteró del terrible suceso contribuyó a dar la voz de alarma y enseguida se personó en los Fosales junto con el juez de paz y el alcalde del pueblo. Un poco más tarde lo hizo la Policía Foral. El subinspector Arambilet y el agente Escrich habían investigado la muerte de Aurora Urbiola el verano anterior, y siendo ya veteranos en ese tipo de menesteres, les habían asignado el caso del cadáver del banco. La comisión judicial, constituida por el juez instructor, el secretario y el médico forense, tardó más que el resto en aparecer.

Nada más llegar, los de la Foral ordenaron a todos que se apartaran pues nadie había tenido la precaución de establecer un perímetro de seguridad para proteger posibles indicios. Ahora el trabajo iba a ser doblemente difícil. El cuerpo del finado había sido manipulado, el entorno alterado y con toda seguridad contaminado. Las huellas de quien depositó el cadáver en el banco podían ahora confundirse con las del resto de las personas que habían pululado alrededor antes de la llegada de los forales.

El cura, el alcalde y el juez de paz comentaban los detalles del suceso. Mientras, el subinspector Arambilet sacaba fotografías del cuerpo y su compañero Escrich acordonaba la zona, rogando a los presentes que no se alejaran de allí. Puesto que el escenario del crimen había sido contaminado, no quedaba más remedio que tomar muestras de toda persona susceptible de haber transferido restos al cadáver. Arambilet repetía a sus subordinados una y otra vez el principio de intercambio de Locard, según el cual todo contacto deja rastro.

El médico forense conjeturó que, a tenor de la falta de sangre alrededor del cadáver y la rigidez y la lividez, había sido trasladado al banco después de producirse el fallecimiento. Había livideces en dos zonas distintas del cuerpo y su situación no correspondía a la posición en el banco. El forense retiró la ropa de don Gregorio a la altura del tórax, hizo una incisión en la piel y metió una sonda hasta el hígado para tomar la temperatura del cuerpo y determinó que don Gregorio llevaba unas seis horas en la calle pero que pudo pasar más tiempo entre el deceso y su traslado al banco. La autopsia y el análisis entomológico determinarían la hora de la muerte. Lo que estaba claro para todo el mundo era la naturaleza homicida del fallecimiento. El tremendo golpe en la cabeza y la cantidad de sangre en el rostro del anciano cura no dejaban lugar a dudas ni siquiera para el más profano. La Policía protegió las manos del antiguo párroco con unas bolsas de papel, y fue introducido en un saco que se precintó para su traslado al Instituto de Medicina Legal.

–Barrunta lluvia –señaló el alcalde mirando al cielo.

–Eso parece, y yo creo que no va a tardar ni media hora en empezar a caer. Se prevén fuertes tormentas en esta zona –añadió el juez de paz.

Don Gonzalo asentía mirando al cielo y al suelo alternativamente, y después alrededor como si buscara algo.

–No sé –dijo–. Yo creo que al final no lloverá.

–Ya has fallado en tu predicción –informó el juez de paz señalando las diminutas gotas que empezaban a motear su cazadora.

Mientras dictaba notas en su grabadora, Víctor Yoldi observaba con ojo crítico lo que acontecía en los Fosales sin perder de vista a los policías, a los vecinos de Cárcar, ni desde luego a la comisión judicial. La aparición del cadáver de don Gregorio unos meses después de que encontraron a Aurora Urbiola ahorcada en su propia casa le hacía temer que todo aquello fuese demasiado para una comunidad tan pequeña. Los carcareses podían sentir que no estaban seguros en su propio pueblo. Por su parte, también había notado la completa ausencia de sangre tanto en el banco como en el suelo.

La Policía había establecido un perímetro de unos treinta metros alrededor del lugar donde había aparecido el cuerpo. Una tensa cinta policial a un metro de altura aproximadamente dificultaba el paso por encima o por debajo y servía de barrera psicológica para que ninguno de los curiosos que rondaban por allí se atreviese a traspasarla. En el interior del perímetro, Escrich soltó un juramento mientras se quitaba un par de guantes de nitrilo. Acto seguido se enfundó un nuevo par. La lluvia arreciaba. Víctor Yoldi observaba junto a la cinta los movimientos del policía, cuya actividad era cada vez más frenética, tomando muestras minúsculas que desde luego el periodista no veía y guardándolas metódicamente en pequeños sobres de papel. Tras cada muestra que tomaba, un par de guantes nuevos que se enfundaba.

–Parece que necesita ayuda –fue lo único que se le ocurrió para entablar conversación con el policía.

El interpelado lo miró durante una décima de segundo antes de reanudar su trabajo con quirúrgica precisión. Víctor enarcó las cejas. Abrió la boca pero fue incapaz de pensar nada adecuado que decir.

–La lluvia destruye los indicios, así que lo mejor que puede hacer para ayudarme es quedarse a ese lado de la cinta, quietecito y con las manos en los bolsillos.

Optó por permanecer callado mientras observaba al subinspector Arambilet rellenar formularios. El disgusto que reflejaba su rostro era más que notable. Sin embargo, pareció reponerse y comenzó a tomar fotografías de los alrededores.

Víctor aún no había escrito el artículo sobre los crímenes de la capilla y el caso se complicaba cada vez más. El abad de Leyre ahorcado, el antiguo párroco de Cárcar asesinado. ¡Dios Santo! Tenían que ir a Ujué lo antes posible si no querían encontrar al tercer sacerdote cadáver. Tiempo habría después para escribir. Sus peores augurios se estaban cumpliendo y solo quedaba, si sus sospechas llegaban a confirmarse, un testigo de lo que ocurriera hace casi cuarenta años en aquella capilla románica oculta entre los muros de Santa María de Pamplona.

–Estás muy callada –dijo tras casi veinte minutos de silencio.

Rebeca se giró hacia él y después volvió a fijar la vista en la carretera sin abrir la boca.

–Creo que estamos a punto de resolver este lío –opinó Víctor con tono neutro.

–Todo el que sabe algo referente a este caso está muerto o en peligro de muerte. –Rebeca hizo una pausa con el único propósito de coger aire y añadió–: ¿Y tú crees que estamos a punto de resolver este embrollo? Lo que estamos a punto es de caer en las garras del gigante Díaz de Rada. ¿Es que no lo ves?

–Calma, calma... No creo que haya que exagerar. ¿Estamos bien y estamos juntos no?

–También estábamos juntos en la Peña el verano pasado.

Dejaron que el silencio se instalara en el vehículo hasta llegar a la villa de Ujué. Entraron hasta la plaza junto a la iglesia. Aparcaron el coche y se dirigieron en silencio hacia la casa parroquial, caminando como si les pesara la ropa. Una vez allí intercambiaron miradas de ánimo y tocaron el timbre. Repitieron la operación por tres veces sin obtener respuesta. Un par de coches estacionaron en la plaza, lo que pareció romper el pesado silencio que reinaba en las callejuelas de aquel pueblo medieval. Volvieron sobre sus pasos hasta el Peugeot de Víctor. Una mujer de unos setenta años salió de una casa, los miró ceñuda, se detuvo y después volvió a reanudar su camino por una de las empedradas calles. Se encontraron sin saber hacia dónde dirigirse, clavados en mitad de la plaza del pueblo con el corazón encogido por el temor y la incertidumbre.

–Podemos preguntar en algún bar. Seguro que habrá uno cerca –propuso Rebeca.

Bajaron una breve cuesta y enseguida se encontraron en el interior de un acogedor restaurante. Pidieron dos cafés, y Víctor se atrevió a preguntar:

–¿Sabe dónde podemos encontrar a don Ramiro? Hemos ido a su casa pero no está.

El camarero lo miró con el ceño fruncido.

–¿Lo conocen?

Víctor y Rebeca asintieron con sendos movimientos de cabeza.

El camarero fijó su mirada en Víctor, después en Rebeca y una vez más en el periodista. Ahí se detuvo por fin. Para su sorpresa, el gesto del hombre se relajó

mientras cobraba las consumiciones. Dejó el cambio en la barra y dijo:

–Don Ramiro ha ido a por vino.

Como Víctor y Rebeca no se inmutaron ante tan vaga información, tuvo que añadir:

–Siempre compra el vino en la Cooperativa. Está a la entrada del pueblo, en la calle Arrabal del sol. Verán un cartel que dice: «Bodega Cooperativa Nuestra Señora de Ujué». Si se dan prisa, puede que aún esté allí. Se ha tomado el café hace un cuarto de hora.

Estaban ya junto a la puerta cuando el camarero añadió:

–Espero que traigan buenas noticias, porque la verdad es que don Ramiro está muy desmejorado de un tiempo a esta parte.

Tardaron otro cuarto de hora en llegar a la bodega y unos minutos más en ser atendidos. El encargado era un hombre joven, de piel curtida y aspecto desaliñado, que no tuvo ninguna prisa por terminar la conversación que mantenía por teléfono. Cuando acabó de hablar, Rebeca le preguntó directamente por el cura. El encargado, algo molesto, les informó de que don Ramiro había comprado su vino y se había marchado. Sin embargo, le extrañó ver que el coche del cura continuaba aparcado frente a la puerta de la bodega.

–Yo también quisiera comprar algo de vino –anunció Rebeca.

El joven los condujo hacia una sala donde estaban expuestas numerosas botellas de vino.

–¿Cuál es el que se lleva don Ramiro?

El empleado frunció el ceño.

–Se lleva siempre el vino del año. Lo consume a diario y también lo pone en el cáliz para la eucaristía.

–Yo me llevaré este crianza. Seis botellas, por favor –dijo Rebeca señalando una de las estanterías.

Sonó el teléfono. El empleado se acercó a una mesa de despacho situada en un lateral y atendió la llamada. Enseguida hizo un gesto a sus clientes indicando que iba a tardar. Por su parte, Víctor miró a Rebeca para decirle que podían aprovechar para echar una ojeada a la bodega.

–Hay un olor fortísimo aquí –señaló Rebeca arrugando la nariz.

–Obviamente huele a vino.

Rebeca dio unos pasos alrededor para contemplar el panorama.

–No es el lugar más limpio del mundo, ¿verdad? –observó mientras barría el suelo con la mirada.

–Se nota que no has visto una bodega en tu vida...

–Es cierto –admitió ella al tiempo que se agachaba para recoger algo del suelo–. Mira: alguien ha perdido su anillo.

Víctor se acercó, lo cogió y se lo colocó en el dedo corazón.

–Desde luego pertenece a un hombre.

–No parece probable que el encargado de la bodega lleve algo tan pretencioso –valoró Rebeca.

–Por el grosor y los motivos diría que es el anillo de un sacerdote.

Una vez que la noticia se extendió por el pueblo, casi todos los vecinos de Cárcar se dieron cita en los Fosales aquel sábado por la mañana para presenciar el trabajo de los periodistas. La posibilidad de hacerse famosos por un día fue un factor que los carcareses tuvieron muy en cuenta a la hora de dirigirse hacia allí; aquello era lo más inquietante que había ocurrido en el pueblo desde la muerte de Aurora Urbiola, con la diferencia de que ahora el escenario era de acceso público y cualquiera podía curiosear.

Cuando las campanas de la torre dieron las doce, apenas quedaban unas pocas personas charlando junto al cordón policial, que a esas alturas volaba como una cometa rota a merced del cierzo. Anastasia, Marcelo, Patricio el Gitano y Daniel el Gallardo miraban hacia el regadío en silencio, sus rostros surcados de profundas arrugas de preocupación. Dos minutos después del primer toque, las campanas volvieron a repicar anunciando la hora por segunda vez.

—¿Pues no veo también doce buitres sobrevolando el río Ega?

—No digas bobadas, Marcelo. Qué tendrá que ver Roma con Santiago.

—Es una señal: doce campanadas, doce buitres...

—¿Una señal de qué?

—¡Qué sé yo! De algo malo, seguro. Ni las campanas ni los buitres traen casi nunca nada bueno.

—¿Recuerdas que alguien ha matado a don Gregorio?

Marcelo se quedó mudo, mirando perplejo al Gallardo como si hubiese dicho una barbaridad. Después dijo muy sereno:

—Tengo mala memoria a veces, pero no soy tonto.

Dos buitres leonados planearon imponentes frente a ellos como aviones en una exhibición de vuelo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —inquirió Anastasia con sus manos de piel transparente enlazadas en el regazo.

—Hay que mantener la calma —respondió el Gallardo—. Y pensar un sitio donde esconder los cuadros.

—Lo mejor sería llevarlos a tu casa, Daniel —opinó el Gitano.

—En mi casa hay una invitada, por si lo has olvidado.

—Deberías confiar en ella —insistió Patricio.

—No sé. Si le cuento lo de los cuadros se va a enterar de lo que hemos hecho con don Gregorio. No creo que eso le haga ni pizca de gracia.

—Al menos ya estaba muerto antes de que lo arrastráramos por los pies en plena noche —se justificó enérgico Marcelo—. ¿Quién iba a pensar que pesaría tanto, con lo que había perdido en los últimos tiempos?

Rebeca y Víctor no tuvieron ocasión de sacar conclusiones acerca de su hallazgo, pues el empleado de la bodega apareció de pronto detrás de ellos.

—Ya he preparado el vino en una caja. Si os parece bien, os cobro y así puedo ir cerrando. Los sábados solo abrimos hasta mediodía.

Le sonó el móvil. El empleado de la bodega comprobó la pantalla y esbozó una sonrisa.

—Enseguida te llamo —dijo con voz acaramelada, y colgó.

Fueron a la sala de venta de vino. Rebeca pagó y los tres salieron a la calle, donde continuaba aparcado el Opel Corsa de don Ramiro, un modelo antiguo de color blanco bien conservado.

—Y aquí sigue el coche... —apuntó Rebeca.

—Habría ido a echar una meada —dijo el de la bodega encogiéndose de hombros.

—Debe de ser la meada más larga de la historia —replicó Víctor mirando alrededor—. Por aquí no veo ningún sitio donde ocultarse.

Rebeca caminó unos pasos hacia el coche, se acercó a la ventanilla del copiloto y miró al interior.

—Las llaves están en el contacto.

Después rodeó el vehículo con una mueca de desagrado en el rostro y se detuvo frente al maletero. Tras pulsar el mecanismo, la puerta se abrió con facilidad dejando a la vista una caja de vino. Cuando fue a cerrar el maletero algo llamó su atención. Se agachó junto a la parte trasera del Corsa. Lentamente llevó el dedo hasta el suelo.

—Si esto no es sangre, se trata de un vino con mucho cuerpo.

—¡Creo que sé dónde puede estar don Ramiro! —vociferó Víctor abalanzándose hacia el interior de la bodega.

Se apresuraron hacia la sala donde habían encontrado el anillo unos minutos antes. El empleado los seguía con evidente fastidio, pero no dijo nada. Recorrieron nerviosos el espacio observando cada rincón sin hallar nada extraño. El suelo estaba limpio de sangre. Se acercaron a las cubas.

—¡Mirad esto! —exclamó Rebeca señalando una de ellas.

Una escurridura densa y oscura en la parte más alta del tonel.

—Diría que es igual que lo que acabamos de ver junto al coche.

El empleado de la bodega se fijó en que la tapa de la cuba estaba mal colocada. Acercó una escalera junto al gran recipiente y vaciló. Después, visiblemente nervioso, invitó a Víctor a subir mientras él retrocedía con las manos en los bolsillos. Víctor se temía lo peor, y aunque no era su bodega no vio otra alternativa que trepar por la escalera. Los peldaños crujían bajo su peso a medida que subía. Cuando llegó arriba levantó la tapa, se giró y se la entregó a Rebeca. Antes de asomarse al enorme recipiente, inspiró profundamente para darse ánimos. Un gorgoteo proveniente del interior hizo que la sangre se helara en sus venas. En cuanto dirigió su mirada al oscuro caldo supo que lo había encontrado. La reluciente piel de la cabeza asomaba tímidamente rodeada de cabellos ralos que flotaban en el vino como algas mecidas por el mar. No sabía de dónde tirar para rescatar el cuerpo de don Ramiro. Agarró lo que pudo y no fue suficiente, de modo que se metió él también dentro de la cuba. Lo hizo con no pocos reparos, pero había que tratar de salvarle la vida a ese hombre, si es que aún estaba vivo.

El empleado de la bodega estaba paralizado, lo mismo que Rebeca, pero no les quedó otro remedio que acercarse para coger el cuerpo inerte del pequeño cura una vez que Víctor logró apearlo. Colocaron a don Ramiro en el suelo y el periodista salió del recipiente y le buscó el pulso, primero en la muñeca, después en el cuello, y finalmente en el pecho. Movié la cabeza negativamente y procedió a realizar la respiración boca a boca. Mientras tanto, el empleado de la bodega llamaba al 112.

—¡El anillo! —gritó Rebeca sujetando la mano del sacerdote.



Mientras las campanas sonaban incansables con motivo del Domingo de Resurrección, los cuatro ancianos abandonaban los Fosales en dirección a sus habitaciones para reponer las fuerzas gastadas durante la noche. Una vez más no había sido tarea fácil. Tan solo el hecho de salir de la residencia a esas horas ya era un triunfo, y ellos habían infringido las normas por segunda noche consecutiva, cuando volvieron a sobornar a la chica que de nuevo hacía el turno de noche. Era una joven risueña que no llevaba demasiado tiempo trabajando allí. El día anterior, cuando fueron en busca de don Gregorio, le regalaron un frasco de perfume que Anastasia guardaba sin estrenar. Argumentaron que había lluvia de estrellas y que querían disfrutar de aquel hermoso espectáculo, pues a su edad podría ser el último. Al día siguiente lograron convencerla de que tenían que ir a la casa del Gallardo a preparar una sorpresa para su sobrina Rebeca, aprovechando que ella pasaba la noche en el hospital junto al cura de Ujué. En esa ocasión le regalaron una caja de bombones que habían tenido que comprar en la carnicería Montalvo, la tienda de ultramarinos del pueblo. Como los ancianos iban en grupo y ella se fiaba de Anastasia porque era una mujer responsable y cabal, los dejó marchar con la condición de que esa fuese la última vez que salían por la noche. Así pues, bien protegidos con sus chaquetas, caminaron los pocos metros que separaban la puerta de la residencia del acceso al túnel. Marcelo y Patricio levantaron la losa y todos guardaron silencio mirando al interior como si rezasen junto a una tumba recién abierta.

—Daniel, todo esto es demasiado para mí —declaró Anastasia—, yo ya no estoy para estos trotes y creo que vosotros tampoco. Ayer sacamos al cura como vulgares ladrones de cadáveres y hoy volvemos al mismo lugar como si no nos importase caer en manos de su asesino.

—No debes preocuparte, mujer —quiso tranquilizarla el Gallardo atrayéndola a sus brazos—. Ya has cumplido con tu función al acompañarnos. De no ser por ti, la chica no nos hubiese dejado salir. Nosotros nos encargaremos de llevarnos los cuadros.

—¿Te das cuenta de que quien mató a don Gregorio podría estar rondado esta zona?

—Es verdad. Entra pues con nosotros. Estando todos juntos, nada nos puede pasar.

Con escasa convicción, se adentraron en el túnel siguiendo a Patricio, que iba en cabeza con la linterna.

—Has tenido que trabajar duro para cavar este túnel tú solo, Daniel. Qué coraje —reconoció Marcelo moviendo enérgicamente la cabeza.

—Que no, Marcelo, que el túnel lleva siglos aquí. Yo solo lo he hecho servir porque ya no era de utilidad para nadie.

—Nunca había oído hablar de ningún túnel... ¿Tú habías estado aquí, Patricio?

—Creo que hubo un castillo del que partía un túnel que llegaba hasta el río Ega. Pero yo no lo conocí —explicó el Gitano.

—Por lo que sé, se construyó en el siglo X y estuvo en pie hasta el siglo XVI, quizá más. Nadie lo sabe con seguridad. Estaba más o menos donde ahora está la residencia, pegado literalmente a la iglesia, pero al allanar el terreno hace unos cuantos años se perdió cualquier vestigio. Se cuenta que había un entramado de cuevas que formaban parte de la fortificación y un túnel que llevaba hasta los pies de la peña, junto al río. Por lo visto se trataba de una vía de escape ante posibles invasiones. El duque de Alba fue su último propietario porque también era conde de Lerín.

—¡Qué listo eres, Gallardo! Y también eres bastante guapo, en serio. Supongo que por eso te llaman el Gallardo, ¿no?

—¡Ay, Marcelo! Eres un caso... Este túnel es el del antiguo castillo. Yo sabía dónde estaba la boca de entrada porque estuve presente cuando se allanó esta zona.

Tardaron varias horas en sacar las piezas, cerrar de nuevo el acceso y trasladarlas al cuarto oscuro de la casa de Daniel. Cuando volvieron a sus habitaciones eran casi las tres de la madrugada. Todos excepto Marcelo tuvieron dificultades para conciliar el sueño. Más tarde, durante el desayuno, él fue el único que abrió la boca para otra cosa que no fuera bostezar, y una vez concluido fueron a descansar un rato antes de misa mayor.

—Yo voy a salir a cazar. Como estáis tan cansados, algo tengo que hacer para entretenerme —dijo Marcelo, y se encaminó hacia su casa en la calle Ontanilla para coger la escopeta.

—Creo que deberíamos quitársela y esconderla —murmuró Anastasia mientras su amigo se marchaba—. Marcelo no está bien, ¿no será peligroso?

—¡Qué va! —afirmó el Gallardo haciendo aspavientos—. Maneja la escopeta como nadie en este pueblo.

Patricio y Anastasia lo miraron con escepticismo.

—Ya sé que está como un cencerro, pero siempre ha sido una persona especial, no es cosa de su enfermedad. En fin, no os preocupéis. La única munición que Marcelo ha usado en su vida son perdigones del siete y del diez para cazar codornices o palomas. Con eso es muy difícil hacer daño a nadie.

El domingo transcurría en el Complejo Hospitalario de Navarra con rutinaria normalidad. Rebeca había pasado la noche allí, esperando información sobre el estado del cura de Ujué y aguardando el regreso de Víctor, que había abandonado el hospital de madrugada para ir al periódico. Las noticias se estaban acumulando y ya nada evitaría que redactase su artículo con todos y cada uno de los acontecimientos que, a su entender, tenían relación directa con el hallazgo de la catedral. Rebeca se desperezó en el sillón donde llevaba tantas horas adormecida. El médico no había aparecido todavía para hacer su ronda, por lo que disponía de tiempo suficiente para tomar un café y leer la prensa.

La cafetería estaba atestada de clientes. Pidió café con leche, zumo de naranja y un cruasán. Después escrutó el espacio buscando mesa y periódico. Ya había consumido casi todo su desayuno cuando encontró lo que necesitaba. Se sentó y respiró con alivio, sintiéndose por fin confortada. La sensación duró solo un instante, el que tardó en echar un vistazo al *Diario de Navarra*. Desde la portada, el titular saltó con fuerza a sus ojos: «LA MALDICIÓN DE LA CAPILLA ROMÁNICA».

Víctor se la estaba jugando. Comenzó a leer y su corazón se aceleró. El artículo hablaba de la vida en cautiverio del llamado Fermín Navarro y de la momia Ramsés. De la extraña muerte del abad de Leyre colgado del arbotante del monasterio, la aparición del cadáver del cura de Cárcar en un banco junto a la iglesia y por último informaba del rescate del cura de Ujué con apenas una gota de vida. Según Yoldi, todos aquellos hechos estaban relacionados y eran una muestra clara de que alguien tenía mucho que perder si la verdad sobre la capilla salía a la luz.

Apartó el ejemplar a un lado con la mirada perdida. Permaneció así durante unos minutos en los que comprobó que el miedo se había apoderado de ella. Finalmente levantó la vista y la paseó por cada una de las anónimas caras que en ese momento abarrotaban la cafetería. De pronto se detuvo. ¿Conocía aquellas facciones? Un hombre la miraba de hito en hito. Grande, fuerte, ya casi un anciano aunque se le veía en buena forma. Pensó que era el gigante Díaz de Rada, pero este hombre era mayor que el abogado. A su lado, otro varón se giró en dirección a Rebeca. Ese sí era Díaz de Rada. Obviamente el primero era un familiar con un parecido asombroso. Se armó de valor y fue hacia ellos con la confianza de que nada podían hacerle rodeada de tanta gente.

—¡Qué casualidad vemos aquí! —se atrevió a decir con el corazón desbocado.

Los dos hombres guardaron silencio.

—No han hecho un gran trabajo con el cura de Ujué. ¿Piensan volver a intentarlo en el hospital?

Terencio Díaz de Rada oteó el recinto para comprobar que no llamaban la atención. El otro esbozó una sonrisa que Rebeca interpretó en clave de ironía no exenta de desprecio. Como ninguno de los dos hombres decía nada, la joven se volvió dándose aires y salió de la cafetería. Cuando llegó a la pequeña sala de espera cercana a la zona de la UCI, Víctor aguardaba en una de las incómodas sillas. Se había cambiado de ropa, duchado y afeitado. Lo envidió en todos los sentidos. No tuvieron tiempo de intercambiar comentarios y a que un doctor apareció de súbito.

—Don Ramiro acaba de despertar, pero insiste en hablar con las personas que le salvaron la vida.

Victor y Rebeca asintieron.

—La Policía Foral va a interrogarlo en unos minutos. Es todo el tiempo que tienen.

Entraron de puntillas en la habitación procurando no molestar. El sacerdote yacía con la cabeza vendada.

—Gracias —logró decir en un débil susurro cuando los dos jóvenes se acercaron a la cama.

–No hay de qué. Hicimos lo que hubiese hecho cualquiera.

–Alguien quiso matarme...

–¿Sabe quién?

–Un hombre alto y fuerte...

–Terencio Díaz de Rada –dedujo Víctor, y miró a Rebeca buscando su conformidad.

–No... –musitó el cura.

–¿No?

–No... Se parecía, pero no era él. Nunca le había visto.

–El abogado estaba en la cafetería con un hombre tan alto y fuerte como él.

–¿Y el anillo? –inquirió Víctor mostrando la joya hallada en el suelo de la bodega.

Don Ramiro se emocionó.

–La leyenda de san Veremundo...

–¿Cómo dice?

–Yo dejé caer el anillo cuando vi que iba a morir. Pensé que tal vez se obrara un milagro y alguien comprendiera que era una pista para encontrarme, vivo o muerto. Y así ha sido.

–¿Estuvo usted con el abad de Leyre antes de su muerte?

–No. Recibí el anillo hace unos días. Creo que lo envió el propio abad. A modo de advertencia, ya saben...

–Quizá fue el pajarito el que se encargó de hacerle llegar el anillo.

–No estamos para tonterías, Víctor –dijo Rebeca–. Seguramente el abad quiso poner en guardia a don Ramiro. O lo que es más probable: el abad hizo las veces del pajarito y envió el anillo a quien él pensaba que sería un sucesor adecuado cuando él muriese.

–Entonces está claro que el abad Veremundo se suicidó.

–O supo que lo iban a matar...

El silencio en la habitación duró poco. Rebeca tomó la mano del sacerdote y dijo:

–¿Va a decirnos qué es lo que están ocultando? Su silencio casi le cuesta la vida. ¿Qué más puede perder?

El hombrecillo se restregó los ojos.

–Necesito mis gafas. Puede que estén en el fondo de la cuba, o tal vez se cayeron antes y ese hombre se las llevó. Me siento perdido sin mis gafas... Pero tienen razón, no puedo perder nada más y tal vez mi vida no sea lo más importante en este momento.

La puerta de la habitación se abrió por sorpresa.

–Deben marcharse –dijo el médico–. La Policía Foral está aquí.

–Solo un minuto, por favor –rogó Rebeca con las manos extendidas hacia el médico.

–Un minuto.

–¡Por favor, don Ramiro! ¿Todo esto es por el bebé? ¿Está el arzobispado tratando de tapar el secuestro de Fermín Navarro?

–Posiblemente es uno de sus objetivos, pero no el único, y puede que no el más importante. El poder, el dinero... Siempre es lo mismo. ¿Cómo contarles esto sin faltar al secreto de confesión?

–Debe decirnos algo, padre, tenemos que irnos.

El pequeño hombre se veía más desvalido que nunca. Infló su pecho de aire y cuando lo exhaló ya había tomado una determinación:

–El robo del tesoro de la catedral es la pieza clave del puzzle. En 1935 se detuvo a los ladrones y se recuperó el botín, pero no todo, faltaban alhajas y monedas de oro que nunca aparecieron. Algunos sacerdotes las encontramos hace mucho tiempo, pero no podíamos decir dónde estaban, suponía destapar un terrible escándalo que dañaría gravemente la imagen de quienes formábamos parte del cabildo de la catedral, además de comprometer la tarea que se nos había asignado. Nunca tocamos aquel oro. Debía haber aparecido junto con los cadáveres, ¿me comprenden? Pero alguien se lo llevó antes de que el arquitecto de la Institución Príncipe de Viana accediera a la capilla. Alguien que también sabía de la existencia del joven puesto que el tesoro y él compartían el escondite...

La puerta se abrió de pronto.

–Se acabó el tiempo.

La semana arrancó con un lunes luminoso aunque frío por culpa del fuerte cierzo. Rebeca volvió a Cárcar, necesitaba ropa limpia, una buena ducha y un merecido descanso. Además había notado preocupación en la voz de su tío Daniel al hablar con él el día anterior, de modo que no se lo pensó dos veces: arrancó su Mini Cooper y no paró hasta llegar al pueblo. Víctor se marchó a casa para planificar sus siguientes movimientos. Llamó a Javier Ezpeleta para volver a citarse con él y acto seguido recibió el aviso de una noticia en Peralta. Decidió que ese sería el orden de sus tareas del lunes: primero hablaría con el deán y después iría a Peralta. Podía dormir en Cárcar aquella noche, ya que la distancia entre uno y otro pueblo era poca y Rebeca estaba allí. Una razón muy poderosa, se dijo con una sonrisa. Regresaría a Pamplona por la mañana.

Llegó al arzobispado con diez minutos de retraso. Subió al primer piso y preguntó por el despacho del deán. Sentado en un cómodo sofá de piel, vio cómo iban pasando los segundos mientras contemplaba el deambular de la gente por el amplio pasillo sembrado de puertas. Un hombre salió de algún lugar a su derecha y Víctor se lo quedó mirando. Aquella cara le resultaba familiar. El hombre cruzaba el pasillo a grandes zancadas cuando una voz femenina le indicó que podía pasar. Entonces cayó en la cuenta. Era el sacristán de la catedral.

El despacho del deán estaba vacío, pero la nueva espera fue breve. Don Javier Ezpeleta llegó enseguida y con excelente humor lo invitó a sentarse con él a la mesa, pues había mandado disponer un servicio de café y coronillas para la ocasión.

–Bueno, creo que tanto el café como las coronillas se habrán quedado fríos.

–Lo siento, padre, es culpa mía. Nunca consigo llegar puntual a ninguna parte.

–No pasa nada. Yo también he tenido que resolver un asunto inesperado ahora mismo. Lo tomaremos templado. –Sirvió los cafés y dijo–: ¿Qué le trae de nuevo por aquí?

–Quería comentarle mis sospechas. Son asuntos muy serios y usted conoce bien la catedral y a sus canónigos. Además, fue muy amable al ayudarnos con los *Notum* el otro día. Espero que se hayan podido limpiar y secar las páginas.

–Creo que los daños no serán demasiado graves. ¿Había pensado en volver a consultarlos?

–Puede que no sea necesario.

Tomó una coronilla de la bandeja y le dio un gran bocado. El hojaldre conservaba todavía algo de calor y estaba deliciosa. Engulló el resto y no pudo evitar lamerse los dedos.

–Son las mejores de Pamplona, qué duda cabe –observó el deán con una sonrisa divertida.

–Verá, me gustaría que me hablara del robo del tesoro. Usted parecía conocer los detalles a pesar de los años transcurridos.

Javier Ezpeleta tomó la taza entre sus dedos y bebió parte del contenido. Miró al periodista con calma. Finalmente dijo:

–¿Qué sospechas quiere compartir conmigo?

Víctor Yoldi vaciló un instante, luego infló su pecho de aire y verbalizó lo que había ensayado durante el trayecto hasta el arzobispado:

–Con todos los respetos... –comenzó, consciente de que sus palabras podían herir al hombre que tenía enfrente–. Sospecho que el arzobispado guarda secretos que no quiere que salgan a la luz. Nuestra primera sospecha era que el obispo Clemente dejó embarazada a una muchacha de Cárcar cuando estuvo allí hace casi cuarenta años. El bebé de aquella joven nació con un síndrome bastante raro. La madre servía en la casa donde se alojó el obispo. Era soltera. La familia para la que trabajaba la obligó a entregar el bebé a la Iglesia como condición para conservar su trabajo. Creemos que ese niño es el joven que ha aparecido muerto en la capilla. Sabemos por la autopsia que tenía el síndrome del maullido de gato; tal vez lo haya leído en el periódico, salió publicado ayer.

El deán asintió en silencio e instó al periodista a continuar mientras servía más café en ambas tazas. Su semblante no reflejaba ningún tipo de emoción.

–Creemos que el obispo fue incapaz de entregar al bebé a ninguna institución por tratarse de su propio hijo, y decidió quedárselo. Esa especie de adopción supuso un cautiverio de por vida para el niño. Para cuidarlo necesitaba a otras personas, gente de su confianza. Pudo contar con el apoyo de don Ramiro Vizcay, el actual cura de Ujué, y con don Gregorio, el que fue párroco de Cárcar, recientemente fallecido. Don Ramiro Vizcay está en el hospital tras sobrevivir de puro milagro a un intento de asesinato el pasado sábado. También creemos que el abad de Leyre estaba implicado y...

–¿Y? –inquirió el deán arqueando las cejas y llevando su cuerpo hacia delante.

–El gestor del museo de la catedral nos contó una historia sobre un joven que entró furtivamente en la capilla hace cuarenta años y fue encerrado entre sus muros. Creemos que se trata del joven al que se refería el *Notum* de 1973. A él se lo contó el campanero.

Víctor se quitó el abrigo que aún llevaba puesto. Después hizo lo propio con la chaqueta y se remangó la camisa.

–Y el abad de Leyre nos aconsejó que consultásemos el *Notum* de 1935, aunque no dijo por qué. Fue el año del robo del tesoro, y ayer supimos que parte de él, la que nunca se encontró, estuvo escondida en la misma capilla donde Fermín Navarro vivió toda su vida. Sin embargo, cuando la descubrieron no había ni rastro. –Comenzó a removerse en la silla–. No sé cómo llegaron allí las joyas y las monedas, pero sí sé que quien se las llevó permitió además la reclusión del joven y, en consecuencia, su muerte, pues no podía sacar el tesoro sin toparse con él. El responsable quiere silenciar a quienes conocen estos hechos que, como ve, son gravísimos.

–Si es verdad que el tesoro robado fue escondido en la capilla –dijo con cautela el deán–, podríamos sospechar que alguien relacionado con la catedral, uno de sus canónigos tal vez, fue cómplice del joyero Eleuterio Arias. En su casa se encontró un mapa detallado de la catedral, cosa que en 1935 no era algo fácil de conseguir.

–Deduzco que ese tal Arias fue el culpable del robo.

–En realidad nunca fue declarado culpable, falleció un día antes de celebrarse el juicio por la causa en la que se le acusaba de ser el autor intelectual.

–¿Murió un día antes? –exclamó Víctor levantándose de la silla–. Entonces, puede que lo matasen para cerrarle la boca –conjeturó el periodista moviéndose nervioso por el despacho.

–¿Se encuentra mal? –preguntó el deán.

–Tengo mucho calor.

El propio Javier Ezpeleta sintió un ligero sofoco e hizo ademán de aflojarse el cuello de la sotana. Después fue hacia el termostato de la calefacción.

–Es extraño, solo marca veintidós grados. No es demasiado, pero yo también empiezo a notarme algo mareado.

Víctor Yoldi se detuvo de pronto frunciendo la frente.

–He visto al sacristán mientras esperaba fuera. ¿Viene con frecuencia al arzobispado?

–No. Pero ahora que lo menciona, aparece siempre que usted y yo nos reunimos. Diríase que anda vigilando sus movimientos... Uf... No sé... Creo que estoy enfermo.

El deán se tambaleó. Se restregó los ojos y se apoyó contra la pared.

–Siéntese, por favor –le aconsejó Víctor, pero no tardó en ofrecer otra solución–: Creo que debería acostarse. Si me indica el camino, yo mismo lo acompañaré a su habitación.

Javier Ezpeleta se aferró al vigoroso brazo del joven periodista.

–Lo siento mucho. No sé qué me pasa últimamente, a veces me siento desmadrado. No es que no quiera ayudarle... En Internet encontrará información muy detallada sobre el robo. Seguro que un joven despierto como usted no tendrá ningún problema. Aunque todo lo que me plantea me resulta difícil de creer. Imposible, diría yo. En la Iglesia hay personas de todo tipo, el pecado está presente en el ser humano desde el nacimiento. Pero lo que usted dice... Me resulta inconcebible tanta corrupción

dentro de esta casa, tanta ambición mantenida en el tiempo.

–Llame al médico y desconfíe de todo el mundo: están muriendo demasiados sacerdotes en los últimos días. Le tendré al tanto de mis pesquisas.

Victor Yoldi tampoco se encontraba bien. Salió de Pamplona y tomó la AP15 dirección Zaragoza. Tardó apenas media hora en llegar a Peralta por una autopista cuyo atractivo era la gran cantidad de molinos que, como gigantes de largos brazos, atrapaban la fuerza del viento en montes y campos. Lo recibió la imponente peña con la iglesia a sus pies. En mangas de camisa por la sensación de ahogo que lo embargaba, salió del coche y se dirigió al ayuntamiento. Tenía que entrevistar al alcalde acerca de las nuevas empresas que iban a ubicarse en el polígono industrial. Una buena noticia para Peralta y los pueblos de la zona ya que eso significaba un buen número de puestos de trabajo. Se encontró indispuerto en el despacho del alcalde, pero sacó su grabadora y formuló las preguntas que había preparado. Media hora después volvía a arrancar su Peugeot 307, esta vez en dirección a Cárcar. Su teléfono móvil sonó antes de haber quitado el freno de mano.

–Sí –respondió con un hilo de voz.

–Soy Rebeca...

Silencio.

–¿Estás bien?

–La verdad es que no... –Sintió un intenso mareo que lo obligó a hacer una pausa–. Ya he terminado y salgo ahora de Peralta. Llegaré en veinte minutos aproximadamente. –Su voz salía de su boca a trompicones.

–No deberías conducir. Pareces enfermo.

–Lo sé. Pero no te preocupes, está cerca. –Y colgó.

Se encontraba cada vez peor. Por suerte, Cárcar estaba muy cerca. Su madre estaría encantada de mimar a su único hijo, su chiquillo, como aún se empeñaba en llamarlo. Le haría un buen caldo, le daría una aspirina y a dormir. Seguro que estaba incubando una gripe o algo parecido. Salió de Peralta por la NA 624 dirección Andosilla. El malestar aumentó. Detuvo el coche en el arcén para quitarse la camisa, pero tras meditar un instante decidió desprenderse también de la camiseta que llevaba debajo. Un latido dentro de su cabeza parecía avisarle de que algo iba realmente mal. Estaba aturdido y se notaba el cuerpo torpe, falto de coordinación. Quizá no fuese gripe, pensó. Lo mejor sería llegar a Cárcar cuanto antes.

Inspiró profundamente. Tan solo veinte minutos, se dijo para animarse. Quitó el freno de mano, pisó el acelerador y el coche se calentó. Volvió a arrancar, concentrado en hacer todos los pasos correctamente. Le asombró tener que planificar cada uno de los movimientos, gestos que su cuerpo realizaba normalmente de forma automática. Tomó velocidad con el único pensamiento de que en pocos minutos estaría en su cama, su madre junto a él cuidándolo como si fuese una criatura. Ni siquiera esa perspectiva lo confortó. Un kilómetro, dos, tres... Su desazón iba en aumento. Notaba que sus extremidades no obedecían a su cerebro, que la conexión entre su cuerpo y su mente no funcionaba. Como si no tuviese suficiente, un imbécil se le pegó literalmente al parachoques. Le indicó que lo adelantase. Él no quería correr. Pero el conductor no solo no se inmutó, sino que continuó pegado a él. Le pareció extraño, pero estaba tan mareado que no pudo sacar ninguna conclusión. Trató de concentrarse. Se le nublaban la vista por momentos. La carretera frente a él se abría, las líneas blancas se separaban haciéndole dudar sobre el camino a seguir. Llegaron a la zona de los altos de Peralta. Una carretera secundaria sin arcén, serpenteada, estrecha, con una pendiente importante. La cosa pintaba mal. No lograba distinguir si el coche que iba detrás lo conducía un hombre o una mujer, lo que sí sabía era que ambos se dirigían hacia lo que podía ser una tragedia. Llegó a la primera curva, se concentró. Bien, prueba superada. Enseguida llegaría la siguiente. Las líneas blancas bailaban. ¿Debía girar a la derecha o a la izquierda? Cerró los ojos con fuerza esperando que todo se aclarase al abrirlos. No fue así. Eligió y giró. El coche derrapó. Algo en su mente reaccionó y logró enderezarlo en la dirección correcta. El vehículo de atrás continuaba pegado al suyo. Por un instante creyó distinguir al conductor: tenía una cabeza de gran tamaño con una cabellera rizada y canosa. La siguiente curva iba a requerir algo más que concentración. Tan solo veía imágenes borrosas. Tiró de memoria. A la izquierda. Acertó y se felicitó, pero no tuvo tiempo de celebrar ese pequeño triunfo: notó una sacudida antes de alcanzar la siguiente curva. Aquel desgraciado le había embestido. Sintió que la furia lo invadía. Aferrado al volante, trataba de mantenerse en la carretera. Otra curva. ¿Hacia dónde? Solo veía líneas blancas ondeando. Las gotas de sudor que resbalaban hasta sus ojos le nublaban todavía más su ya turbia visión. Trataba de adivinar la dirección de la siguiente curva pero no lograba distinguir lo que había a ambos lados del arcén. Creía que no había terraplén, pero recordaba cierta pendiente, y si se salía de la carretera... Desterró ese pensamiento. Aquello no podía suceder. Tenía que centrarse. Se aferró con más fuerza al volante, abrió más los ojos. Se sentía completamente ebrio, como Cary Grant en *Con la muerte en los talones*. El parecido con la película de Hitchcock terminó de acoquinarlo. Él no era Cary Grant ni aquello era una película. Era Víctor Yoldi, un periodista de provincias que había metido las narices en los asuntos de la Iglesia. Aquello era real y la posibilidad de morir, también.

Y pasó.

En una décima de segundo el Peugeot se desplazó descontrolado por un sembrado, dando bandazos y vueltas hasta que finalmente se detuvo. Por suerte llevaba puesto el cinturón, pero supo que aquel era el final del viaje. Al menos descansaría. Necesitaba descansar. Todo quedó en calma. Se encontró bien por primera vez, con los ojos cerrados, el cuerpo inerte colgando del cinturón de seguridad. Pero un instante después alguien pulsó el botón del cinturón y Víctor cayó como un fardo. Cada célula de su organismo fue despertando a un dolor intenso. Alguien le agarró fuerte la barbilla y lo zarandeó. Abrió los ojos, pero apenas vio nada. Una sustancia pringosa le nublaban la vista ya de por sí borrosa. Se frotó los ojos con la mano y volvió a intentarlo. Se esforzó en enfocar bien y por un momento lo consiguió, pero de inmediato deseó no haberlo hecho. A su lado un hombre enorme con una sonrisa sardónica. Un gigante muy parecido a Fernando Romay.

–Esto es lo que les pasa a los tíos entrometidos como tú.

–He llamado a la Policía –mintió Víctor–. Deben de estar al caer.

–¿Cómo ibas a llamar si no podías ni mantener el coche sobre el asfalto? –rio.

Su risa llegó a los oídos de Víctor como el rugido de un animal salvaje. Todo en su cabeza resultaba confuso y siniestro.

–Aunque llegue la Policía, no lo hará a tiempo –dijo el hombre alzando un objeto.

Victor creyó identificar el gato de un coche. ¡Maldito!

–¿Por qué está haciendo esto? ¿Quién es usted y qué tiene que ver conmigo?

–Demasiadas preguntas que no tengo interés en responder –dijo el hombre relajando el gesto–. En realidad no hay mucho que saber. El juego del poder... Siempre es lo mismo. El sexo, el poder... Todo tiene que ver con el sexo menos el sexo, que tiene que ver con el poder. De eso trata todo este asunto. –Y como si hablara consigo mismo añadió–: La razón por la que el obispo y sus canónigos protegieron a aquel bebé es algo que se me escapa. Tal vez llenaba una parte de sus vidas que estaba vacía. ¿Quién sabe? Ser padre es algo extraordinario y puedo entender que alguien cometa cualquier fechoría por proteger a su hijo, pero si no es tuyo... En fin, hay gente para todo...

De pronto miró a Víctor y volvió a alzar el gato. El periodista apretó los ojos con fuerza. No quería ver su cruel final. Algo así debió de sentir Rebeca cuando fue agredida en la iglesia de Cárcar, pensó. Y aún tuvo tiempo de pensar más cosas, porque en lugar del golpe en la cabeza, oyó el sonido de un arma al ser amartillada.

Una ambulancia de la Dya salió de Peralta prácticamente al mismo tiempo que la patrulla de la Guardia Civil. Estaban a unos pocos kilómetros y llegarían en menos de cinco minutos.

Rebeca había dado el aviso a emergencias antes de detenerse en el arcén. El Peugeot de Víctor se había salido de la carretera. Lo vio enseguida al doblar una de las curvas, boca abajo en mitad de un sembrado. Al cabo de unos segundos vio a un hombre socorriendo a Víctor. Los ancianos se lanzaron campo a través hacia el lugar del accidente mientras ella permanecía junto al coche, paralizada por el miedo. Rememoró tan vívidamente su flirteo con la muerte de unos meses atrás que creyó ser también víctima de aquel siniestro. Como si estuviera en un sueño, vio que el hombre que había sacado a Víctor del vehículo agarraba con determinación algo parecido a una palanca. Rebeca lo vio alzar con furia el objeto. Gritó. Lo iba a matar. Se cubrió la cara con las manos.

—¡Suelta eso, desgraciado! —ordenó Marcelo Ágreda encañonando al hombre con su vieja escopeta.

—¿Marcelo? —musitó Víctor, incrédulo.

Junto a Marcelo, Daniel el Gallardo blandía su bastón a modo de espada y Patricio el Gitano mostraba amenazador sus puños.

El hombre que empuñaba el gato soltó una carcajada despótica.

—¿Creen que me asusta una cuadrilla de viejos armados con palos y puños? Deben de estar locos de remate.

Agitó el gato en dirección al grupo. Todos menos Marcelo retrocedieron en un movimiento inconsciente.

El disparo sonó atronador. Miraron primero a Marcelo, después al hombre del gato y una vez más a su amigo, que bajó el arma satisfecho.

—La cosa es que la cara de este individuo me suena mucho —caviló el anciano sin apartar la vista de su víctima—. ¿Es usted de Cárcar?

El hombre lo observaba espantado mientras sus piernas comenzaban a flaquear.

—De Cárcar o famoso. No me sonaría tanto su cara de no ser alguien muy conocido.

El hombre llevó su desmesurada mano hacia un costado y luego la observó como quien mira un engendro. Después se desplomó. Nadie se movió durante unos instantes. Rebeca llegó corriendo. Las lágrimas le surcaban las mejillas cuando se lanzó al suelo y abrazó a Víctor. Las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos. Enseguida el sonido se hizo más nítido y en pocos segundos el Patrol de la Guardia Civil apareció junto a ellos. Había volado literalmente por los altos de Peralta. Rebeca estaba atónita. Nunca hubiese imaginado que la ayuda llegase tan pronto, pero ahí estaba y era una bendición.

Uno de los dos números que se apearon del vehículo se dirigió rotundo a Marcelo:

—Usted, baje el arma y déjela en el suelo. Rápido.

Mientras un guardia civil lo sujetaba, el otro comprobaba el pulso del hombre que yacía en el suelo.

—¡La madre que lo parió! ¡Es el consejero Gambarte!

—¿Vive?

El número asintió con la cabeza. Inmediatamente llegaron los sanitarios con una camilla.

—¿Qué significa todo esto? —bramó el guardia civil que agarraba a Marcelo.

—Pues verá usted... —comenzó el anciano, con incipiente nerviosismo—: El caso es que este hombre tan grande estaba molestando a nuestro amigo Víctor y hemos tenido que intervenir como puede comprobar. Hay que ver la cantidad de mequetrefes que circulan hoy en día por la carretera...

Esposado como un criminal se lo llevaron detenido al puesto de Peralta. No se quejó ni por un momento. «No soy peligroso», repetía una y otra vez. Hubo que solicitar otra ambulancia, pues tanto el consejero Gambarte como Víctor Yoldi debían ser trasladados al Complejo Hospitalario de Navarra. Daniel el Gallardo y Patricio el Gitano acompañaron a Víctor en la ambulancia mientras que Rebeca seguía en su coche al vehículo de la Guardia Civil que se llevaba a Marcelo Ágreda. Tendría que esforzarse para convencer al juez de que ese hombre no era el criminal, sino el héroe que había salvado la vida de Víctor. La demencia del anciano no ayudaría, pues estaba convencido de haber dado su merecido a un conductor temerario.

Habían acordado que Anastasia permaneciera en el pueblo, más por cuestión de espacio en el coche que por otra causa. Hubiese sido mejor prescindir de Marcelo, pero no estaba dispuesto a quedarse al margen. Rebeca mostró su preocupación por el estado de Víctor en cuanto colgó su teléfono móvil. Estaban todos juntos en los jardines de la residencia, mirando el regadío. Marcelo acababa de volver de cazar justo en ese momento. «He cazado tres piezas, pero no he querido llevármelas. Total, no me las puedo cocinar...», dijo. Y tenía toda la razón. El Gallardo no dio lugar a discusión: irían a buscar al chico para que llegara con bien a Cárcar. Lo de llevar la escopeta carecía de sentido, pero Marcelo no se fiaba de dejarla en ningún sitio que no fuese su casa y no había tiempo que perder. Aquello había sido premonitorio después de todo, pensó Rebeca en la pequeña sala de espera. Aquellos ancianos eran como ángeles de la guarda. De alguna manera se las ingeniaban para sacarlos de apuros a Víctor y a ella. De hecho, les salvaban la vida.

La escopeta de Marcelo fue intervenida. A él le leyeron sus derechos y lo reseñaron, cosa que le resultó graciosa porque era lo que hacían en las películas con los malhechores. Lo condujeron al calabozo mientras Rebeca declaraba como testigo de lo sucedido. La declaración de la joven era bastante sorprendente: el hombre que conducía detrás de Víctor Yoldi estuvo a punto de asestarle un golpe en la cabeza con el gato del coche y también los amenazó a ellos, razón por la cual su amigo Marcelo se vio obligado a disparar su escopeta. Pero el hombre era nada menos que un consejero del Gobierno de Navarra, así que su testimonio fue escuchado con evidente recelo. Marcelo tuvo que esperar al abogado de oficio para dar su versión. Luego fue conducido al juzgado para que el juez decidiese qué hacer con él. Lo primero que se ordenó fue realizar una prueba psicológica por parte de un forense para determinar el grado de demencia que Rebeca ya había mencionado y que Marcelo había mostrado en su declaración. Todo se hizo con celeridad, pero aun así transcurrieron varias horas. El forense dictaminó que el hombre padecía una demencia moderada, pero no se le consideró peligroso. Si alguien se comprometía a hacerse cargo de él hasta el momento del juicio, podía marcharse. En caso contrario, sería ingresado en una clínica psiquiátrica. Rebeca dio la dirección de su tío Daniel y se ofreció como responsable.

Ninguna de las dos vidas peligraba. Las heridas del consejero eran superficiales ya que los perdigones eran de bajo calibre. La mala noticia era que Víctor había dado positivo en benzodiazepinas.

—Que hayan encontrado esa sustancia en tu orina no ayudará a dar por buena tu declaración... —opinó Rebeca al poco de llegar—. Por lo que me han dicho, son drogas que se usan para dormir. ¿Cómo se te ocurre tomar algo así teniendo que conducir?

—Yo nunca he tomado nada para dormir. En realidad ningún tipo de medicina y por supuesto no tomo drogas. Tiene que haber sido el sacristán —arguyó Víctor—. No hay otra explicación. También el deán Javier Ezpeleta debe de tener la misma sustancia en su sangre. Se encontró mal al mismo tiempo que yo y lo acompañé a su dormitorio. Fue el café, o la coronilla... O las dos cosas. No sé.

—Gente tuna, poca sopa... —advirtió Marcelo con dedo acusador.

—¿Sabes que tienes una conmoción cerebral? —le preguntó Rebeca ignorando la intervención de Marcelo—. Tus excusas no suenan demasiado verosímiles.

—El sacristán estaba en el arzobispado. Tuvo ocasión de poner algo en los cafés, no había nadie en el despacho antes de que yo llegara. Eso es verosímil, ¿no?

Rebeca dedicó unos segundos a sopesar las palabras de su amigo.

—Podría ser, pero dudo que la Policía lo tome en consideración. Tengo la impresión de que están mucho más despistados que nosotros en este asunto.

—Habrá que intentar que nos crean.

A pesar de todo, Rebeca sentía cierto alivio: Marcelo estaba bajo su tutela y Víctor tenía buen aspecto. Todo iba a salir bien.

La puerta se abrió y dos guardias civiles entraron en la habitación.

–Bonita reunión... –dijo uno con tono jocoso.

El otro se acercó a la cama.

–Señor Víctor Yoldi: está usted acusado de conducción temeraria. La presencia de depresores del sistema nervioso central en su organismo no le va a servir de excusa, todo lo contrario. Debería buscarse un buen abogado.

–No será necesario... Yo seré su abogado, si el señor Yoldi así lo confirma.

Terencio Díaz de Rada apareció como por arte de magia por detrás de la pareja de la benemérita, se acercó a la cama de Víctor y le tendió la mano. Pero el periodista no se movió y la mano del abogado quedó suspendida en el aire. Que el gigante Díaz de Rada se ofreciese a defenderlo era algo sorprendente, más aún teniendo en cuenta que en el lado opuesto iba a encontrarse otro Díaz de Rada: el consejero Gambarte.

–Siento mucho lo ocurrido –afirmó el abogado tras devolver su mano al bolsillo de su chaqueta. Y a renglón seguido añadió–: Estoy dispuesto a ofrecer mis servicios jurídicos sin contraprestación económica como muestra de mi buena voluntad. Al fin y al cabo, somos de Cárcar, y además mi intuición me dice que debo dar más crédito a su versión que a la de la parte contraria, por más que comparta con ella el apellido.

–Señor Yoldi –intervino uno de los números–, decidase por este o por quien quiera, pero que sea pronto, esta tarde vendremos a tomarle declaración.

Los guardias civiles se marcharon y la habitación se quedó en silencio.

Rebeca, Marcelo, el Gallardo y el Gitano aguardaban inmóviles la decisión del periodista.

–Agradezco la oferta, pero no. ¿Se cree que soy imbécil?

–En absoluto.

–¿Qué le hace pensar entonces que voy a fiarme de usted? Para mí, es el sospechoso número uno de las muertes del abad de Leyre y de don Gregorio, y del intento de asesinato de don Ramiro de Ujué. Antes me tiraría peña abajo que dejar que un criminal me represente.

–¡Bien dicho, majo! –jaleó Marcelo.

El gigante Díaz de Rada dio unos pasos por la habitación con las manos enlazadas a la espalda. Estaba meditando su siguiente paso. Finalmente se detuvo frente al grupo, apostado junto a la cama de Víctor.

–Es normal que recelen. Yo también lo haría en su lugar, de modo que voy a explicarles mis motivaciones. Primero de todo, quiero dejar claro que no he matado a nadie, ¿qué razón podía tener? Sin embargo, sospecho que mi primo tiene mucho que perder si se llega a saber que su padre era también el del joven de la capilla. Mi tía Paula tuvo un hijo que nació con un extraño síndrome y que murió a los tres años. La pobre Regina murió poco después de que mis tíos la obligaran a entregar a su bebé. Nunca se habló abiertamente de aquello en la casa.

–No parece tener en mucha estima a sus parientes –opinó Daniel.

–No tengo ningún tipo de aprecio por esa rama de mi familia. Nosotros éramos los parientes pobres, y aunque pasábamos temporadas en Cárcar, nunca dejaban de recordarnos que pertenecíamos a una clase inferior.

–¿Por qué entonces ha comprado la casa de Cárcar? –inquirió Víctor.

–Es un trofeo. Esa casa tiene un valor histórico importante, pero es además el símbolo del poder de los Gambarte.

Rebeca no estaba dispuesta a dar tregua al abogado ahora que tenían la oportunidad:

–¿Por qué estaban juntos el consejero y usted en el hospital el día siguiente de ingresar el cura?

Díaz de Rada pareció sorprendido por la pregunta de la joven. Se tomó tanto tiempo para preparar la respuesta que cuando lo hizo la expectación era enorme.

–Hace días, mi primo se presentó en mi casa pidiéndome que le ayudase a preservar el buen nombre de la familia. Se había enterado de mi trabajo para el arzobispado en todo el asunto de la capilla. Por supuesto que él no actúa pensando en la familia, sino por su propio interés. Aparte de consejero del Gobierno de Navarra es un empresario importante. Una prueba de ADN sería suficiente para confirmar lo que siempre hemos sospechado. –El abogado hizo una pausa antes de continuar–: La muerte de Regina es otro detalle que mi primo no puede permitir que salga a la luz. En su día se dijo que la joven se suicidó presa de una honda amargura, pero hay quien piensa que doña Paula, mi tía, pudo haberse vengado de ella por acostarse con su marido. Por más que ya no se pueda demostrar, la idea de que su madre matara a la sirvienta... Aquel día fuimos al hospital para saber si el cura había fallecido, y en caso de que no hubiera sido así, para conocer de primera mano su estado y lo que pudiese contar a la Policía.

–Así que el consejero cree que usted le apoya en todo este tinglado.

–Exacto.

–Pero usted le está haciendo la cama.

–Nada me gustaría más que ver a mi primo el consejero hundirse en la mierda de su propia familia. –Díaz de Rada escupió aquellas palabras como si fuesen puro veneno.

–Puede que luego me arrepienta, pero acepto su oferta.

Víctor tendió la mano hacia el abogado y dejó que su enorme apéndice la engullera.

Patricio el Gitano se frotó la cara con la manga de la camisa.

–¿Qué pasa, Patricio? ¿Te emocionas? –inquirió el Gallardo.

–No sé qué me pasa últimamente que se me arrasan los ojos... –balbuceó el Gitano con la voz quebrada.

–Yo lloraría de pena viendo las estupideces que hacen los jóvenes de hoy en día. Pero los Gallardos no lloramos.

–¿Trata de decirme algo? –inquirió Víctor.

–Pues claro. ¡Menuda ocurrencia contratar a este hombre para representarte! Vas a tener que rezar mucho a la Virgen de Gracia para salir con bien de este berenjenal.

Martes 26 de abril de 2011

Al día siguiente, todos menos Víctor Yoldi estaban de vuelta en el pueblo. El periodista debía permanecer en el hospital al menos veinticuatro horas más, pero Micaela, su madre, estaba a su lado. Antes de salir hacia Cárcar, Rebeca telefonó al arzobispado y preguntó por don Javier Ezpeleta. Tras una larga espera, una mujer que debía de ser su secretaria le dijo: «El deán está enfermo y no recibe visitas». Nada más. Así que no pudieron hacer otra cosa que resignarse. Sin embargo, pensaron que aquella enfermedad era la confirmación de la sospecha de Víctor sobre el envenenamiento.

Lo primero que hizo Rebeca al llegar a casa fue conectarse a Internet y buscar información sobre el robo del tesoro de hacía setenta y seis años. Víctor la había puesto al corriente de la conversación con don Javier Ezpeleta antes del accidente.

Encontró una noticia del diario *ABC* del 13 de agosto de 1935. Contaba detalladamente cómo habían entrado los ladrones en la capilla. Según la noticia, procedieron con una calma tal que tuvieron tiempo de comerse unas galletas y beberse el vino de misa; Rebeca no pudo reprimir una sonrisa imaginándoselos comiendo y bebiendo en la preciosa sacristía de los canónigos con todo el botín esperando a ser trasladado. Luego mencionaba que los monaguillos habían descubierto el robo, dato que Víctor y ella ya conocían.

La lista de objetos robados era larguísima. Al parecer, todos estaban dentro de un cofre de cemento armado excepto treinta y nueve monedas de oro que formaban parte de una colección que había en la sala capitular contigua a la sacristía, la que Víctor y ella habían visitado por cortesía del gestor del museo.

Otro artículo del *ABC*, aparecido el miércoles del 11 de septiembre de 1935, señalaba como autores materiales del robo a tres hombres apodados el Gallego, el Román y el Sieteveces. También se nombraba a un hombre llamado José Casado, al joyero Eleuterio Arias y a un tal José Oviedo de la Mota, y a dos personas de las que no se daba el nombre para no entorpecer la labor policial, un ciudadano americano y otro de nacionalidad italiana. Por lo visto, el robo de la catedral de Santa María de Pamplona había sobrepasado las fronteras españolas.

Rebeca llegó a la conclusión de que en realidad ya sabían lo esencial. Aun así, se le presentaban unos cuantos interrogantes: ¿cómo habían conseguido el plano de la catedral? ¿Y cómo sabían que las monedas estaban expuestas en la sala capitular si esta era de uso exclusivo para las reuniones del cabildo? La idea que Víctor y ella compartían se reafirmaba: alguien de dentro había facilitado a los ladrones información clave para lograr con éxito su propósito. Pero todo eran especulaciones; los artículos no apuntaban nada al respecto.

Las campanas de la iglesia les recordaron que tenían un funeral al que acudir. Ese tañido lúgubre que tantas veces había escuchado Rebeca durante el verano pasado le hacía pensar en su propia condición mortal. En la casa de la calle Salvador Ordóñez, sin saber cómo huir de aquel funesto sonido, subió el volumen de la vieja radio que su tío Daniel tenía en la cocina. Tan concentrada estaba en ignorar el tañido que casi pasó por alto el sonido de su teléfono móvil.

–Estaba a punto de colgar –dijo Hugo Castells en cuanto ella respondió a la llamada.

–Perdona, demasiado ruido alrededor... ¿Cómo estás?

–Bien, gracias.

–Tú dirás.

–Te llamo por el cuadro de la catedral.

A Rebeca se le revolvió el estómago temiéndose lo peor. Marcelo bajo su tutela, Víctor en el hospital y ahora quizá Daniel...

–¿Rebeca?

–Sigo aquí.

–Verás, el cuadro no es atribuible.

–Comprendo. Bueno, era de esperar, *El niño enfermo* lleva muchos años en el museo americano.

–Ya, sí... El caso es que llamamos a Florida para que verificasen la autenticidad de su pieza. Saben que han aparecido algunos cuadros falsos en los últimos meses, falsos que en su día no lo eran. –Hizo una larga pausa antes de añadir–: Esto es confidencial, Rebeca.

–La duda ofende, Hugo. Puedes confiar en mi discreción, como siempre. ¿Qué ocurre?

–Tan falso es el cuadro de la catedral de Pamplona como el de Florida.

El silencio viajó de un terminal a otro.

–Esto no tiene precedente –dijo Hugo Castells–. Los óleos de Dalí no se falsifican, ya lo sabes, su trazo era demasiado perfecto. Ha habido que analizar los pigmentos y ahí es donde ha surgido la duda. No sé cómo pudo nadie hacer algo tan bueno, la verdad.

–¿Crees que ambas copias son obra de la misma persona? –inquirió Rebeca.

En realidad no quería escuchar la respuesta. Cerró los ojos con fuerza, como si con eso pudiese evitar las próximas palabras de su jefe.

–Todavía no podemos asegurarlo. Para conocer los detalles serán necesarios más análisis, pero está claro que habrá que comparar ambas obras. De modo que, o bien mandamos nuestra copia a Florida o ellos nos mandan la suya a Figueres. Aún no está decidido.

–No sé qué decir... –musitó Rebeca–. Todo es muy extraño.

–Cierto. Te he llamado porque sería interesante, ya que estás en Navarra, que indagases un poco más. Si el cuadro ha pasado por distintas manos, quién lo ha custodiado, tú y a sabes... Nos interesa encontrar a ese individuo, si es que todavía vive.

Rebeca Turumbay tardó en responder.

–Descuida, Hugo, haré todo lo que esté en mi mano.

–No me cabe ninguna duda. Siempre he confiado en ti.

«Tal vez no debieras», se dijo Rebeca nada más colgar. «Tal vez no debieras...»

Se encontraron en la puerta de la pequeña sala del tanatorio de Cárcar, situado en la planta baja de la residencia Virgen de Gracia. El pueblo entero estaba allí reunido, esperando para acompañar el féretro de don Gregorio en los pocos metros que lo separaban de la iglesia de San Miguel. El cura y el monaguillo llegaron portando la cruz y el hisopo. Entraron en la sala y poco después volvieron a salir encabezando el cortejo fúnebre. Tras el ataúd, trabado por cuatro hombres, decenas de ramos y coronas de flores en memoria de quien tantos sermones ofreciera al pueblo desde el púlpito de su hermosa iglesia. Rebeca ofreció su brazo a Anastasia, y escoltadas por Marcelo Ágreda, Daniel el Gallardo y Patricio el Gitano caminaron en silencio hasta la verja de acceso al pórtico de la iglesia. Allí se detuvieron. El gentío se había acumulado tras el paso de la caja y las flores.

–Teníamos que haber trabado nosotros, ¿no creéis? –opinó Marcelo.

El Gallardo lo fulminó con la mirada.

–De no ser por nosotros, aún estaría desaparecido –insistió.

–¡Calla, Marcelo!

–¡No me da la gana, demontres! Después de todo el trabajo que nos costó ponerlo en el banco, merecíamos al menos haber llevado la caja hasta el altar. ¡He dicho!

Anastasia y Rebeca se giraron hacia los ancianos. La anciana, con evidente disgusto, la más joven, con la perplejidad grabada en el rostro.

–¿A qué se refiere, Marcelo? ¿Qué tenéis que ver vosotros con la muerte de don Gregorio?

Los ancianos agacharon la cabeza.

–Nosotros sacamos al cura del túnel y lo pusimos en el banco para que lo encontrasen. Si no, el pobre aún seguiría allí. Todo por los cuadros, claro –confesó Marcelo.

–¿Qué cuadros?!

El Gallardo clavó su codo en las costillas de Marcelo, que a punto estuvo de devolver a su amigo el envión.

–¡Calma, calma! –se adelantó Anastasia–. De nada sirve que nos enfrentemos entre nosotros. Hablaremos después. ¿De acuerdo?

Una vez en el exterior, acabada ya la ceremonia, la multitud fue dispersándose poco a poco. El coche fúnebre enfiló el camino del cementerio seguido de toda una comitiva de vehículos. El silencio campó a sus anchas por los Fosaes mientras Rebeca y los cuatro ancianos iban quedándose solos. Cuando ya no había nadie a su alrededor, Rebeca puso los brazos en jarras y exigió enérgica:

–Que alguien me explique las palabras de Marcelo. ¿Cómo que vosotros pusisteis a don Gregorio en el banco? ¿A qué cuadros se refería?

Anastasia, Daniel, Marcelo y Patricio se miraron.

–Estoy esperando –insistió Rebeca–. ¿Daniel?

El gesto de su tío no daba lugar a grandes expectativas.

–De acuerdo –comenzó Anastasia–. Yo misma puedo hacerte un resumen de lo ocurrido. –Inspiró profundamente y con las manos entrelazadas debajo del pecho comenzó–: Verás, maja, Daniel conservaba hacía años un conjunto de pinturas en un lugar secreto, un viejo túnel que conectaba el antiguo castillo, que estaba donde hoy en día está la residencia, con el río Ega. Tu tío conocía la entrada y lo usó para ocultar esas pinturas... Pero en su última visita al túnel encontró el cadáver de don Gregorio. El asesino casi lo encuentra a él. De no haberse ocultado tras los lienzos... No quiero ni pensar lo que hubiese pasado. –La anciana se llevó una mano a la frente asustada con el solo pensamiento de que algo malo pudiese ocurrirle al Gallardo–. Así que hubo que sacar a don Gregorio del túnel para darle cristiana sepultura. Fue un acto de bondad. En cuanto a las pinturas, las sacamos a toda prisa antes de que el asesino tuviese ocasión de llevárselas.

El expresión de Rebeca era de absoluta consternación.

–¿Sabéis quién mató a don Gregorio? –inquirió la joven, incrédula–. ¡Dios mío!

–Solo sé que tenía los pies grandes como barcas –repuso el Gallardo encogiéndose de hombros–. No pude ver otra cosa.

–¡Sus gafas! ¡Claro! –exclamó la joven–. Le notaba algo diferente y hasta ahora no me he dado cuenta de que se ha cambiado de gafas.

–Las perdí en el túnel y aquel hombre se las llevó, así que tuve que buscar unas viejas.

–Si se trata del consejero, no las habrá reconocido –valoró Rebeca–. Puede que eso lo salve. ¿Por qué cree que don Gregorio fue a ese lugar?

–Puede que quisiera ocultarse. Él conocía el sitio igual que yo. Hace ya muchos años, cuando se allanó el terreno para construir la residencia y se halló la entrada, ambos entramos en el túnel. Entre risas y bromas comentamos lo seguro que era ese lugar para esconderse en caso de peligro. En realidad esa era su función cuando se construyó, la de vía de escape. Puede que quisiera huir de una muerte segura, no es el único sacerdote que ha pasado a mejor vida durante los últimos días. Está claro que el asesino lo siguió hasta el túnel y allí lo mató. Esa hubiese sido su tumba de no haberlo sacado nosotros.

A sus palabras siguieron unos pesados segundos cargados de malos presagios.

–¿De qué pinturas hablamos? –preguntó la joven con cautela–. ¿Qué tienen de especial para ocultarlas en un sitio tan recóndito?

Daniel el Gallardo fijó su vieja mirada en Rebeca. Tan lista, tan aguafiestas... Demasiado sabía ella de qué pinturas se trataba.

–Son obras de arte valiosas.

–¿Cómo de valiosas?

–Mucho.

–Cuánto.

–No sé cómo está el mercado ahora mismo –contestó el Gallardo–. Con tanto jaleo y tanto cura muerto..., no estoy al tanto, pero hay alrededor de...

Se detuvo para hacer cálculos.

–Son media docena de Dalís. Cálculalo tú misma, que para eso has estudiado. ¡Demontres!

–Falsos.

–Por supuesto que no. ¿Te crees que soy tonto?

–¿Auténticos? ¿Todos?

Los cuatro pares de ojos quedaron fijos en el rostro de Daniel el Gallardo.

–No es para tanto. Dalí fue un gran pintor pero yo también lo fui, aunque no tenga un Museo Gallardo de Cárcar.



Miércoles 27 de abril de 2011

Aquella llamada lo llenó de inquietud. Tras el brutal incidente de los altos de Peralta, todo lo demás había quedado apartado en un rincón de su mente. «Tengo malas noticias», le había dicho la doctora Zudaire. «Un vecino de Cárcar es el principal sospechoso de la muerte del cura.» Y nada más. Ninguno de los dos creyó conveniente tratar ese asunto por teléfono. La forense se dirigía hacia allí en ese momento.

Hizo lo que pudo por mejorar un poco su aspecto. Llamó a una enfermera y le pidió ayuda urgente para ducharse y afeitarse. Un rugido de sus tripas lo alarmó. Esperando que no se repitiese en presencia de la doctora, salió del cuarto de baño ciñéndose el batín que su madre le había llevado.

–Buenos días.

Allí estaba, tan perfecta. Con su traje impecable y la melena recogida en una sobria cola de caballo. No se habían visto desde el día de la cena en el restaurante Alhambra, cuando él tuvo el atrevimiento de... Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

–Hola, doctora.

Caminó hasta la cama y se acostó con movimientos lentos. Invitó a Cristina Zudaire a tomar asiento en la butaca de las visitas. Cuando se hubieron acomodado, la miró tratando de no imprimir en su rostro ningún gesto que revelara la inquietud que sentía, no sabía bien si por la sola presencia de la mujer o por la noticia de que alguien de Cárcar había matado a don Gregorio. Hubiese jurado que el consejero Gambarte era el responsable de todo aquello, y estaba casi seguro de que ese hombre no estaba pensado en el pueblo.

–Siento que nos veamos en estas circunstancias, pero me alegra comprobar que está bien.

–Fue un accidente tonto, nada grave, pero el golpe va saliendo poco a poco.

–Ya, claro.

De pronto ninguno de los dos sabía cómo continuar la conversación. Sus últimos segundos frente al portal de la doctora, su atrevimiento, la bofetada... Todo permanecía demasiado fresco en la memoria de ambos.

–Le agradezco la llamada, doctora. Es muy amable al querer compartir conmigo los resultados de la autopsia.

–Ya, bueno. En realidad no es el resultado de la autopsia lo que me ha impulsado a venir. Se trata del análisis de las huellas encontradas en el chubasquero del cura.

Victor aguardó expectante.

–Don Gregorio murió por una fuerte conmoción cerebral con pérdida de masa encefálica causada por un golpe en la cabeza. Eso se veía a simple vista. También padecía un cáncer que no hubiese tardado mucho en matarlo, pero no por eso su muerte violenta es menos dramática. Esto que le voy a contar ahora no es estrictamente médico, pero he aprovechado mi condición de jefa de servicio para acceder a cierta información. He pensado que conocer la identidad del presunto asesino podría ayudarle. Sospecho que su accidente no ha sido casual.

Mantuvo su mirada fija en el periodista, pero Víctor Yoldi se guardó de mostrar cualquier reacción.

–Está bien –comenzó la doctora, y sacando un papel del bolso añadió–: En el cadáver se encontró algún cabello humano, y varias huellas dactilares en el chubasquero. Que la prenda sea de plástico ha hecho que las huellas hayan quedado impresas.

Victor asintió con la cabeza.

–Pues bien, una de las huellas pertenece a un individuo detenido recientemente por disparar un arma de fuego contra otra persona.

Victor comenzó a marearse.

–Está muy pálido –observó la doctora–. Puede que no haya sido buena idea venir.

–Dígalo ya, por favor. ¿De quién se trata?

–El sospechoso tiene ochenta y dos años y vive en la residencia de ancianos de Cárcar.

–¿Cómo? –dijo una voz femenina.

Cristina Zudaire se giró hacia la puerta con el ceño fruncido.

–Pasa, Rebeca. Tenemos malas noticias –informó Víctor.

–¿Mi tío?

–Continúe, doctora. Rebeca Turumbay y yo estamos juntos en este asunto.

La jefa del Servicio de Patología Forense pareció sopesar esa circunstancia. Finalmente anunció:

–El sospechoso del asesinato del cura de Cárcar se llama Marcelo Ágreda y sufre demencia senil, así que seguramente el juez decretará, si no lo ha hecho ya, su ingreso inmediato en un centro psiquiátrico a la espera del juicio.

Terencio Díaz de Rada aguardaba con aparente tranquilidad una respuesta afirmativa a su petición. El éxito de su plan se basaba precisamente en esa falsa calma con la que había solicitado ver a don Javier Ezpeleta, deán de la catedral. «No se encuentra muy bien estos últimos días y no recibe visitas», señaló la secretaria. Pero ante la insistencia del abogado, la mujer tomó el teléfono e hizo una llamada.

–El sacristán está en camino. Él los atenderá.

Aquello era de lo más inconveniente. «Calma, calma...», se repitió el abogado.

La puerta del despacho se abrió tras un ligero golpe de nudillos y el sacristán entró con ensayada humildad: la cabeza baja, las manos entrelazadas bajo el pecho.

–El señor Díaz de Rada y su acompañante quieren ver a don Javier Ezpeleta. Ya les he dicho que no se encuentra muy bien, pero he creído que su opinión nos sería de utilidad puesto que durante estos días es quien más contacto ha tenido con él.

–El deán no está para visitas.

La cosa se ponía difícil pero había que intentarlo una vez más.

–Estoy seguro de que nuestra visita le levantará un poco el ánimo.

Tanto el sacristán como la secretaria fruncieron el ceño.

–Esta joven que me acompaña procede del pueblo del deán y le trae miel casera de sus propios panales. A don Javier le encanta la miel, y si es de Leiza...

–Yo mismo se la haré llegar –dijo el sacristán alargando su mano hacia el ambarino frasco.

–¿Será posible!

–¿Cómo dice?

–Le estamos pidiendo ver a un enfermo, no es que vayamos a matar a nadie. ¿Por qué demonios nos impide verlo?

La secretaria dirigió su mirada interrogativa hacia el sacristán, quien pareció ir a protestar pero cerró la boca sin pronunciar una sola palabra.

–A la vista de su actitud podríamos sospechar que oculta algo... –insistió el abogado para dar la estocada final a su alegato.

Hubo una larga pausa. La joven que llevaba la miel ni siquiera pestañeó.

–Síganme –ordenó finalmente el sacristán yendo hacia la puerta.

Durante el trayecto entre el arzobispado y la habitación del deán en el complejo catedralicio no hubo ni tan solo un breve intercambio de palabras. Nada, excepto un tenso silencio. El sacristán iba en cabeza mientras que el abogado y la doctora Zudaire le seguían a un metro de distancia. Se habían encontrado en la puerta del hospital cuando la doctora salía tras su visita a Víctor Yoldi. El abogado vio una oportunidad que no quiso dejar escapar. Ambos eran personas de la confianza del periodista de Cárcar. El instinto de Díaz de Rada le dijo que aquella colaboración podía funcionar y no tardó mucho en convencer a la forense, por lo que dedujo que entre aquella mujer y el periodista había una relación de amistad.

El sacristán se detuvo frente a una sencilla puerta de madera. Cuando los tres estuvieron a la par, golpeó la puerta discretamente con los nudillos. Un decadente «puede pasar» les llegó desvaído desde el interior de la habitación. Sentado en una silla de madera junto a una ventana, el deán parecía un hombre derrotado.

–Padre –comenzó el sacristán–, estas personas le traen miel de su pueblo. Hemos pensado que le alegrará el ánimo y le ayudará a reponerse.

Don Javier Ezpeleta no dijo nada. Dirigió su mirada lánguida a cada uno de los recién llegados sin modificar en ningún momento el rictus.

–En realidad, también queremos una muestra de orina – anunció Díaz de Rada con toda la calma que pudo–. Aunque primero debería confirmarnos si toma algún tipo de pastilla para dormir.

–¿Cómo dice? –se alarmó el sacristán.

–No tomo nada para dormir. Nunca lo he hecho, aunque estos últimos días no me hubiese venido nada mal una ayuda en ese sentido.

–Si nos da su consentimiento, nos gustaría analizar su orina para compararla con la de Víctor Yoldi.

Haciendo un gesto a su acompañante, se apartó para que la doctora entregara al deán un recipiente para muestras.

–¡Eso no es posible! ¡Voy a llamar a la Policía ahora mismo! ¡Esto es un atropello!

–¿Nos da su permiso, padre?

Don Javier Ezpeleta se tomó unos segundos para pensar.

–¿Creen ustedes que ese joven periodista y yo tenemos algún tipo de sustancia similar en nuestro cuerpo?

–Eso sospechamos, sí. Víctor Yoldi está ingresado en el hospital debido a un accidente de tráfico que, en nuestra opinión, fue consecuencia de las drogas detectadas en su organismo. El señor Yoldi cree que usted puede haber sido drogado del mismo modo.

–¿Quién iba a hacer una cosa así? ¿Y cómo?

–Pudo hacerlo nuestro querido sacristán, aquí presente. –Y mirándolo inquisitoriamente añadió–: ¿No es cierto?

El interpelado estaba fuera de sí. Con el móvil en la mano, parecía dudar entre salir corriendo o llamar a la Policía.

–Y pudo hacerlo poniendo benzodiazepina en el café que Víctor Yoldi y usted tomaron el otro día. Ya puestos, diré que con la intención de evitar que siguieran indagando en el asunto de la capilla románica.

–¡Esto es indignante! ¡Se arrepentirán de haber hecho esa acusación! –bramó el sacristán, y girándose airadamente abandonó la habitación con un sonoro portazo.

–¿Está usted de acuerdo en que analicemos su orina?

–Si creen que eso puede ayudarle en algo...

–Puede ser de gran ayuda, en efecto. La credibilidad del señor Yoldi ante el juez depende de que las drogas que hicieron que condujera de forma temeraria y que a la postre causaron el accidente, le fueran suministradas sin él saberlo, que es lo que pretendemos demostrar.

El deán asintió y se dirigió al baño. Salió enseguida y entregó el recipiente a la doctora Zudaire, que colocó la muestra en un contenedor de poliespán. La joven dio las gracias a don Javier Ezpeleta y le ofreció el tarro de miel que tan bien había cumplido su cometido.

Cuando llegaron al Complejo Hospitalario de Navarra se toparon con un triste espectáculo: un coche de la Policía Foral junto a una ambulancia y Rebeca Turumbay con los ancianos de Cárcar completamente abatidos a dos metros del segundo vehículo.

–Se lo llevan. Se llevan a nuestro Marcelo –se lamentaba Anastasia Chalezquer.

Y entonces lo vieron: dos policías conducían al anciano hacia la ambulancia. Su mirada vidriosa estaba fija en el grupo de Cárcar, buscando sin duda el apoyo de sus amigos. La puerta de la ambulancia se cerró de un golpe, arrancó y comenzó a moverse lentamente hacia la salida con su pasajero en la parte trasera. Marcelo Ágreda no comprendía lo que estaba sucediendo, pero sabía que donde quiera que fuese iba solo.

Jueves 28 de abril de 2011

—La momia encontrada en la capilla románica de la catedral de Santa María corresponde a una persona que vivió en la Edad Media —informó la doctora Zudaire mirando uno por uno a los periodistas que se habían congregado para la rueda de prensa—. El cadáver presentaba fracturas óseas en piernas y brazos, posiblemente fruto del forcejeo lógico que pudo producirse al obligarle a permanecer en el hueco mientras levantaban el muro. En definitiva, este hombre murió emparedado. —La doctora guardó silencio. Se aclaró la garganta—. Esto es todo lo concerniente al análisis antropológico. Ahora cedo la palabra a don Fidel Fortún, doctor en Historia Medieval por la Universidad de Navarra donde actualmente desarrolla su labor investigadora y docente.

Tras el saludo de rigor y una breve introducción, el doctor Fidel Fortún expuso su teoría.

—La hipótesis que barajamos es que el cuerpo momificado corresponde al de un constructor y arquitecto del siglo XI. El análisis de las radiografías ha revelado la presencia de una moneda del año 1080, que coincide con el año en que el obispo Pedro de Roda ordenó la construcción de la primera catedral de Pamplona. La momia que hemos dado en llamar Ramsés podría relacionarse con un notable constructor llamado Gastón García. Este hombre pudo ser el primer arquitecto de la catedral de Pamplona y quien ideó la capilla en la cual ha sido encontrado y que, a todos los efectos, fue su tumba. La razón por la que fue emparedado y la identidad del responsable de esa muerte tan cruel es algo que nunca sabremos.

Don Fidel Fortún hizo una pausa a la que sucedió un pequeño revuelo que tardó varios segundos en apaciguarse. Una vez restablecido el orden, continuó:

—Fermín Navarro y Gastón García no solo compartieron décadas de cautiverio, compartieron también la muerte... Dos hombres cuyo destino quedó atrapado entre los muros de la catedral. Es nuestro deber ofrecer a ambos el reconocimiento que merecen y sobre todo una sepultura digna.

Rebeca entró en la habitación con una sonrisa en la mirada. Se acercó a la cama y lo besó en los labios. Él la atrajo hacia sí alargando el beso hasta que la llegada de otra visita los interrumpió.

—¡Buenos días! —saludó Díaz de Rada—. Siento interrumpir.

Víctor y Rebeca se separaron algo avergonzados. El abogado traía noticias y estaban deseando conocerlas. Seguían sospechando de él, pero ya fuese por perjudicar a su primo el consejero o por cualquier otra razón, su trabajo en el caso del accidente de Víctor había sido impecable.

—Tanto las huellas de Marcelo como las del consejero están en el chubasquero de don Gregorio. Ambos son sospechosos de su muerte. Lo siento. El sacristán de la catedral también ha sido detenido —dirigiéndose a Víctor añadió—: Como la orina del deán dio positivo, al sacristán le ha faltado tiempo para delatar a mi primo. Según él, actuaba en todo momento por mandato de Sebastián Gambarte. El consejero no ha dicho ni una sola palabra, supongo que por recomendación de su abogado, pero ante unas pruebas tan contundentes no sé qué defensa tendrán previsto presentar.

—Aún no le hemos agradecido su ayuda para obtener la muestra del deán. Sin ella la Policía nunca hubiese creído mi versión del accidente —señaló Víctor.

—Agradézcanle también a la doctora Zudaire su actuación; es una actriz estupenda.

El abogado se marchó, y en cuanto se cerró la puerta Víctor dijo:

—A pesar de todo, no podemos relajarnos. Marcelo está en el psiquiátrico y allí seguirá si sus amigos no confiesan haberlo ayudado a mover el cadáver de don Gregorio. No podemos dejar que lo tomen por asesino. No es justo.

—Lo sé —dijo Rebeca bajando la mirada.

Se sentía atrapada en un mar de contradicciones. Para salvar a Marcelo del psiquiátrico iban a condenar a Daniel a la cárcel. Sus peores presagios se estaban cumpliendo. Todo iba realmente mal y podía empeorar mucho más. Quería llorar, pero de nada iba a servir. Víctor y ella eran la única esperanza de aquellos ancianos.

—Ya sé que es difícil, pero habrá que pensar en cómo ayudar a Marcelo sin hundir a tu tío... —dijo Víctor con firmeza.

—Mi tío tiene un pie en la cárcel y otro en la tumba.

Miércoles 4 de mayo de 2011

Víctor Yoldi no podía estar más satisfecho en lo laboral. Su periódico vendía ejemplares como churros en los últimos días. Cada mañana, una nueva noticia sobre el caso de la capilla románica sorprendía a los lectores de toda Navarra, y a través de las agencias de noticias el salto a la prensa nacional era inmediato. Su firma en los artículos que iban desvelando los intrincados detalles del caso de la capilla le había granjeado no pocos halagos y alguna que otra oferta de trabajo en otros periódicos, como el *Diario de Noticias de Navarra*, el *Heraldo de Aragón* o el *Diario Vasco*.

Su siguiente artículo no ocuparía la primera página. Ni siquiera aparecería en la segunda o la tercera, sino bastante atrás. A pesar de la escasa repercusión de la noticia, el acto consiguió reunir en la catedral de Santa María a numerosas personalidades: el alcalde de Pamplona, la presidenta de la Comunidad Foral, el arzobispo de Pamplona, el cabildo de la catedral en pleno y un representante de la Institución Príncipe de Viana. Acudieron también la jefa del Servicio de Patología Forense y el abogado del arzobispado en el caso de la capilla, y Víctor Yoldi, Rebeca Turumbay, Patricio Jiménez y Daniel González, como siempre del brazo de Anastasia Chalezquer.

La ceremonia tuvo toda la solemnidad de un funeral de primera categoría. Fermín Navarro descansaría para siempre en la cripta de la catedral junto al obispo Clemente, a quien el joven consideraba su padre, tal y como él mismo escribiera en el suelo de la capilla poco antes de morir. El que pudo ser Gastón García, primer arquitecto de la catedral de Pamplona, tendría su propia sepultura en el claustro.

Una vez concluido el oficio y aprovechando que estaban todos juntos en Pamplona, Rebeca y Víctor propusieron a los ancianos una visita sorpresa a Marcelo, quien a buen seguro saltaría de alegría al verlos. Comenzó a llover cuando iban hacia el coche de Víctor. Aquello empañó un poco el buen humor general, pero decidieron poner al mal tiempo buena cara, como hubiese dicho su amigo. Se dirigieron al barrio de la Rochapea, donde estaba la clínica psiquiátrica Padre Menni. Tardaron casi veinte minutos en llegar. Encontraron a Marcelo en una gran sala, sentado a una mesa junto a otros dos ancianos. Al igual que el resto de las personas allí presentes, no parecían hacer nada de particular. Se acercaron a la mesa despacio con los corazones embargados de emoción. Uno a uno saludaron a Marcelo, con un apretón de manos ellos y dos besos en las mejillas ellas. La reacción del anciano los dejó helados.

–Hola –dijo sin inmutarse.

Ni siquiera se movió en la silla.

–¡Marcelo! –balbuceó Anastasia con los ojos arrasados mientras lo abrazaba tiernamente.

Pero Marcelo no parecía Marcelo. Todo signo de inteligencia en él había desaparecido y en consecuencia el anciano era apenas un mostrenco.

–¿Estás bien? –se extrañó Patricio el Gitano posando su nervuda mano en el hombro de su amigo.

–Bien, sí –respondió hierático.

–¿Qué te pasa? Hoy te parece más al Gitano y menos a ti mismo –se adelantó el Gallardo–. Perdona, Patricio.

Este no pareció encontrar la gracia en las palabras de su amigo y mantuvo el rictus. Todos guardaron silencio estupefactos ante el cambio operado en Marcelo.

–Es la medicación –arguyó Rebeca–. Hasta ahora no tomaba nada.

–Y así debería ser siempre –replicó Daniel el Gallardo–. Este atontado no es nuestro amigo Marcelo, que nos lo han cambiado.

–Es cierto –convino Patricio–. Tenemos que hacer lo que sea para sacarlo de aquí y devolverlo a la residencia de Cárcar con su familia, que somos nosotros.

Anastasia se giró hacia los jóvenes implorando ayuda.

–Está aquí por nuestra culpa –adujo Rebeca con el gesto avieso–. Nosotros lo metimos y nosotros lo sacaremos.

Todos asintieron. Marcelo ni siquiera pestañeó. Parecía contemplar la lluvia caer sobre los cristales, aunque hacía rato que había parado de llover.

Lunes 6 de junio de 2011

A pesar de todas las pruebas que inculpaban al consejero, Gambarte intentó implicar a Marcelo Ágreda: «Marcelo y yo nos conocimos de niños y siempre me tuvo en gran estima, hubiese hecho cualquier cosa para protegerme a mí y a mi familia del escarnio público. Que un Gambarte con una deficiencia congénita viviera encerrado entre los muros de la catedral era una noticia que no podía salir a la luz. Yo no le pedí que interviniera, lo hizo por su cuenta». Tampoco tuvo ningún reparo en revelar la participación del sacristán. Habló de él con el desprecio de quien se sabe superior y no ha hecho sino utilizar esa superioridad para manejar a sus peones en una partida de ajedrez. «Es un desgraciado que solo busca el favor de un hombre con poder que le ayude a medrar.» Respecto al ataque a don Ramiro, el consejero lo negaba todo. «Rotundamente no», dijo. Él no había puesto los pies en Ujué.

Aunque el juez desestimó la causa contra Marcelo en el caso del disparo al consejero, por entender que actuaba en defensa propia y para evitar un mal mayor, seguía siendo sospechoso del asesinato de don Gregorio. Sus huellas en la ropa del cadáver así lo ponían de manifiesto.

Fueron unas semanas muy largas en el centro psiquiátrico a pesar de las frecuentes visitas de Víctor y sus amigos de Cárcar. Rebeca había regresado a Girona tras las vacaciones para centrarse de lleno en el caso de los falsos Dalís de Figueres y de Florida. Su contacto telefónico con Víctor y su tío Daniel fue diario durante el tiempo que transcurrió hasta el segundo juicio de Marcelo. Gracias a la intervención de Díaz de Rada, consiguieron que la medicación de Marcelo se redujese al máximo durante los días previos a la vista, con el fin de que fuese capaz de ofrecer una declaración útil.

—¿Mató usted a don Gregorio, antiguo cura de Cárcar? —preguntó el fiscal cuando finalmente se celebró el juicio.

Caminaba de un lado a otro de la sala. Era un hombre joven, de brillante cabellera negra perfectamente conjuntada con la toga que ondeaba a su alrededor.

—Ni hablar —respondió Marcelo categóricamente mientras seguía al letrado con la mirada.

—¿Por qué cree entonces que se hallaron sus huellas en el chubasquero que llevaba cuando murió?

—Porque aquella noche lo llevé a cuestras, claro. Lo agarré como pude. A ratos lo arrastraba y otras veces lo llevaba a la espalda. Estoy en muy buena forma, aunque aún era más fuerte de joven. ¿Cómo iba a transportar el cuerpo sin tocar el chubasquero?

El juez tuvo que poner orden en la sala debido al murmullo subsiguiente a las palabras del anciano.

—¿Lo llevé a cuestras? ¿Cómo que lo llevé a cuestras?

—Lo que oye —afirmó Marcelo levantando orgulloso el mentón.

—¿Primero lo mató y después llevó el cadáver a cuestras? ¿Es eso?

—Claro que no. Yo no mataría ni a una mosca. Mis amigos y yo encontramos el cuerpo escondido en un sitio apartado. Un mal lugar para estar muerto, para que me entiendan. Y por eso lo movimos. Lo hicimos por el pobre cura, para que pudiese ser enterrado en paz de Dios. Si no... no hubiese aparecido nunca.

Daniel González fue llamado a declarar.

—¿Ayudó usted a mover el cuerpo de don Gregorio, tal como afirma Marcelo Ágreda?

El Gallardo asintió con la cabeza.

—Diga sí o no, por favor.

—Sí.

—¿Quiénes intervinieron en ese traslado?

—Patricio, Marcelo y yo.

—¿Tienen algún testigo que pueda confirmarlo?

—Nadie nos vio moverlo, si es eso a lo que se refiere.

—A eso me refiero —afirmó el fiscal, y después preguntó—: ¿Cómo sabemos que lo que dice es cierto y no una mentira para proteger a su amigo?

—No pueden saberlo. Yo le juro que es cierto, y si no me cree, es su problema. ¿Por qué demontres íbamos a decir que lo movimos, a riesgo de ir todos a la cárcel o al psiquiátrico, si no fuese verdad? Hay que ver lo atolondrada que es la juventud de hoy en día...

Otro murmullo en la sala que tuvo que ser acallado por el juez.

La declaración de Patricio Jiménez no dejó lugar a dudas. La versión de los hechos era idéntica a la de Daniel González. Sin embargo, añadió que no dieron aviso a la Policía porque no querían que nadie metiese las narices en su túnel, donde guardaban efectos personales de gran valor sentimental.

Tocó el turno de preguntas al abogado de la defensa.

Don Terencio Díaz de Rada levantó su imponente humanidad de la silla y comenzó a caminar lentamente por la sala con las manos a la espalda.

—Que mi representado y sus amigos quisieran guardar tan celosamente su colección de pinturas, no es motivo para atribuirles el asesinato de don Gregorio, por más que en su empeño entorpeciesen la labor de la justicia. Quiero señalar que tanto Marcelo Ágreda como los otros dos señores que dicen haberlo acompañado en el traslado del cadáver tienen coartada para la hora estimada de la muerte, que coincide con la hora de la procesión de Viernes Santo. Son numerosas las personas que han declarado haberlos visto antes, durante y después de la procesión, en todos los actos religiosos programados para esa tarde, por lo que ninguno de ellos pudo haber matado al cura.

Sebastián Gambarte Díaz de Rada fue el siguiente en someterse al interrogatorio de los abogados. Su coartada era inconsistente, por cuanto no había testigos que la corroborasen. Tampoco había nada que lo relacionase con Marcelo, de modo que su testimonio acerca de la devoción que el anciano le profesaba era una mera opinión personal. En lo concerniente al consejero, el juicio pintaba bastante peor que para el vecino de Cárcar.

Daniel González, Patricio Jiménez y Marcelo Ágreda fueron sancionados por entorpecer la acción de la justicia, pero dada su edad y sus recursos, no parecía probable que la sanción fuese nada más que simbólica. Su comportamiento carecía de sentido, pero nadie esperaba mucho de tres personas de tan avanzada edad, así que no se buscaron más motivos. Por desgracia, no había manera de proteger el secreto del túnel. La Policía iría allí con sus luces azules y sus *sprays* para detectar sangre y otros restos... Lástima, pensaba el Gallardo. Tanto esfuerzo para nada. Pero al menos su amigo volvería a casa. Eso era lo más importante.

El verano iba asomando la nariz en la capital navarra, el día era largo y la noche cálida, de modo que, una vez concluida la vista, Díaz de Rada no se apresuró a abandonar el Palacio de Justicia, sino que invitó a los de Cárcar a tomar algo en un bar cercano interpretando hasta el final el papel de anfitrión. Pasaron un buen rato comentando los detalles del proceso. El objetivo era eximir a Marcelo de toda responsabilidad en la muerte de don Gregorio y evitar así su ingreso definitivo en la clínica psiquiátrica, y lo habían logrado. El abogado ya había mostrado su pericia al conseguir exculpar a Víctor, lo que les había llevado a una relación cordial a pesar de haber comenzado de un modo tan avieso. Cuando la reunión se disolvió y los coches de Víctor y Rebeca enfilaron hacia Cárcar con los ancianos a bordo, el abogado hizo una llamada con su teléfono móvil.

—Voy para allá.

En pocos minutos aparcaaba en la zona habilitada para el efecto dentro del perímetro del arzobispado, en el casco viejo, muy cerca del complejo catedralicio. Era tarde y apenas quedaba algún coche en el aparcamiento. Subió las escaleras hasta la primera planta. El silencio resultaba inquietante, pero la hora también lo era. Tan solo el

quejido de sus zapatos sobre las baldosas. Llegó hasta una puerta y llamó con los nudillos. «Adelante», escuchó.

–Todo ha salido a la perfección –afirmó complacido el abogado frente al hombre que lo había convocado.

Este hizo un gesto con la mano instándole a explicarse mejor.

–Nuestro objetivo era alejarnos del escándalo lo máximo posible. Pues bien, excepto el hecho de que ambos cadáveres aparecieran en la capilla, cosa de la que no se puede culpar a esta santa casa, no hay ningún otro punto en el que el cabildo vaya a verse comprometido. El consejero mató al cura de Cárcar y mintió sobre Marcelo Ágreda. Ha perdido toda credibilidad y las pruebas son irrefutables. Eso allana el camino para que se le atribuya también la agresión a don Ramiro de Ujué. El hombrecillo no llegó a verme la cara, tan solo ha podido declarar que su agresor era una persona grande y fuerte, lo cual es cierto. En cuanto a don Veremundo...

El arzobispo carraspeó. Después dijo:

–Me gustaba el abad de Leyre. Sentí su pérdida. Espero que no sufriera demasiado.

–Si no lo hubiese hecho yo, creo que lo hubiese hecho él mismo. Ese hombre quería morir, estoy seguro. Ni siquiera se resistió. Fue manso a la muerte, igual que Jesucristo al Gólgota.

–¿Y el anillo?

–Yo no vi ningún anillo. Puede que se lo enviara a don Ramiro tratando de advertirle del peligro que corría. Quién sabe.

–Puede que estuviese nombrando a su sucesor, al igual que el pájaro de la leyenda de San Virila...

El abogado intentó disimular su sonrisa desdenosa. Después dijo:

–Don Ramiro no tendrá ocasión de ocupar su puesto en el monasterio de Leyre si admite públicamente haber colaborado en el cautiverio del joven.

–Un Gambarte, primo de usted y hermano del consejero.

Díaz de Rada asintió con la cabeza.

–Me tranquiliza saber que tenemos amigos en el Instituto de Medicina Legal. Si llega a saberse que el obispo Clemente era su padre... No sé qué hubiésemos tenido que hacer para afrontar algo así...

–Monseñor, yo creo que el escándalo del tesoro hubiese resultado más nocivo. Con tantos casos de abusos sobre la mesa, un hijo ilegítimo más o menos no parece algo tan grave. Pero todavía no podemos cantar victoria. No me fio del cura de Ujué. Parece que el susto le ha quitado las ganas de confesar lo que sabe, pero podría hacerlo. Fue una lástima que Víctor Yoldi y Rebeca Turumbay se entrometieran. Muerto don Ramiro, la posibilidad de que la verdad sobre el robo del tesoro saliera a luz hubiese sido remota.

–Sin embargo, un accidente fortuito en este momento parecería otro intento de asesinato... –valoró el arzobispo mesándose la barba.

El abogado asintió con un gesto.

–Si alguna vez llega a saberse que tanto yo como mis antecesores nos hemos beneficiado del robo...

–No todos en realidad...

–Es cierto, no todos. Monseñor Clemente era un necio y un romántico, que para el caso es lo mismo. Si no se hubiesen encargado de él, habría confesado todos los secretos de esta santa casa e incluso su propio pecado. Aún no entiendo cómo pudo tener relaciones carnales con aquella insignificante criada. Tuvimos suerte en aquella ocasión, pero volvemos a estar en una encrucijada.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

–Si me permite darle mi opinión, creo que podríamos considerar el caso de don Ramiro. Es el único cabo suelto que queda y el riesgo de que hable es alto. Que no haya confesado aún, no significa que no vaya a hacerlo en cualquier momento.

–Tengo que pensarlo. Estoy cansado. Por ahora ya ha hecho usted suficiente. Le estoy muy agradecido y prometo compensarle. –Se levantó del sillón y tendió su mano al abogado, que se la estrechó con suavidad y una tibia sonrisa en el rostro.

Miércoles 8 de junio de 2011

—Desconozco el motivo de la visita del obispo Clemente a Cárcar en 1973, pero el caso es que se quedó en casa de los Gambarte durante los dos días que pasó en el pueblo —comenzó don Ramiro una vez servido el café en la salita de la casa parroquial de Ujué—. En aquella época, don Gregorio y yo éramos canónigos de la catedral. Había pasado casi un año desde la visita a Cárcar cuando el señor obispo nos llamó a su despacho y nos puso en antecedentes: una familia a la que él conocía bien iba a entregar un bebé a la Iglesia. La madre era una jovencita soltera y sin posibles. Además, el crío tenía algún tipo de retraso mental. Se nos encomendó la tarea de traerlo y eso hicimos. —Don Ramiro esbozó una sonrisa recordando aquellos momentos—. Don Gregorio y yo fuimos a Cárcar en un Renault Cuatro blanco. Ninguno de nosotros había cogido jamás a un bebé en brazos, por lo que aquello fue toda una aventura para dos religiosos que vivían en el complejo catedralicio completamente ajenos a la vida mundana. Nos turnamos durante el trayecto para acunarlo y tratar de apaciguar su llanto, pero no hubo manera. El pequeño lloraba sin parar.

»Cuando llegamos, el obispo cogió en volandas al bebé y lo estrechó contra su pecho... Fue algo milagroso: el niño se tranquilizó al instante y dejó de llorar. A todos se nos partió el corazón de pura ternura. Sobre todo al obispo, claro. La siguiente misión que se nos encomendó fue la de buscar la mejor institución para entregar al bebé. En aquella época había varias posibilidades para niños abandonados o huérfanos, pero para uno con retraso mental ninguna nos satisfacía. Mientras buscábamos, nos turnábamos para alimentarlo y cuidarlo. El obispo conocía la existencia de la capilla y entre los tres la acondicionamos para acoger al niño.

El cura calló de pronto. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón, se sonó la nariz y aprovechó para secar sus ojos de cualquier resto de humedad. Víctor Yoldi esperó pacientemente. Una vez guardado el pañuelo en el bolsillo, don Ramiro continuó:

—Pasaron días y después semanas y ninguna de las opciones nos pareció suficientemente buena para él. Así que seguimos con la búsqueda. Sin haberlo previsto ni planificado, el niño fue haciéndose un hueco en nuestros corazones. Nunca decidimos quedármolo, sencillamente continuamos cuidándolo.

—No ha mencionado a don Veremundo. ¿Cuándo entró él en el grupo de los que conocían el secreto? —inquirió Víctor.

El cura inspiró profundamente antes de responder.

—En aquella época don Veremundo aún no era don Veremundo. Un día apareció de repente en la capilla. Fue algo insólito que nos dejó consternados. Hubo que reconstruir la pared donde estaba el acceso original, porque el seminarista logró romperlo para llegar hasta el bebé cuyo llanto había escuchado. Nosotros empleábamos un acceso interior que partía desde el antiguo dormitorio, una ventana en la que colocábamos una sencilla escalera de madera cada vez que había que subir o bajar, pero era discreta y estaba en un lugar cuyo paso está vedado al público. Tardamos varios días en decidir qué hacer con el joven Ricardo. Me consta que los pasó rezando. Transcurrido ese tiempo, le pusimos al corriente de la situación. Cuando recibió las órdenes sagradas entró a formar parte del cabildo y también del grupo que cuidaba al bebé. Pasamos a ser cuatro. Hasta que el obispo Clemente falleció. Fue un gran hombre. Tenía la ilusión de enseñar al chiquillo a leer y nosotros hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano, creo que con éxito, puesto que aprendió a escribir su nombre y los nuestros. A pesar de su retraso, lograba avances y tenía capacidad para mostrar cariño.

Don Ramiro bajó la cabeza y se frotó los ojos con la manga. Tardó unos segundos en volver a hablar.

—Al morir monseñor Clemente, pensamos que necesitábamos un aliado que tuviese acceso ilimitado a la catedral para que nos cubriese las espaldas. Entonces hablamos con el campanero y su mujer. No tenían hijos y el niño fue un regalo para ellos. Lo hubiesen acogido en su propia casa, pero aquello no era posible sin dar una explicación al cabildo de la catedral. Como era de esperar, la mujer de Lorenzo llenó al chiquillo de atenciones y de caricias y ambos estaban con él siempre que podían. Nosotros comenzamos a espaciar las visitas hasta que prácticamente dejamos de verlo. De alguna manera se había convertido en el hijo del matrimonio a todos los efectos. Pasaron unos años hasta que la esposa del campanero falleció al ser alcanzada por un rayo.

Víctor asintió.

—Hablamos con Lorenzo para entregar al niño a una institución de acogida, pues faltando la mujer no nos pareció adecuado mantener al chico en aquel lugar. Pero Lorenzo se negaba. Él lo quería como a un hijo y no podía ni imaginar el dolor de verse privado también del chico. Lo que hizo nos comprometió para siempre.

El sacerdote se restregó una vez más los ojos. Después fijó la vista en el periodista y dijo:

—Se confesó conmigo y después con don Ricardo y con don Gregorio.

El silencio que siguió a esas palabras fue demasiado largo para Víctor, por lo que no pudo menos de preguntar:

—¿Qué fue lo que pasó?

—No puedo revelar lo que nos dijo en confesión. Pero el resultado fue que los tres renunciemos a nuestro puesto en el cabildo y nos marchamos. No podíamos continuar viviendo allí y ya no había razón para hacerlo. Sí que le puedo decir que la noticia de la aparición de un joven de treinta y tantos años en la capilla fue una sorpresa para nosotros, ya que pensábamos que aquel lugar llevaba vacío desde hacía muchos años. A la vista de ese hecho, quedó claro para nosotros que el campanero nos mintió en aquellas confesiones, pero con su mentira consiguió quedarse con el muchacho. Los tres somos responsables de su muerte por cuanto no supimos ver la manipulación de Lorenzo.

—Deduzco que el campanero confesó haber matado al chico, puesto que su muerte natural no hubiese requerido perdón alguno y ya no había nada que ustedes pudiesen hacer.

El sacerdote le mantuvo la mirada, pero ni confirmó ni desmintió las palabras de Víctor Yoldi.

—Si fue eso lo que ocurrió, fue una estrategia maestra —continuó el periodista—. El campanero se aseguraba su silencio a través de la confesión y los alejaba del muchacho, pues para ustedes el problema había dejado de existir. Creo que han sido demasiado duros consigo mismos —opinó apagando la pequeña grabadora.

—Yo no lo veo así. Merecemos el final que hemos tenido. Yo mismo merezco algo peor que acabar mi vida en la cárcel, la celda del pobre chiquillo no era ni la mitad de acogedora de lo que son las cárceles de hoy en día.

—No creo que pise usted la cárcel. Cualquier juez haría la deducción que acabo de hacer yo y lo declararía inocente. Créame.

—Aún quedaría el tema del tesoro. Si hablo, eso podría acarrear más problemas por haber ocultado también la existencia de las joyas. Si no lo hago, estoy siendo cómplice de quien se ha aprovechado de ese tesoro y ha dejado morir al chico. Las muertes de mis compañeros se deben precisamente a este asunto. Alguien de muy arriba ha querido sellar nuestra boca. Solo queda una persona capaz de destapar el escándalo, y esa persona soy yo. Puede que deba ir a la cárcel —dijo el cura con voz trémula—. ¿Cómo ponerme de nuevo frente a mi parroquia después de esto? Tanto si confieso, como si no... —Apretó los ojos bajo las gruesas lentes de sus nuevas gafas.

Víctor se levantó de la silla y recogió sus cosas. Posó su mano en el hombro de don Ramiro de Ujué y dijo a modo de despedida:

—Eso es algo que depende de usted. Supongo que es una cuestión de fe y de perdón. Estoy seguro de que finalmente hará lo correcto.

—Lo que me cuentas suena de lo más inverosímil —manifestó Hugo Castells con una gravedad poco habitual en él—. ¿Pretendes que crea que un anciano demente, un viejo perdido de la cabeza es el genio que copió a la perfección los Dalís que hemos encontrado?

—Te cuento lo que sé —repuso Rebeca adelantando el cuerpo en la silla, frente al escritorio de su jefe—. El tal Marcelo debió de ser un gran pintor en su juventud. He tenido ocasión de ver numerosas obras suyas y su calidad es ciertamente sobresaliente. Él es el artífice del cuadro de la catedral. Fue un encargo, y por distintas circunstancias que ahora no vienen al caso, el cuadro fue a parar a la capilla románica. Los análisis determinarán si la misma mano pintó *El niño enfermo* de Pamplona y el de Florida, así como los falsos detectados durante el verano.

Hugo Castells la miraba con el ceño fruncido. Pocas veces cerraba la puerta de su despacho, pero en aquella ocasión había echado en falta un grueso cerrojo.

—Hay alguien más, Rebeca. Creo que lo sabes de sobra aunque no quieras hablar de ello.

Inspiró despacio, se levantó de su asiento una vez más y recorrió a zancadas el despacho. Rebeca contenía el aliento, intentando por todos los medios disimular la tensión que se estaba apoderando de su cuerpo.

—Le he dado muchas vueltas al tema de la copia de Florida —dijo Hugo Castells—, y no he podido evitar pensar en Elmyr de Hory. Ya sabes, el famoso falsificador húngaro que pasó tantos años en Estados Unidos y terminó sus días en Ibiza.

Ahí Rebeca no pudo evitar la sorpresa y dio un respingo.

—Era un artista en muchos sentidos. Se esmeraba en cada pequeño detalle de la obra que falsificaba: envejecía el papel con té para amarillearlo, una técnica común para los estafadores. En cuanto a los bastidores, envejecía la madera con una mezcla de trementina, aceite de linaza sucio y pintura marrón usando una pistola Flit. Cuando el cuadro estaba terminado, a veces lo volvía a tratar con un atomizador que contenía una mezcla de la misma materia.

Hugo Castells se sentó y continuó:

—Así que ese anciano pudo pintar perfectos Dalís, pero nunca hubiesen pasado el análisis de nuestros expertos. Sin embargo, los lienzos son exactamente iguales a los que usaba Dalí, toda una sorpresa y una incógnita que creo poder desvelar —afirmó Hugo Castells.

El corazón de Rebeca comenzó a golpear en su pecho con fuerza. Su estómago parecía estar digiriendo una bola de cemento. Notaba la garganta tan seca que se temía no ser capaz de articular palabra.

—¿No me preguntas cómo pudo ese hombre usar los mismos lienzos y los mismos bastidores que usaba Dalí?

Rebeca tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Eran lienzos y bastidores comunes —dijo—. Podrían encontrarse fácilmente.

—Tu abuelo Ángel trabajaba para Dalí. Seguramente estaba más cerca de don Salvador de lo que hubiese sido deseable, al menos para nosotros.

Se levantó, se acercó a Rebeca, se inclinó sobre ella y agarró con las manos los brazos acolchados del sillón donde su empleada parecía ir menguando minuto a minuto.

—Tu abuelo conocía a alguien que pintaba extraordinarias falsificaciones. Solo tenía que llevarle el material, mostrarle una buena foto del original y una vez terminada la copia sustituirla por la auténtica. De ese modo ni siquiera había sospechas de haber adquirido un falso puesto que solo había un ejemplar. No habiendo sospechas, no tenía por qué haber análisis de ningún cuadro. Un plan brillante. Lo del falso de Florida es otro cantar. Puede que además de sustituir algunos originales, también vendieran algunos falsos...

Rebeca estaba francamente asustada, incapaz de contradecir a su jefe. Incapaz siquiera de mirarlo a los ojos. Al final se armó de valor:

—¿Estás diciendo que mi abuelo Ángel era un ladrón? ¿Qué robó a Salvador Dalí ante sus propias narices?

—Es lo que sospecho. Lo siento, Rebeca, pero quería que lo supieras por mí antes de hacerlo público. Sé que es un duro golpe para ti.

—Esto puede ser el final de mi carrera en la Fundación, Hugo. —Su voz se quebró antes de añadir—: Lo sabes.

—Lo sé, y lo siento.

Se encontraba en la cuerda floja, algo nuevo en ella. La perfecta y escrupulosa Rebeca había mentido descaradamente a su jefe para librar a su tío Daniel. Nada menos que al director del Centro de Estudios Dalinianos, pero las consecuencias eran algo que no había previsto. Era el final de su carrera, porque ¿cómo iba el Comité a admitir en plantilla a la nieta de un ladrón? ¿Cómo iban, después de algo así, a confiarle el legado del genio de Figueres? Y el miedo se convirtió en pánico: ¿afectaría su salida vergonzante de la Fundación a su puesto como profesora en la universidad?

Salió del despacho dando un portazo y se dirigió a su mesa con aire contumaz. Su ceño fruncido no dejaba lugar a dudas. Ninguno de sus compañeros se atrevió a preguntar. Sin mediar palabra recogió sus cosas y abandonó la oficina. Al salir se encontró con un día cálido y luminoso. La plaza del museo y la de la iglesia estaban abarrotadas de turistas; unos haciendo cola para entrar y otros tomando algo en las numerosas terrazas que rodeaban el punto neurálgico de la capital ampurdanesa. Se quedó plantada en mitad de la calle sin saber muy bien ni hacia dónde dirigirse ni qué hacer con su vida. Estaba furiosa y también asustada ante lo que pudiera suceder. Maldijo el día en que puso los pies en Cárcar, el pueblo de su abuelo Ángel. Aquella decisión tan solo le había reportado problemas. Echó a andar hacia la plaza del ayuntamiento y después hacia la rambla. Mientras caminaba hacia su coche, tomó una decisión que a la postre iba a cambiar su vida, pero al menos en esa ocasión era ella la que dirigiría el cambio.

Entró en Barcelona con sorprendente facilidad y eso le pareció un buen augurio. Se adentró en la ciudad con el ánimo recuperado, pues de pronto se sentía dueña de su destino. Las casi dos horas de trayecto entre Barcelona y Figueres habían sido de gran utilidad, pues su mente se había aclarado tanto como el día, y a pesar del disgusto de ver su carrera amenazada, ahora se tomaba aquella crisis como el principio de algo bueno. Puede que su vida organizada y previsible ya no fuese tan necesaria para ella. Puede que salir de su zona de seguridad no fuese tan descabellado. Todo iba a salir bien, se dijo. Detuvo el coche frente a la inmobiliaria situada a pocos metros del portal de su casa familiar y entró decidida a plantar cara a la vida, convencida de que aquel era el primero de los muchos pasos que daría a partir de entonces.



Viernes 10 de junio de 2011

En cuanto el timbre comenzó a sonar, el revuelo en el aula fue instantáneo. Era algo que siempre le había molestado, pues dejarla con la palabra en la boca le parecía una falta de respeto tremenda. Pero no había nada que hacer. Los alumnos desconectaban. Al fin y al cabo tienen dieciocho y diecinueve años, se decía Rebeca para justificar esa falta de madurez. En cualquier caso, el curso terminaba ya y tenía previsto tomarse un largo paréntesis. Incluso tal vez no volviese a impartir clases. Con un repentino nudo en el estómago se acercó a la mesa para recoger sus papeles. Nunca había dado una clase desde la mesa, pero siempre acababa allí, con la vista perdida en la marabunta de alumnos, sintiendo una mezcla de envidia y frustración mientras hablaban, reían, bromeaban...

Un chico se acercó con juvenil timidez.

–Hola –dijo con la voz débil y las manos en los bolsillos–. Verá...

–Marc Puig, ¿verdad? –dijo ella con una sonrisa que pretendía dar confianza al muchacho.

–Quería decirle que me gusta mucho su clase...

–Gracias, es muy amable.

El joven parecía cada vez más nervioso. Rebeca comenzó a impacientarse.

–¿Puedo ayudarle en algo?

–Sí, bueno, es que...

El joven extrajo un sobre blanco del bolsillo trasero de su vaquero y lo sostuvo unos segundos entre ellos.

–Tengo que entregarle esto.

Rebeca se quedó inmóvil, con el sobre en la mano, sin apartar la mirada de aquel chico. Era buen alumno pues le constaban sus resultados académicos, pero nunca había participado en clase, ni solicitado una tutoría... Y de pronto se plantaba allí con un misterioso sobre y toda la ingenuidad de sus pocos años.

–¿Tiene? –preguntó ella.

–Doctora –dijo una voz grave a su espalda–. Si no le importa, es mi turno.

–Perdón, no era mi intención robarle su tiempo –se disculpó ella.

El aula estaba nuevamente en orden, aguardando el inicio de la siguiente clase. Marc Puig se giró con las manos en los bolsillos y fue hacia su sitio.

Con el sobre en una mano y el maletín en la otra, Rebeca Turumbay se dirigió presurosa hacia su despacho. Una vez dentro, cerró la puerta, se quitó la americana y dejó el maletín cuidadosamente sobre su mesa. Sentada en el sillón contempló el sobre. Era un sobre blanco corriente, sin ningún tipo de distintivo. Creía tener una idea sobre el remitente de aquella carta, lo que ignoraba era su contenido. Llevaba días esperando noticias, comprobando las llamadas de su móvil cada pocos minutos, chequeando su correo electrónico y mirando el buzón de su teléfono fijo varias veces al día. Tenía que admitir que no esperaba tanta discreción, pero en ese momento le pareció que aquello no podía ni debía ser tratado de otro modo. Inspiró profundamente. Extrajo el papel y lo leyó muy despacio. Cuando terminó, volvió a leerlo una vez más. El semblante de preocupación de los últimos días fue transformándose. Su rostro pareció cobrar luz. Sus pupilas ambarinas se dilataron y sus labios sonrieron ligeramente. Así que aquel alumno, Marc Puig, era el nieto de la señora Paquita. Qué casualidad tan oportuna tenerlo en una de sus clases... Se recostó en el sillón, entornó los párpados y rio abiertamente. Todo iba a ser perfecto.

Viernes 10 de junio de 2011

Nunca antes había pisado una sala de autopsias y se lo pensó dos veces antes de aceptar la propuesta. Había llegado al Instituto de Medicina Legal sin avisar y no había previsto lo que era en realidad algo muy probable: que la doctora tuviese alguna autopsia programada en ese momento. «No se crea que es tan habitual –le corrigió ella–. En Navarra mueren al año unas cinco mil personas y tan solo a una mínima parte se les practica la autopsia. Solamente por muerte violenta, súbita o sospechosa de criminalidad. Pero hoy toca.»

El gesto de desconcierto y la desilusión en el rostro del periodista pudieron con la severidad de la doctora, quien haciendo gala de una espontaneidad que no era en absoluto propia de ella, le invitó a presenciar el examen. Por supuesto no tocaría nada, y se alejaría de la mesa si sentía ganas de vomitar. El cuerpo de un varón blanco de mediana edad los recibió tumbado en su lugar correspondiente. La sala en sí misma no tenía nada de particular, podía pasar por un quirófano de no ser porque en vez de una camilla con toda su aparatología alrededor, había una mesa de acero inoxidable con un desagüe; una mesa de Morgagni, le informó la doctora.

–Lo primero que hay que hacer es una inspección general y segmentaria del cadáver. Se trata de anotar cualquier detalle que se observe a fin de contar con él en el momento de elaborar el protocolo definitivo.

La forense se concentró en estudiar minuciosamente cada centímetro del cuerpo que tenía delante mientras Víctor comenzaba a arrepentirse de su decisión. En realidad, él no tenía mayor interés en presenciar ninguna autopsia.

–Verá... Yo... En fin... Quería disculparme, y también darle las gracias. Por eso he venido. Usted ha desempeñado un papel importante en todo el tema de la capilla, la información que fue dándome acerca de los dos cadáveres ha sido de gran ayuda, pero además colaboró con el abogado Díaz de Rada para conseguir la muestra de orina.

La doctora Zudaire no apartó la vista del cadáver ni por un segundo, cosa que hizo dudar a Víctor Yoldi: ¿le estaba prestando atención o estaba hablando para la pared? Guardó silencio. Ella anotó una serie de datos en un cuaderno y después elevó la mirada hacia él.

–Sepa que no lo he hecho por usted, sino por una cuestión moral. –Y tras una breve pausa añadió–: Ahora procedemos a realizar las incisiones según la técnica de Rokitansky. Se practican dos incisiones, una horizontal y otra vertical, que al unirse tienen forma de te mayúscula si se trata de un varón o de i griega mayúscula si el sujeto es una mujer.

–Siento lo que ocurrió la noche de la cena. No quería ofenderla, es solo que...

–¿Qué? –dijo la doctora con el bisturí en la mano, a punto ya de clavarlo en la piel del cadáver.

–Estaba muy guapa, habíamos bebido y... ¡Qué demonios! Somos mayorcitos, ¿no?

Deslizó el bisturí por la gomosa piel, de la que no brotó ni una gota de sangre. Levantó la mirada sin apartar la fina hoja del cuerpo.

–Víctor, tranquilo. No tengo nada en contra de que un chico atractivo quiera besarme. No suelo salir y no acostumbro a beber, pero no soy tan rara como para ofenderme por atraer a alguien del sexo opuesto. Para mí era una cena de trabajo y sencillamente no me lo esperaba. Reaccioné sin pensar. Soy yo la que le pide disculpas. –Vaciló un instante y añadió–: Creo que podemos tutearnos, ¿no te parece?

Víctor sonrió tímidamente.

–Sin embargo, creo que entre tu amiga Rebeca y tú hay algo más que una simple atracción. ¿Me equivoco?

–En realidad no sé exactamente qué hay entre nosotros, pero sí es cierto que me gusta, me gusta desde hace tiempo... Aunque no sé si lo nuestro tiene futuro viviendo en ciudades diferentes... –Bajó la mirada avergonzado.

–Está bien, no tienes que justificarte...

La doctora Zudaire terminó de realizar la incisión y se dispuso a abrir el esternón del cadáver. Víctor carraspeó incómodo y en cuanto oyó la primera costilla romperse se dirigió a la puerta de salida.

–Lo siento, doctora, pero ya no puedo ver más. ¿Aceptarías un café conmigo un día de estos?

–Por supuesto, señor Yoldi –dijo ella con una sonrisa que quedó oculta tras la mascarilla; así que, mirando al joven, que ya tenía la mano en el pomo de la puerta, le dedicó un guiño de complicidad.

Sábado 18 de junio de 2011

La idea había salido precisamente de él. Marcelo se tenía ahora por una persona importante, un artista, un genio... Y recordaba haber estado en el Museo Dalí hacía un tiempo. Seguramente cuando todavía pintaba. Ahora ya era muy mayor y había perdido esa capacidad. «Mi cabeza ya no es lo que era», había asegurado al juez, y desde entonces lo decía con frecuencia.

Quedaron con Rebeca en el Xup Xup, en la plaza de la estación. Almorzarían allí porque Julián, el dueño, era amigo de la infancia de Víctor, e hijo de Laureano, compañero de chinchón en el bar de la residencia. No hubo lugar a discusión, había que pasar a saludarlo.

–Tengo entendido que habéis estado muy entretenidos durante los últimos meses –comentó Julián en tono jocoso.

–Por fin ha terminado todo –respondió Víctor Yoldi–. El consejero Gambarte va a pasar mucho tiempo en la cárcel. Sus hijos están asistiendo al declive de sus negocios y el Gobierno Foral a uno de los mayores escándalos que se recuerdan.

–¿Y qué ha sido del cura que apareció en la cuba de vino? –preguntó Marcelo terminando su segundo plato de albóndigas.

–Don Ramiro sigue al frente de la parroquia de Ujué –respondió Rebeca con dulzura.

Aunque todos conocían los hechos sobradamente, Marcelo volvía a preguntar insistentemente lo mismo. Su memoria era ciertamente precaria.

Víctor tomó la palabra:

–Al final, su abogado le aconsejó negociar con el arzobispado. Ambos letrados llegaron a un acuerdo: su silencio a cambio de devolver lo que quedaba del tesoro de la catedral, que no era mucho, prácticamente la mitad de lo que faltaba por aparecer. Alguien ha ido sacando buen provecho de su posición privilegiada... –Carraspeó–. A pesar de todo, la recuperación de las joyas ha sido la mejor noticia publicada en Navarra durante el último año. Se ha organizado en la catedral de Santa María una exposición dedicada al tesoro que está teniendo una estupenda acogida. Por supuesto, están expuestas todas las joyas que en su día se robaron y fueron recuperadas durante los meses siguientes al robo, junto con las recientemente encontradas.

–¿Y dónde estaban las joyas que faltaban? –quiso saber Julián, intrigado.

–Pues ocultas en la capilla románica, claro –respondió el Gitano–. ¿Dónde, si no? Hubo que volver a esconderlas allí para que pudieran ser descubiertas «por casualidad».

–El poder es lo que tiene. Hace y deshace a su antojo y las cosas suceden como ellos dicen que han de suceder –aseveró el Gallardo muy serio–. Y los demás a callar, como siempre.

–Y yo me he quedado sin noticia, ya que todo esto lo sé *off the record*, así que mejor no comentes nada, Julián. Jamás podré escribir sobre esto, y aunque lo hiciera nadie se lo creería. Como mucho podría convertirse en una leyenda... Así son las cosas.

Una vez concluido el almuerzo caminaron durante casi un cuarto de hora hasta el museo. Se detuvieron frente a la fachada principal, e igual que hicieran el verano anterior, decidieron dar la vuelta completa al edificio.

–Debe de ser bonito venir aquí cada mañana. Es un lugar agradable –observó Daniel–. Aunque aún no tengo ni idea de qué es lo que haces exactamente. ¿Mirar cuadros? ¿Cambiarlos de sitio?

Rebeca tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sacar a relucir su delicada situación laboral. Situación que todavía no se había aclarado y que podía desembocar en el fin de su carrera en aquel emblemático lugar y quién sabe si también en la universidad. Sin embargo, ya había tomado una decisión. No iba a dejar que los acontecimientos la hundiesen. Nadie iba a dirigir su destino. Su futuro era cosa suya y de nadie más. Una sonrisa misteriosa se dibujó en su rostro como consecuencia de un sentimiento que ella misma dio en llamar «el dulce sabor de la venganza».

–La Fundación Gala-Salvador Dalí tiene por misión «promocionar, fomentar, divulgar, prestigiar, proteger y defender la obra artística, cultural e intelectual del pintor, sus bienes y derechos de cualquier naturaleza; su experiencia vital...».

–No te ofendas, maja –la interrumpió Daniel–, pero somos gente sencilla y después de esa letanía aún no sé qué es lo que hace mi guapa sobrina todos los días en su trabajo.

–Yo trabajo en el Centro de Estudios Dalinianos, que gestiona los fondos documentales y el departamento de Conservación y Restauración.

–¿Y dónde está exactamente?

–Aquí mismo, en la Torre Galatea.

–Ya... Bueno –añadió el anciano sin saber qué más decir–. ¿Entramos?

Rebeca y Víctor se encargaron de comprar las entradas y del centro.

–Si os fijáis en las entradas, veréis el logotipo de la Fundación. Fue diseñado por el mismo Dalí y rememora los paseos en barca que solían hacer él y Gala en Port Lligat.

Miraron detenidamente sus correspondientes entradas y a continuación se dirigieron al gran patio interior bajo la cúpula de cristal. Marcelo se acercó al Cadillac descapotable negro del centro.

–¿Te gusta, Marcelo? –preguntó el Gitano tratando de imprimir una sonrisa en su rostro preñado de surcos.

–Puede que yo tuviese uno como este de joven, aunque ya no me acuerdo. ¿Tú lo recuerdas?

–Creo que sí. Seguro –respondió Patricio–. ¿Por qué no?

–Exacto –afirmó Marcelo con convencimiento–. Ya sabéis que tenía dinero, y aún lo tengo. ¡Qué demontre! –Y con un marcado aire teatral añadió–: Si quieres que el dinero nunca te falte, el primer duro que tengas no te gastes.

Todos mostraron su conformidad con el acertado refrán y continuaron la visita. Se detuvieron frente a varias obras cuya protagonista era Gala: *Gala de espaldas mirando un espejo invisible* y *Galarina*, un óleo sobre lienzo de 1944 que mostraba a Gala con un pecho descubierto. El retrato hizo que Anastasia se ruborizara mientras que sus amigos se quedaron hipnotizados ante aquella visión.

–En el salón de mi casa de Barcelona había una copia muy buena de este cuadro. Supongo que sería el favorito de mi abuelo y por eso lo colgó allí. Ahora es también mi preferido.

En cuanto pronunció esas palabras, algo hizo conexión en el cerebro de Rebeca. ¿Sería posible que su abuelo y Daniel...? Dirigió su mirada inquisitoria al Gallardo, que tardó en ofrecerle la suya. Cuando lo hizo, no detectó ningún signo de nerviosismo en él. Y sin embargo...

–El verano pasado vi otra copia en su habitación de la residencia...

El Gallardo asintió con la cabeza.

–Era una copia muy buena.

–Lo sé –sonrió complacido el anciano–. Yo era muy bueno.

–Y yo también –apostilló Marcelo sacando pecho.

–Por casualidad no estaremos admirando ahora mismo una de sus obras...

Daniel se encogió de hombros, y dando la espalda al resto como si tuviera prisa por reanudar la visita, respondió:

–Yo de ti, encargaría un peritaje del cuadro del salón antes de deshacerme de él. Solo por si acaso.

El corazón de Rebeca se desbocó de pronto. Aquello parecía no tener fin.

–Este cuadro me está abriendo el apetito –anunció Marcelo mirando el *Autorretrato blando con beicon a la plancha*–. ¿Cuándo vamos a comer?

–¡Pero si acabas de meterte entre pecho y espalda una docena de albóndigas grandes como pelotas de tenis! –señaló el Gitano elevando ligeramente sus cejas hirsutas–. Lo tuyo es enfermedad, Marcelo.

–Es curioso volver aquí y comprobar que los cuadros parecen menos surrealistas que la primera vez –observó Víctor.

–Esta siempre ha sido y será la obra de un hombre muy especial. Y yo sé bien de lo que hablo –sentenció el Gallardo.

Ya en el segundo piso se encontraron de nuevo en la sala de Mae West. Rebeca se adelantó hacia las escaleras que ascendían hasta el camello. Víctor fue tras ella. Desde arriba, se podía ver a través de una gran lente el perfecto retrato de la actriz americana. Rebeca permaneció unos segundos frente a la lente. Podía ser la última vez. Después se apartó para permitir que Víctor admirara aquella obra de arte.

–¿Recuerdas a Daniel y Anastasia? –musitó él.

Ella asintió con la mirada brillante.

–Me gustaría quedarme unos días aquí, contigo. Podrías enseñarme los lugares más bonitos de la Costa Brava, si te parece bien... –Y le pasó la mano suavemente por el cuello tocándola con ternura.

Ella bajó la barbilla y se dejó acariciar.

–Me gustaría –dijo con voz muy débil–. Pero no sé si...

–No pensemos, ¿de acuerdo? Dejemos que las cosas pasen. Ya nos preocuparemos después.

La atrajo hacia sí. Se besaron sin prisa, como si estuviesen solos en lo alto de la Torre Eiffel o el Empire State Building. Pero Rebeca no pudo aguantar la sensación de estar traicionándolo. Se apartó con un gesto brusco y lo miró.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, consciente del cambio operado en la chica.

–Lo siento –comenzó a decir ella a media voz–. No puedo hacer esto, Víctor. No sería justo.

El periodista la miraba como se mira un cuadro abstracto.

–No voy a dejar que las cosas pasen. No puedo dejar de pensar en todo lo que ocurre a mi alrededor. –Vaciló unos segundos y dijo–: He vendido mi casa de Barcelona. Me marcho. Todo mi mundo se está desmoronando y no pienso quedarme atrapada entre los escombros.

–¿Pero qué dices? ¿Adónde te vas? ¿Cuándo volverás? –Guardó silencio un instante y después añadió con firmeza–: No puedes marcharte. No ahora. –Y llevándose la mano de ella a los labios, la besó y la mantuvo ahí.

–Necesito desaparecer al menos durante un tiempo. Tengo que comprobar de lo que soy capaz, Víctor. Y tiene que ser ahora.

–¿Y tu tío? –inquirió él con la esperanza de que ese argumento la hiciese recapacitar.

–Echaré de menos a mi tío y a todos vosotros. Pero no voy a cambiar de idea. No quiero que digas nada de esto por el momento. Yo misma les daré la noticia.

–Cuando ya te hayas marchado...

Rebeca entornó los ojos.

–No hay vuelta atrás –balbuceó con la voz quebrada–. Lo siento.

Víctor se compadeció de ella, la tomó entre sus brazos y la atrajo hacia su pecho.

–Este sitio tiene magia, está claro –dijo el Gitano observando a los dos jóvenes con nostálgica mirada.

–Puede que la próxima vez seamos uno de nosotros quienes encontremos el amor en lo alto del camello –conjeturó Marcelo.

–Bobadas. Esto no es más que un montaje y no tiene nada de mágico. Además, ¿quién iba a querer a un pedazo de burro como tú? –se burló el Gallardo, después añadió–: Estoy empezando a cansarme de este lugar que no nos causa más que quebraderos de cabeza.

–No sé para qué has venido si no pensabas disfrutar de la visita –le regañó Anastasia con fingido enfado–. Al fin y al cabo, hemos hecho lo correcto.

–A mí me hubiese gustado sacar algún beneficio de todo este asunto, pero Rebeca ha querido obrar de acuerdo a la ley, y eso le honra. Quizá sea mejor así –dijo él con un gesto de derrota.

Anastasia lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su impecable camisa blanca. Daniel acarició suavemente la mejilla de su compañera y la besó con delicadeza.

Continuaron la visita en silencio, sin apenas detenerse.

Rebeca había reservado para el final el mismo cuadro que cerrara la visita el verano anterior.

–Casi un año después volvemos al mismo punto –dijo Víctor parándose frente al retrato del violonchelista Pichot con Rebeca cogida de su mano.

–Sí –dijo ella–. El círculo ha vuelto a cerrarse tras no pocas aventuras.

Todos se arremolinaron en torno a la pintura igual que lo habían hecho en su anterior visita, con la diferencia de que ahora no contemplaban la estupenda copia pintada por el Gallardo muchos años atrás, sino el original. Uno de los seis que ellos habían vuelto a colocar en el túnel del antiguo castillo para que la Policía los encontrase al analizar la escena del crimen de don Gregorio. En eso consistía el plan que solucionaría el problema de los falsos Dalís y evitaría la cárcel para el Gallardo: Marcelo había sido el artífice de aquel negocio de falsificación y sustitución de óleos de Dalí, sus huellas en los cuadros así lo demostrarían.

–¿Por qué no nos sentimos orgullosos de haber obrado correctamente? –meditó Patricio el Gitano; hablaba con su calma habitual pero con una expresión herida en la mirada.

Todos guardaron silencio avergonzados.

–Quizá porque somos una pandilla de delincuentes frustrados –aseveró categórico el Gallardo.

–Todos menos yo –puntualizó Marcelo alzando orgulloso el mentón–. Yo soy un artista. Pinté cuadros originales y además hice que los trajeran a este museo tan bonito. ¡Qué menos! Ya puedo morir en paz.

Tras unos instantes en los que solo se oyeron las pisadas de otros visitantes sobre el pavimento, una silla de ruedas se detuvo junto al grupo. En la silla, una anciana tan menuda que parecía una niña. La empujaba una mujer de mediana edad cuyo rostro era, salvando la diferencia de edad, muy parecido al de la anciana. Ambas mujeres los fueron escrutando uno por uno hasta detenerse en Rebeca.

–Hola, Paquita. Ha sido muy amable al venir.

Se inclinó para besar la mejilla de la pequeña mujer. Después repitió el gesto con la más joven.

–Me ha traído mi hija. –La anciana le guiñó un ojo a Rebeca.

–De padres trabajadores, hijos ricos y nietos pobres –graznó Marcelo de muy buen humor.

Rebeca hizo un discreto gesto con la cabeza. Acto seguido, la hija de la señora Paquita extrajo de su bolso unos sobres que fue repartiendo uno por uno a todos los integrantes del grupo. Marcelo fue el primero en sacar los billetes.

–¿Qué demontres significa todo este dinero?

Los ancianos clavaron sus ojos interrogantes en la mujer, cuya mirada franca no dejaba lugar a dudas sobre la seriedad de su proceder.

Una pareja se detuvo junto a ellos para contemplar el *Retrato del violonchelista Ricard Pichot*.

–Es curioso –observó la mujer acercándose al lienzo–. ¿No es la cara de Ricardo Pichot la viva estampa de aquel actor tan guapo que hacía películas de Hitchcock?

Todas las miradas fueron a parar al rostro plasmado en el cuadro. Todas menos la de Daniel el Gallardo que, furibunda, buscó la de Rebeca. La chica se mostró esquiva al principio, pero finalmente lo miró también a los ojos y le lanzó un guiño. Así que lo había hecho: Rebeca los había obligado a entregar todos los originales pero se las había ingeniado para quedarse con uno, el del violonchelista Pichot, y de algún modo había conseguido venderlo mediante aquella mujer, la hija del ama de llaves de Dalí.

–¡Muy lista, sí señor! –musitó el Gallardo.

Y sus ojos brillaron con fuerza ante la certeza de que la sangre de su tío Ángel Turumbay, su propia sangre, corría incorruptible por las venas de aquella desconcertante joven. La última Gallarda.

## Agradecimientos

En el proceso de escritura de este libro he contado con el asesoramiento de varias personas que han tenido la amabilidad de ofrecerme su tiempo y sus conocimientos. Quiero agradecer la atención de Imma Parada, de la Fundación Gala-Salvador Dalí de Figueres, quien me explicó el proceso de autenticación de las obras de Dalí y otras cosas muy interesantes relacionadas con el mundo del arte. Aprovecho para aclarar que tanto los personajes de esta novela como los hechos que se detallan, incluidas las falsificaciones de obras de Dalí, son ficticios. También quiero agradecer la amabilidad de Gonzalo García, quien gestiona el Museo de la Catedral de Santa María la Real de Pamplona. Me enseñó la capilla románica que sirve de desencadenante de todos los hechos de la novela, así como los rincones más emblemáticos del complejo catedralicio. Aitor García de Vicuña tuvo a bien ilustrarme acerca de algunos temas médicos y le quedo muy agradecida. Gracias a Rubén Urones por leer el primer borrador y ayudarme con algunos pasajes. A Fernando, que me lee, me escucha y me apoya a lo largo de todo el proceso de escritura. A mi editora Mathilde por su crítica siempre enriquecedora y una vez más a todos vosotros que con vuestra pasión por leer hacéis realidad el sueño de esta escritora.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Estela Chocarro, 2016  
© de la cubierta, Opalworks  
© Maeva Ediciones, 2016  
Benito Castro, 6  
28028 MADRID  
[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)  
[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 978-84-16363-68-1  
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

<sup>1</sup>John Doe, alias usado en Estados Unidos para referirse a alguien desconocido. (*N. de la E.*)

<sup>2</sup>Chocarrar: En Navarra y La Rioja, quemar el pelo de los cerdos cuando se matan. (*N. de la E.*)